This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

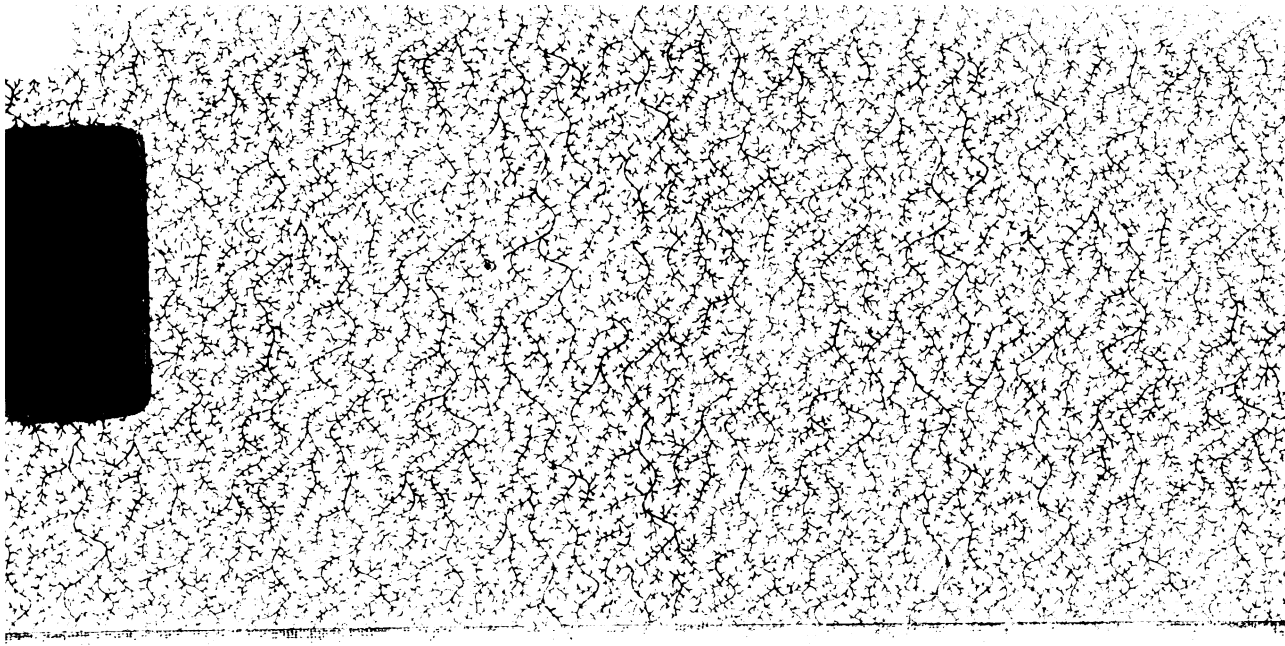
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

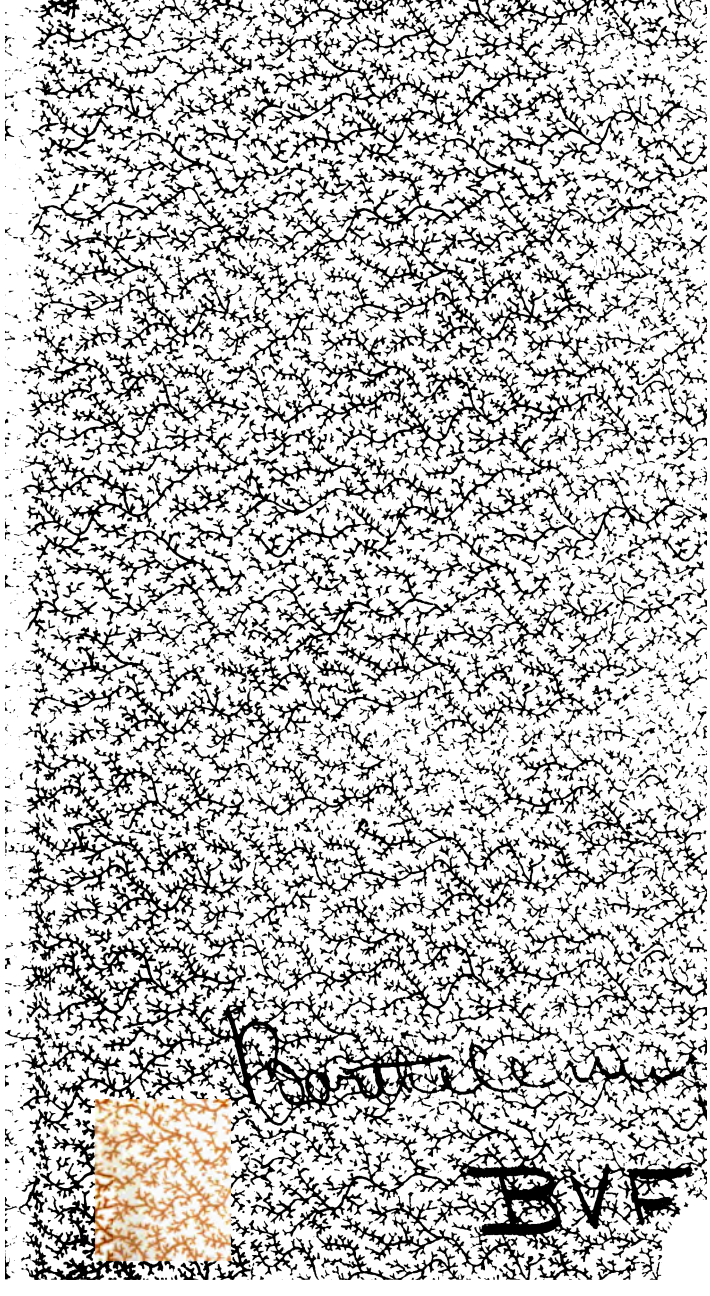
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`




BVE

☆Dr. R. G. Wiener

VIAGE

DEL

JOVEN ANACARSIS.

(Barthelemy)
BVZC

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY,

ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.

Deveria del. Couché fils dir.

DIÓGENES.

VIAGE

DEL JOVEN

ANACARSIS

A LA GRECIA,

A MEDIADOS DEL SIGLO CUARTO ANTES DE LA ERA VULGAR.

POR

Juan Jacobo Barthelemy.

TRADUCIDO DEL FRANCES AL CASTELLANO.

EDICION REVISTA Y CORREGIDA CON ESMERO,

ADORNADA CON 46 LAMINAS, VARIOS PLANES Y UN MAPA GENERAL DE LA GRECIA.

AUMENTADA CON UN

INDICE ALFABETICO DE GEOGRAFIA COMPARADA.

TOMO SEGUNDO.

NEW YORK PUBLIC LIBRARY

PARIS, LIBRERIA DE ROSA. | MEJICO, LIBRERIA DE GALVAN.

1835.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
211082
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.
1900.

VIAGE

DEL

JOVEN ANACARSIS

A la Grecia,

A MEDIADOS DEL SIGLO CUARTO ANTES DE JESUCRISTO.

CAPITULO PRIMERO.

SALIDA DE ESCITIA. EL QUERSONESO TAURICO *. EL PONTO EUXINO **. ESTADO DE LA GRECIA DESDE LA CONQUISTA DE ATENAS, EN EL AÑO 404 ANTES DE JESUCRISTO, HASTA EL MOMENTO DEL VIAGE. EL BOSFORÓ DE TRACIA. LLEGADA A BIZANCIO ***.

Anacarsis, escita de nacion, hijo de Toxaris, es el autor de esta obra, dirigida por él á sus amigos. Comienza exponiéndoles los motivos que tuvo para viajar.

Ya sabeis que yo desciendo del sabio Anacarsis, tan célebre entre los Griegos, como indi-

* Hoy la Crimea.
** El mar Negro.
*** Constantinopla.

gnamente tratado entre los Escitas. Desde la mas tierna infancia me inspiró la historia de su vida y de su muerte aprecio á una nacion que habia honrado sus virtudes, y aversion á la que las habia desconocido.

Aumentóse este desapego con la llegada de un esclavo griego que vino á mi poder. Era este de una de las principales familias de Tebas en Beocia, y cerca de treinta y seis años antes * habia seguido á Ciro, en la expedicion que este príncipe emprendió contra su hermano Artaxerxes, rey de Persia. Hecho prisionero en uno de los combates que los Griegos tuvieron que dar en su retirada, mudó muchas veces de amo, arrastró las cadenas en diversas naciones, y llegó por fin adonde yo habitaba.

Cuanto mas le conocí, tanto mas experimenté el ascendiente que los pueblos ilustrados tienen sobre los demas. Timágenes, que este era el nombre del tebano, me embelesaba, y me humillaba con los encantos de su conversacion, y con la superioridad de sus conocimientos. La historia de los Griegos, sus costumbres, sus ciencias, sus gobiernos, sus artes, sus fiestas y sus teatros eran la materia inagotable de nuestras conversaciones. Yo le preguntaba, y le escuchaba absorto. Acababa yo de entrar en el año

* El año 400 ant s de J. C.

décimoctavo de mi edad, y mi imaginacion añadia los mas vivos colores á sus hermosas pinturas. Hasta entonces no habia yo visto mas que tiendas, rebaños y desiertos. Incapaz en adelante de sufrir la vida errante que habia traido hasta entonces, y la profunda ignorancia á que estaba condenado, resolví abandonar un clima donde la naturaleza apenas se presta á las necesidades del hombre, y una nacion que me parecia no tener mas virtudes que no conocer todos los vicios.

He pasado lo mejor de mi vida en Grecia, Egipto y Persia; pero la mayor parte he residido en el primero de estos paises. Gocé de los últimos momentos de su gloria, y no le dejé hasta haber visto espirar su libertad en la llanura de Queronea. Mientras recorria sus provincias, cuidé de recoger cuanto merecia atencion. Luego que volví á Escitia, puse en orden la relacion de mi viage, siguiendo el diario que habia hecho antes. Quizá seria mas exacto si el bajel en que yo habia hecho embarcar mis libros, no hubiera perecido en el Ponto Euxino.

Vosotros, Arsamo y Fedima, esposos ilustres, á quienes tuve la dicha de conocer en mi viage por la Persia, ¡cuántas veces han estado vuestros nombres para mezclarse con mis relaciones! ¡Con cuánto esplendor brillaban á mis ojos cuando iba á pintar alguna prenda grande del corazon

ó del espíritu! Vosotros teneis derechos á esta obra; pues parte de ella la compuse en ese bello sitio, cuyo principal ornamento sois vosotros; y aunque la he acabado lejos de Persia, siempre ha sido á vuestra vista; porque la memoria de los momentos pasados en vuestra compañía, no se borra jamas, Este recuerdo será la felicidad del resto de mis dias; y todo cuanto deseo despues de mi muerte, es que sobre la losa que cubra mis cenizas, se graben profundamente estas palabras: LOGRÓ LAS BONDADES DE ARSAMO Y DE FEDIMA.

A fines del año primero de la olimpiada 104 * partí con Timágenes, á quien acababa de dar libertad. Despues de haber atravesado vastas soledades, llegamos á las orillas del Tanais **, cerca del sitio donde desagua en una especie de mar conocido con el nombre de laguna Meotis. Allí nos embarcamos, y fuimos á la ciudad de Panticapea, situada en una altura, hácia la entrada del estrecho que se llama el Bósforo Cimerio, y junta la laguna con el Ponto Euxino.

Esta ciudad, donde en otro tiempo establecieron los Griegos una colonia, es ahora la capital de un corto imperio que se extiende por la costa oriental del Quersoneso táurico. Treinta

* En abril del año 363 antes de J. C.
** Hoy el Don.

años habia que reinaba allí Leucon, príncipe magnífico y generoso, que mas de una vez habia disipado conjuraciones, y ganado victorias, por su valor y su pericia. Nosotros no le vimos, porque á la sazon estaba al frente de su ejército. Algun tiempo antes los de Heraclea de Bitinia se habian presentado con una armada poderosa para hacer un desembarco en sus Estados. Sabiendo Leucon que sus tropas oponian una debil resistencia al proyecto del enemigo, puso á sus espaldas un cuerpo de escitas con orden de cargar sobre ellas, si tenian la cobardía de huir.

Se citaba un dicho suyo, que me hace estremecer todavía. Sus favoritos, valiéndose de falsas acusaciones, habian separado de él á sus mejores amigos, y apoderádose de sus bienes. Conociólo por fin; y habiéndose atrevido uno de ellos á hacer una nueva delacion, le dijo Leucon: « miserable, yo te mandaria matar, si « los malvados como tú no fueran necesarios á « los déspotas. »

El Quersoneso táurico produce trigo en abundancia: la tierra ligeramente desflorada con la reja del arado, da treinta por uno. Los Griegos hacen allí tal comercio que el rey se habia visto obligado á abrir en Teodosia *, otra ciudad del Bósforo, un puerto capaz de contener cien naves.

* Hoy Caffa.

Los mercaderes atenienses arribaban en gran número tanto á esta plaza como á Panticapea. Allí no pagaban derecho alguno de entrada ni de salida; y la república, reconocida á este príncipe, habia puesto á él y á sus hijos en el número de sus ciudadanos *.

Hallamos un barco de Lesbos pronto á darse á la vela, y su comandante Cleómedes nos ofreció recibirnos á bordo. Mientras llegaba el dia de salir, iba yo y venia, sin saciarme de ver la ciudadela, el arsenal, el puerto, las naves, sus aparejos y maniobras : entraba al acaso en las casas de los particulares, en las fábricas, y en las menores tiendas : salia de la ciudad, y mis ojos se fijaban en los vergeles cubiertos de frutos, y sobre los campos enriquecidos de mieses. Mis sensaciones eran vivas, y mis palabras animadas. No podia quejarme de que no tenia testigos de mi felicidad, pues hablaba de ella á todos. Todo lo que me hacia impresion, iba corriendo á decírselo á Timágenes, como si fuera nuevo para él, así como lo era para mí : le preguntaba si la laguna Meotis era el mayor de los mares, y

* Para que los comerciantes supiesen estos privilegios, los grabaron en tres columnas, situadas la primera en Pireo, la segunda en el Bósforo Tracio, y la tercera en el Bósforo Cimerio; esto es, al principio, medio y fin del derrotero que seguian los barcos mercantes de las dos naciones.

si Panticapea era la mas hermosa ciudad del mundo.

En el discurso de mis viages, y especialmente al principio, experimentaba estas agitaciones siempre que la naturaleza ó la industria me ofrecian objetos nuevos; y cuando eran propios para elevar el alma, mi admiracion necesitaba de aliviarse con las lágrimas que yo no podia detener, ó con excesos de gozo que Timágenes no podia moderar. Debilitada en lo sucesivo mi admiracion, se han desvanecido los placeres que nacian de ella; y he visto con dolor que perdemos en punto á sensaciones lo que ganamos por parte de la experiencia.

No describiré los movimientos que me agitaron cuando á la salida del Bósforo Cimerio se fué descubriendo insensiblemente á mis ojos el mar que se llama Ponto Euxino. Este es una balsa inmensa, casi cercada por todas partes de montes mas ó menos distantes de la costa, y en la cual desaguan cerca de cuarenta rios de Asia y Europa. Tiene de largo, segun dicen, once mil y cien estadios *; y su mayor anchura es de tres mil y trescientos **. En sus costas habitan

* Cerca de cuatrocientas y diez y nueve leguas y media : (cerca de 367 leguas de España, de 4000 pasos cada una).

** Cerca de ciento y veinte y cuatro leguas y tres cuartos : (109 leguas de España).

naciones diferentes entre sí en origen, costumbres y lengua. Se hallan allí de trecho en trecho (y principalmente en las costas meridionales) ciudades griegas fundadas por los de Mileto, Megara y Atenas, edificadas las mas de ellas en sitios fértiles y propios para el comercio. Al este se halla la Cólquide, célebre por el viage de los Argonautas que adornó la fábula, y que hizo mas conocidos para los Griegos estos paises remotos.

Los rios que desaguan en el Ponto le cubren de pedazos de hielo, en tiempo de grandes frios, endulzan el amargor de sus aguas, y acarrean una inmensa cantidad de cieno y de sustancias vegetales, que atraen y engordan los peces. Los atunes, los rodaballos, y casi todas las especies van allí á desovar, y se multiplican tanto mas, cuanto este mar no cria peces voraces y destructores. Comunmente está cubierto de nieblas sombrías, y agitado con tempestades violentas. Para navegar por él, se aguarda la estacion en que los naufragios son menos frecuentes. No es hondo mas que en la parte oriental, donde la naturaleza ha abierto abismos, en que se pierde la sonda.

Mientras Cleómedes nos instruia en estas menudencias, trazaba sobre su libro de memoria el circuito del Ponto Euxino. Luego que le acabó, le dije: sin pensarlo habeis figurado ahí el arco

de que nos servimos en Escitia: esa es precisamente su figura. Pero yo no veo que este mar tenga salida. No comunica con los otros, respondió, mas que por un canal casi semejante á este de que acabamos de salir.

Temiendo Cleómedes separarse de las costas, en lugar de tomar en derechura, torció hácia el oeste, y despues hácia el sur. Conforme las seguiamos, íbamos hablando de las naciones que las habitan: algunas veces vimos acercarse los rebaños á las orillas del mar, porque esta les ofrece una bebida tan grata como saludable. Nos dijeron que en invierno, cuando el mar está cubierto de hielo, los pescadores de aquellas costas arman sus tiendas encima, y echan sus sedales por los agujeros que hacen en el hielo. Vimos á lo lejos la embocadura del Boristenes *, la del Ister ** y de algunos otros rios. Muchas veces pasábamos la noche en tierra, y algunas anclados.

Un dia nos dijo Cleómedes que en otro tiempo habia leido la historia de la expedicion del joven Ciro. ¡Con que la Grecia, dijo Timágenes, ha sabido nuestras desdichas! Menos amargas son sin duda para los que han tenido la suerte fatal de sobrevivir á ellas. Mas decidme, ¿cuál

* Hoy el Dnieper.
** El Danubio.

es la mano que trazó su pintura? Fué, respondió Cleómedes, Xenofonte de Atenas, uno de los generales que condujeron los Griegos á su patria. ¡Ah! exclamó Timágenes, en cerca de treinta años que la suerte me separó de él, esta es la primera noticia que tengo de su vuelta. ¡Ay, cuán dulce hubiera sido para mí volverle á ver, despues de tan larga ausencia! Pero temo que la muerte.....

Tranquilizaos, dijo Cleómedes: todavía vive. ¡Benditos sean los dioses! respondió Timágenes. Aun vive, y recibirá los abrazos de un soldado y de un amigo cuya vida conservó mas de una vez. ¿Sin duda le habrán colmado de honores los Atenienses? Le han desterrado, respondió Cleómedes, porque parecia muy adicto á los Lacedemonios. — ¿Mas á lo menos en su retiro tendrá puestos los ojos en él toda la Grecia? — No; todos se fijan sobre Epaminondas de Tebas. — ¡Epaminondas! ¿Su edad? ¿El nombre de su padre? — Tiene cerca de cincuenta años: es hijo de Polimnis, y hermano de Cafisias. Él es, replicó Timágenes conmovido, él mismo es. Le conocí en su infancia. Aun me parece que estoy viendo su fisonomía. Los vínculos de la sangre nos unieron bien temprano. Tenia yo pocos mas años que él: fué criado en el amor de la pobreza y de la virtud. Jamas se vieron mas rápidos progresos en los ejercicios del cuerpo y del espíritu.

No eran suficientes sus maestros para saciar su necesidad de instruccion. Me acuerdo bien que no podiamos arrancarle de la compañía de un pitagórico triste y severo, llamado Lisis. Cuando yo salí para el ejército de Ciro, no tenia Epaminondas mas que doce á trece años; y ya á veces descubria ciertos rasgos de un gran caracter. Se preveia el ascendiente que un dia habia de tener sobre los demas hombres. Perdonad si soy importuno; pero decidme, ¿cómo ha llenado tan buenas esperanzas?

Cleómedes respondió: ha elevado su nacion, y con sus expediciones la ha hecho la primera potencia de la Grecia. ¡O Tebas! exclamó Timágenes, ¡ó patria mia! ¡lugar feliz donde pasé mi infancia! ¡Mas feliz Epaminondas!..... Una suspension involuntaria le impidió acabar. Entonces exclamé yo: ¡O, y cuánto merece ser amado quien es tan sensible! Y arrojándome á su cuello, mi querido Timágenes, le dije, pues que os interesais tanto por los lugares donde os hizo nacer la casualidad, ¿cuáles deben ser vuestros sentimientos con los amigos que vos mismo elegis? El me respondió, apretándome la mano: muchas veces os he hablado de aquel inalterable amor que conservan los Griegos á su patria, y os costaba trabajo concebirlo: ahora veis, en mis lágrimas, si es profundo y sincero. En efecto lloraba.

Pasados algunos instantes de silencio, preguntó que ¿cómo se habia hecho una revolucion tan gloriosa á los Tebanos? No espereis de mí, dijo Cleómedes, la relacion circunstanciada de lo ocurrido despues de vuestra partida; y así ciñiéndome á los sucesos principales, bastarán ellos para que conozcais el estado actual de la Grecia.

Ya sabeis que por la conquista de Atenas * quedaron todas nuestras repúblicas, en cierto modo, sujetas á los Lacedemonios: que unas se vieron precisadas á solicitar su alianza, y otras á aceptarla. Las calidades brillantes y las ruidosas expediciones de Agesilao, rey de Lacedemonia, parecian amenazarlas con larga esclavitud. Llamado á Asia á socorrer á los Jonios, que habiéndose declarado por el joven Ciro, debian temer la venganza de Artaxerxes; venció muchas veces á los generales de este príncipe; y extendiéndose sus miras con sus triunfos, meditaba el proyecto de llevar sus armas á Persia, y acometer al gran rey en su mismo trono.

Artaxerxes deshizo la tempestad. Las sumas de dinero, derramadas en muchas ciudades de la Grecia, las separaron de los Lacedemonios. Tebas, Corinto, Argos y otros pueblos forma-

* El año 404 antes de J. C.

ron una liga poderosa; y juntas sus tropas en los campos de Coronea de Beocia * vinieron luego á las manos con las de Agesilao, á quien una orden de Lacedemonia habia obligado á interrumpir el curso de sus hazañas. Xenofonte, que peleó al lado de este príncipe, decia que jamas habia visto batalla tan sangrienta. Los Lacedemonios tuvieron el honor de la victoria, y los Tebanos el de retirarse sin huir.

Al paso que esta victoria afirmó el poder de Esparta, hizo brotar nuevas turbulencias y nuevas ligas. Aun entre los mismos vencedores unos estaban cansados de sus sucesos, y otros de la gloria de Agesilao. Teniendo estos últimos á su frente al esparciata Antálcidas, propusieron al rey Artaxerxes dar la paz á las naciones de la Grecia. Juntáronse sus diputados; y Teribazo, sátrapa de Jonia, les declaró la voluntad de su amo, concebida en estos términos:

« El rey Artaxerxes cree que es justo, 1° que « las ciudades griegas del Asia, igualmente « que las islas de Clazomene y Quipre, queden « reunidas á su imperio: 2° que las demas ciu- « dades griegas sean libres; á excepcion de las « islas de Lemnos, de Imbros y Esciros, que « pertenecerán á los Atenienses. Juntará sus « fuerzas á las de los pueblos que aceptaren es-

* El año 395 antes de J. C.

« tas condiciones, y las empleará contra los que « no se conformen á ellas *. »

La ejecucion de un tratado que se dirigia á mudar el sistema político de la Grecia, se confió á los Lacedemonios, quienes lo habian ideado y arreglado sus artículos. Por el primero ponian bajo el yugo de los Persas, á los Griegos del Asia, cuya libertad habia costado tanta sangre en cerca de un siglo: por el segundo, obligando á los Tebanos á reconocer la independencia de las ciudades de Beocia, debilitaban la única potencia que se hallaba acaso en estado de oponerse á sus proyectos: así es, que ni los Tebanos, ni los Argivos consintieron en el tratado hasta que se les obligó por la fuerza. Las otras repúblicas le recibieron sin oposicion, y algunas con ansia.

Pocos años despues **, pasando el esparciata Febidas á la Beocia con un cuerpo de tropas, se acamparon cerca de Tebas. Estaba la ciudad dividida en dos bandos, y cada uno de ellos tenia á su frente uno de los principales magistrados. Leonciades, gefe del partido de los Lacedemonios, incitó á Febidas á que se apoderase de la ciudadela, y le facilitó los medios. Esto se hizo en plena paz, y en un momento

* El año 387 antes de J. C.
** El año 382 antes de J. C.

en que los Tebanos, sin temor ni sospechas, celebraban la fiesta de Ceres. Esta perfidia tan rara se hizo mas odiosa por las crueldades que cometieron con los ciudadanos mas amantes de su patria: cuatrocientos de ellos se refugiaron entre los Atenienses: Ismenias, gefe de este partido, fué cargado de cadenas, y condenado á muerte con pretextos frívolos.

Levantóse en la Grecia un grito general. Los Lacedemonios, temblando de indignacion, preguntaban con furor si Febidas habia tenido órdenes para cometer tal atentado. Agesilao respondió que cuando el bien del Estado lo exigia, era permitido á un general excederse de los términos de sus poderes, y que por este principio se debia juzgar la accion de Febidas. Hallábase entonces en Lacedemonia Leonciades, él cual calmó los ánimos irritándolos contra los Tebanos. Se decidió que se guardaria la ciudadela de Tebas, y que se condenaria á Febidas á una multa de cien mil dracmas *.

De ese modo, dijo Timágenes interrumpiendo á Cleómedes, Lacedemonia se aprovechó del crimen, y castigó al culpado. ¿Y cual fué entonces la conducta de Agesilao? Le acusaron, respondió Cleómedes, de haber sido en secreto, el autor de este atentado y del decreto que ha-

* Noventa mil libras: (338,206 reales de España).

bia consumado la iniquidad. Me habiais inspirado estimacion hácia ese príncipe, replicó Timágenes; mas en vista de semejante infamia....

Deténeos, le dijo Cleómedes: sabed que el virtuoso Xenofonte no ha dejado de admirar, estimar y amar á Agesilao. Yo mismo he hecho muchas campañas á las órdenes de este príncipe. Nada os diré de sus talentos militares, pues vos mismo vereis sus trofeos erigidos en muchas provincias de la Grecia y del Asia; mas puedo aseguraros que le adoraban sus soldados, con quienes partia el trabajo y los peligros: que en su expedicion de Asia asombró á los bárbaros con la sencillez de su exterior, y con la elevacion de sus sentimientos: que en todos tiempos nos causaba admiracion con nuevos rasgos de desinteres, de frugalidad, de moderacion y de bondad: que olvidando su grandeza, sin temor de que los demas la olvidasen, era accesible, de una familiaridad afectuosa, sin acrimonia, sin zelos, siempre pronto á oir nuestras quejas; en fin, el esparciata mas rígido no tenia costumbres mas austeras; ni el ateniense mas amable tuvo jamas tantos atractivos. No añadiré á este elogio mas que un rasgo, y es, que su primer cuidado en las conquistas que hizo en el Asia, fué siempre suavizar la suerte de los prisioneros, y dar libertad á los esclavos.

¿Y qué valen todas esas calidades, replicó

Timágenes, si las marchitó suscribiendo á la injusticia hecha á los Tebanos? Sin embargo de eso, respondió Cleómedes, miraba la justicia como la primera entre las virtudes. Confieso que la violó algunas veces; y sin pretender disculparle, advierto que solo lo hacia en favor de sus amigos, y jamas contra sus enemigos. Mudó de conducta con los Tebanos, ya porque le pareciesen legítimos todos los medios para abatir á una potencia rival de Esparta, ó ya porque quisiese aprovechar la ocasion de vengar sus injurias personales. Habia dominado todas sus pasiones, menos una que le dominaba á él, y que enriquecida con los despojos de las otras, se habia hecho tiránica, injusta, incapaz de perdonar una ofensa: tal era el excesivo amor de la gloria; y los Tebanos habian herido mas de una vez este sentimiento, principalmente cuando desconcertaron su proyecto de destronar al rey de Persia.

El decreto de los Lacedemonios fué la época de su decadencia: la mayor parte de sus aliados los abandonaron; y tres ó cuatro años despues, rompieron los Tebanos aquel yugo odioso *. Algunos ciudadanos intrépidos destruyeron en una noche, y en un momento á los partidarios de la tiranía, y favoreciendo el pueblo sus esfuer-

* El año 379 ó 378 antes de J. C.

zos, evacuaron los esparciatas la ciudadela. Uno de los desterrados, el joven Pelópidas, fué de los principales autores de esta conjuracion. Distinguido por su nacimiento y por sus riquezas, lo fué luego por sus acciones, cuyo esplendor recayó sobre su patria.

De esta manera quedaban cerradas todas las vias de conciliacion entre las dos naciones. El odio de los Tebanos se habia acrecentado prodigiosamente, porque habian sufrido un ultraje sangriento; y el de los Lacedemonios, porque le habian cometido. Aunque estos últimos tenian muchas guerras que sostener, hicieron una irrupcion en la Beocia. Agesilao llevó allá dos veces á sus soldados hechos á vencer bajo sus órdenes: herido en una accion poco decisiva, el esparciata Antálcidas le dijo, señalándole la sangre que corria de la herida: « ved aquí el « fruto de las lecciones que habeis dado á los « Tebanos. » En efecto, estos despues de haber dejado al principio talar sus campos, ensayaron sus fuerzas en pequeños combates, que se multiplicaron luego. Pelópidas los llevaba todos los dias delante del enemigo; y á pesar de lo impetuoso de su caracter, los detenia en los prósperos sucesos, los animaba en sus derrotas, y les enseñaba poco á poco á arrostrar á aquellos Esparciatas, de quienes les intimidaba el valor, y aun mas todavia la fama. El mismo

instruido por sus propios yerros, y por los ejemplos de Agesilao, se apropiaba la experiencia del general mas experto de la Grecia, y en las campañas siguientes recogió el fruto de su trabajo y de sus reflexiones.

Hallábase en la Beocia, y se adelantaba hácia Tebas *, cuando volvia por el mismo camino un cuerpo de lacedemonios mas numeroso que el suyo. Un hombre de á caballo, que se habia adelantado, y los vió salir de un desfiladero, corrió á Pelópidas, exclamando: « hemos caido « en manos de los enemigos. — ¿ Y por qué no « habrán caido ellos en las nuestras? respondió « el general. » Ninguna nacion se habia atrevido hasta entonces á acometer á los Lacedemonios con fuerzas iguales, y mucho menos con fuerzas inferiores. La batalla fué sangrienta, y la victoria estuvo mucho tiempo indecisa: los Lacedemonios, perdidos sus dos generales, y la flor de sus guerreros, se abren, sin perder sus filas, para dejar pasar al enemigo; mas Pelópidas, que queria quedar dueño del campo de batalla, cae otra vez sobre ellos, y gusta por fin del placer de dispersarlos por la llanura.

Este suceso inesperado maravilló á Lacedemonia, á Atenas, y á todas las repúblicas de la Grecia. Cansadas de las calamidades de la guer-

* El año 375 antes de J. C.

ra, resolvieron terminar sus desavenencias amigablemente; para lo cual se convocó la dieta en Lacedemonia, adonde concurrió Epaminondas con los demas diputados de Tebas.

Por este tiempo tenia Epaminondas cuarenta años. Siguiendo el consejo de los sabios, habia vivido hasta entonces oculto; y aun habia hecho mas, que fué ponerse en disposicion de hacer su vida util á los demas. Al salir de su infancia, se tomó el cuidado de acabar por sí su educacion. No obstante la medianía de sus haberes, se llevó á su casa al filósofo Lisis y en sus conversaciones frecuentes, se imbuyó de las sublimes ideas que los pitagóricos han concebido de la virtud; y esta virtud que resplandecia en todas sus acciones, le hacia inaccesible á todos los temores. Al mismo tiempo que robustecia su salud con la carrera, la lucha, y mas con la templanza, estudiaba los hombres, consultaba á los mas sabios, y meditaba sobre las obligaciones del general y del magistrado. En los discursos pronunciados en público no se desdeñaba de los adornos del arte; pero siempre se divisaba en ellos la elocuencia de las almas grandes. Sus talentos, que le han puesto en la clase de los oradores célebres, brillaron por la primera vez en la dieta de Lacedemonia, cuyas operaciones dirigia Agesilao.

Los diputados de las diferentes repúblicas,

trataron allí de sus derechos y sus intereses. Por una casualidad, he visto las arengas de tres embajadores de Atenas. El primero era un sacerdote de Ceres, preocupado con su nacimiento, y envanecido con los elogios que recibia, ó se daba á sí mismo: recordaba las importantes comisiones que los Atenienses habian confiado á los de su familia: hablaba de los beneficios que los pueblos del Peloponeso habian recibido de las divinidades, de quienes era ministro, y concluia diciendo, que nunca era tarde para empezar la guerra, ni temprano para acabarla. Calistrato, orador famoso, en lugar de defender el interes general de la Grecia, tuvo la imprudencia de insinuar, en presencia de todos los aliados, que la union particular de Atenas y Lacedemonia aseguraria á estas dos potencias el imperio de la tierra y del mar. Ultimamente, Autocles, tercer diputado, se extendió con calor sobre las injusticias de los Lacedemonios, que continuamente incitaban á los pueblos á que fuesen libres, y realmente los tenian en esclavitud, bajo el frívolo pretexto de su garantía, concedida por el tratado de Antálcidas.

Os he dicho ya, que conforme á este tratado, debian ser libres todas las ciudades de la Grecia; pero los Lacedemonios, teniendo en su dependencia las ciudades de Laconia, exigian con

altanería, que las de Beocia no estuviesen sujetas á los Tebanos. Como se extendian en quejas amargas contra estos últimos, y no se explicaban con la misma concision que antes, enfadado Epaminondas de sus prolijas invectivas, les dijo un dia: « á lo menos convendreis en que « os hemos obligado á alargar vuestros monosí- « labos. » El discurso que pronunció despues hizo tan viva impresion en los diputados, que Agesilao se sobresaltó. Insistiendo el tebano con vigor sobre la necesidad de un tratado que se fundase únicamente en la justicia y la razon: « ¿ os parece justo y razonable, dijo Agesilao, « conceder la independencia á las ciudades de « la Beocia? — ¿ Y vos, respondió Epaminon- « das, creeis razonable y justo reconocer la de « la Laconia? — Explicaos claramente, replicó « Agesilao lleno de ira: ¿ yo os pregunto, si han « de ser libres las ciudades de la Beocia? — ¿ Y « yo, respondió con entereza Epaminondas, yo « os pregunto si lo han de ser las de la Laconia?» A estas palabras Agesilao borró del tratado el nombre de los Tebanos, y se disolvió la asamblea.

Este fué, segun se dice, el éxito de la famosa conferencia; bien que algunos la cuentan de otro modo, y mas á favor de Agesilao. Sea de esto lo que fuese, los artículos principales del decreto de la dieta eran: que se licenciarian las

tropas: que todos los pueblos gozarian de libertad; y que cada una de las potencias confederadas podria socorrer á las ciudades oprimidas.

Todavía se hubiera podido recurrir á una negociacion; pero arrastrados los Lacedemonios á su ruina, por un espíritu de vértigo, dieron orden al rey Cleombroto, que mandaba en la Fócide el ejército de los aliados, para marchar á la Beocia. Componíase de diez mil infantes y de mil caballos. Los Tebanos no podian oponerles mas que seis mil hombres de infantería, y un corto número de caballos; pero Epaminondas se hallaba á su frente, y Pelópidas estaba á sus órdenes.

Si se citaban agüeros siniestros, él respondia, que el mejor presagio era defender la patria: si se referian oráculos favorables, los acreditaba tanto, que se sospechaba que fuese el autor de ellos. Sus tropas eran aguerridas, y llenas de confianza. La caballería enemiga, reunida sin discernimiento, ni tenia experiencia ni emulacion. Las ciudades aliadas habian consentido en esta guerra con suma repugnancia, y los soldados marchaban á ella disgustados. El rey de Lacedemonia conoció este desaliento; pero tenia enemigos, y se aventuró á todo antes que dar nuevos pretextos á su odio.

Estaban los dos ejércitos en un sitio de la Beo-

cia, llamado Leuctres. La víspera de la batalla, mientras Epaminondas daba sus disposiciones, inquieto de un acaecimiento que iba á decidir de la suerte de su patria, supo que un oficial de distincion acababa de espirar tranquilamente en su tienda. « ¡ Ah dioses buenos! exclamó, ¿quién « tiene tiempo para morir en semejantes cir- « cunstancias? »

La mañana siguiente * se dió aquella batalla que los talentos del general tebano harán memorable para siempre. Cleombroto se habia puesto á la derecha de su ejército con la falange lacedemonia, protegida por la caballería, que formaba la primera línea. Epaminondas, seguro de la victoria, si podia romper esta ala temible, tomó el partido de rehusar su derecha al enemigo, y de acometer por su izquierda; para lo cual hizo pasar allí sus mejores tropas, las ordenó sobre cincuenta de fondo, y puso tambien su caballería en primera línea. Al ver esto, mudó Cleombroto su primera disposicion; pero en lugar de dar mayor fondo á su ala, la prolongó para desbordar á Epaminondas. Durante este movimiento, la caballería tebana cayó sobre la de Lacedemonia, y la hizo retroceder sobre la falange, que ya no tenia mas que doce de fondo. Pelópidas, que mandaba el batallon

* El 8 de julio del año juliano proléptico 371 antes de J. C.

sagrado *, la cogió por el flanco : Epaminondas cargó sobre ella con todo el peso de su columna. Sostuvo ella el choque con un valor digno de mejor causa, y de mejor suceso; pero los prodigios de valor no pudieron librar á Cleombroto; y los guerreros que le rodeaban sacrificaron sus vidas, ó para salvar la suya, ó para retirar su cadaver, que los Tebanos no tuvieron la gloria de llevar.

Despues de su muerte el ejército del Peloponeso se retiró á su campo, situado sobre una altura vecina. Algunos lacedemonios proponian que se volviese al combate; pero los generales, atónitos con la pérdida que Esparta acababa de sufrir, y no pudiendo contar con los aliados, mas satisfechos que consternados de su humillacion, dejaron á los Tebanos levantar pacíficamente un trofeo sobre el campo de batalla. La pérdida de estos últimos fué corta: la del enemigo ascendió á cuatro mil hombres, entre los cuales se contaban mil lacedemonios. De setecientos esparciatas, perdieron la vida cuatrocientos.

El primer rumor de esta victoria no excitó en Atenas mas que una indecente envidia contra los Tebanos. En Esparta despertó aquellos

* Este era un cuerpo de trescientos jóvenes tebanos, famosos por su valentia.

sentimientos extraordinarios que las leyes de Licurgo imprimen en todos los corazones. Asistia el pueblo á los juegos solemnes, en que los hombres de toda edad se disputaban el premio de la lucha, y de otros ejercicios gimnásticos. A la llegada del correo previeron los magistrados el fin de Lacedemonia; y sin interrumpir el espectáculo, hicieron saber á cada familia la pérdida que acababa de padecer exhortando á las madres y á las esposas á reprimir su dolor en el silencio. La mañana siguiente se vió á estas familias con la alegria pintada en el semblante, ir presurosas á los templos y á la plaza pública, á dar gracias á los dioses, y darse mútuamente la enhorabuena de haber dado á la patria ciudadanos tan valerosos. Las demas no se atrevian á presentarse en público, ó se dejaban ver con el aparato de la tristeza y del duelo. El dolor de la afrenta y el amor de la patria pudieron tanto en la mayor parte de ellas, que los esposos no podian sufrir sin rubor las miradas de sus esposas, y las madres temian la vuelta de sus hijos.

Tanto se ensoberbecieron los Tebanos con este suceso, que el filósofo Antístenes decia: « á mí me parece ver á unos discípulos llenos « de orgullo porque han azotado á su maestro.» Por otro lado, no queriendo los Lacedemonios confesar su derrota, pidieron que las dos na-

ciones se atuviesen al juicio de los Aqueos.

Epaminondas y Pelópidas fueron nombrados dos años despues por beotarcos, ó gefes de la liga beociana *. El concurso de circunstancias, la estimacion, la amistad, la uniformidad de miras y pensamientos, formaban entre ellos una union indisoluble. El uno tenia sin duda mas virtudes y talentos; pero el otro hacia que desapareciese esta superioridad, reconociéndola. Con este fiel compañero de sus trabajos y de su gloria, entró Epaminondas en el Peloponeso, llevando el terror y la desolacion á los pueblos adictos á Lecedemonia, acelerando la separacion de otros, y rompiendo el yugo con que gemian los Mesenios muchos siglos antes. Setenta mil hombres de varias naciones marchaban bajo su mando con una confianza igual, á quienes condujo á Lacedemonia, resuelto á acometer á sus habitantes hasta en sus hogares, y á erigir un trofeo en medio de la ciudad.

Esparta, sin muros ni ciudadela, tiene muchas alturas, que Agesilao tuvo el cuidado de guarnecer con tropas, y colocó su ejército en la falda de la mas alta de ellas. Desde allí vió á Epaminondas acercarse al frente de su ejército, y dar disposiciones para pasar el Euro-

* El año 369 antes de J. C.

tas, que venia crecido con las nieves derretidas. Despues de haberle seguido largo rato con la vista, no se le oyeron mas que estas palabras: « ¡ qué hombre! ¡ qué prodigio! »

Entre tanto mil mortales inquietudes agitaban á este príncipe. Por fuera un ejército formidable; adentro un corto número de soldados, que ya no se tenian por invencibles; y un gran número de facciosos, que todo lo creian permitido: las murmuraciones y quejas de los habitantes, que veian sus posesiones asoladas, y sus vidas en peligro; el grito general, que le acusaba de autor de todos los males de la Grecia; la memoria cruel de un reinado en otro tiempo tan floreciente, y al fin deshonrado con un espectáculo tan nuevo como espantoso; porque hacia cinco ó seis siglos que los enemigos apenas se habian atrevido á intentar algunas correrías pasageras en los confines de la Laconia; pero jamas habian visto las mugeres de Esparta el humo de sus campamentos.

A pesar de tan justos motivos de temores, mostraba Agesilao una frente serena, y despreciaba las injurias del enemigo, que para obligarle á dejar sus puestos, ya le daba en cara con su cobardía, ya asolaba á sus ojos las campiñas vecinas. En medio de esto, cerca de doscientos conjurados se habian posesionado de un puesto importante, y difícil de forzar. Propusiéronle

que hiciese marchar contra ellos un cuerpo de tropas; pero Agesilao desechó la propuesta, y él mismo se presentó á los rebeldes con un solo criado, diciéndoles: « habeis entendido mal mis « órdenes; pues no es aquí adonde debiais venir, « sino á tal y tal parte. » Al mismo tiempo les señaló los sitios donde tenia ánimo de dispersarlos, y fueron luego á ocuparlos.

Entre tanto perdia Epaminondas las esperanzas de atraer los Lacedemonios á la llanura. El invierno estaba muy adelantado: los de Arcadia, Argos y Elea habian abandonado ya el sitio: los Tebanos perdian gente todos los dias, y comenzaban á carecer de víveres: los Atenienses y otros pueblos hacian levas para ayudar á Lacedemonia. Por estas razones, viéndose precisado Epaminondas á retirarse, taló el resto de la Laconia, y despues de haber evitado el encuentro con el ejército de los Atenienses, mandado por Ifícrates, llevó tranquilamente el suyo á la Beocia.

Los gefes de la liga beociana no están en ejercicio mas de un año, pasado el cual, deben entregar el mando en manos de sus sucesores. Epaminondas y Pelópidas le habian conservado cuatro meses mas del término señalado por la ley; por lo cual fueron acusados y citados ante la justicia. El último se defendió sin decoro, y recurrió á las súplicas. Epaminondas se presentó

ante sus jueces con la misma serenidad que al frente del ejército. «La ley me condena, les «dijo: yo merezco la muerte; y solamente pido «que sobre mi sepulcro se grabe esta inscrip- «cion: los Tebanos hicieron morir á Epaminon- «das porque en Leuctres les obligó á acometer «y vencer á aquellos Lacedemonios, á quienes «antes no se atrevian á mirar: porque su victo- «ria salvó su patria, y dió la libertad á la Gre- «cia: porque bajo su mando sitiaron los Tebanos «á Lacedemonia, que se dió por muy dichosa «de poder evitar su ruina: porque reedificó á «Mesena, y la circundó de fuertes murallas.» Los concurrentes aplaudieron el discurso de Epaminondas, y los jueces no se atrevieron á condenarle.

La envidia, que crece al paso que se la abate, creyó encontrar la ocasion para humillarle; y en la distribucion de los empleos encargaron al vencedor de Leuctres cuidar de la limpieza de las calles, y de la conservacion de los albañales de la ciudad; pero él realzó esta comision, y manifestó lo que él mismo habia dicho, esto es, que no se debe juzgar de los hombres por los empleos, sino de los empleos por los que los ocupan.

En el espacio de los seis años que han pasado despues, hemos visto mas de una vez á Epaminondas hacer respetar las armas tebanas en el Peloponeso, y á Pelópidas hacerlas triunfar en

Tesalia. Hemos visto á este último buscado para árbitro entre dos hermanos, que se disputaban el trono de Macedonia, terminar sus desavenencias, pasar despues á la corte de Suza, donde su reputacion, que le habia precedido, le grangeó distinciones brillantes * : desconcertar los medios de que se valian los diputados de Atenas y Lacedemonia, para conseguir la proteccion del rey de Persia; y lograr para su patria un tratado que la unia estrechamente con este príncipe.

El año próximo pasado ** marchó contra un tirano de Tesalia, llamado Alejandro, y murió en un combate persiguiendo al enemigo, á quien habia obligado á huir vergonzosamente. Tebas, y las potencias aliadas lloraron su muerte: Tebas ha perdido uno de sus apoyos, pero le queda Epaminondas, quien se propone dar los últimos golpes á Lacedemonia. Todas las repúblicas de la Grecia se dividen, forman ligas, y hacen inmensos preparativos. Se cree que los Atenienses se juntarán á los Lacedemonios, y que esta union no detendrá Epaminondas. La primavera próxima decidirá esta gran querella. Tal fué la relacion de Cleómedes.

Despues de muchos dias de feliz navegacion,

* El año 367 antes de J. C.
** El año 364 antes de J. C.

llegamos al Bósforo de Tracia. Este es el nombre que dan al canal de que nos habia hablado Cleómedes. La entrada es peligrosa: los vientos contrarios arrojan las naves muy á menudo contra las costas vecinas, donde los navegantes no encuentran sino la esclavitud ó la muerte; porque los habitantes de aquel pais son verdaderos bárbaros, pues son crueles.

Al entrar en el canal, la tripulacion dirigió mil acciones de gracias á Júpiter, con el renombre Urio, cuyo templo teniamos á la izquierda, sobre las costas de Asia, por habernos preservado de los peligros de mar tan borrascoso. Entre tanto decia yo á Timágenes: el Ponto Euxino recibe, segun se asegura, cuarenta rios, algunos muy caudalosos, y no es posible que salgan por un canal tan estrecho. ¿Qué se hace pues esta prodigiosa cantidad de agua, que entra dia y noche en este vasto recipiente? Parte de ella, respondió Timágenes, la veis correr por aquí; la demas, reducida á vapores, debe de ser atraida por los rayos del sol; porque siendo mas dulces las aguas de este mar, y por consiguiente mas ligeras que las otras, se evaporan mas fácilmente. ¿Qué sabemos? Quizá los abismos de que hace poco nos habló Cleómedes, absorven una parte de las aguas del Ponto, y las conducen á mares apartados por subterraneos abiertos por debajo del continente.

El Bósforo de Tracia separa la Europa de la Asia. Su longitud desde el templo de Júpiter hasta la ciudad de Bizancio donde termina, es de ciento y veinte estadios *. Su anchura es varia: á la entrada es de cuatro estadios **, á la parte opuesta de catorce ***. En algunos parages forman las aguas grandes conchas y profundas bahías.

Por un lado y por otro se eleva el terreno en forma de anfiteatro, y presenta las vistas mas agradables y variadas. Las colinas cubiertas de árboles, y las cañadas fértiles, hacen á veces un contraste admirable con los peñascos, que repentinamente mudan la direccion del canal. Sobre las alturas se ven los monumentos de la devocion de los pueblos: sobre las riberas casas agradables, puertos tranquilos, ciudades y lugares ricos, con el comercio, y arroyos que vienen con el tributo de sus aguas. Estas pinturas se animan en ciertas estaciones, con la multitud de barcos pescadores, y de naves que van

* Cuatro leguas, y mil y trescientas y cuarenta toesas: (3 leguas, 3870 pasos de España).

** Trescientas setenta y ocho toesas: (529 pasos de España).

*** Mil y trescientas veinte y tres toesas: (1851 y medio pasos de España).

—Los antiguos están discordes, y mas los modernos, sobre estas medidas como sobre las del Ponto Euxino, Propóntide y Helesponto. Yo he debido atenerme en lo general á las de Heródoto, que eran mas comunes en la época de este viage.

al Ponto Euxino, ó que sacan sus esquilmos.

Hácia la mitad del canal nos mostraron el parage por donde Darío, rey de Persia, hizo pasar por un puente de barcas setecientos mil hombres, que conducia contra los Escitas. El estrecho, que no tiene mas de cinco estadios de anchura *, se halla allí ceñido por un promontorio, sobre el cual hay un templo de Mercurio. En aquel sitio puestos dos hombres, uno en Asia y otro en Europa, pueden hablarse muy fácilmente. Poco despues descubrimos la ciudadela y muros de Bizancio, y entramos en su puerto despues de haber dejado á la izquierda la pequeña ciudad de Crisópolis, y avistado al mismo lado la de Calcedonia.

* Cuatrocientas setenta y dos toesas y media. (661 y cuarto pasos de España.)

CAPITULO II.

DESCRIPCION DE BIZANCIO. COLONIAS GRIEGAS. EL ESTRECHO DEL HELESPONTO. VIAGE DESDE BIZANCIO Á LESBOS.

Bizancio, fundada en otro tiempo por los Megarienses, y sucesivamente reedificada por los Milesienses y otros pueblos de la Grecia, está situada sobre un promontorio, cuya figura es casi triangular. No puede darse mas bella ni mas magnífica situacion. La vista, paseándose por el horizonte, descansa á la derecha en el mar, que se llama Propóntide: al frente, y mas allá de un canal estrecho, en las ciudades de Crisópolis y Calcedonia: despues en el estrecho del Bósforo;

y últimamente en colinas fértiles, y en un golfo que sirve de puerto, y se mete en tierra sesenta estadios *,

La ciudadela ocupa la punta del promontorio: los muros de la ciudad están hechos de piedras grandes y cuadradas, tan bien unidas, que parece que forman un solo trozo: por la parte de tierra son muy altos, y mucho menos por las demas, porque están naturalmente defendidos por la violencia de las olas, y en ciertos parages por las rocas en que están construidos, y se meten en el mar.

Ademas de un gimnasio y muchas especies de edificios públicos, se hallan en esta ciudad todas las comodidades que un pueblo rico y numeroso se puede proporcionar. Júntase este en una plaza bastante capaz para poner en ella un corto ejército formado en batalla, y allí confirma ó reprueba los decretos de un senado mas ilustrado que él. Esta inconsecuencia me ha sorprendido en muchas ciudades de la Grecia; y mil veces me he acordado de aquel dicho de Anacarsis á Solon: «entre vosotros los sabios «deliberan, y los locos resuelven.»

El terreno de Bizancio produce mucha abundancia de granos y frutos, que están continuamente expuestos á las correrías de los Tracios,

* Dos leguas y cuarto: (cerca de 2 leguas de España).

que habitan en las poblaciones inmediatas. Hasta en el puerto mismo se pesca una multitud extraordinaria de peces, en otoño, cuando bajan del Ponto Euxino á los mares inferiores, y en primavera, cuando vuelven al Ponto. Esta pesca y las salazones aumentan las rentas de la ciudad, llena por otra parte de negociantes, y floreciente con un comercio activo y continuo. Su puerto al abrigo de las tempestades, atrae las naves de toda la Grecia. Su posicion á la cabeza del estrecho, la pone en disposicion de detener, ó sujetar á derechos subidos á los que trafican en el Ponto Euxino, y de quitar las subsistencias á las naciones que las sacan de allí. De esto dimanan los esfuerzos hechos por los Atenienses y Lacedemonios para atraerla á sus intereses. Por este tiempo era aliada de los primeros.

Cleómedes habia cargado de sal en Panticapea; pero como es mas estimada la de Bizancio, completó allí su cargamento; y despues de haber concluido sus negocios, salimos del puerto, y entramos en la Propóntide. La anchura de este mar es, segun se cree, de quinientos estadios *, y su largo de mil y cuatrocientos **. En la costa se ven muchas ciudades célebres, fundadas ó

* Cerca de diez y nueve leguas: (16 y media leguas de España).

** Cerca de cincuenta y tres leguas: (46 y cuarta leguas de España).

conquistadas por los Griegos: á un lado Selimbria, Perinto, y Bizanto: al otro Astaco en Bitinia, y Cizico en Misia.

Los mares que habiamos navegado, presentaban en sus costas muchas ciudades formadas por los pueblos de la Grecia *. Otras debia yo encontrar en el Helesponto, y sin duda en mares mas remotos. ¿Cuáles fueron los motivos de estas emigraciones? ¿A qué parte fueron dirigidas? ¿Han conservado las colonias relaciones con sus metrópolis? Cleómedes tendió algunos mapas, y Timágenes respondió sin tardanza á mis preguntas.

La Grecia, me dijo, es una península que termina el mar Jonio por el occidente, y el Egeo por el oriente. Comprende en el dia el Peloponeso, la Atica, la Fócide, la Beocia, la Tesalia, la Etolia, la Acarnania, una parte de Epiro, y algunas otras provincias pequeñas. Aquí es donde entre muchas ciudades florecientes, sobresalen Lacedemonia, Corinto, Atenas y Tebas.

Este pais es de muy corta extension **, esteril en lo general, y casi en todo erizado de montes. Los salvages que le habitaron antiguamente, se reunieron por necesidad, y mas adelante

* Véase la cuarta tabla genealógica y cronológica de las colonias griegas en el tomo VII de esta obra.

** Cerca de mil y novecientas leguas cuadradas. (Cerca de 1700 leguas cuadradas de España.)

se derramaron por diversas partes. Demos una mirada rápida al estado actual de nuestras posesiones.

Al occidente ocupamos las islas inmediatas, como son Zacinto, Cefalenia y Corcira: tenemos tambien algunos establecimientos en las costas de Iliria. Mas lejos hemos formado sociedades grandes y poderosas en la parte meridional de la Italia, y en casi toda la Sicilia. Mas lejos todavía, en el pais de los Celtas, hallareis á Marsella, fundada por los Focenses, madre de muchas colonias establecidas en las costas vecinas: Marsella, que puede gloriarse de haberse dado leyes sábias, de haber vencido á los Cartagineses, y de hacer florecer las ciencias y las artes en una region bárbara.

En Africa tenemos la opulenta ciudad de Cirene, capital del reino del mismo nombre, y la de Neucratis, situada en una de las bocas del Nilo.

Volviendo hácia el norte, nos hallareis en posesion de casi toda la isla de Quipre, de la de Rodas, y de la de Creta, de las del mar Egeo, de una gran parte de las costas de Asia, enfrente de estas islas, de las del Helesponto, de muchas costas de la Propóntide y del Ponto Euxino.

Los Atenienses, por su posicion llevaron sus colonias al oriente; y los pueblos del Pelopo-

neso al occidente de la Grecia. Los habitantes de la Jonia, y de muchas islas del mar Egeo, son oriundos de Atenas. Los Corintios son los fundadores de muchas ciudades de Sicilia, y los Lacedemonios de otras muchas de la Grecia mayor.

El exceso de poblacion en una comarca, la ambicion de los gefes, el amor de la libertad en los particulares, las enfermedades contagiosas y frecuentes, los oráculos impostores, y los votos indiscretos, dieron motivo á muchas emigraciones: las miras de comercio y de política oçasionaron las mas modernas. Unas y otras han dado nuevos paises á la Grecia, é introducido en el derecho público las leyes de la naturaleza y del sentimiento.

Los vínculos que unen á los hijos con aquellos á quienes deben el ser, subsisten entre las colonias y las ciudades que las han fundado; y así respectivamente toman los tiernos y respetables nombres de hija, hermana, madre y abuela; de cuyos títulos nacen sus recíprocas obligaciones.

La metrópoli debe naturalmente proteger á sus colonias, las que por su parte se imponen la obligacion de volar al socorro de aquella, si se halla amenazada. Comunmente reciben de su mano los sacerdotes, los magistrados y los generales: adoptan ó conservan sus leyes, sus usos, y el culto de sus dioses: todos los años

envian á sus templos las primicias de sus cosechas : sus ciudadanos tienen en ellas la primera parte en la distribucion de las víctimas, y los puestos mas distinguidos en los juegos y asambleas del pueblo.

Tantas prerogativas concedidas á la metrópoli, no hacen odiosa su autoridad. Las colonias son libres en su dependencia, como los hijos en los homenages que tributan á los padres dignos de su amor. Tal es á lo menos el espíritu que deberia animar á la mayor parte de las ciudades de la Grecia, y hacer mirar á Atenas, Lacedemonia y Corinto como las madres ó troncos de tres numerosas familias, repartidas en las tres partes del mundo. Pero las mismas causas que apagan entre los particulares los sentimientos de la naturaleza, turban todos los dias estas familias de ciudades; y la violacion aparente ó real de sus mutuos deberes, se ha hecho muy comunmente el pretexto ó motivo de guerras que han despedazado la Grecia.

Las leyes de que acabo de hablar no obligan sino á las colonias que se han expatriado por orden, ó con aprobacion de su metrópoli : las demas, y principalmente las que están muy lejos, se limitan á conservar la tierna memoria de los lugares de su origen. Las primeras no son por lo comun mas que almacenes útiles ó necesarios al comercio de la patria-madre; tenién-

dose por muy felices, si los pueblos que han echado á lo interior, las dejan tranquilas, ó consienten en el cambio de sus géneros. Aquí, por ejemplo, se han establecido los Griegos en las costas del mar; por allí tenemos á la derecha las fértiles campiñas de la Tracia: á la izquierda los límites del vasto imperio de la Persia, ocupados por los Bitinios y Misios. Estos últimos se extienden á lo largo del Helesponto, donde vamos á entrar.

Este estrecho era el tercero que encontraba en mi navegacion, desde que salí de Escitia. Tiene de largo cuatrocientos estadios *. Le pasamos en poco tiempo; porque el viento era favorable, y rápida la corriente. Las orillas de este rio (pues tal es el nombre que se puede dar á este brazo de mar) están cruzadas de colinas, y cubiertas de ciudades y aldehuelas. A un lado descubrimos la ciudad de Lampsaco, cuyo territorio es famoso por su viñedo: al otro, la embocadura de un riachuelo llamado Egos-Potamos, donde Lisandro ganó aquella célebre batalla que puso fin á la guerra del Peloponeso. Mas allá están las ciudades de Sestos y Abidos, casi fronterizas. Cerca de la primera está la torre de Hero. Allí es, me dijeron, donde una

* Quince leguas y trescientas toesas: (cerca de 13 y cuarta leguas de España).

sacerdotisa de Venus se arrojó á las olas, por haber estas sumergido á su amante Leandro, quien para ir á verla tenia que atravesar el canal á nado.

Aquí, me dijeron tambien, no tiene el estrecho mas de siete estadios de anchura. Xerxes al frente del ejército mas formidable que se ha visto, atravesó por aquí el mar sobre dos puentes que hizo construir. Poco tiempo despues le volvió á pasar por el mismo parage en un barco de pescador. De este lado está el sepulcro de Hécuba; y del otro el de Ayax. Ved aquí el puerto desde donde salió para Asia la armada de Agamenon, y allí las costas del reino de Priamo.

A la sazon nos hallábamos á la punta del estrecho: yo estaba lleno de Homero y de sus pasiones; y pedí con instancia que me echasen en tierra. Puesto en la orilla ví á Vulcano verter torrentes de llamas sobre las ondas espumosas del Escamandro, indignado contra Aquiles: me acerqué á las puertas de la ciudad, y se partió mi corazon con la tierna despedida de Andrómaca y Hector; ví sobre el monte Ida á Paris adjudicando el premio de la hermosura á la madre de los amores: ví llegar allí á Juno; la tierra se sonreia en su presencia; las flores nacian bajo sus plantas, y traia el cíngulo de Venus: nunca mereció mejor que la llamasen madre de los dioses.

Pero no tardó en disiparse tan dulce ilusion, y no pude reconocer los sitios inmortalizados por los poemas de Homero. Ningun vestigio ha quedado de la ciudad de Troya, y hasta sus ruinas han desaparecido. Las arenas y fango arrojado por el mar, y los temblores de tierra han mudado la haz de este pais.

Volví á mi nave, y me regocijé cuando supe que se iba á concluir nuestro viage, pues que estábamos en el mar Egeo, y á la mañana siguiente estariamos en Mitilene, una de las ciudades principales de Lesbos.

Dejamos á la derecha las islas de Imbros, Samotracia y Tasos, célebre la última por sus minas de oro, y la segunda por la santidad de sus misterios. A la tarde descubrimos al lado de Lemnos, que acabábamos de dejar al oeste, unas llamas que se levantaban de cuando en cuando por los aires. Dijéronme, que salian de la cumbre de un monte; que la isla estaba llena de fuegos subterraneos; que se encontraban allí fuentes de agua caliente, y que los Griegos antiguos no atribuian estos efectos á causas naturales; sino, decian, que Vulcano habia puesto uno de sus obradores en Lemnos, y allí forjaban los Cíclopes los rayos de Júpiter. El pueblo cree oir los golpes del martillo, en el ruido sordo que acompaña á veces á la erupcion de las llamas.

Seria media noche, cuando costeamos la isla de Tenedos. Al amanecer entramos en el canal que separa á Lesbos del continente inmediato. Luego despues nos hallamos enfrente de Mitilene, y vimos en el campo una procesion que se adelantaba lentamente hácia un templo, que divisamos á lo lejos; y era el de Apolo, cuya fiesta se celebraba. Mil voces sonoras hacian resonar el aire con sus cánticos. El dia estaba sereno: un céfiro blando jugueteaba en nuestras velas. Absorto con este espectáculo, no advertia que estábamos en el puerto. Cleómedes encontró sobre el muelle á sus parientes y amigos, que le recibieron con raptos de alegría. Con ellos se habia juntado una multitud de marineros y artesanos, quienes fijando en mí la vista, preguntaban con una curiosidad turbulenta, quién era yo, de dónde venia, y adónde iba. Nos alojamos en casa de Cleómedes, que se encargó de proporcionarnos el medio de pasar al continente de la Grecia.

CAPITULO III.

DESCRIPCION DE LESBOS. PITACO, ARION, TERPANDRO, ALCEO, SAFO.

Por grande que fuese el deseo que tenia las imágenes de ver su patria, esperamos mas de un mes la salida de un barco que debia llevarnos á Calcis, capital de la Eubea: yo empleé este tiempo en instruirme de todo lo que merecia atencion en el país que habitaba.

Dan á Lesbos mil y cien estadios de circunferencia *. Lo interior de la isla, especialmente

* Cuarenta y una leguas, y mil cuatrocientas y cincuenta toesas: (36 leguas y 1475 pasos de España).

hácia la parte del este, y del oeste, está cortada con montes y colinas; unas cubiertas de viñas, otras de hayas, cipreses y pinos, y otras que dan un marmol comun y poco estimado. Los llanos que dejan en sus intervalos producen trigo en abundancia. En muchas partes se hallan manantiales de agua caliente, ágatas, y otras varias piedras preciosas: casi en todas mirtos, olivos, é higueras; pero la riqueza principal de los habitantes consiste en los vinos, que en varios paises prefieren á todos los de la Grecia.

A lo largo de las costas ha abierto la naturaleza bahías, al rededor de las cuales se han edificado ciudades, que ha fortificado el arte, y ha hecho florecientes el comercio. Tales son Mitilene, Pirra, Metimna, Arisba, Ereso y Antisa. Su historia solo ofrece una serie de revoluciones. Despues de haber gozado por mucho tiempo de la libertad, ó gemido en la esclavitud, sacudieron el yugo de los Persas, en tiempo de Xerxes; y durante la guerra del Peloponeso se separaron mas de una vez de la alianza de los Atenienses; pero siempre se vieron en la precision de volver á ella, y la conservan en el dia. Una de estas separaciones tuvo consecuencias tan funestas, como fué ligero el motivo.

No habiendo podido uno de los principales

habitantes de Mitilene lograr para sus hijos dos ricas herederas, sembró la discordia entre los habitantes de esta ciudad, los acusó de que querian juntarse con los Lacedemonios; y tanto adelantó con sus intrigas, que Atenas envió á Lesbos una armada, para prevenir ó castigar este ultraje. Las ciudades vecinas, exceptuando á Metimna, se armaron en vano en favor de su aliada. Los Atenienses las subyugaron en poco tiempo, tomaron á Mitilene, arrasaron sus muros, se apoderaron de sus naves, y dieron muerte á mil de los principales habitantes. No se respetó mas que el territorio de Metimna: el resto de la isla se dividió en tres mil porciones: trescientas se consagraron al culto de los dioses, y las otras se sortearon y distribuyeron entre los Atenienses, quienes no pudiendo cultivarlas por sí mismos, las arrendaron á los antiguos propietarios en dos minas cada porcion; lo que producia cada año á los nuevos poseedores una suma de noventa talentos*.

Despues de esta época fatal Mitilene, habiendo reparado sus pérdidas y levantado sus muros, ha llegado al mismo punto de esplendor, que habia tenido muchos siglos antes. La extension de su recinto, la hermosura de sus edificios, el número y riqueza de sus habitantes la hacen

* Cuatrocientas ochenta y seis mil libras: (1,810,588 rs. vn).

mirar como la capital de Lesbos. La ciudad antigua, situada en una isleta está separada de la nueva por un brazo de mar. Esta última se extiende á lo largo de la costa, por una llanada que termina en colinas cubiertas de viñas y olivos, mas allá de las cuales se extiende un terreno muy fertil y poblado. Mas por feliz que parezca la posicion de Mitilene, reinan allí vientos que algunas veces hacen insufrible su mansion. Los del mediodia y noroeste causan en ella varias enfermedades; y el de norte que las cura, es tan frio, que cuando corre, apenas se puede parar en las plazas ni en las calles. Su comercio atrae muchas embarcaciones extrangeras á sus puertos, situados uno al norte, y otro al mediodia de la ciudad. El primero, mayor y mas hondo que el segundo, está al abrigo de las olas y vientos, por un muelle ó escollera de grandes peñascos.

Lesbos es el pais de los placeres, ó mas bien de la mas desenfrenada licencia. Sus habitantes tienen, en punto á moral, unas máximas que se tuercen á su arbitrio, y se acomodan á las circunstancias, con la misma facilidad que ciertas reglas de plomo de que usan sus arquitectos*. Acaso nada me ha sorprendido mas en

* Estas reglas servian para medir toda especie de superficie, plana ó curva.

mis viages que esta disolucion, y las mudanzas pasageras que produjo en mi alma. Yo habia recibido sin examen las impresiones de la infancia; y mi razon, formada sobre la fe y sobre el ejemplo de la de otros, se halló repentinamente como peregrina en un pueblo mas ilustrado. Reinaba en este nuevo mundo una libertad de ideas y de sentimientos, que me afligió al principio; pero insensiblemente me enseñaron los hombres á avergonzarme de mi sobriedad, y las mugeres de mi recato. Menos rápidos fueron mis progresos en la política de los modales y lenguage: yo era como un arbol silvestre trasplantado de una selva á un jardin, cuyas ramas necesitan tiempo para doblarse al arbitrio del jardinero.

Mientras duraba esta educacion, me ocupaban los personages célebres que ha producido Lesbos. Pondré al frente de los nombres mas distinguidos el de Pítaco, á quien la Grecia contaba en el número de sus sabios.

Mas de dos siglos pasados desde su muerte no han hecho otra cosa que aumentar el esplendor de su gloria. Su valor y prudencia libertaron á su patria Mitilene de los tiranos que la oprimian, de la guerra que mantenia contra los Atenienses, y de las divisiones interiores que la despedazaban. Cuando se depositó en sus manos el poder que ella ejercia sobre sí misma

y sobre toda la isla, le aceptó únicamente con el fin de restablecer la paz, y darle las leyes que necesitaba. Hay entre ellas una que ha merecido la atencion de los filósofos; y es la que impone pena doblada á las faltas cometidas en la embriaguez. No parecia proporcionada al delito; pero era necesario quitar el pretexto de la ignorancia á los excesos en que el vicio del vino precipitaba á los Lesbios. Acabada que fué la obra de su legislacion, resolvió consagrar el resto de sus dias al estudio de la sabiduría, y abdicó sin fausto el poder soberano. Preguntándole el motivo, respondió: « me ha horro-« rizado el ver á Periandro de Corinto ser el « tirano de sus súbditos, despues de haber « sido su padre: es muy difícil ser siempre vir-« tuoso. »

La música y la poesía han hecho tales progresos en Lesbos, que á pesar de hablarse una lengua menos pura que en Atenas, los Griegos dicen aun todos los dias, que en los funerales de los Lesbios las musas de luto hacen resonar los aires con sus gemidos. Tiene esta isla una escuela de música, que contaria su origen en los siglos mas remotos, si se hubiera de dar crédito á una tradicion que me contaron en Metimna. Me causa algun rubor el referirla; mas para conocer bien á los Griegos, es bueno echar de cuando en cuando una mirada sobre

las ficciones que adornan ó desfiguran sus anales. En efecto, en la historia de este pueblo, se ve el caracter de sus pasiones, y en sus fábulas el de su espíritu.

Despedazado por las Bacantes Orfeo, cuyos cantos hacian tantos prodigios, fué arrojada su cabeza y su lira en el Hebro, rio de Tracia, y trasportadas por las olas del mar hasta las costas de Metimna. En este tránsito la voz de Orfeo se oia con tono afectuoso acompañado de la lira, cuyas cuerdas agitaba el viento dulcemente. Los habitantes de Metimna sepultaron la cabeza en el parage que me mostraron, y colgaron la lira en el templo de Apolo: en recompensa el dios les inspiró gusto á la música, y hizo brotar entre ellos muchos talentos para ella. Mientras el sacerdote de Apolo nos contaba esto, añadió un ciudadano de Metimna que las Musas habian enterrado el cuerpo de Orfeo en un pais de la Tracia, y que en las inmediaciones de su sepulcro se hallan ruiseñores que tienen la voz mas melodiosa que en otras partes.

Lesbos ha producido una sucesion de hombres de talento, que se han trasmitido el honor de exceder á los demas músicos de la Grecia, en el arte de tocar la lira. Los nombres de Arion de Metimna y de Terpandro de Antisa decoran esta lista numerosa.

El primero de ellos, que vivia hace cerca de trescientos años, dejó una coleccion de poesías que cantaba al son de la lira, como hacian en aquel tiempo todos los poetas. Despues de haber inventado, ó á lo menos perfeccionado los ditirambos, especie de versos de que hablaré en adelante, los acompañó con danzas al rededor, cuyo uso se conserva hasta hoy. Periandro, tirano de Corinto, le detuvo mucho tiempo en esta ciudad. Salió de allí para Sicilia, donde llevó el premio en un certamen de música.

Habiéndose embarcado en Tarento en un barco corintio, resolvieron los marineros arrojarle al mar para robarle; pero él mismo se tiró al agua despues de haber hecho inútiles tentativas para ablandarlos con la hermosura de su voz. Un delfin mas sensible que ellos le trasladó, segun cuentan, al promontorio de Ténaro: especie de prodigio, cuya posibilidad me quisieron probar con razones y ejemplos. El hecho testificado por Arion en uno de sus himnos, conservado entre las tradiciones de Lesbos, me le confirmaron en Corinto, donde se dice que Periandro habia mandado quitar la vida á los marineros. En Ténaro, sobre el Helicon, y en otras partes he visto yo mismo la estatua de este poeta, representada siempre sobre un delfin. Añádamos á esto, que no solamente los del-

fines parecen sensibles á la música, capaces de agradecimiento, y amigos del hombre, sino que mas de una vez han renovado esta escena afectuosa de que acabo de hablar. Ellos libraron del naufragio á Taras, fundador de Tarento; y Aristóteles me hizo observar cierto dia que los habitantes de aquella ciudad habian consignado este hecho en su moneda *.

Terpandro vivió en tiempo de Arion poco mas ó menos. Ganó muchas veces el premio en los juegos públicos de la Grecia; pero sus verdaderas victorias fueron los descubrimientos que hizo. Añadió tres cuerdas á la lira, que antes solo tenia cuatro: compuso para varios instrumentos sonatas que sirvieron de modelos: introdujo en la poesía nuevos ritmos, y puso una accion, y por consiguiente un interes, en los himnos que concurrian á los certámenes de música. Se le debe tambien haber fijado con notas el canto que convenia á las poesías de Homero. Los Lacedemonios le llaman por excelencia el cantor de Lesbos, y los demas Griegos le tributan la estimacion que dan á los que tienen los talentos que contribuyen á sus placeres.

Cerca de cincuenta años despues de Terpandro florecian en Mitilene Alceo y Safo, que ocupan

* En efecto las medallas de Tarento representan un hombre sobre un delfin.

el primer orden de los poetas líricos. Alceo había nacido con un natural inquieto y turbulento. Al principio pareció que se quería dedicar al ejercicio de las armas, el cual prefería á todos los demas. Su casa estaba llena de espadas, cascos, escudos y corazas; pero en la primera ocasion huyó vergonzosamente; y los Atenienses, ganada la victoria, le cubrieron de ignominia, colgando sus armas en el templo de Minerva en Sigea. En público profesaba amor á la libertad, y se hizo sospechoso de alimentar en secreto el deseo de acabar con ella. Se juntó con sus hermanos á Pítaco, para arrojar á Melancro, tirano de Mitilene; y á los descontentos, para levantarse contra la administracion de Pítaco. Las muchas y groseras injurias que vomitó contra este príncipe, son prueba de su envidia. Fué desterrado de Mitilene: algun tiempo despues volvió al frente de los desterrados, y cayó en manos de su rival, que se vengó de un modo honorífico, perdonándole.

La poesía, el amor y el vino le consolaron en sus desgracias. En sus primeros escritos había exhalado su odio contra la tiranía: despues cantó los dioses, principalmente los que presiden á los placeres: cantó sus amores, sus hazañas militares, sus viages y las desgracias de su destierro. Su ingenio necesitaba del estímulo de la intemperancia; y en esta especie de embriaguez

componia las obras que han sido la admiracion de la posteridad. Su estilo siempre acomodado á las materias que trata, no tiene mas defectos que los de la lengua que se habla en Lesbos: por lo demas reune la dulzura al nervio, la abundancia á la precision y claridad; y se eleva casi como Homero, cuando se trata de describir combates, y de espantar á un tirano.

Alceo se habia enamorado de Safo. Un dia la escribió: « quisiera explicarme, pero me lo « impide el rubor. — No tendria rubor vuestra « frente, si no fuera culpado vuestro corazon, « respondió ella. »

Safo decia: « yo he recibido por patrimonio el « amor de los placeres y el de la virtud: sin esta « nada hay mas peligroso que la riqueza; y la « felicidad consiste en la reunion de una y otra. « Tambien decia: tal persona se distingue por su « rostro: tal otra por sus virtudes. La una parece « hermosa á la primera mirada: la otra no lo « parece menos á la segunda. »

Contaba yo un dia estas expresiones y otras semejantes á un ciudadano de Mitilene, y añadí: la imagen de Safo está grabada en vuestras monedas: su memoria la teneis en mucha veneracion. ¿Cómo se pueden conciliar los sentimientos que ella ha dejado en sus escritos, y los honores que le tributais públicamente, con las costumbres infames que se le atribuyen al somormujo?

A esto me respondió: no sabemos bien el pormenor de su vida, para poder juzgar *. Si hemos de hablar con exactitud, nada se puede inferir en favor suyo de la justicia que ella hace á la virtud, ni de la que nosotros hacemos á sus talentos. Cuando leo algunas de sus obras, no me atrevo á absolverla; pero tenia mérito y enemigos, y no puedo condenarla.

Despues de la muerte de su esposo consagró su tiempo á las letras, cuyo gusto quiso inspirar á las mugeres de Lesbos. Muchas de ellas se hicieron sus discípulas, y algunas extrangeras aumentaron su número. Las amaba con exceso, porque no podia amar de otro modo; y les manifestaba su afecto con la violencia de la pasion. Nada de esto extrañareis cuando conozcais la sensibilidad extremada de los Griegos; cuando sepais que entre ellos el mas inocente trato suele usar el lenguage del amor. Leed los diálogos de Platon; y vereis en qué términos habla Sócrates de la hermosura de sus discípulos. Sin embargo Platon sabe mejor que nadie, cuan puras eran las intenciones de su maestro. Acaso no lo eran menos las de Safo; pero cierta ligereza en las costumbres y el calor de sus expresiones, eran

* Es preciso notar que cuanto se dice de las costumbres disolutas de Safo, solo se halla en escritores muy posteriores á la edad en que vivia.

muy á propósito para servir al odio de ciertas mugeres poderosas, abatidas por su superioridad, y de algunas de sus discípulas, que no eran el objeto de su preferencia. Al fin reventó este odio, al que respondió con verdades é ironías que acabaron de irritarlas. Despues se quejó de sus persecuciones, lo que se miró como nuevo crimen. Precisada á huir *, fué á buscar un asilo en Sicilia, donde, oigo decir, proyectan erigirle una estatua **. Si las voces de que me hablais no son fundadas, como lo creo, su ejemplo ha probado que las grandes indiscreciones bastan para denigrar la fama de una persona expuesta á los ojos del público y de la posteridad.

Safo era extremadamente sensible. Seria pues extremadamente desgraciada, le dije yo. — Lo fué sin duda, me respondió: amó á Faon, quien la abandonó: en vano hizo esfuerzos para volverle á sí; y desesperando de ser feliz en adelante con él y sin él, intentó el salto de Leucade, y pereció en las aguas. La muerte no ha borrado

* El lugar en que la crónica de Paros habla de Safo, está casi enteramente borrado en el marmol; pero se lee distintamente que huyó y se embarcó para Sicilia. No fué esto por seguir á Faon, como se ha dicho; y es de creer que Alceo la indujo á tomar parte en la conspiracion contra Pitaco, y seria desterrada de Mitilene al mismo tiempo que él y sus secuaces.

** Esta estatua fué erigida algunos años despues; hízola Silanion, uno de los escultores mas famosos de su tiempo.

esta mancha que echó sobre su conducta; y quizá, añadió por fin, no se borrará jamas; porque la envidia que se encarniza en los nombres ilustres, muere ciertamente, pero deja despues de sí á la calumnia que jamas muere.

Safo compuso himnos, odas, elegías y otras muchas piezas, la mayor parte en metros que ella misma introdujo, y en todas brillaban expresiones felices que enriquecieron la lengua.

Muchas griegas se han dedicado á la poesía, y sobresalido en ella, mas ninguna ha llegado á igualar á Safo; y de los demas poetas son muy pocos los que merezcan la preferencia. ¡Qué esmero en la eleccion de los asuntos y de las palabras! Ha pintado todo lo mas risueño que hay en la naturaleza, y lo ha pintado con los colores mas adecuados, y de tal manera manejados, que sabe graduarlos segun la necesidad, de modo que resulte una mezcla proporcionada de claros y oscuros. Su gusto sobresale hasta en el mecanismo del estilo, en que con particular artificio, sin aparecer el trabajo, evita los encuentros penosos, y los choques violentos entre los elementos del idioma; de suerte que el oido mas delicado apenas hallará en toda una pieza algun sonido que quisiera suprimir. Esta armonía embelesadora hace que en las mas de sus obras fluyan los versos con mas gracia y blandura, que los de Anacreonte y de Simónides.

¡Mas quién podrá expresar la vehemencia con que su numen nos arrastra, cuando describe los atractivos, los ímpetus y el delirio del amor! ¡Qué pinturas! ¡Qué fuego! Dominada, como la Pitia, por el dios que la agita, arroja sobre el papel expresiones de fuego. Caen sobre él sus sentimientos como un granizo de dardos, ó como una lluvia de fuego que va á devorarlo todo. Los síntomas todos de esta pasion se animan y personifican, para excitar en nuestras almas las mas fuertes impresiones.

En Mitilene era donde trazaba yo este debil bosquejo de los talentos de Safo, conforme al juicio de muchas personas ilustradas. En el silencio de la reflexion, en una de aquellas noches serenas tan comunes en la Grecia, oí cerca de mis ventanas una voz sonora y afectuosa, que acompañándose con la lira cantó una oda, en que esta ilustre lesbiana se abondona sin reserva á la impresion que causaba la belleza sobre su corazon demasiado sensible. Yo la veia debil, temblando, herida como de un rayo que la privaba del uso de la razon y de los sentidos, ponerse encendida, luego pálida, sin respiracion casi, y cediendo alternativamente á los diversos y tumultuosos movimientos de su pasion, ó mas bien de todas las pasiones que se combatian en su alma.

Tal es la elocuencia del sentimiento. Jamas

produce pinturas tan sublimes, ni de tan grande efecto, como cuando elige y liga en uno las circunstancias principales de una situacion interesante; y ved aquí lo que obra en este pequeño poema, del cual solo pondré las primeras estrofas.

¡ Dichoso aquel que cabe tí suspira,
Y tus miradas plácidas atrae,
Tu dulce acento, tu sonrisa tierna!
A un dios iguala.

De vena en vena corre sutil fuego,
Dentro en mi pecho luego que te miro:
En turbaciones sumergida el alma,
Muda me quedo.

Pierdo el oido, en tinieblas yazgo;
Deliro, caigo en deliquios dulces;
Y sin alientos, conturbada, inerte,
Tiemblo, y espiro *.

* Cuando se lea esta traduccion libre, que debo á la amistad de Mr. el abate Delille, (dice el autor de esta obra) se conocerá fácilmente que creyó deberse valer de la de Boileau, y que no se propuso otro fin que dar una idea de la especie de ritmo inventado por Safo, ó á lo menos usado frecuentemente por ella. En la mayor parte de sus obras, cada estrofa se componia de tres versos endecasílabos, es decir, de once sílabas, y se terminaba por uno de cinco sílabas. El mismo fin se ha propuesto el traductor español, y no quiso valerse de la traduccion que hizo Don Josef Conde

de esta oda, porque ademas de ser demasiado libre, no podia dar idea del verso sáfico-adónico.

Hay en castellano otra traduccion de esta oda, que anda en la que del tratado del Sublime de Dionisio Lougino, hizo don Manuel Perez Valderrábano, profesor moralista (Doctor Don Domingo Largo, opositor de las prebendas de oficio, canónigo de Palencia y natural de Rioseco) impresa en Madrid año 1770, sin nombre de impresor, en octavo, á la página 47: cuya traduccion nos ha parecido trasladar en este lugar.

Dichoso el que por tí solo suspira
Gozando el halagüeño
Acento de tu voz; y que risueño
El semblante le muestres, si te mira.
¿Los Dioses en el cielo
Igualarán su dicha y su consuelo?

Siento una sutil llama por mis venas
Luego que á verte llego,
Y prendiéndose en mí de amor el fuego
Me trasportas, suspendes y enagenas.
Todo en mí desfallece
Y embargada la lengua se entorpece.

Una niebla confusa es la que priva
Mis ojos de los rayos,
Absorta siento en mí dulces desmayos:
Pálida, sin aliento, medio viva
Me ocupa un temblor fiero:
Yo me pasmo, yo tiemblo, yo me muero.

Pero si estoy perdida
Nada aventuraré por atrevida.

CAPITULO IV.

PARTIDA DE MITILENE. DESCRIPCION DE LA EUBEA. CALCIS. LLEGADA A TEBAS.

La mañana siguiente nos dieron prisa para embarcarnos. Ya estaba atada la lancha á la nave, y puestos los dos timones á los dos lados de la popa: habian levantado el mastil, izado la verga, y dispuesto la vela, todo estaba pronto. Veinte remeros, diez de cada lado, tenian ya sus brazos sobre los remos. Dejamos á Mitilene con sentimiento nuestro, y al salir del puerto cantó la tripulacion himnos á los dioses,

y á grandes voces les dirigia sus votos para obtener viento favorable.

Luego que doblamos el cabo Maleo, situado al extremo meridional de la isla, tendieron la vela; y redoblando los remores sus esfuerzos, volábamos por la superficie del agua. Nuestra nave construida casi toda de pinavete, era de la clase de las que navegan setenta mil orgías * en un dia de verano, y sesenta mil en una noche **. Se han visto algunas que en veinte y cuatro dias han pasado rápidamente desde las regiones mas frias á los climas mas ardientes, yendo de la laguna Meotis á Etiopia.

La travesía se hizo felizmente, y sin que acaeciese cosa notable. Teniamos nuestras camas cerca de la del capitan, que se llamaba Fanes. Unas veces tenia yo la complacencia de escuchar la relacion de sus viages: otras tomaba á Homero, y hallaba en él nuevas bellezas; porque en los sitios donde ha escrito, es donde se puede juzgar de la exactitud de sus descripciones y de la verdad de su colorido. Yo me complacia en comparar sus pinturas con las de la naturaleza, sin que el original perjudicase á la copia.

* Cerca de veinte y seis leguas y media: (25 leguas de España).

** Cerca de veinte y dos y tres cuartas: (19 leguas y tres cuartas de España).

En tanto empezamos á descubrir la cima de un monte que se llama Oca, el cual domina á todos los de la Eubea. Cuanto mas adelante íbamos, tanto mas me parecia que se alargaba la isla de mediodia á norte. Se extiende, me dijo Fanes, á lo largo de la Atica, de la Beocia, del pais de los Locrienses, y de una parte de la Tesalia; pero su anchura no es proporcionada á su largo. El terreno es fertil, y produce mucho trigo, vino, aceite y frutas, y ademas da cobre y hierro. Nuestros obreros son muy diestros en el trabajo de estos metales, y nos gloriamos de haber descubierto el uso del primero. Tenemos en varios parages aguas termales, que sirven para diversas enfermedades. Estas ventajas tienen contra sí los terremotos que algunas veces han tragado ciudades enteras, y hecho refluir el mar sobre costas cubiertas antes de habitantes.

Puertos excelentes, ciudades opulentas, plazas fuertes, ricas cosechas, que sirven para el surtido de Atenas; todo esto, junto con la posicion de la isla, da motivo para presumir, que si cayese en manos de un soberano, pondria fácilmente sus trabas á las naciones vecinas. Libertándolas nuestras divisiones de este peligro, les han inspirado muchas veces el deseo, y procurado los medios de subyugarnos; pero sus zelos nos han dado la libertad. Mas bien

aliados que súbditos de los Atenienses, podemos, por medio de un tributo que les pagamos, gozar en paz de nuestras leyes, y de las ventajas de la democracia. Podemos convocar asambleas generales en Calcis; y allí se delibera sobre los intereses y pretensiones de nuestras ciudades.

Habia en la nave algunos habitantes de la Eubea, que habian ido á Mitilene por asuntos de comercio, y se volvian á su patria. Uno era de Orea, otro de Caristo, y otro de Eretria. Si el viento, me decia el primero, nos permite entrar por el lado del norte en el canal que hay entre la isla y el continente, podremos detenernos en la primera ciudad que hallaremos á nuestra izquierda, la cual es Orea, casi toda poblada de atenienses. Allí vereis una plaza muy fuerte por su posicion y por las obras que la defienden: vereis un terreno, cuyo viñedo tenia ya fama en tiempo de Homero. Si entrais en el canal por la parte opuesta, me decia el segundo, os convidaré á bajar á tierra en el puerto de Caristo, que encontraremos á la derecha. Vuestra vista se extenderá sobre campiñas cubiertas de pastos y rebaños. Os llevaré á las canteras del monte Oca, que dan un marmol de color de cardenil, sembrado de tintas de varios colores, muy á propósito para hacer columnas. Tambien vereis una especie de piedra

que se hila, y se hace de ella una tela que en lugar de quemarse en el fuego, se limpian sus manchas.

Venid á Eretria, decia el tercero, y os enseñaré pinturas y estatuas sin número: vereis un monumento mas respetable, cual es los cimientos de nuestras antiguas murallas destruidas por los Persas, á quienes nos atrevimos á resistir. Una columna puesta en uno de nuestros templos os probará que en cierta fiesta celebrada todos los años á Diana, se presentaron en otro tiempo tres mil infantes, seiscientos caballos y sesenta carros. Ensalzó despues con tal ardor el antiguo poder de esta ciudad, y el lugar que ocupa aun hoy dia en la Grecia, que Fanes se dió prisa á empezar el elogio de Calcis, y en breve se trabó la disputa sobre la preeminencia de las dos ciudades.

Sorprendido de semejante encarnizamiento, dije á Timágenes: estas gentes confunden sus posesiones con sus calidades personales: ¿teneis en otras partes muchos ejemplos de esta rivalidad? La hay, me respondió, entre las naciones mas poderosas, no menos que entre las mas pequeñas aldeas; y está fundada en la naturaleza, que para poner en movimiento cuanto hay sobre la tierra, ha impreso en nuestros corazones dos afectos, que son las fuentes de todos nuestros bienes y de todos nuestros males:

uno es el amor de los placeres que se ordenan á la conservacion de nuestra especie; y el otro el amor de la superioridad, que produce la ambicion y la injusticia, la emulacion y la industria, sin el cual ni se hubieran labrado las columnas de Caristo, ni pintado los cuadros de Eretria, ni acaso plantado las viñas de Orea.

Al llegar aquí dijo el calcidense á su contrario: acordaos de que os sacan al teatro de Atenas, y se burlan de esa pronunciacion bárbara que trajisteis de Elide. Y vos, decia el eretriense, acordaos que sobre el mismo teatro se oyen burlas un poco mas pesadas sobre la avaricia de los Calcidenses y sobre la depravacion de sus costumbres. Pero en fin, decia el primero, Calcis es una de las mas antiguas ciudades de la Grecia, puesto que Homero habla de ella. Tambien habla de Eretria en el mismo lugar, respondió el segundo.— Nosotros nos gloriamos de las colonias que enviamos en otro tiempo á Tracia, á Italia y á Sicilia. — Y nosotros de las que establecimos cerca del monte Atos. — Nuestros padres gimieron mucho tiempo bajo la tiranía de los ricos, y despues bajo la de un tirano llamado Foxo; pero tuvieron valor para sacudirla, y establecer la democracia. — Tambien nuestros padres sustituyeron el gobierno popular á la aristocracia. — No deberiais alabaros de semejante mudanza, dijo el de Caristo: jamas es-

tuvieron vuestras ciudades mas florecientes que en tiempo de la administracion de un corto número de ciudadanos : entonces fué cuando en efecto hicisteis salir las colonias numerosas de que hablais. — Tanto peor para ellos, replicó el habitante de Orea; pues el dia de hoy tienen los Calcideoses la cobardía de sufrir la tiranía de Mnesarco, y los Eretrienses la de Temison. — No es porque les falte esfuerzo, dijo Timágenes: los dos pueblos son valientes, y lo han sido siempre. En una ocasion, antes de llegar á las manos, arreglaron las condiciones del combate, y se convinieron en pelear cuerpo á cuerpo, sin valerse de armas arrojadizas. Este convenio extraordinario está grabado en una columna que yo ví en otro tiempo en el templo de Diana en Eretria. Debió hacer correr mucha sangre; pero tambien puso fin á la guerra.

Entre las ventajas de que os jactais, dije yo entonces, hay una que sin duda habeis pasado en silencio. ¿No ha producido la Eubea ningun filósofo, ningun poeta célebre? ¿Cómo es que vuestras relaciones con los Atenienses no os han inspirado el gusto á la literatura? A esto quedaron inmóviles. El capitan dió órdenes á la tripulacion. Doblamos el cabo meridional de la isla, y entramos en un estrecho, cuyas riberas nos ofrecian á cada lado ciudades mas ó menos grandes; y pasando por cerca de las murallas

de Caristo y de Eretria, llegamos por fin á Calcis.

Está situada en un parage, donde las costas de la isla tocan casi á las de Beocia por medio de dos promontorios que se adelantan de una y otra parte. Este corto trecho, que se llama Eurípo, está en parte cegado por un dique, que Timágenes se acordaba haber visto construir en su juventud. A cada extremidad hay una torre para defenderla, y un puente levadizo para dejar pasar una embarcacion. Aquí es donde se ve sensiblemente un fenómeno, cuya causa no se ha conocida todavía. Muchas veces, durante el dia y la noche, suben y bajan alternativamente las aguas del mar al norte y al mediodia, y gastan el mismo tiempo en bajar que en subîr. En ciertos dias parece que el flujo y reflujo está sujeto á leyes constantes, como el océano; pero luego no sigue regla ninguna, y vereis la corriente mudar de direccion á cada instante.

Calcis está edificada en la falda de un monte del mismo nombre. Aunque su recinto es de mucha extension, todavía intentan aumentarlo. Los altos árboles que se levantan en las plazas y en los jardines, libertan á los habitantes de los ardores del sol; y una fuente abundante, que se llama la fuente de Aretusa, basta para sus necesidades. La ciudad está adornada con un teatro, gimnasios, pórticos, templos, estatuas

y pinturas. Su buena situacion, sus fábricas de cobre, su terreno bañado por el rio Lelanto, y cubierto de olivos, atraen á su puerto las embarcaciones de los paises comerciantes. Sus habitantes son excesivamente ignorantes y curiosos: ejercen la hospitalidad con los extrangeros; y aunque celosos de la libertad, se sujetan fácilmente á la servidumbre.

Hicimos noche en Calcis, y á la mañana siguiente, al romper el dia, llegamos á la parte opuesta á Aulide, lugarcillo cerca del cual hay una gran bahía, donde estuvo detenida por los vientos contrarios tanto tiempo la armada de Agamenon.

Desde Aulide pasamos por Salganea, y fuimos á Antedon por un camino muy llano, parte del cual va por la costa, y parte por una colina cubierta de árboles, de la cual nacen muchas fuentes. Antedon es una ciudad pequeña con una plaza, á la que hacen sombra hermosos árboles, y rodeada de pórticos. La mayor parte de sus habitantes no tienen mas oficio que la pesca. Algunos cultivan tierras ligeras que dan mucho vino y poquísimo trigo.

Habiamos andado setenta estadios *, y no nos

* Dos leguas y mil y seiscientas y quince toesas: (2 leguas y 1257 y medio pasos de España).

faltaban mas que ciento y sesenta para llegar á Tebas *.

Como íbamos en un carro, tomamos el camino de la llanura, aunque era largo y tortuoso: pronto nos acercamos á esta gran ciudad. A la vista de la ciudadela que descubrimos á lo lejos, no pudo Timágenes contener sus sollozos. La esperanza y el temor se pintaban alternativamente en su semblante. Ve allí mi patria, decia, ve allí donde dejé un padre y una madre que me amaban tan tiernamente, sin que pueda lisonjearme de hallarlos. Pero tambien tenia un hermano y una hermana: ¿les habrá perdonado la muerte? Estas reflexiones, á las cuales volvíamos á cada paso, despedazaban su corazon y el mio. ¡Ay! ¡y cómo me interesaba en este momento! ¡Cuán digno de compasion me pareció poco despues! Llegamos á Tebas, y las primeras noticias clavaron el puñal en el pecho de mi amigo. Los pesares de su ausencia habian precipitado en el sepulcro á los autores de sus dias: su hermano habia muerto en un combate: su hermana que habia casado en Atenas, no existia ya, y habia dejado un hijo y una hija solamente. Su dolor fué amargo; pero las pruebas de atencion y de ternura que recibió de los ciu-

* Seis leguas y ciento y veinte toesas (5 leguas y 1100 pasos de España.

dadanos de todas las clases, de algunos parientes remotos, y mas que todo, de Epaminonda s suavizaron sus penas, y en algun modo le indemnizaron de sus pérdidas.

CAPITULO V.

MANSION EN TEBAS. EPAMINONDAS. FILIPO DE MACEDONIA.

En la relacion de otro viage que hice á Beocia, hablaré de la ciudad de Tebas y de las costumbres de los Tebanos; pues en este me llevó toda la atencion Epaminondas.

Timágenes me presentó á él, quien conociendo mucho al sabio Anacarsis, no podia dejar de reparar en mi nombre; y no menos llamó su atencion el motivo que me traia á la Grecia. Hízome algunas preguntas acerca de los Escitas; peró tan sobrecogido estaba yo de respeto y ad-

miracion, que titubeaba en mis respuestas. Notólo Epaminondas, y volvió la conversacion sobre la expedicion del joven Ciro, y la retirada de los diez mil; despues de lo cual nos rogó que le viésemos á menudo. Nosotros fuimos á verle todos los dias, y presenciamos las pláticas que tenia con los tebanos mas ilustrados y los oficiales mas hábiles. Aunque habia enriquecido su mente con todo género de conocimientos, gustaba mas de escuchar que hablar. Sus reflexiones eran siempre justas y profundas. En las ocasiones de gravedad, cuando se trataba de defenderse, usaba de respuestas prontas, nerviosas y concisas. Le interesaba infinito la conversacion cuando recaia sobre materias filosóficas ó políticas.

Me acuerdo con cierto placer mezclado de orgullo, de haber vivido familiarmente con el mayor hombre que quizá ha producido la Grecia. ¿Y por qué no se concederá este título al general que perfeccionó el arte de la guerra; que eclipsó la gloria de los generales mas célebres, y jamas fué vencido sino por la fortuna; al político que dió á los Tebanos la superioridad que nunca habian tenido, y perdieron en su muerte; al negociador que siempre tomó en las dietas un ascendiente sobre los demas diputados de la Grecia, y supo mantener en la alianza de Tebas, su patria, á las naciones zelosas del engrande-

cimiento de esta nueva potencia; al que fué tan elocuente como la mayor parte de los oradores de Atenas, tan amante de su patria como Leonidas, y acaso mas justo que el mismo Aristides?

El retrato fiel de su espíritu y de su corazon seria el único panegírico digno de él; pero ¿quién podria explicar aquella filosofía sublime que ilustraba y dirigia sus acciones; aquel ingenio tan lleno de luces, tan fecundo en recursos; aquellos planes concertados con tanta prudencia, y ejecutados con tanta rapidez? ¿Cómo representar tambien aquella igualdad de alma, aquella integridad de costumbres*, aquella dignidad en su aspecto y sus modales, su atencion y cuidado en respetar la verdad aun en las cosas mas mínimas, su condescendencia, su bondad, la paciencia con que sufrió las injusticias del pueblo y de algunos de sus amigos?

En una vida en que el hombre privado no es menos admirable que el hombre público, bastará tomar como al acaso algunos rasgos que servirán para caracterizar el uno y el otro. En el

* Clearco de Solos, citado por Ateneo, refiere un hecho, que puede hacer sospechosa la pureza de costumbres de Epaminondas; pero este hecho apenas indicado, seria contrario á los testimonios de toda la antigüedad, y de ningun modo podria conciliarse con los principios severos, de que no se separó este hombre grande, ni aun en las circunstancias mas críticas.

primer capítulo de esta obra he referido ya sus principales hazañas.

Su casa era mas bien el santuario que el asilo de la pobreza, la cual reinaba en ella con la alegría pura de la inocencia, con la paz inalterable de la felicidad, en medio de otras virtudes á las cuales daba nuevas fuerzas, y la adornaban con su esplendor : reinaba en ella hasta tal punto, que parece increible. Hallándose Epaminondas próximo á hacer una irrupcion en el Peloponeso, se vió precisado á trabajar en su equipage. Tomó prestadas cincuenta dracmas*, y esto era poco mas ó menos en el tiempo en que indignado no quiso admitir cincuenta piezas de oro que se atrevió á ofrecerle un príncipe de Tesalia. En vano intentaron algunos tebanos partir con él sus bienes : él les hacia participar del honor de aliviar á los infelices.

Un dia le hallamos en compañía de sus amigos, que él habia juntado, y les decia : « Esfo- « drias tiene una hija en edad de tomar estado; « pero es tan pobre que no puede dotarla; y así « he dispuesto que cada uno de vosotros contri- « buya en proporcion. A cada uno de vosotros « os he puesto una tasa proporcionada á vues- « tros haberes. Tengo precision de permanecer « algunos dias en mi casa; pero á mi salida pri-

* Cuarenta y cinco libras: (467 rs. vn.).

« mera yo os presentaré este honrado ciuda-« dano; pues es justo que reciba de vosotros « este beneficio, y que conozca á los que se le « hacen. » Todos se conformaron con lo que proponia, y se despidieron dándole gracias por su confianza. Inquieto Timágenes al oirle el intento de no salir de su casa, le preguntó el motivo, á lo que respondió sencillamente : « tengo que « hacer lavar mi manto. » En efecto, no tenia mas que uno.

Poco despues entró Micito, que era un joven á quien Epaminondas queria mucho, y le dijo: « Diomedon de Cizico ha llegado, y se ha dirigi-« do á mí para que os le presente. Viene á ha-« ceros propuestas de parte del rey de Persia, « quien le ha encargado entregaros una suma « considerable, y aun á mí me ha hecho tomar « cinco talentos. — Hacedle entrar, respondió « Epaminondas; y venido que hubo, le dijo : oid, « Diomedon : si las miras de Artaxerxes son con-« formes á los intereses de mi patria, no nece-« sito regalos; si no lo son, todo el oro del « mundo no me hará faltar á mi obligacion. Ha-« beis pensado de mi corazon por el vuestro : os « lo perdono; pero salid cuanto antes de esta ciu-« dad, para que no corrompais á sus habitantes. « Y vos, Micito, si no volveis al momento el di-« nero que habeis recibido, os voy á entregar al « magistrado. » Nosotros nos habiamos separado

durante esta conversacion, y poco despues nos la refirió Micito.

Mas de una vez habia dado Epaminondas á los que le rodeaban la leccion que Micito acababa de recibir. Estando mandando el ejército, supo que su escudero habia vendido la libertad de un cautivo. « Dame mi escudo, le dijo; pues no « eres para seguirme en los peligros despues « de haber mancillado tus manos con el di- « nero. »

Celoso discípulo de Pitágoras, imitaba su frugalidad. Absteníase del uso del vino, y muchas veces no se alimentaba sino con un poco de miel. La música que aprendió con los mejores maestros, le divertia algunas veces en sus ocios. Tocaba excelentemente la flauta; y cuando se lo suplicaban en los convites, cantaba á su vez acompañándose con la lira.

Cuanto mas familiar era en la sociedad, tanto mas era severo cuando se trataba de mantener el decoro de cada estado. Estaba preso un hombre de la hez del pueblo, y de conducta escandalosa. « ¿ Por qué, dijo Pelópidas á su amigo, « por qué me habeis negado á mí su perdon, « para concedérselo á una cortesana? — Porque « no era decente á un hombre cual vos inter- « ceder por un hombre como él, respondió Epa- « minondas. »

Jamas pretendió ni desechó los cargos públi-

cos : mas de una vez sirvió como simple soldado al mando de generales inexpertos, preferidos á él por intriga : mas de una vez las tropas sitiadas en su campamento, y reducidas á los mas terribles extremos, imploraron su auxilio. Entonces dirigia él las operaciones, rechazaba al enemigo, y volvia tranquilamente el ejército á sus hogares, sin acordarse de la injusticia de su patria, ni del servicio que acababa de hacer.

No perdia circunstancia alguna para hacer revivir el valor de su nacion, y hacerla temible á los demas pueblos. Antes de su primera campaña del Peloponeso, empeñó á algunos tebanos á que luchasen con los lacedemonios que se hallaban en Tebas; y como tuvieron ventaja los primeros, desde entonces empezaron sus soldados á no temer los Lacedemonios. Estando acampado en Arcadia, en el invierno, los diputados de una ciudad inmediata vinieron á proponerle que entrase en ella, y se acuartelase allí. « No; dijo Epaminondas á sus oficiales, « si nos ven sentados á la lumbre, nos tendrán « por hombres comunes. Permaneceremos aquí « á pesar de lo rígido de la estacion; y al ver « nuestras luchas y ejercicios se quedarán atónitos. »

Daifanto é Iólidas, dos oficiales generales que habian merecido su aprecio, decian un dia á Timágenes : mucho mas le admirariais si le hu-

bierais seguido en sus expediciones; si hubierais estudiado sus marchas, sus campamentos, sus disposiciones antes de la batalla, su valor brillante y su presencia de ánimo en la accion; si le hubierais visto siempre activo, siempre tranquilo penetrar de una mirada los proyectos del enemigo, inspirarle una seguridad funesta, multiplicar en torno de él las celadas casi inevitables, mantener al mismo tiempo en su ejército la disciplina mas severa, despertar el ardor de los soldados por medios imprevistos, ocuparse continuamente en su conservacion, y sobre todo en su honor.

Con tan afectuosas atenciones se ha grangeado el amor de sus soldados. Cansados y acosados del hambre, siempre están dispuestos á cumplir sus órdenes, y á precipitarse en el peligro. Esos terrores pánicos, tan comunes en otros ejércitos, son desconocidos en el suyo. Cuando están á punto de introducirse, sabe disiparlos con una palabra, ó convertirlos en su favor. Hallándonos para entrar en el Peloponeso, vino el ejército enemigo á poner su campo delante de nosotros. Mientras Epaminondas examinaba su posicion, un trueno difundió el terror entre los soldados: el adivino dijo que se suspendiese la marcha: preguntan con espanto al general ¿qué anunciaba semejante presagio? « Que el enemigo ha « escogido un mal campo, » exclamó con con-

fianza. Con esto cobraron valor las tropas, y á la mañana siguiente forzaron el paso.

Los dos oficiales tebanos contaron otros lances que omito, y dejando de referir otros que yo ví, añadiré solamente una reflexion.

Epaminondas sin ambicion, sin vanidad y sin interes, elevó en poco tiempo su nacion al punto de grandeza en que hemos visto á los Tebanos. Obró este prodigio el ascendiente de sus virtudes y talentos; al mismo tiempo que dominaba los ánimos por la superioridad de su ingenio y conocimientos, disponia á su arbitrio de las pasiones de los demas, porque era dueño de las suyas. Pero lo que mas aceleró el buen éxito, fué la entereza de su caracter. Su alma independiente y altiva, se indignó muy temprano contra la dominacion que los Lacedemonios y Atenienses habian tenido sobre los Griegos en general, y sobre los Tebanos en particular. Les juró un odio, que hubiera tenido encerrado en su pecho; pero desde que la patria le confió el cuidado de su venganza, quebrantó las cadenas de las naciones, y se hizo conquistador por obligacion. Formó el proyecto tan atrevido como nuevo de atacar á los Lacedemonios hasta en el centro mismo de su imperio, y de despojarlos de aquella superioridad de que habian gozado por tantos siglos: le siguió con teson á pesar de su poder, de su gloria, de sus aliados, y de sus

enemigos, que miraban con recelo los rápidos progresos de los Tebanos.

Tampoco le detuvo la oposicion de un partido formado en Tebas, el cual queria la paz, porque Epaminondas queria la guerra. Menéclides estaba al frente de esta faccion: su elocuencia, sus dignidades y la aficion que la mayor parte de los hombres tienen al reposo, le daban una grande reputacion en el pueblo; pero la firmeza de Epaminondas destruyó por fin estos obstáculos, y todo estaba dispuesto para la campaña, cuando nosotros nos separamos de él. Si la muerte no hubiera puesto fin á sus dias en medio de un triunfo, que dejó á los Lacedemonios sin recursos, él hubiera pedido á los Atenienses razon de las victorias que habian logrado de los Griegos, y enriquecido, como decia él mismo, la ciudadela de Tebas, con los monumentos que adornan la de Atenas.

Tuvimos muchas veces ocasion de ver á Polimnis, padre de Epaminondas. Movian menos á este anciano venerable los homenages tributados á sus virtudes, que los honores decretados á su hijo. Nos recordó mas de una vez aquel tierno sentimiento que dejó ver Epaminondas despues de la batalla de Leuctres, entre los aplausos del ejército: «lo que mas me lisonjea « es, que todavía viven mis padres, y gozarán « de mi gloria. »

Habian encargado los Tebanos á Polimnis que velase sobre el joven Filipo, hermano de Perdicas, rey de Macedonia. Habiendo Pelópidas pacificado las turbulencias de este reino, recibió en rehenes á este príncipe, y otros treinta jóvenes nobles de Macedonia. Filipo, de edad de cerca de diez y ocho años, reunia ya el talento al deseo de agradar. Al verle se admiraba su hermosura; y al oirle, su ingenio, su memoria, su elocuencia, y las gracias que daban tantos encantos á sus palabras. Su buen humor dejaba escapar algunas veces ciertos chistes, que jamas ofendian. Benigno, afable, generoso, y pronto á discernir el mérito, ninguno conoció mejor que él el arte y la necesidad de insinuarse en los corazones. El pitagórico Nausitoo, su maestro, le habia inspirado aficion á las letras, la que conservó toda la vida, y dado lecciones de sobriedad, que olvidó luego. El amor del placer se descubria en medio de tan excelentes calidades; pero no impedia el ejercicio de ellas, y de antemano se presumia, que si este joven príncipe ascendia al trono algun dia, no le dominarian ni los negocios, ni los placeres.

Filipo estaba de continuo al lado de Epaminondas: estudiaba en el genio de un hombre grande el secreto de serlo algun dia: recogia con ahinco sus discursos como sus ejemplos; y

en esta excelente escuela aprendió á moderarse, á oir la verdad, á retractar sus errores, á conocer á los Griegos, y á sujetarlos.

CAPITULO VI.

SALIDA DE TEBAS. LLEGADA Á ATENAS. HABITANTES DE LA ATICA.

He dicho mas arriba que no habian quedado á Timágenes mas que un sobrino y una sobrina avecindados en Atenas. El sobrino se llamaba Filotas, y la sobrina Epicaris. Habia casado esta con un ateniense rico, llamado Apolodoro. Desde los primeros dias de nuestra llegada habian venido á Tebas. Timágenes gozaba en compañía de ellos, de una dulzura y una paz, que su corazon no habia experimentado en mucho tiem-

po. Filotas era de mi edad. Comencé á unirme á él, y luego fué mi guia, mi compañero, mi amigo, el mas tierno y mas fiel de mis amigos.

Antes de su partida nos habian hecho dar palabra de que iriamos luego á unirnos con ellos. Nos despedimos de Epaminondas con sentimiento, en que se dignó tomar parte, y llegamos á Atenas el 16 del mes antesterion, en el segundo año de la olimpiada 104 *. Hallamos en la casa de Apolodoro las satisfacciones y socorros que podiamos esperar de sus riquezas y crédito.

A la mañana siguiente á mi llegada fuí á la academia; ví á lo lejos á Platon; iba yo al taller del pintor Eufranor. Me dominaba aquella especie de embriaguez, que causan á primera vista la presencia de los hombres célebres, y el placer de acercarse á ellos. Despues fijé mis miradas sobre la ciudad, y por algunos dias admiré sus monumentos, y recorrí sus alrededores.

Atenas está como dividida en tres partes, á saber: la ciudadela, construida sobre una peña: la ciudad puesta al rededor de ella; y los puertos de Falero, de Muniquio y de Pireo.

Sobre la peña de la ciudadela fué donde se establecieron los primeros habitantes de Atenas; y allí estaba la ciudad antigua. Aunque por la naturaleza no era accesible sino por la parte del

* El 13 de marzo del año 362 antes de J. C.

sudoeste, estaba cercada toda con muros, que permanecen todavía.

El circuito de la ciudad nueva, es de sesenta estadios*. Los muros flanqueados con torres, y levantados precipitadamente en tiempo de Temístocles, presentan por todas partes pedazos de columnas y escombros de arquitectura, mezclados confusamente con los materiales informes que se emplearon en su construccion.

Salen desde la ciudad dos murallas largas, de las cuales una, que tiene treinta y cinco estadios**, termina en el puerto de Falero, y la otra, que tiene cuarenta***, en el de Pireo. Están casi enteramente cerradas á su extremidad por otra, que en un circuito de sesenta estadios, abraza á estos dos puertos, y el de Muniquio situado en el medio, y como ademas de estos puertos encierran tambien las tres murallas una porcion de casas, templos y monumentos de toda especie, se puede decir que el circuito total de la ciudad, es de cerca de doscientos estadios****.

* Dos leguas y seiscientas y setenta toesas: (1 legua y 3,936 pasos de España).

** Una legua y ochocientas y siete toesas y media: (1 legua y 626 pasos de España.

*** Una legua y mil doscientas y ochenta toesas: (1 legua y 1,290 pasos de España).

**** Siete leguas y mil cuatrocientas toesas: (6 leguas y 2,480 pasos de España).

Al sudoeste, y casi junto á la ciudadela, está la roca del Museo, separada por un vallecito de una colina donde tiene el areopago sus sesiones. Hay otras alturas que hacen el piso de la ciudad sumamente desigual. Nacen en ellas algunas fuentecillas, que no son suficientes para los habitantes, quienes suplen esta falta con pozos y algibes, donde el agua toma cierta frescura, que les agrada sobremanera.

En general las calles no están á cordel. La mayor parte de las casas son chicas, y poco cómodas : algunas mas magníficas, apenas dejan descubrir sus adornos al traves de un patio, ó mas bien de una avenida larga y estrecha. Por defuera todo respira sencillez; y los extrangeros, á primera vista, buscan en Atenas aquella ciudad tan célebre en el universo; pero su admiracion se aumenta insensiblemente, cuando examinan detenidamente aquellos templos, pórticos y edificios públicos, donde han competido las artes para adornarlos.

Al rededor de la ciudad serpentean el Iliso y el Cefiso; y cerca de sus orillas han hecho paseos públicos. Mas lejos, y á diversas distancias, las colinas cubiertas de olivos, laureles y viñas, y apoyadas sobre montes eminentes, forman como un cercado al rededor de la llanura, que se extiende hasta el mar por la parte del mediodia.

La Atica es una especie de peninsula de figura triangular. El lado que mira á la Argólide podrá tener en linea recta trescientos cincuenta y siete estadios*: el que confina con la Beocia, doscientos treinta y cinco**; y el que mira á la Eubea, cuatrocientos y seis***. Su superficie tiene cincuenta y tres mil y doscientos estadios cuadrados****; y no incluyo aquí la isla de Salamina, que solo tiene dos mil novecientos veinte y cinco estadios cuadrados*****.

Este corto pais, cortado de montes y de peñas, es de suyo esteril, y solamente á fuerza de cultivo da al labrador el fruto de sus fatigas; pero las leyes, la industria, el comercio y la extrema pureza del aire han favorecido tanto la poblacion, que la Atica está hoy dia cubierta de aldeas y lugares, cuya capital es Atenas.

Los habitantes de la Atica se dividen en tres clases. La primera es la de los ciudadanos: la segunda la de los extrangeros domiciliados; y la tercera la de los esclavos.

* Cerca de trece leguas y media: (11 leguas y 3212 pasos de España).

** Casi nueve leguas: (7 leguas y 3978 pasos de España).

*** Quince leguas y setecientas sesenta y siete toesas: (15 leguas y 1695 pasos de España).

**** Setenta y seis leguas cuadradas: (58 leguas cuadradas de España).

***** Cerca de cuatro leguas cuadradas.

Hay dos clases de esclavos, unos griegos de origen, y otros extrangeros. Los primeros son en general todos aquellos que la suerte de las armas ha hecho caer entre las manos de un vencedor irritado por una larga resistencia: los segundos vienen de Tracia, de Frigia, de Caria*, y de los paises habitados por los bárbaros.

Los esclavos de toda edad, sexo y nacion son entre los Griegos un objeto considerable de comercio. Los comerciantes avaros los trasladan continuamente de una parte á otra, los amontonan en las plazas públicas como si fueran viles animales, y cuando se presenta un comprador, los obligan á bailar al rededor, para que se pueda formar juicio de sus fuerzas y agilidad. Su precio varía segun sus habilidades. Unos son apreciados en trescientas dracmas**, y otros en seiscientas***; pero los hay que cuestan mucho mas. Los griegos que caen en manos de los piratas, son puestos en venta en las ciudades griegas, y pierden su libertad hasta que están en disposicion de pagar un grande rescate. Platon y Diógenes tuvieron esta desgracia: los amigos del

* Los esclavos extrangeros toman entre los Griegos el nombre de su nacion: uno se llama Cario, y otro Tracio.

** Doscientas setenta libras: (1,000 rs. vn. de España).

*** Quinientas cuarenta libras. (2,000 rs. vn. de España).

primero dieron tres mil dracmas por rescatarle*: el segundo quedó en cadenas, y enseñó á los hijos de su amo á ser virtuosos y libres.

El número de los esclavos es infinitamente superior al de ciudadanos en casi toda la Grecia. Casi en todas partes se buscan y apuran los recursos para tenerlos en la dependencia. Lacedemonia, que creyó poder obligarlos á la obediencia por la fuerza, los ha hecho rebelarse muchas veces. Atenas, que ha querido hacerlos fieles por medios mas suaves, los ha hecho insolentes.

Cerca de cuatrocientos mil son los que se cuentan en la Atica. Ellos son los que labran las tierras, hacen valer las manufacturas, benefician las minas, trabajan en las canteras, y están encargados en las casas del detalle del servicio: porque la ley prohibe mantener esclavos ociosos; y los que nacidos en una condicion servil, no pueden dedicarse á un trabajo penoso, procuran hacerse útiles por la destreza, la habilidad y cultura de las artes. Hay fabricantes que emplean mas de cincuenta, y sacan una ganancia considerable. En algunas fábricas deja un esclavo cien dracmas libres cada año**, y en otras ciento y veinte***.

* Dos mil setecientas libras: (10,000 rs. vn. de España).

** Noventa libras: (333 rs. vn. de España).

*** Ciento y ocho libras: (402 rs. vn. de España).

Algunos han merecido su libertad combatiendo por la república, y otros dando á sus dueños, pruebas de un celo y adhesion que todavia se citan como ejemplo. Cuando no pueden obtenerla con servicios, la compran con un peculio, que se les permite adquirir, del cual se sirven para regalar á sus señores en las ocasiones de lucimiento, como cuando nace un niño en la casa, ó cuando hay en ella una boda.

Cuando faltan esencialmente á sus obligaciones, pueden sus amos cargarlos de cadenas, condenarlos á dar vueltas á la piedra de un molino, impedirles el casarse, ó separarlos de sus mugeres; mas no es lícito intentar quitarles la vida: cuando se les trata con crueldad, se les obliga á desertar, ó á lo menos á buscar asilo en el templo de Teseo. En este último caso, piden que se les pase al servicio de un amo menos riguroso, y algunas veces llegan á sustraerse del yugo del tirano, que abusaba de su debilidad.

De este modo han atendido las leyes á la seguridad de los esclavos; pero cuando son inteligentes, ó tienen habilidades agradables, les sirve mas el interes que las leyes. Enriquecen á sus amos, y se enriquecen ellos, reservando una parte del salario que reciben de unos y otros. Estas utilidades multiplicadas les ponen en proporcion de procurarse protectores, de vi-

vir en un lujo escandaloso, y de juntar la insolencia de las pretensiones con la bajeza de sentimientos.

Está prohibido bajo graves penas golpear al esclavo de otro, porque toda violencia es un crimen contra el Estado, y porque no teniendo los esclavos casi nada que los caracterice en lo exterior*, sin esta ley, podria recaer el ultraje sobre el ciudadano, cuya persona debe ser sagrada.

Cuando se pone en libertad á un esclavo, no pasa á la clase de ciudadano, sino á la de domiciliado, que participa de la última por la libertad, y de la de esclavo por la poca consideracion que goza.

Los domiciliados, que son cerca de diez mil, son los extrangeros establecidos en la Atica con sus familias. La mayor parte de ellos ejercitan sus oficios, ó sirven en la marina, protegidos por el gobierno, sin participar de él; libres y dependientes; útiles á la república que los teme, porque teme la libertad separada del amor de la patria; despreciados por el pueblo, fiero y zeloso de las distinciones anexas al estado de ciudadano.

* Los esclavos estaban obligados á rasurarse la cabeza, ARISTOPH., *in av. v.* 912. *Schol. ibid.;* pero la cubrian con un gorro. *Id. in vesp. v.* 443. Sus vestidos no debian pasar de la rodilla, *Id. in Lysis. v.* 1153. *Schol. ibid.;* pero muchos ciudadanos iban así.

Los domiciliados deben elegirse entre los ciudadanos un protector que responda de su conducta, y pagar al tesoro público un tributo anual de doce dracmas* por los cabezas de familia, y de seis por los hijos. Cuando no cumplen esta condicion primera, pierden sus bienes; y su libertad cuando quebrantan la segunda: mas cuando hacen al Estado servicios señalados, alcanzan la exencion del tributo.

En las ceremonias religiosas se distinguen de los ciudadanos por funciones particulares: los hombres deben llevar una parte de las ofrendas, y sus mugeres extender el quitasol sobre las mugeres libres. En fin, están expuestos á los insultos del pueblo, y á los tiros ignominiosos que se lanzan contra ellos en el teatro.

Muchas veces se ha visto que la república (extenuada con largas guerras) ha hecho pasar á muchos de ellos á la clase de ciudadanos. Mas si se meten en este orden respetable por intrigas, es permitido perseguirlos en justicia, y algunas veces venderlos como esclavos.

Los libertos están inclusos en la misma clase, sujetos al mismo tributo, á la misma dependencia, y al mismo envilecimiento. Los nacidos en servidumbre, no pueden llegar á ser ciudadanos; y todo patron que puede convencer en

* Diez libras y diez y seis sueldos: (40 rs. vn. de España).

justicia de ingratitud al esclavo que ha manumitido, está autorizado á ponerle inmediatamente en prision, diciéndole: « sé esclavo, ya « que no sabes ser libre. »

La condicion de los domiciliados empieza á suavizarse. De algun tiempo á esta parte sufren menores vejaciones, sin estar mas satisfechos de su suerte, porque despues de obtener algun miramiento, quisieran tener distinciones; y es muy difícil no ser nada en una ciudad donde tantos son algo.

Es ciudadano de nacimiento todo aquel que nace de padre y madre que lo son tambien; y el hijo de ateniense casado con extrangera, sigue la condicion de su madre. Pericles puso esta ley, cuando veia al rededor de sí hijos capaces de perpetuar su casa; y la hizo ejecutar con tanto rigor, que cerca de cinco mil hombres fueron vendidos en pública subasta; pero la quebrantó luego que no le quedaba mas de un hijo, cuyo nacimiento habia declarado por ilegítimo.

Los Atenienses por adopcion gozan casi de los mismos derechos que los oriundos. Cuando en los principios fué necesario poblar la Atica, se dió el título de ciudadano á cuantos venian á establecerse en ella. Luego que estuvo bastante poblada, no le concedió Solon mas que á los que se establecian allí con sus familias, ó que

desterrados para siempre de su pais, buscaban aquí un asilo seguro. En lo sucesivo se prometió á los que hiciesen servicios señalados al Estado; y como no hay cosa mas honrosa que excitar la gratitud de una nacion ilustrada, luego que este título vino á ser premio del beneficio, fué el objeto de la ambicion de los soberanos, quienes obteniéndole, le dieron un nuevo lustre, y mayor todavía cuando no le lograban. Negado en otro tiempo á Perdicas, rey de Macedonia, que le merecia; concedido despues con mayor facilidad á Evágoras, rey de Quipre, y á Dionisio, rey de Siracusa, y á otros príncipes, fué muy apetecido, mientras los Atenienses observaron con rigor las leyes establecidas para impedir que se prodigase: porque no basta adoptar á uno por un decreto del pueblo, sino que ademas es preciso que este decreto se confirme por una asamblea, en que den su voto secreto seis mil ciudadanos; y esta duplicada eleccion puede invalidarla el menor de los atenienses ante un tribunal que tiene derecho de reformar el juicio del mismo pueblo.

Por despreciarse estas precauciones en estos últimos tiempos, han entrado en la clase de ciudadanos muchos que han envilecido este título, y cuyo ejemplo autorizará en adelante, para que se hagan elecciones mas afrentosas todavía.

Se cuentan entre los ciudadanos de la Atica, veinte mil hombres capaces de tomar las armas.

Todos los que sobresalen en riquezas, nacimiento, virtudes ó ciencia, forman aquí, como en casi todas partes, la clase principal de ciudadanos, que se puede llamar de los notables.

Se comprenden en ella los ricos, porque llevan las cargas del Estado: los virtuosos é ilustrados, porque contribuyen mas á su conservacion y gloria. En cuanto al nacimiento se le respeta, porque es de presumir que trasmite de padres á hijos, sentimientos mas nobles, y mayor amor á la patria.

Se tiene consideraciones á las familias que pretenden descender, ó de los dioses, ó de los reyes de Atenas, ó de los primeros heroes de la Grecia, y mas á aquellas, cuyos antepasados han dado grandes ejemplos de virtud, ocupado las primeras plazas de la magistratura, ganado batallas, y logrado coronas en los juegos públicos.

Algunos hacen subir su origen á los siglos mas remotos. Hace mas de mil años que la casa de los Eumolpides conserva el sacerdocio de Ceres Eleusina, y la de los Eteobutades el sacerdocio de Minerva. Otros tienen iguales pretensiones; y para acreditarlas fingen genealogías,

que nadie tiene interes en desmentir; porque los notables no forman un cuerpo particular, y no gozan privilegio alguno, ni precedencia. Pero su educacion les da derechos á las primeras plazas, y la opinion pública facilidades para llegar á ellas.

La ciudad de Atenas tiene mas de treinta mil habitantes, sin contar los esclavos.

211682

CAPITULO VII.

ASISTENCIA A LA ACADEMIA.

Llevaba ya pasados algunos dias en Atenas, y en este tiempo habia recorrido rápidamente las curiosidades que encierra. Hallándome ya mas tranquilo, mi huesped Apolodoro me propuso volver á la academia.

Atravesamos un cuartel de la ciudad, que se llama Cerámico, ó las Tejeras ó Tullerías; y desde allí, saliendo por la puerta Dípila, nos hallamos en los campos que se llaman tambien Cerámicos, donde vimos muchos sepulcros al

lado del camino; porque no se permite enterrar á nadie en la ciudad. La mayor parte de los ciudadanos tienen sus supulturas en sus casas de campo, ó en los sitios que les están demarcados fuera de los muros. El campo Cerámico está reservado para los que mueren en combate. Entre estos sepulcros se notan los de Pericles y de algunos otros atenienses que no murieron con las armas en la mano; pero despues de su muerte les han decretado honores señalados.

La academia dista de la ciudad solos seis estadios *. Era antes un solar que pertenecia á un ciudadano de Atenas llamado Academo; y ahora se ve allí un gimnasio y un jardin cerrado, adornado con paseos cubiertos y deleitosos, hermoseado con las aguas que corren á la sombra de los plátanos y de otras muchas especies de árboles. A la entrada está el altar del Amor y la estatua de este dios: en lo interior se hallan altares de otras muchas deidades. No lejos de allí ha fijado Platon su residencia, cerca de un templo pequeño, que ha consagrado á las musas, y en una porcion de terreno que es suyo propio; de donde viene á la academia todos los dias. Nosotros le hallamos allí en medio de sus discípulos, y yo me sentí penetrado del respeto que inspira su presencia.

* Un cuarto de legua.

Aunque ya tenia unos sesenta y ocho años, conservaba todavía cierta viveza en el rostro. Debió á la naturaleza un cuerpo robusto: sus largos viages le debilitaron la salud; pero la habia recuperado por medio de un régimen austero, y no le quedaba otra incomodidad que cierta melancolía habitual, al modo que la tuvieron Sócrates, Empédocles y otros hombres ilustres.

Las facciones de su semblante eran regulares, su aire serio, sus ojos llenos de agrado, la frente espaciosa y sin pelo, el pecho ancho, cargado de espaldas, mucho decoro en sus maneras, mucha dignidad en el andar, y modestia en el exterior.

Me recibió con tanta política como sencillez; y me hizo tal elogio del filósofo Anacarsis, de quien yo desciendo, que me avergoncé de tener el mismo nombre. Hablaba pausadamente, mas parecia que las gracias y la persuasion manaban de sus labios. Como le conocí en adelante mas particularmente, se verá á menudo su nombre en mi relacion: voy ahora á añadir algunas particularidades que me enseñó entonces Apolodoro.

La madre de Platon, me decia aquel, era de la misma familia que nuestro legislador Solon; y su padre atribuia su origen á Codro, el último de nuestros reyes, que murió setecientos

años hace. La pintura, la música, y los diversos ejercicios del gimnasio, ocuparon todos los momentos de su juventud. Como habia nacido con una imaginacion fuerte y fecunda, compuso ditirambos, se ejercitó en el género épico, comparó sus versos con los de Homero, y los quemó *. Creyendo luego que el teatro le recompensaria este sacrificio, compuso algunas tragedias; y mientras se disponian los actores para representarlas, conoció á Sócrates, recogió sus piezas y se consagró enteramente á la filosofía.

Entonces experimentó una necesidad violenta de ser util á los hombres. La guerra del Peloponeso habia destruido los buenos principios, y corrompido las costumbres. La gloria de restaurar estas y aquellos, despertó su ambicion. Atormentado dia y noche de esta grande idea, esperaba con impaciencia el momento en que, revestido de la magistratura, se viese en estado de desplegar su celo y sus talentos; pero las convulsiones que sufrió la república en los últimos años de la guerra; las frecuentes revoluciones que en poco tiempo presentaron la tiranía bajo formas cada vez mas espantosas; la

* "Al echarlos al fuego trobó aquellos versos de Homero que dicen: « Ven Vulcano : Tetis ha menester tu auxilio » HOMER., *Iliad.* XVIII, *v.* 392. Platon dijo: « Ven Vulcano: Platon ha me- « nester tu auxilio. » EUSTATH., t. II, p. 1149. DIOG. LAERT., lib. III, § 4 y 5.

muerte de Sócrates, su maestro y amigo; las reflexiones que tantos sucesos le hicieron formar, le convencieron luego de que todos los gobiernos se ven invadidos por enfermedades incurables; que los asuntos de los mortales son, por decirlo así, desesperados, y que no serán felices sino cuando la filosofía se encargue del cuidado de guiarlos. Así es, que abandonando su proyecto, se determinó aumentar sus conocimientos, y á consagrarlos á nuestra instruccion; con cuyo objeto fué á Megara, Italia, Cirene y Egipto, y donde quiera que el espíritu humano habia hecho progresos.

Tenia cerca de cuarenta años cuando, para ver el Etna, hizo el viage á Sicilia. Dionisio, tirano de Siracusa, quiso hablar con él. La conversacion recayó sobre la felicidad, sobre la justicia y sobre la verdadera grandeza. Habiendo Platon sostenido que no habia cosa mas cobarde é infeliz que un príncipe injusto, irritado Dionisio le dijo: « tú hablas como un delirante.—Y « tú como un tirano, » respondió Platon. Faltó poco para que esta respuesta le costase la vida. Dionisio no le permitió embarcarse en una galera que volvia á Grecia, sino despues de haber exigido del comandante que le arrojaria al mar, ó le venderia como esclavo. Fué vendido, rescatado y traido á su patria. Algun tiempo despues el rey de Siracusa, incapaz de remordimientos,

pero deseoso de la estimacion de los Griegos, le escribió; y habiéndole suplicado que en sus discursos no le tratase mal, no recibió mas que esta respuesta de desprecio: « no tengo tiempo « para acordarme de Dionisio. »

A su regreso se formó Platon un plan de vida de que no se ha separado. Ha continuado en no mezclarse en los asuntos públicos, porque, segun sus principios, ni la persuasion ni la fuerza pueden conducirnos al bien; pero ha recogido las luces derramadas en los diversos paises que recorrió; y conciliando en lo posible las opiniones de los filósofos que le habian precedido, compuso un sistema que explica en sus escritos y conferencias. Sus obras están en forma de diálogo: el principal interlocutor es Sócrates, y se dice que con este nombre autoriza las ideas que él ha concebido ó adoptado.

Su mérito le ha suscitado enemigos; pero tambien él se los ha formado vertiendo en sus escritos cierta ironía picante contra muchos autores célebres. Verdad es que la pone en boca de Sócrates; mas la destreza con que la maneja, y varios rasgos que se pudieran citar suyos, prueban que á lo menos en su juventud tenia bastante inclinacion á la sátira. Sin embargo, sus enemigos no turban el sosiego que mantienen en su corazon sus sucesos ó sus virtudes. Efectivamente Platon tiene virtudes, unas recibidas

de la naturaleza, y otras adquiridas con sus esfuerzos. Nació colérico: ahora es el mas afable y paciente de los hombres. A mi parecer el amor de la gloria ó de la celebridad es su principal, ó mas bien su única pasion. Soy de sentir que experimenta en sí aquellos zelos, de que él mismo es continuo objeto. Mal contentadizo y reservado con los que siguen la misma carrera que él; franco y condescendiente con los que dirige él mismo, ha vivido siempre con reserva ó enemistad con los demas discípulos de Sócrates; con sus propios discípulos en confianza y familiaridad, atento siempre á sus progresos, como á sus necesidades, dirigiendo sin debilidad y sin acrimonia sus inclinaciones hácia objetos honestos, y corrigiéndolos mas bien con su ejemplo que con sus lecciones.

Los discípulos por su parte llevan el respeto hasta el homenage, y la admiracion hasta el fanatismo. Llegareis á ver algunos que afectan andar cargados de espaldas, por parecerse á él en algo: al modo que en Etiopia, cuando el soberano tiene algun defecto corporal, los cortesanos toman el partido de estropearse, para parecerse á él. Estos son los rasgos principales de su vida y caracter. Mas adelante estareis en disposicion de juzgar de su doctrina, de su elocuencia y de sus errores.

Cuando concluyó Apolodoro, advirtió que yo

miraba atentamente á una muy agraciada muger que se habia mezclado entre los discípulos de Platon. Esa, me dijo, se llama Lastenia, y es una cortesana de Mantinea en la Arcadia. El amor de la filosofía la ha traido aquí; y se sospecha que la detiene el amor de Espeusipo, sobrino de Platon, que está sentado junto á ella. Al mismo tiempo me hizo reparar en una jovencita de Arcadia, que se llamaba Axiotea, la que habiendo leido un diálogo de Platon, lo habia dejado todo, hasta los vestidos de su sexo, para venir á oir las lecciones de este filósofo. Me citó ademas otras mugeres, que disfrazadas del mismo modo habian dado el mismo ejemplo.

Despues le pregunté: ¿quién es aquel joven flaco y seco que veo junto á Platon; que tartamudea, y tiene los ojos chicos y centelleantes? Ese es, respondió, Aristóteles de Estagira, hijo de Nicómaco, médico y amigo de Amintas, rey de Macedonia. Nicómaco dejó haberes muy considerables á su hijo, que hace cinco años vino á establecerse aquí. Podia tener entonces diez y siete ó diez y ocho años. No conozco ninguno que tenga tanto entendimiento y aplicacion. Platon le distingue entre todos los discípulos, y no le reprende sino de ser muy acicalado en el vestir.

Aquel que veis cerca de Aristóteles, continuó Apolodoro, es Xenócrates de Calcedonia. Es un espíritu parado y sin amenidad. Platon le exhorta

muchas veces á que sacrifique á las Gracias; y de él y de Aristóteles dice, que uno necesita freno, y otro espuela. Un dia vinieron á decir á Platon que Xenócrates habia hablado mal de él. « No lo creo, respondió. » Insistieron en ello, y él no cedió. Se le ofrecieron pruebas. « No; re-« plicó Platon: es imposible que no me ame « aquel á quien yo amo tan tiernamente. »

¿Cómo llamais, dije yo, al otro joven que parece ser de una salud tan delicada, y mueve los hombros de cuando en cuando? Ese es Demóstenes, me dijo Apolodoro. Nació de padres honrados. Su padre, que murió cuando él tenia siete años, ocupaba un gran número de esclavos en fabricar espadas, y en hacer muebles de diferentes géneros. Acaba de ganar un pleito contra sus tutores que querian usurparle una parte de sus bienes: él mismo ha defendido su causa, aunque apenas tiene diez y siete años. Sus compañeros, envidiosos sin duda del suceso, le llaman ahora *culebra*, y le prodigan otros epítetos deshonrosos, á que parece se hace acreedor por la dureza que tiene su caracter. Quiere dedicarse al foro, y con este fin acude mas bien á la escuela de Iseo que á la de Isócrates; porque a elocuencia del primero le parece mas nerviosa que la del segundo. La naturaleza le ha dado voz debil, una respiracion fatigosa y una pronunciacion desagradable; pero tambien le

ha dotado de uno de aquellos caracteres firmes que se obstinan contra los obstáculos. Si viene aquí, es para aprender á un mismo tiempo los principios de la filosofía y las lecciones de elocuencia.

El mismo motivo trae á los tres discípulos que veis cerca de Demóstenes. El uno se llama Esquines, que es aquel joven tan robusto. Nacido en una condicion oscura, se ejercitó en su infancia en funciones muy viles; y como su voz es hermosa y sonora, le hicieron despues salir al teatro, donde á pesar de todo no hizo mas que papeles subalternos. Tiene gracias ingeniosas, y cultiva la poesía con algun fruto. El segundo se llama Hipérides, y el tercero Licurgo. Este último es de una de las mas antiguas familias de la república.

Todos cuantos acababa de nombrarme Apolodoro, se han distinguido en adelante, unos por su elocuencia, otros por su conducta, y casi todos por su odio constante á la esclavitud. Tambien ví allí muchos extrangeros que oian con ansia las lecciones de Platon sobre la justicia y la libertad; pero luego que volvieron á su patria, y despues de haber dado muestras de virtudes, quisieron esclavizarla, ó la esclavizaron en efecto: tiranos tanto mas peligrosos, cuanto fueron educados en el odio de la tiranía.

Platon leia algunas veces sus obras á sus dis-

cípulos: otras les proponia una cuestion; les daba tiempo para meditarla, y los acostumbraba á definir exactamente las ideas que ligaban á las palabras. Comunmente daba sus lecciones en los paseos de la academia; porque miraba el paseo como mas util á la salud, que los ejercicios violentos del gimnasio. Sus antiguos discípulos, sus amigos, sus mismos enemigos, venian muchas veces á oirle, y otros iban atraidos por la hermosura del sitio.

Ví llegar allí un hombre como de unos cuarenta y cinco años, el cual venia sin zapatos, ni túnica, con una barba larga, un palo en la mano, una alforja al hombro, y un capote ó manto, bajo el cual tenia un gallo vivo y pelado, el que echó en medio del concurso, diciendo: « ved ahí el hombre de Platon. » Y luego desapareció. Platon se sonrió: sus discípulos murmuraron. Apolodoro me dijo: Platon habia dado la definicion del hombre, diciendo que era un animal de dos pies y sin plumas: Diógenes ha querido dar á entender que su definicion no es exacta. El desconocido, le dije yo, me ha parecido uno de aquellos mendigos importunos, que se hallan solamente entre las naciones ricas y civilizadas. En efecto mendiga algunas veces, me respondió, mas no siempre por necesidad. Como me veia suspenso, me dijo: vamos á sentarnos bajo este plátano, y os contaré

su historia en pocas palabras, dándoos tambien á conocer algunos atenienses célebres que veo en las calles de árboles inmediatas. Nos sentamos en frente de una torre, que tiene el nombre de Timon el misántropo, y de una colina cubierta de verdor y de casas, que se llama Colona.

Por el tiempo en que Platon abria su escuela en la academia, continuó Apolodoro, Antístenes, otro discípulo de Sócrates, estableció la suya sobre una colina situada al otro lado de la ciudad. Este filósofo intentaba en su juventud adornarse con las exterioridades de una virtud severa; mas no se ocultaron á Sócrates sus intenciones. Un dia le dijo: « Antístenes, yo descubro « vuestra vanidad por los agujeros de vuestro « manto. » Instruido por su maestro en que la felicidad consiste en la virtud, hizo consistir la virtud en el desprecio de las riquezas y del deleite, y para acreditar sus máximas, se dejó ver en público con un palo en la mano, una alforja al hombro, como uno de aquellos miserables que se presentan á los pasageros. La singularidad de este espectáculo le atrajo discípulos, que su elocuencia mantuvo algun tiempo cerca de sí; pero las austeridades que les prescribia, los fueron alejando poco á poco; y esta desercion le desagradó tanto, que cerró su escuela.

Diógenes se dejó ver por entonces en esta

ciudad. Habia sido desterrado de Sinope, su patria, con su padre acusado de monedero falso. Despues de una resistencia tenaz, le comunicó Antístenes sus principios, y no tardó Diógenes en aprenderlos. Antístenes queria corregir las pasiones: Diógenes quiso destruirlas. Segun él, para ser feliz, el sabio debia hacerse independiente de la fortuna, de los hombres y de sí mismo: de la fortuna haciendo frente á sus favores y á sus caprichos; de los hombres sacudiendo el yugo de las preocupaciones, de los usos y de algunas leyes, cuando estas no son conformes á sus luces; de sí mismo trabajando en endurecer su cuerpo contra los rigores de las estaciones, y su alma contra los atractivos del placer. Decia algunas veces: «yo soy pobre, errante, sin pa« tria, sin asilo, obligado á vivir para el dia; « mas yo opongo el valor á la fortuna, la natu« raleza á las leyes, la razon á las pasiones.»

De estos principios, cuyas diferentes consecuencias pueden conducir ó á la mas alta perfeccion ó á los mayores desórdenes *, resulta el desprecio de las riquezas, de los honores, de la gloria, de la distincion de condiciones, de la decencia social, de las artes, de las ciencias y de todas las comodidades de la vida. El hombre,

* Antístenes y Diógenes han sido los fundadores de la escuela de los cínicos, y de esta ha salido la de los estoicos.

cuyo modelo se forjó Diógenes, al que busca algunas veces con la linterna en la mano; este hombre extrangero á cuanto le rodea, inaccesible á lo que lisonjea sus sentidos, que se llama ciudadano del universo, sin saber serlo de su patria; este hombre seria tan infeliz como inutil en las sociedades civilizadas, y no ha existido antes de nacer Diógenes. Creyó este ver un ensayo en los Esparciatas. « No he visto, dice, « hombres en ninguna parte; pero he visto niños « en Lacedemonia. »

Para delinear en sí mismo el hombre, cuya idea habia concebido, se ha sujetado á las pruebas mas duras, y ha sacudido toda sujecion. Le vereis luchar con el hambre, apaciguarla con alimentos groseros, contrariarla en los convites donde reina la abundancia, extender alguna vez su mano á los pasageros, encerrarse por la noche en una cuba, exponerse á las intemperies del aire en el pórtico de un templo, revolcarse en la abrasadora arena en estío, caminar con los pies descalzos sobre la nieve en invierno, satisfacer á todas sus necesidades en público, y en los lugares frecuentados por el populacho, afrontar y sufrir con valor el ridículo, el insulto y la injusticia, oponerse á los usos establecidos hasta en las cosas mas indiferentes, y dar cada dia escenas que, excitando el desprecio de los hombres sensatos, dejan ver demasiado los mo-

tivos secretos que le animan. Un dia le ví yo abrazar medio desnudo una estatua de bronce, habiendo una helada grande. Preguntóle un lacedemonio si sufria. — No; respondió el filósofo. — ¿Pues qué mérito teneis, replicó el lacedemonio?

Diógenes es de entendimiento profundo, de alma firme y caracter festivo. Expone sus principios con tanta claridad, los explica con tanta fuerza, que ha habido extrangeros que habiéndole oido, han abandonado al punto todo por seguirle. Como se cree llamado para reformar los hombres, no tiene con ellos ninguna condescendencia. Su sistema le lleva á declamar contra los vicios y abusos; su caracter á perseguir sin piedad á los que los perpetuan. A cada paso lanza contra ellos los dardos de la sátira, y los de la ironía mil veces mas temibles. La libertad que reina en sus discursos, le hace amable al pueblo. Recíbenle en las tertulias, cuyas molestias modera con chistes repentinos, algunas veces bien dichos, y siempre continuos, porque nada le detiene. Los jóvenes le buscan para contender en chistes con él, y se vengan de su superioridad con ultrajes, que sufre con una tranquilidad que los humilla. Muchas veces le he oido reprenderles expresiones y acciones poco conformes al pudor; y no creo que se haya abandonado á los excesos, de que le

acusan sus enemigos. Su indecencia toca mas á los modales, que á las costumbres. Los grandes talentos, las grandes virtudes y los grandes esfuerzos no harán mas que un hombre singular; y yo suscribiré siempre al juicio de Platon que ha dicho de él: « este es Sócrates delirando. »

A este tiempo vimos pasar por cerca de nosotros un hombre que se paseaba muy despacio. Parecia como de cuarenta años, de aspecto triste é inquieto, la mano en su manto. Aunque su exterior era muy sencillo, Apolodoro se levantó con prisa, se acercó á él con cierto respeto mezclado de admiracion y cariño; y volviéndose á sentar cerca de mí, me dijo: este es Focion, y este nombre debe excitar siempre en vuestra alma la idea de la misma probidad. Su nacimiento es oscuro; pero su alma es infinitamente elevada. Asistió á la academia desde muy temprano, y en ella bebió los principios sublimes que despues han dirigido su conducta; principios grabados en su corazon, y tan invariables como la justicia y verdad de donde manan.

Cuando salió de la academia militó bajo el mando de Cabrias, cuya impetuosidad moderaba, y que le debió en gran parte la victoria de Naxos. En otras ocasiones ha manifestado talentos militares. Durante la paz cultiva una tierrecilla que apenas bastaria para satisfacer las ne-

cesidades del hombre mas moderado en sus deseos; pero proporciona á Focion un superfluo con que alivia las necesidades de otros. En ella vive con una esposa digna de su amor, porque lo es de su estimacion: vive allí contento con su suerte, sin tener su pobreza por deshonra ni hacer vanidad de ella, sin solicitar los empleos, y aceptándolos para cumplir con sus obligaciones.

Nunca le vereis ni reir ni llorar, aunque sea feliz y sensible; y es porque su alma es superior á la alegría y al dolor. No os espante la nube sombría que al parecer encubre sus ojos: Focion es afable, humano, indulgente con nuestras flaquezas: no es duro y amargo mas que para los que corrompen las costumbres con sus ejemplos, ó pierden el Estado con sus consejos.

Me he alegrado mucho de que la casualidad haya reunido ante vuestros ojos á Diógenes y á Focion. Compárándolos, hallareis que el primero no hace un sacrificio á la filosofía, sino llevándolo al extremo, y advirtiéndolo al público, mientras el segundo ni manifiesta, ni oculta, ni exagera ninguna de sus virtudes. Mas añadiré, diciendo que á la primera mirada se puede juzgar cual de estos dos hombres es el filósofo verdadero. El manto de Focion es tan basto como el de Diógenes; pero el de Diógenes está roto, y el de Focion no.

Tras de Focion venian dos atenienses, notable

el uno por su estatura magestuosa, y su fisonomía respetable. Apolodoro me dijo: ese es hijo de un zapatero, y yerno de Cotis, rey de Tracia: se llama Ifícrates: el otro es hijo de Conon, que fué uno de los mayores hombres del siglo, y se llama Timoteo.

Los dos, al frente de los ejércitos, han mantenido por muchos años la gloria de la república: los dos han sabido reunir los conocimientos á los talentos, las reflexiones á la experiencia, la destreza al valor. Ifícrates sobresale principalmente en la exacta disciplina que ha introducido en nuestra tropa; en la prudencia que dirige sus acciones; en una desconfianza escrupulosa que le tenia siempre en vela contra el enemigo. Debió mucho á su reputacion; y así es que marchando contra los bárbaros decia: «no temo «mas sino que no hayan oido hablar de Ifí- «crates.»

Timoteo es mas activo, mas paciente, acaso menos diestro en formar proyectos; pero mas firme y constante en ejecutarlos. Sus enemigos, por no reconocer su mérito, le tachaban de dichoso. Hiciéronle pintar dormido en una tienda, á la fortuna cerniéndose sobre su cabeza, y juntando al rededor de él las ciudades cogidas en una red. Vió Timoteo la pintura, y dijo graciosamente: ¡pues qué no haria si estuviera despierto!

Ifícrates ha hecho mudanzas útiles en la infantería; Timoteo ha enriquecido muchas veces con los despojos de los enemigos el tesoro público ya exhausto; bien que al mismo tiempo se ha enriquecido él tambien. El primero ha restituido soberanos á sus tronos: el segundo ha obligado á los Lacedemonios á cedernos el imperio del mar. Los dos son elocuentes oradores: la elocuencia de Ifícrates es campanuda é hinchada: la de Timoteo es mas sencilla y mas persuasiva. Les hemos levantado estatuas y acaso los desterraremos algun dia.

CAPITULO VIII.

LICEO. GIMNASIOS. ISÓCRATES. PALESTRAS. FUNERALES DE LOS ATENIENSES.

Otro dia, al tiempo que Apolodoro entraba en mi casa á proponerme el ir á pasear al liceo, corrí á recibirle exclamando: ¿le conoceis? — ¿A quién? — A Isócrates. Acabo de leer un discurso suyo, que me ha encantado. ¿Vive todavía? ¿Dónde está? ¿Qué hace? — Aquí está, respondió Apolodoro: enseña retórica. Es un hombre célebre, á quien conozco. — Pues yo quiero verle, dije, hoy mismo, esta mañana,

en este momento. — Iremos á su casa, añadió Apolodoro, cuando volvamos del liceo.

Pasamos por el cuartel de los Pantanos; y saliendo por la puerta Egea, seguimos un sendero al lado del Iliso, torrente impetuoso, ó arroyo apacible, que siguiendo las estaciones, se precipita ó se arrastra al pie de una colina, en que se termina el monte Himeto. Sus orillas son agradables, sus aguas puras y cristalinas por lo comun. Vimos en las inmediaciones un altar consagrado á las musas; el sitio donde se dice que Boreas robó á la hermosa Oritia, hija del rey Erecteo; el templo de Ceres, donde se celebran los misterios menores; y el de Diana, donde se sacrifican todos los años muchas cabras en honor de esta diosa. Los Atenienses le prometieron antes de la batalla de Maraton un número igual al de los Persas que quedasen en el campo de batalla. Despues de la victoria echaron de ver que el cumplimiento de este voto indiscreto consumiria luego los rebaños de la Atica; y así se redujo á quinientas el número de víctimas, y la diosa se dió por satisfecha.

Mientras me contaban estas cosas, vimos sobre la colina á unos aldeanos que, dando golpes sobre unos vasos de bronce, corrian para detener un enjambre de abejas que acababa de salir de una colmena. Estos insectos aman infinito el monte Himeto que han cubierto con sus

colonias, y que casi todo está lleno de serpol y otras yerbas olorosas; y sobre todo, de excelente tomillo, del cual sacan aquellos jugos preciosos, de que hacen la miel tan estimada en toda la Grecia. El color de ella es blanco algo amarillento, negrea cuando es añeja, y conserva siempre su fluidez. Los Atenienses hacen todos los años una provision grande de ella, y se puede formar juicio del precio que le dan, por el uso que tienen los Griegos de gastar miel en las pastas y guisados. Dícese que alarga la vida, y que en especial es muy util á los viejos. Yo mismo he visto á muchos discípulos de Pitágoras conservar su salud, no alimentándose sino con un poco de miel.

Despues de haber vuelto á pasar el Iliso, nos hallamos en un camino, donde se ejercitan en la carrera, el cual nos llevó al liceo.

Los Atenienses tienen tres gimnasios destinados á la enseñanza de la juventud, el del liceo, el del cinosargo situado sobre una colina de este nombre, y el de la academia. Todos tres han sido construidos fuera de la ciudad, á expensas del gobierno. En otro tiempo no se recibian en el segundo mas que á los niños ilegítimos.

Son los gimnasios unos edificios espaciosos, circundados de jardines y de un bosque sagrado. Se entra primero en un patio cuadrado, cuyo

circuito es de dos estadios*, con pórticos y edificios al rededor. Por tres de sus lados hay salas anchurosas, y en ellas sillas, donde los filósofos, retóricos y sofistas reunen á sus discípulos. En el otro lado hay piezas para los baños y demas usos del gimnasio. El pórtico, que mira al mediodia, es doble, para que en invierno no entre adentro el agua impelida por el viento.

Desde este patio se pasa á un recinto tambien cuadrado, y en medio de él dan sombra algunos plátanos. Por tres lados corren los pórticos: el que mira al norte es de dos órdenes de columnas, para preservar del sol á los que se pasean por él en verano: el pórtico opuesto se llama Xisto. En todo el terreno que ocupa, han abierto en el medio una especie de camino hondo de cerca de doce pies de ancho y dos de profundidad. Aquí es donde al abrigo de las injurias del tiempo, separados de los espectadores que están en las barandillas laterales, se ejercitan en la lucha los jóvenes discípulos. Mas allá del Xisto está un estadio para la carrera de á pie.

Un magistrado, con el nombre de gimnasiarca, preside á los diferentes gimnasios de

* Ciento y ochenta y nueve toesas: (264 y medio pasos de España).

Atenas. Su empleo es por un año, y le confiere la asamblea general de la nacion. Tiene la obligacion de suministrar el aceite que gastan los atletas para dar mayor flexibilidad á sus miembros. En cada gimnasio tiene á sus órdenes muchos oficiales, tales como el gimnasta, el pedotriba y otros muchos, unos para mantener el buen orden entre los alumnos, y otros para instruirlos en diferentes ejercicios. Se notan sobre todo diez sofronistas nombrados por las diez tribus, y encargados de velar especialmente sobre las costumbres. Es condicion precisa que el areopago apruebe todos estos oficiales.

Como en el gimnasio, igualmente que en todos los sitios de gran concurso, deben reinar la confianza y la seguridad, se castigan con pena capital los robos que se cometen allí, cuando exceden el valor de diez dracmas *.

Debiendo ser los gimnasios el asilo de la inocencia y del pudor, habia Solon prohibido al público la entrada, mientras los alumnos celebraban una fiesta en honor de Mercurio, en cuyo tiempo no estaban tan inspeccionados por sus maestros; pero este reglamento no se observa ya.

Los ejercicios están ordenados por las leyes, sujetos á reglas, animados con los elogios de

* Nueve libras: (33 y medio rs. vn.).

los maestros, y mucho mas con la emulacion que hay entre los discípulos. Toda la Grecia los tiene por la parte mas esencial de la educacion, porque hacen al hombre agil, robusto, y apto para sufrir las fatigas de la guerra y los ocios de la paz. Si se consideran en orden á la salud, los mandan los médicos con utilidad; y con relacion al arte militar, no se puede dar mas alta idea de ellos, que citando el ejemplo de los Lacedemonios. En otro tiempo les debieron las victorias, que los hicieron temibles á los demas pueblos; y en estos últimos tiempos ha sido preciso, para vencerlos, igualarles en la gimnástica.

Pero si son grandes las ventajas de este arte, no lo son menos los abusos. La medicina y la filosofía condenan unánimes estos ejercicios, cuando debilitan el cuerpo, ó dan al alma mas ferocidad que valor.

El gimnasio del liceo le han aumentado y adornado sucesivamente. Sus paredes se han enriquecido con pinturas. La divinidad tutelar de aquel lugar es Apolo, cuya estatua se ve á la entrada. Los jardines adornados con hermosas hileras de árboles, se renovaron en los últimos tiempos de mi estancia en Atenas. Los asientos puestos bajo los árboles convidan allí á descansar.

Despues de haber asistido á los ejercicios de

los alumnos, y pasado algunos momentos en las salas donde se agitaban cuestiones sucesivamente importantes y frívolas, tomamos el camino que va desde el liceo á la academia, al lado de los muros de la ciudad. Apenas habiamos dado algunos pasos, cuando hallamos á un anciano venerable, á quien me pareció que Apolodoro se alegraba de ver. Despues de los primeros cumplidos le pregunto que adonde iba. El anciano le respondió con una voz aguda: voy á comer á casa de Platon con Eforo y Teopompo, que me aguardan en la puerta Dipila. — Cabalmente vamos por el mismo camino, dijo Apolodoro, y así tendremos el gusto de acompañaros. Pero decidme: ¿amais todavía á Platon? — Tanto como me lisonjeo de ser amado de él. Nuestra union, formada desde nuestra infancia, no se ha alterado desde entonces: de ello ha hecho mencion en uno de sus diálogos, donde Sócrates, que hace de interlocutor, habla de mí en términos muy honrosos. — Se os debia este homenage. Todos se acuerdan que cuando la muerte de Sócrates, en tanto que huian atemorizados sus discípulos, os atrevisteis á presentaros de luto en las calles de Atenas. Algunos años antes habiais dado otro ejemplo de firmeza. Cuando Terámenes, proscrito en pleno senado por los treinta tiranos, se refugió al altar, os levantasteis para defenderle; ¿y no fué preciso

que él mismo os suplicase que le ahorraseis el dolor de veros morir con él? Este elogio, segun me pareció, gustó mucho al anciano. Yo estaba impaciente por saber su nombre; pero Apolodoro se complacia en ocultármele.

Hijo de Teodoro, le dijo, ¿no teneis la misma edad que Platon? — Tengo seis ó siete años mas; pues él debe tener ahora sesenta y ocho años. — Segun parece, gozais de buena salud. — Excelente: estoy tan sano de cuerpo y de alma, como es posible estarlo. — Hay quien dice que estais muy rico. — Mis desvelos me han adquirido con qué satisfacer las necesidades de un hombre cuerdo. Mi padre tenia una fábrica de instrumentos músicos; pero en la guerra del Peloponeso quedó perdido; y no habiéndome dejado otra herencia que una educacion excelente, me ví precisado á vivir de mi habilidad, y sacar provecho de las lecciones que me habian dado Gorgias, Pródico, y otros oradores los mas hábiles de la Grecia. Hice defensas por los que no estaban en estado de defender su causa por sí mismos. Un discurso que dirigí á Nicocles, rey de Quipre, me valió una gratificacion de veinte talentos *. Abrí cursos públicos de elocuencia; y habiéndose aumentado cada dia mas el número de mis discípulos, he recogido el

* Ciento y ocho mil libras: (402,352 rs. vn.).

fruto de un trabajo, en que he gastado todos los momentos de mi vida. — No obstante, no negareis que habeis dedicado algunos á los placeres, á pesar de la severidad de vuestras costumbres. Poseisteis en otro tiempo á la bella Metanira: en una edad mas avanzada llevasteis á vuestra casa una cortesana no menos amable. Se decia entonces que sabiais reunir las máximas de la filosofía con las delicadezas del deleite; y se hablaba de aquella cama suntuosa que mandasteis poner, y de aquellas almohadas que despedian un olor tan fragrante. El anciano convino en estos hechos sonriéndose.

Apolodoro continuó de esta manera: teneis una familia amable, buena salud, bastante hacienda, discípulos sin número, un nombre que habeis hecho célebre, y virtudes que os ponen en la clase de los ciudadanos honrados de esta ciudad. Con todas estas ventajas debeis ser el mas feliz de los Atenienses. — ¡Ay! respondió el anciano, tal vez soy el mas infeliz de los hombres. Yo hacia depender mi felicidad de la estimacion; mas como por una parte no puede tenerse esta en una democracia, sin mezclarse en los negocios públicos, y por otra la naturaleza me ha dado una voz debil y una timidez excesiva, ha sucedido que, siendo muy capaz de discernir los verdaderos intereses del Estado, pero incapaz de defenderlos en las asambleas,

me he visto atormentado violentamente de la ambicion y de la imposibilidad de ser util, ó en otros términos de ganar crédito. Los Atenienses reciben gratuitamente en mi casa lecciones de elocuencia; los extrangeros pagando mil dracmas*: yo daria de buena gana diez mil al que me diese intrepidez y una voz sonora. — Vos habeis enmendado los perjuicios de la naturaleza, instruyendo con vuestros escritos al público, á quien dirigis la palabra, y no podrá negaros su estimacion. — ¿Mas de qué me sirve la estimacion de los demas, si no puedo juntar á ella la mia? Algunas veces llega á desprecio la debil idea que tengo de mis talentos. ¿Qué fruto he sacado? ¿He obtenido alguna vez los cargos, las magistraturas y distinciones que veo conceder todos los dias á esos viles oradores que venden el Estado?

Aunque mi Panegírico de Atenas haya hecho avergonzar á los que habian tratado antes la materia, y desanimado á los que quisieran tratar de ella hoy, siempre he hablado de mis tareas con modestia, por no decir con humildad. Mis intenciones son puras, nunca he hecho daño á nadie ni con mis escritos, ni con mis acusaciones; y sin embargo tengo enemigos. — ¡Ah! ¿no debereis redimir vuestro mérito á costa de

* Novecientas libras: (3,352 rs. vn.).

algunas desazones? Mas dignos de compasion son vuestros enemigos que vos. Continuamente les advierte una voz importuna, que vos contais entre vuestros discípulos, reyes, generales, políticos, historiadores y escritores de todas materias; que de tiempo en tiempo salen de vuestra escuela colonias de hombres ilustrados, que esparcen vuestra doctrina en los paises lejanos; que gobernais la Grecia por medio de vuestros discípulos, y para servirme de vuestra expresion, que sois la piedra que afila el instrumento. —Sí; pero esta piedra no corta. A lo menos, añadió Apolodoro, no podrá negar la envidia que habeis acelerado los progresos de la elocuencia. —Tambien se me quiere quitar ese mérito. Bebiendo cada dia en mis escritos esos atrevidos sofistas, esos maestros ingratos, los preceptos y los ejemplos, los distribuyen á sus discípulos, sin dejar por eso el ardor con que me despedazan; se ejercitan en asuntos que yo he tratado; juntan en derredor á sus partidarios, y comparan sus discursos con los mios, que han tenido la precaucion de alterar, y tienen la bajeza de desfigurar cuando los leen. Este encarnizamiento me llena de dolor..... pero allí veo á Eforo y á Teopompo. Voy á llevarlos á casa de Platon, y me despido de vosotros.

Luego que se fué, me volví precipitadamente á Apolodoro. ¿Quién es pues, le dije, este an-

ciano tan modesto con tanto amor propio, y tan desdichado con tanta felicidad? Ese es Isócrates, me dijo; por cuya casa debiamos pasar á nuestra vuelta. Con mis preguntas he logrado que os trace los principales rasgos de su vida y de su caracter. Habeis visto que por dos veces manifestó valor en su juventud. Este esfuerzo agotó sin duda el vigor de su espíritu; pues ha pasado el resto de sus dias en temor y desazon. El aspecto de la tribuna, de que se ha separado con prudencia, le aflige tanto, que no asiste ya á la asamblea general. Se cree cercado de enemigos y de envidiosos, porque algunos autores, á quienes desprecia, juzgan menos favorablemente que él propio sus escritos. Su destino es correr sin cesar tras de la gloria, y no hallar nunca reposo.

Por desgracia suya, sus obras llenas por otra parte de grandes bellezas, dan armas poderosas á la crítica: su estilo es puro y fluido, lleno de dulzura y armonía, algunas veces pomposo y magnífico; pero tambien en otras es lánguido, difuso, y sobrecargado de adornos que le afean.

Su elocuencia no era adecuada para las discusiones de la tribuna y del foro; pues es mas propia para lisonjear el oido, que á mover el corazon. Es muchas veces sensible ver á un autor apreciable abatirse á no ser mas que un escritor armonioso, reducir su arte al solo mérito de la

elegancia, sujetar con trabajo sus pensamientos á las palabras, evitar el concurso de las vocales con una afectacion pueril, no tener otro objeto que redondear los períodos, ni otro recurso para simetrizar los miembros, que llenarlos de expresiones inútiles y de figuras dislocadas. Como no diversifica bastante los modos de su estilo, llega por fin á resfriar y desagradar al lector, viniendo á ser como un pintor que da á todas sus figuras los mismos rasgos, los mismos vestidos y las mismas actitudes.

La mayor parte de sus arengas se versan sobre los artículos mas importantes de la moral y política. No persuade ni arrastra, porque no escribe con fuego, y parece mas atento á su arte, que á las verdades que anuncia. De aquí viene quizá, que la mayor parte de los soberanos, cuyo legislador se ha hecho en cierto modo, han respondido con recompensas á sus avisos. Ha compuesto una obrita sobre los deberes de los reyes, y la hace circular de corte en corte. Recibióla Dionisio, tirano de Siracusa, admiró el autor, y le perdonó fácilmente unas lecciones que no dejaban en su alma ningun remordimiento.

Isócrates ha encanecido haciendo, puliendo, repuliendo, y rehaciendo un corto número de obras. Se dice que el Panegírico de Atenas le costó diez años de trabajo. Durante el tiempo de esta laboriosa construccion, no advirtió que

levantaba su edificio sobre unos fundamentos que debian ocasionar su ruina. Pone por principio, que es propiedad de la elocuencia engrandecer las cosas pequeñas, y disminuir las grandes; y despues trata de manifestar que los Atenienses han hecho mas servicios á la Grecia, que los Lacedemonios.

A pesar de estos defectos, á que sus enemigos añaden otros muchos, sus escritos presentan tantos giros felices y máximas sanas, que servirán de modelos á los que tengan talento para estudiarlos. Se ve en él un retórico diestro, destinado á formar excelentes escritores; y un maestro ilustrado, siempre atento á los progresos de sus discípulos, y al caracter de su espíritu. Eforo de Cuma, y Teopompo de Quio, que nos acaban de privar de su conversacion, serán una buena prueba. Despues de haber dado vuelo al primero, y reprimido la impetuosidad del segundo, ha destinado á los dos á escribir la historia. Sus primeros ensayos hacen honor á la sagacidad del maestro, y á los talentos de los discípulos.

Mientras Apolodoro me instruia en estos pormenores, atravesamos la plaza pública. Despues me llevó por la calle de los Hermes, y me hizo entrar en la palestra de Taureas, situada enfrente del pórtico real.

Así como posee Atenas diferentes gimnasios,

tiene tambien muchas palestras. Los niños se ejercitan en los primeros, y los atletas de profesion en las segundas. Nosotros vimos muchos de ellos que habian ganado premios en los juegos establecidos en varias ciudades de la Grecia, y otros que aspiraban á los mismos honores. Van allí continuamente muchos atenienses, aun ancianos, ó para continuar sus ejercicios, ó para ser testigos de los combates.

Las palestras tienen casi la misma forma que los gimnasios. Vimos las piezas destinadas á todas las especies de baños: aquellas en que se desnudan los atletas; donde se les unta con aceite para dar agilidad á sus miembros, y donde se revuelcan en la arena, para que sus contrarios puedan asirse á ellos.

La lucha, el salto, la pelota, todos los ejercicios del liceo se renovaron á nuestros ojos bajo formas mas variadas, con mas fuerza y destreza de los actores.

Entre los grupos diversos que formaban, se distinguian algunos hombres hermosísimos, dignos de servir de modelo á los artistas; unos con rasgos vigorosos y fuertemente expresados, como se representa á Hércules; otros con estatura mas esbelta y mas elegante, cual pintan á Aquiles. Los primeros, como se destinaban á los combates de la lucha y del pugilato, no tenian otro objeto que aumentar sus fuerzas; y los se-

gundos adiestrados en ejercicios menos violentos, como la carrera, el salto, etc., hacerse ligeros.

Su régimen es proporcionado á su destino. Muchos se abstienen de mugeres y vino. Los hay que tienen una vida muy frugal; pero los que se sujetan á pruebas laboriosas, necesitan, para reponerse, una cantidad grande de comidas sustanciosas, como carne de buey ó de puerco asada. Si no piden mas que dos minas cada dia, con pan á proporcion, dan una idea grande de su sobriedad; pero citan á muchos que hacian un consumo espantoso. De Teágenes de Tasos se cuenta que se comia un buey entero en un dia. La misma hazaña se atribuye á Milon de Crotona, cuya comida ordinaria era veinte minas de pan * y tres congios de vino **. En fin, añaden que, hallándose Astídamas de Mileto á la mesa del sátrapa Ariobarzanes, se comió él solo lo que estaba preparado para nueve convidados. Estos hechos, exagerados sin duda, prueban á lo menos la idea que se tiene de la voracidad de esta clase de atletas. Cuando pueden satisfacerla sin riesgo, adquieren una fuerza extremada: su estatura llega algunas veces á ser gigantesca; y sus contrarios atemorizados, ó

* Cerca de diez y ocho libras.
** Cerca de siete azumbres.

evitan la lid, ó sucumben bajo el peso de estas masas enormes.

De tal manera los fatiga el exceso de alimento, que se ven obligados á pasar una parte de su vida en sueño profundo. A poco tiempo desfigura todos sus rasgos una gordura excesiva; les sobrevienen enfermedades que los hacen tan infelices, cuanto inútiles han sido siempre á su patria; porque no se debe disimular que la lucha, el pugilato, y todos los demas combates dados con tanto furor en las solemnidades públicas, se han reducido á espectáculos de ostentacion, despues que se ha perfeccionado la táctica. Jamas los adoptó el Egipto, porque la fuerza que dan, solo es pasagera. Lacedemonia ha corregido sus inconvenientes con la sabiduría de sus instituciones. En lo demas de la Grecia se ha advertido que, sujetando á ellos los niños, hay peligro de que se alteren sus formas, y no tome el cuerpo su incremento; fuera de que en una edad mas avanzada los luchadores de profesion son malos soldados, porque no están en disposicion de sufrir el hambre, la sed, la vigilia, la menor necesidad, ni la mas ligera incomodidad.

Al salir de la palestra supimos que Telaira, muger de Pirro, pariente y amigo de Apolodoro, acababa de ser acometida de un accidente, que ponia su vida en peligro. Se habian visto á su puerta ramos de laurel y acanto, que segun cos-

tumbre se cuelgan en las casas de los enfermos. Fuimos allá al punto, y hallamos que los parientes, solícitos al rededor de su cama, dirigian plegarias á Mercurio, conductor de las almas; y el desgraciado Pirro recibia la última despedida de su tierna esposa. Logramos apartarle de allí, y aun quisimos recordarle las lecciones que habia recibido en la academia; lecciones tan bellas para el que es feliz, como importunas en la desgracia. « ¡O filosofía, exclamó, ayer « me ordenabas amar á mi muger, y hoy me « prohíbes llorarla! » Mas en fin, le dijeron, vuestras lágrimas no le restituirán la vida. « ¡Ay! « respondió, eso mismo es lo que las au- « menta. »

Luego que Telaira dió el último suspiro resonaron por toda la casa los gritos y los sollozos. Lavaron el cuerpo, lo perfumaron, y vistieron de una ropa preciosa; pusiéronle en la cabéza un velo, y la ciñieron luego con una corona de flores; en las manos una torta de harina y miel para aplacar á Cerbero; y en la boca una moneda de plata de uno ó dos óbolos para pagar á Caron, y en tal estado estuvo de cuerpo presente un dia entero en el portal, rodeada de cirios encendidos*. A la puerta habia un vaso de agua lustral,

* Estos cirios eran de juncos ó de cortezas de papiro, en forma de rollos cubiertos con una capa de cera.

que sirve para purificar á los que tocan un cadaver. Esta ceremonia de exponer el cuerpo es necesaria para cerciorarse que la persona está verdaderamente muerta, y que su muerte es natural. Algunas veces dura hasta el tercer dia.

Dióse el aviso para el funeral, que debia ser antes de salir el sol. Las leyes prohiben que sea en otra hora; porque han querido que una ceremonia tan triste no degenerase en un espectáculo de ostentacion. Se convidó á los parientes y amigos. Hallamos cerca del cuerpo varias mugeres que daban dilatados gemidos; algunas cortaban los rizos de sus cabellos, y los ponian al lado de Telaira, como una prenda de su afecto y dolor. Pusiéronla en un carro, metida en una caja de cipres. Los hombres iban delante, y las mugeres detras: algunos con la cabeza rasurada, y todos con los ojos en tierra, vestidos de negro, y precedidos de un coro de músicos que entonaban cantos lúgubres. De esta manera llegamos á una casa que tenia Pirro cerca de Falero, donde estaban los sepulcros de sus padres.

El uso de enterrar los cadáveres fué en otro tiempo comun en todas las naciones; despues prevaleció entre los Griegos el de quemarlos; y en el dia parece indiferente dar á la tierra ó entregar á las llamas los restos de nosotros mismos. Cuando se acabó de consumir el cuerpo de Telaira, recogieron las cenizas los parientes mas

cercanos, y se metió en la tierra la urna que las encerraba.

Durante la ceremonia se hicieron libaciones de vino; arrojaron al fuego algunas ropas de Telaira; la llamaron en voz alta; y esta despedida eterna aumentaba las lágrimas que no habian dejado de correr de todos los ojos.

Desde allí fuimos llamados al convite fúnebre, donde no se oyó otra conversacion que sobre las virtudes de Telaira. A los nueve y á los treinta dias se reunieron tambien sus parientes vestidos de blanco, y coronados de flores, para tributar nuevos honores á sus manes; y determinaron que juntos todos los años en el dia de su nacimiento, renovarian la mèmoria de su pérdida, como si fuese reciente. Esta tan loable determinacion se perpetúa muchas veces en una familia, en una compañía de amigos, entre los discípulos de un filósofo. En la fiesta general de los finados, que se celebra en el mes antesterion*; se renuevan los sentimientos que se manifiestan en semejantes circunstancias. Ultimamente he visto mas de una vez á algunos particulares acercarse á un sepulcro, depositar allí una parte de sus cabellos, dar vueltas al rededor, y hacer libaciones de agua, vino, leche y miel.

* Corresponde este mes á nuestro febrero y marzo.

Menos atento yo al origen de estos ritos, que al sentimiento que los mantiene, admiraba la sabiduría de los legisladores antiguos que imprimieron un sello de santidad sobre la sepultura y sus ceremonias. Favorecieron esta antigua opinion, á saber: que el alma despojada del cuerpo que le sirve de cubierta, es detenida sobre las orillas de la laguna Estigia, atormentada del deseo de ir á su destino, apareciendo en sueños á los que deben interesarse en su suerte, hasta que sustraigan sus despojos mortales de las miradas del sol y de las inclemencias del aire.

De aquí nace aquella solicitud en procurarle el descanso que desea; el encargo hecho al viagero de cubrir con tierra el cadaver que encuentre en el camino; aquella profunda veneracion á los sepulcros, y las leyes severas contra los que los violan.

De aquí tambien el uso practicado con los ahogados ó muertos en paises extrangeros, cuando no se pueden hallar sus cuerpos. Antes de partir los compañeros, los llaman tres veces en voz alta; y por medio de sacrificios y libaciones se lisonjean de atraer sus manes, á los que algunas veces consagran cenotafios, especie de monumentos fúnebres, casi tan respetados como los sepulcros.

Entre los ciudadanos que en vida tuvieron

bastante caudal, unos conformándose con el uso antiguo, no tienen sobre sus cenizas mas que una columnita donde está escrito su nombre; otros, despreciando las leyes que condenan el fausto y las presunciones de un dolor fingido, están cargados de edificios elegantes y magníficos, adornados con estatuas, y hermoseados por las artes. Yo he visto un simple liberto que gastó dos talentos en el sepulcro de su muger *.

Entre los caminos por donde se extravian los hombres, ó por falta ó por sobra de sentimiento, han trazado las leyes un sendero, del que no es permitido apartarse. Ellas prohiben elevar á las primeras magistraturas al hijo ingrato que, cuando mueren los autores de sus dias, no ha cumplido los deberes de la naturaleza y de la religion: ordenan á los que asisten al acompañamiento, que respeten la decencia hasta en su desesperacion: que no siembren el terror en las almas de los espectadores con gritos penetrantes, y espantosas lamentaciones; y sobre todo, que las mugeres no se arañen la cara, como lo hacian antes. ¿Quién creeria que hubiese sido menester jamas prescribirles que cuidasen de la conservacion de su hermosura?

* Diez mil y ochocientas libras: (40,238 rs. vn.).

CAPITULO IX.

VIAGE Á CORINTO. XENOFONTE. TIMOLEON.

Cuando llegamos á la Grecia supimos que, habiéndose apoderado los Eleenses de un lugarcito del Peloponeso, llamado Escilonte, donde residia Xenofonte, se habia ido este á establecerse en Corinto con su familia. Timágenes estaba impaciente por verle. Partimos de Atenas, llevando en nuestra compañía á Filotas, cuya familia tenia enlaces de hospitalidad con la de Timódemes, una de las mas antiguas de Corinto. Atra-

vesamos por Eleusis, Megara y el istmo; é íbamos tan de prisa, que no nos detuvo nada de cuanto en el camino se presentaba á nuestros ojos.

El mismo Timódemes nos llevó á casa de Xenofonte, el que habia salido, pero le hallamos en un templo inmediato, donde ofrecia un sacrificio. Todos los ojos estaban fijos en él, y él á nadie miraba, porque se presentaba delante de los dioses con el mismo respeto que él inspiraba á los hombres. Yo le miraba con el mas vivo interes. Parecia de edad como de setenta y cinco años, y su semblante conservaba todavía algunos restos de la hermosura que le habia distinguido en su juventud.

Apenas se acabó la ceremonia, cuando Timágenes se arrojó á su cuello, sin poder separarse de él: le llamó con voz interrumpida, su general, su salvador, su amigo. Mirábale Xenofonte con asombro, viendo en él un semblante que no le era desconocido, pero tampoco familiar. Por fin exclamó: sin duda este es Timágenes. ¡Ah! ¿quién sino él pudiera conservar sentimientos tan vivos despues de tan larga ausencia? Vos me haceis experimentar en este momento cuan dulce es ver renacer los amigos, de quienes nos creiamos separados para siempre. Siguiéronse tiernos abrazos á este reconocimiento, y durante el tiempo que permanecimos en Corinto, lo pa-

saron en contarse mútuamente los sucesos de su vida.

Xenofonte, nacido en un lugar de la Atica, y educado en la escuela de Sócrates, sirvió desde luego á su patria con las armas, y despues se alistó como voluntario en el ejército que reunia el joven Ciro, para destronar á su hermano Artaxerxes, rey de Persia. Muerto Ciro, le encargaron juntamente con otros cuatro oficiales el mando de las tropas griegas; y entonces fué cuando hicieron aquella famosa retirada tan admirada en su linea, cuanto lo es en la suya la relacion que de ella nos ha dado él mismo. A su regreso pasó al servicio de Agesilao, rey de Lacedemonia, de cuya gloria participó, y cuya amistad mereció. Algun tiempo despues le condenaron los Atenienses á destierro, zelosos sin duda de la preferencia que daba á los Lacedemonios; pero estos, para indemnizarle, le dieron una casa en Escilonte.

En este venturoso retiro pasó muchos años, con la esperanza de volver á su patria, calmadas que fuesen las turbulencias del Peloponeso.

Mientras estuvimos en Corinto, trabé yo amistad con sus dos hijos, Grilo y Diodoro, y todavía la contraje mas íntima con Timoleon, el hijo segundo de Timódemes, en cuya casa estábamos alojados.

Si hubiera de hacer el retrato de Timoleon, no hablaria de aquel valor distinguido que manifestó en los combates, porque entre las naciones guerreras no es una distincion, sino cuando, por ser excesivo, deja de ser virtud; y así para dar á conocer todas las calidades de su alma, me contentaria con citar las principales: aquella prudencia consumada, que se habia adelantado á los años; aquella suma blandura, cuando se trataba de sus intereses; su firmeza inalterable, cuando mediaban los de su patria; su odio vigoroso á la tiranía de la ambicion, y á la de los malos ejemplos; y pondria el colmo á su elogio, añadiendo que ninguno tuvo tantos puntos de semejanza con Epaminondas, á quien tomó por modelo por un instinto secreto.

Timoleon gozaba de la estimacion pública y de la propia, cuando el exceso de su virtud le enagenó todos los ánimos, y le hizo el mas infeliz de los hombres. Su hermano Timófanes, que no tenia ni sus conocimientos, ni sus principios, se acompañaba con hombres corrompidos, que continuamente le exhortaban á apoderarse de la autoridad suprema, y al fin se creyó con derecho á ella. Su valor ciego y presuntuoso le habia grangeado la confianza de los Corintios, cuyos ejércitos mandó mas de una vez, y quienes le habian puesto al frente de

cuatrocientos hombres que tenian para la seguridad de la policía. Timófanes los hizo sus satélites, ganó el populacho con sus liberalidades; y ayudado de un partido temible, obró como dueño absoluto, é hizo llevar al suplicio á los ciudadanos que le eran sospechosos.

Hasta entonces habia velado Timoleon sobre su conducta y proyectos. Con la esperanza de conseguir corregirle, trataba de ocultar sus defectos, y realzar el brillo de algunas acciones buenas que por casualidad hacia. Aun se le habia visto en una batalla precipitarse con denuedo en medio de los enemigos, y resistir él solo á sus esfuerzos, por salvar la vida de un hermano á quien amaba, y cuyo cuerpo, cubierto de heridas, iba á caer en sus manos.

Indignado ahora Timoleon de ver establecerse la tiranía en vida suya, en el seno de su misma familia, pinta vivamente á Timófanes el horror de los atentados que habia cometido, y los que medita todavía; le pide encarecidamente que abdique cuanto antes un poder odioso, y que satisfaga á los manes de las víctimas inmoladas á su loca ambicion. Va algunos dias despues á su casa acompañado de dos amigos, de los cuales uno era cuñado de Timófanes. Reiteran de acuerdo las súplicas; y le instan en nombre de la sangre, de la amistad y de la patria. Al principio les respondió Timófanes con una burla

En el camino encontramos muchos viageros que iban á Atenas, para asistir á las grandes Dionisiacas, una de las fiestas mas famosas de aquella ciudad. Ademas de la magnificencia de tales espectáculos, deseaba yo con ansia ver un concurso establecido de largo tiempo entre los poetas, que presentan tragedias, ó comedias nuevas. Llegamos el dia 5 del mes elafebolion *, ocho dias antes que empezasen las fiestas **.

** El primero de abril del año 362 antes de J. C.

* Se presume que las grandes Dionisiacas, ó Dionisiacas de la ciudad, comenzaban el 12 del mes elafebolion. En el año segundo de la olimpiada ciento y cuatro, año de que aquí se trata, cayó el 12 del mes elafebolion en el 8 de abril del año juliano proléptico 362 antes de Jesucristo.

CAPITULO X.

LEVAS, REVISTA; EJERCICIO DE LAS TROPAS ENTRE LOS ATENIENSES.

Dos dias despues de nuestra vuelta á Atenas, fuimos á una plaza donde se hacia la leva de las tropas, que habian de ir al Peloponeso; las cuales debian reunirse á las de los Lacedemonios, y algunos otros pueblos, para oponerse, de comun acuerdo, á los proyectos de los Tebanos y sus aliados. Hegeloco, estratega, ó general, estaba sentado en una silla puesta en un sitio alto: cerca de él, un taxiarca, oficial general, tenia el registro en que están puestos todos los

ciudadanos en estado de llevar armas, los cuales deben presentarse á este tribunal. Llamábalos en voz alta, y tomaba nota de los que escogia el general.

Los Atenienses están obligados á servir desde la edad de diez y ocho años hasta los sesenta. Rara vez se emplea á los de mas avanzada edad, y cuando se les destina á servir al salir de la infancia, se tiene cuidado de apartarlos de los peligros mayores. El gobierno fija algunas veces la edad de los que han de tomar las armas, y algunas otras se les saca por suerte.

Están dispensados del servicio los que tienen arrendados los impuestos públicos, y los que representan en los coros de las fiestas de Baco. Solamente en las urgencias muy graves, hacen ir los esclavos, los extrangeros establecidos en la Atica, y los ciudadanos mas pobres, á todos los cuales se les alista rara vez, porque no han hecho juramento de defender la patria, ó porque no tienen ningun interes en defenderla: la ley no ha confiado este cuidado mas que á los ciudadanos que poseen algunos bienes, y los mas ricos sirven en calidad de simples soldados. De aquí nace, que la pérdida de una batalla, debilitando las primeras clases de ciudadanos, basta para dar á la última, cierta superioridad, que altera la forma de gobierno.

Tenia la república contratado el dar á los

aliados seis mil hombres entre infantería y caballería. La mañana siguiente á su alistamiento, se derramaron tumultuosamente por las calles y plazas públicas, vestidos de sus armas: se fijaron sus nombres sobre las estatuas de los diez heroes que dieron el suyo á las diez tribus de Atenas; de suerte que sobre cada estatua se leian los nombres de los soldados de cada tribu.

Algunos dias despues se hizo la revista de las tropas. Fuí á ella con Timágenes, Apolodoro, y Filotas; y hallamos allí á Ifícrates, á Timoteo, á Focion, Cabrias, y á todos los generales antiguos, y á los del año corriente. Estos últimos habian sido nombrados en la asamblea del pueblo, como era costumbre; y eran diez, uno de cada tribu. Con este motivo me acordé, que Filipo de Macedonia decia en una ocasion: «yo «envidio la dicha de los Atenienses, que todos «los años hallan diez hombres capaces de man«dar á sus ejércitos, cuando yo no he encon«trado jamas sino á Parmenion para conducir «los mios.»

En otro tiempo turnaban en el mando los diez estrategas. Cada dia mudaba de general el ejército; y en caso de empate en el consejo, el polemarco, uno de los principales magistrados de la república, tenía el derecho de dar su voto. Hoy dia toda la autoridad está por lo ordinario en uno solo, que por su parte está obligado á dar

cuenta de sus operaciones, á no ser que se le haya conferido un poder ilimitado. Los demas generales quedan en Atenas, y casi no tienen que hacer otras funciones que figurar en las ceremonias públicas.

La infantería estaba compuesta de tres clases de soldados: los oplitas ó armados pesadamente; los armados á la ligera; y los peltastas, cuyas armas eran menos pesadas que las de los primeros, y menos ligeras que las de los segundos.

Las armas defensivas de los oplitas eran el casco, la coraza, el escudo, y una especie de botines que cubrian la parte anterior de la pierna; y por ofensivas llevaban la pica y la espada.

Los armados á la ligera estaban destinados para lanzar dardos ó flechas; y algunos, piedras, ya con honda, ya con la mano.

Los peltastas llevaban un venablo, y un escudo pequeño, llamado pelta. Los escudos, que eran casi todos de sauce, y tambien de mimbre, estaban adornados de colores, de emblemas, y de inscripciones. Ví uno donde estaban figuradas con letras de oro, estas palabras: A LA BUENA FORTUNA; y otros en que varios oficiales habian hecho pintar símbolos relativos á su caracter y á su gusto. Al pasar, oí á un viejo, que decia al que estaba á su lado: yo fuí de aquella desgraciada expedicion de Sicilia, hace ya cincuenta y tres años, en que serví al mando de

Nicias, Alcibiades y Lamaco. Bien habeis oido hablar de la riqueza del primero, del valor y hermosura del segundo : el tercero tenia un esfuerzo capaz de inspirar terror. El oro y la púrpura adornaban el escudo de Nicias: el de Lamaco representaba una cabeza de Gorgona; y el de Alcibiades un amor lanzando el rayo.

Queria yo seguir esta conversacion; pero me interrumpió la llegada de Ifícrates, á quien Apolodoro acababa de contar la historia de Timágenes y la mia. Despues de los primeros cumplidos, le dió Timágenes la enhorabuena por las mudanzas que habia introducido en las armas de los oplitas. Todas ellas, respondió Ifícrates, eran necesarias : oprimida la falange con el peso de sus armas, ejecutaba con trabajo las evoluciones que se la mandaban, y tenia mas medios para parar los golpes del enemigo, que para dárselos. Una coraza de lienzo ha reemplazado á la de metal; un escudo chico y ligero, á aquellos escudos enormes, que nos quitaban la libertad de la accion, á fuerza de protegernos. La lanza se ha alargado una tercera parte, y la espada una mitad. El soldado ata y desata con mas facilidad su calzado. Yo he querido hacer mas temibles á los oplitas; pues ellos son en el ejército, lo que el pecho en el cuerpo humano. Como Ifícrates era naturalmente elocuente, siguió su paralelo, compa-

rando el general á la cabeza, la caballería á los pies, y las tropas ligeras á las manos. Timágenes le preguntó, que por qué no habia adoptado el casco beocio, que cubre el cuello, y baja hasta la coraza. Esta pregunta trajo otras sobre la vestimenta de las tropas, y sobre la táctica de los Griegos y de los Persas. Por mi parte yo preguntaba á Apolodoro muchas cosas sobre varios puntos, que sus respuestas lo darán á conocer.

Sobre los diez estrategas, decia, están los diez taxiarcas, que como los primeros, se nombran todos los años por suerte, y se sacan de cada tribu en la asamblea general. Ellos son los que, bajo las órdenes de los generales, deben proveer al ejército, arreglar y mantener el orden de las marchas, acamparle, mantener la disciplina, y examinar si las armas están en buena disposicion. Algunas veces mandan ellos el ala derecha, y otras los envia el general para anunciar una victoria, y dar cuenta de lo que ha pasado en la batalla.

Estando en esto, vimos un hombre vestido con una túnica, que le llegaba á las rodillas, sobre la cual debiera haber puesto la coraza, que traia sobre el brazo con las demas armas. Se acercó al taxiarca de su tribu, junto al cual estábamos nosotros; y este oficial le preguntó: ¿por qué no os poneis vuestra coraza? — A lo

que respondió : el tiempo de mi servicio ha espirado : ayer cuando se pasó la revista, estaba yo labrando mis tierras. Yo estoy puesto en el padron de la milicia que se formó en el arcontado de Calias : ved la lista de los arcontes, y hallareis que desde entonces acá han pasado mas de cuarenta y dos años. Sin embargo, por si mi patria tiene necesidad de mí, he traido mis armas. El oficial verificó el hecho; y despues de haber conferenciado con el general, borró de la lista el nombre de este buen ciudadano, y puso otro en su lugar.

Las plazas de los diez taxiarcas son de aquellas del Estado, que se desean mas poseer que desempeñar. La mayor parte de ellos se dispensan de seguir el ejército, y sus funciones se reparten entre los gefes que el general pone al frente de las divisiones y subdivisiones, los cuales son muchos. Unos mandan ciento veinte y ocho hombres : otros doscientos cincuenta y seis, quinientos y doce, ó mil veinte y cuatro, siguiendo una proporcion sin límites subiendo; pero bajando acaba en un término que se puede mirar como el elemento de las diferentes divisiones de la falange. Este elemento es la fila, compuesta algunas veces de ocho hombres, y las mas de diez y seis.

Yo interrumpí á Apolodoro, para enseñarle un hombre, que llevaba una corona en la cabeza.

y un caduceo en la mano. Ya he visto pasar muchos de estos, le dije. — Esos son los heraldos, me respondió: su persona es sagrada: ejercen funciones importantes; declaran la guerra, proponen la tregua ó la paz, publican las órdenes del general, pronuncian los mandatos, convocan el ejército, anuncian el momento de la marcha, el sitio á donde se debe ir, y para cuantos dias se han de tomar víveres. Si en el momento del ataque, ó de la retirada, no se oye la voz del heraldo á causa del ruido, se ponen señales: si el polvo no deja verlas, se toca la trompeta: si no sirve ninguno de estos medios, corre un edecan de fila en fila para comunicar las intenciones del general.

En este instante algunos jóvenes que pasaban como relámpagos por junto á nosotros, por poco no atropellan á unos personages graves, que caminaban lentamente. Los primeros, me dijo Apolodoro, son correos, y los segundos adivinos: dos especies de hombres comunmente empleados en nuestros ejércitos; unos para llevar lejos las órdenes del general, y otros para examinar en las entrañas de las víctimas, si son conformes á la voluntad de los dioses.

De ese modo, repliqué yo, las operaciones de una campaña, penden entre los Griegos, del interes y de la ignorancia de esos falsos intérpretes del cielo. — Muchas veces sucede así, me

respondió. No obstante, si los estableció entre nosotros la superstición, quizá debe la política mantenerlos. Nuestros soldados son hombres libres, é intrépidos; pero impacientes é incapaces de sufrir la prudente lentitud de un general, que no pudiendo hacer que sea oida la razon, no tiene á veces otro recurso que hacer hablar á los dioses.

Mientras andábamos al rededor de la falange, noté que cada oficial general tenia cerca de sí un subalterno, que nunca se apartaba de él. Ese es su escudero, me dijo Apolodoro; el que está obligado á seguirle en lo recio de la pelea, y guardarle el escudo en ciertas ocasiones. Cada oplita ó pesadamente armado, tiene tambien un criado, que entre otras funciones, ejerce algunas veces la de escudero; pero se cuida de enviarlos al bagage antes del combate. Entre nosotros está anexa la deshonra á la pérdida del escudo, y no á la de la espada y demas armas ofensivas. ¿Y por qué hay esta diferencia? le dije yo. — Para darnos una grande leccion, me respondió: para enseñarnos que debemos pensar menos en derramar la sangre del enemigo, que en impedirle que derrame la nuestra; y que así la guerra debe ser mas bien un estado de defensa, que de ataque.

Pasamos despues al liceo, donde se hacia la revista de caballería, la que mandan, por de-

recho, dos generales, llamados hiparcos, y diez gefes particulares, llamados filarcos, sacados por suerte todos los años en la asamblea de la nacion.

Algunos atenienses se alistan de corta edad en este cuerpo, como casi todos los demas lo están en la infantería. No se compone mas que de mil y doscientos hombres. Cada tribu da un contingente de ciento y veinte con el gefe que debe mandarlos. Comunmente se arregla el número de esta tropa, por el número de los oplitas; y esta proporcion, que varía segun las circunstancias, es ordinariamente de uno á diez, es decir, que se juntan doscientos caballos á dos mil oplitas.

No hace mas de un siglo, me decia Apolodoro, que se ve caballería en nuestros ejércitos. La de Tesalia es numerosa, porque el pais abunda en pastos; pero los demas paises de la Grecia son tan secos, tan estériles, que es dificultosísimo criar en ellos caballos: así es que los ricos solamente sirven en la caballería, y de aquí nace la consideracion que goza este servicio. Nadie puede ser admitido sin obtener el beneplácito de los generales, de los gefes particulares, y sobre todo, del senado, que cuida particularmente de la conservacion y brillantez de un cuerpo tan distinguido, y asiste á la inspeccion de los nuevos soldados.

Se presentaron delante de él con el casco, la coraza, el escudo, la espada, la lanza, ó el dardo, un manto corto, etc. Mientras se examinaban sus armas, Timágenes, que habia hecho un estudio particular de lo que concierne al arte militar, nos decia: una coraza muy ancha ó muy estrecha, viene á ser un peso ó un lazo insufrible. El casco debe estar hecho de manera que pueda el ginete cubrirse hasta la mitad de la cara, cuando lo necesite. Sobre el brazo izquierdo se debe poner la armadura nuevamente inventada, la que extendiéndose y doblándose fácilmente, cubre toda aquella parte del cuerpo, desde el hombro hasta la mano: sobre el brazo derecho se ponen brazales de cuero, ó planchas de bronce; y en ciertos parages piel de becerro, de manera que estos medios defensivos no estorben los movimientos. Las piernas y los pies los preservarán las botas de cuero con espuelas. Hay motivo para preferir en la caballería el sable á la espada. En lugar de esas lanzas largas, quebradizas y pesadas, que veis en las manos de los mas de ellos, seria mejor usar de dos picas pequeñas de madera de serval bravío, una para arrojarla y otra para defenderse. La frente y pechos del caballo estarán defendidos con armaduras particulares; los costados y el vientre con cubiertas que se ponen sobre el lomo, y sobre las cuales montará el ginete.

Aunque los caballeros atenienses no hubiesen tomado todas las precauciones que acababa de indicar Timágenes, quedó muy satisfecho del modo con que estaban armados. Los senadores y los oficiales generales licenciaron á algunos, que no parecian bastante robustos, y reprendieron á otros de no tener cuidado de sus armas. Despues se examinó si los caballos se dejaban montar fácilmente, si eran dóciles al freno, y capaces de fatiga; si eran espantadizos, muy fogosos ó muy tardos. Fueron desechados muchos, y para excluir para siempre los viejos y enfermizos, los marcaron con un hierro ardiendo en la quijada.

Durante este examen, vinieron con mucho bullicio los caballeros de una tribu á denunciar al senado un compañero suyo, que algunos años antes, estando en el combate, se habia pasado de la infantería á la caballería sin la aprobacion de los gefes. La falta era pública, la ley terminante; y así fué condenado á aquella especie de infamia, que priva al ciudadano de la mayor parte de sus derechos.

En la misma deshonra incurre el que se niega á servir, y se le obliga á ello por medio de los tribunales. Tambien está anexa al soldado que huye á vista del enemigo, ó que, para evitar sus golpes, se pone en una fila, ó cuerpo menos expuesto. En todos estos casos, el reo no debe

asistir ni á la asamblea general, ni á los sacrificios públicos; y si lo hace, todo ciudadano tiene derecho para acusarle en justicia. Se le imponen diferentes penas, y si se le condena á una multa, le ponen en prision hasta que la pague.

La traicion se castiga con pena capital; y lo mismo la desercion, porque desertar, es hacer traicion al Estado. El general tiene la facultad de poner en un grado inferior, y aun de sujetar á las funciones mas viles, al oficial que no obedece, ó se deshonra.

Unas leyes tan severas, dije yo entonces, mantendrán sin duda el honor y la subordinacion en vuestros ejércitos. Apolodoro me respondió: el Estado que no protege sus leyes, deja de ser protegido de ellas. La mas esencial de todas, la que obliga á todo ciudadano á defender su patria, se viola indignamente cada dia. Los mas ricos se alistan en la caballería, y se dispensan del servicio, ya sea por contribuciones voluntarias, ó ya sustituyendo un hombre, á quien dan su caballo. Muy pronto no se hallarán atenienses en nuestros ejércitos. Ayer visteis alistar un corto número de ellos, que se les acaba de asociar á mercenarios, á quienes no nos avergonzamos de confiar la salud de la patria. Hace algun tiempo que en la Grecia se levantan gefes atrevidos, que despues

de juntar soldados de todas naciones, corren de pais en pais, llevan tras sí la desolacion y la muerte, prostituyen su valor á la potencia que los compra, dispuestos á combatir contra ella al menor descontento. Ved aquí cual es en el dia el recurso y la esperanza de Atenas. Declarada que es la guerra, el pueblo acostumbrado á las dulzuras de la paz, y temiendo las fatigas de la campaña, exclama á una vez: que se hagan venir diez mil, veinte mil extrangeros. Nuestros padres hubieran temblado de indignacion al oir estos gritos indecentes; pero el abuso se ha hecho uso, y el uso ha llegado á ser ley.

Sin embargo, le dije, si entre estas tropas venales, se hallasen muchas capaces de disciplina, incorporándolas con las vuestras, las obligariais á celarse mútuamente, y quizá excitariais entre ellas una util emulacion. — Si nuestras virtudes, me respondió, tienen necesidad de espectadores, ¿por qué irlos á buscar fuera del seno de la república? Por una institucion admirable, los individuos de una misma tribu, de un mismo distrito, están alistados en la misma cohorte, en el mismo escuadron, marchan y combaten al lado de sus parientes, de sus amigos, de sus vecinos y de sus rivales. ¿Qué soldado se atreveria á cometer una vileza delante de testigos tan temibles? A su regreso,

¿ cómo podria sufrir las miradas que le llenarian de confusion?

Despues de haberme hablado Apolodoro del lujo escandaloso que los oficiales, y hasta los mismos generales, empezaban á introducir en los ejércitos, le pregunté qué sueldo se daba á los de infantería y á los de caballería. Eso, me respondió, ha variado segun los tiempos y lugares. He oido decir á los viejos que sirvieron en el asedio de Potidea sesenta y ocho años hace, que entonces se daba al oplita dos dracmas* diarios para él y para el criado; pero esta era una paga extraordinaria que dejó exhausto el erario. Cerca de veinte años despues fué preciso despedir un cuerpo de tropas ligeras, que se habian mandado venir de Tracia, porque exigian la mitad de este sueldo.

La paga ordinaria de un oplita es en el dia de cuatro óbolos al dia, ó veinte dracmas al mes**. Por lo comun se da el doble al gefe de una cohorte, y el cuádruplo al general. Hay á veces circunstancias que obligan á reducir la suma á la mitad; porque entonces se supone que esta ligera retribucion basta para proporcionar víveres al infante, y que el reparto del botin completará el sueldo.

* Una libra y diez y seis sueldos: (6 rs. y 24 mrs.).

** Cerca de doce sueldos al dia: (2 rs. y 8 mrs.).

La paga del soldado de caballería es en tiempo de guerra, y segun las ocasiones, el duplo, triplo ó cuádruplo de la del infante. En tiempo de paz, en que cesa todo sueldo, se le dan para mantener el caballo cerca de diez y seis dracmas por mes*; lo que cuesta al tesoro público cerca de cuarenta talentos anuales**.

No se cansaba Apolodoro de satisfacer á mis preguntas. Antes de partir, añadió, se manda á los soldados tomar víveres para algunos dias. Despues toca á los generales proveer el mercado de las provisiones necesarias. Para llevar el bagage hay cajones, bestias de carga y esclavos. Los soldados están obligados á veces á cargar con él.

Ahora querreis saber cual es la costumbre de los Griegos en orden á los despojos del enemigo. Siempre se miró como una de las prerogativas del general el derecho de disponer de ellos, ó repartirlos. Durante la guerra de Troya eran puestos á sus pies; él se reservaba una parte, y distribuia la otra, ya á los gefes, ya á los soldados. Ochocientos años despues, arreglaron los generales la reparticion de los despojos ganados á los Persas en la batalla de Platea, distribuyén-

* Cerca de catorce libras y ocho sueldos : (55 rs. y 22 mrs.).

** Doscientas diez y seis mil libras: (804,706 rs. vn.).

dolos entre los soldados, despues de haber separado una parte de ellos para adornar los templos de la Grecia, y dar los premios debidos á los que se habian distinguido en el combate.

Desde aquel tiempo hasta nuestros dias se ha visto sucesivamente á los generales de la Grecia enviar al tesoro público las sumas procedentes de la venta del botin, destinarlas á las obras públicas, ó al adorno de los templos, enriquecer á sus amigos ó á sus soldados; enriquecerse ellos mismos, ó á lo menos recibir la tercera parte, que en algunos paises les está señalada por un uso constante.

No hay entre nosotros una ley que restrinja la prerogativa del general; y así es que usa mas ó menos de ella, segun es mas ó menos desinteresado. Todo lo que el Estado exige de él es que, si puede ser, mantenga las tropas á expensas del enemigo, y que hallen en la reparticion de los despojos un suplemento al sueldo, cuando las razones de economía obligan á disminuirle.

Los dias siguientes se destinaron al ejercicio de las tropas. Omitiré el hablar de todas las maniobras de que fuí testigo; porque no daria mas que una descripcion imperfecta é inutil á mis lectores; y así haré solamente algunas observaciones generales.

Cerca del monte Anquesmo hallamos un cuer-

po de mil y seiscientos hombres de infantería pesadamente armados, ordenados en diez y seis de fondo, y ciento de frente, ocupando cada soldado un espacio de cuatro codos*. Se juntaba á este cuerpo un determinado número de armados á la ligera.

Los mejores soldados estaban en las primeras filas y en las últimas, y en especial los gefes de las filas y los cabos eran todos hombres distinguidos por su bizarría y experiencia. Mandaba los movimientos uno de los oficiales. ¡Tomen las armas! decia en voz alta. ¡Criados, salid de la falange! ¡Pica arriba! ¡Pica abajo! ¡Estrechen las filas! ¡Alinearse! ¡Tomen las distancias! ¡A la derecha! ¡A la izquierda! ¡Pica ante el escudo! ¡Marchen! ¡Alto! ¡Doblen las filas! ¡Estrecharse! ¡Evolucion lacedemonia! ¡Estrecharse! etc.

A la voz de este oficial se veia á la falange sucesivamente abrir sus filas y sus claros, cerrarlas, y estrecharlas de modo que no ocupando el soldado mas espacio que un codo**, no podia volverse ni á la derecha ni á la izquierda: unas veces presentaba una línea continuada, otras cortada en partes iguales, cuyos intervalos lle-

* Cinco pies y ocho pulgadas: (6 pies y 6 pulgadas de España).

** Diez y siete pulgadas: (cerca de 20 pulgadas de España).

naban algunas veces los armados á la ligera. Ultimamente, por medio de las evoluciones prescritas, se la veia tomar todas las formas de que era susceptible, y marchár formada en columna, en cuadro perfecto, en cuadrilongo, sea de centro vacío, sea de lleno, etc.

Mientras se hacian estos movimientos daban golpes á los soldados indóciles ó descuidados. Esto me sorprendió en extremo, por cuanto entre los Atenienses está prohibido golpear aun á los esclavos. De aquí inferí yo que entre las naciones civilizadas, la deshonra pende mas algunas veces de ciertas circunstancias, que de la naturaleza de las cosas.

Apenas se habian acabado estas maniobras, cuando vimos á lo lejos levantarse una nube de polvo. Los puestos avanzados anunciaron la proximidad del enemigo, que era otro cuerpo de infantería que acababa de hacer el ejercicio en el liceo, y se habia determinado poner á las manos con el primero, para ofrecer la imagen de un combate. Al punto gritan al arma: los soldados corrieron á tomar sus puestos, y las tropas ligeras se pusieron en la retaguardia. Desde allí es de donde arrojan al enemigo flechas, dardos y piedras, que pasan por encima de la falange*.

* Onasandro dice que en los combates fingidos los opli-

Entre tanto los enemigos venian á paso redoblado, con la pica al hombro derecho. Sus tropas ligeras se aproximaron con grande algazara; y habiendo sido rechazadas y puestas en fuga, las reemplazaron los oplitas, quienes se detuvieron á tiro de dardo. En este momento reina en las dos lineas un silencio profundo. La trompeta da luego la señal. Los soldados cantan el himno del combate en honor de Marte. Bajan sus picas; algunos pegan con ellas sobre sus escudos; todos corren alineados y en buen orden. Para redoblar su ardor, da el general la voz del combate; y todos repiten mil veces despues de él: ¡ *eleleu*! ¡ *eleleu*! La accion pareció muy viva, los enemigos fueron dispersados, y nosotros oimos en nuestro pequeño ejército resonar por todas partes esta palabra *alale**. Este es el grito de la victoria.

Nuestras tropas ligeras fueron al alcance del enemigo, y trajeron muchos prisioneros. Los soldados victoriosos erigieron un trofeo; y habiéndose ordenado en batalla á la cabeza de un campo inmediato, dejaron sus armas en tierra; pero con tal orden, que volviéndolas á tomar quedaban al punto formados. Tras esto se reti-

tas tenian palos y correas; y los armados á la ligera, terrones.

* Antiguamente se pronunciaba *alali*, porque la última letra de *alale* se pronunciaba como *i*.

raron al campo, donde despues de haber tomado una comida frugal, pasaron la noche echados en lechos de hojas.

No se omitió ninguna de las precauciones que se toman en tiempo de guerra. Ningun fuego habia en el campo; pero se hizo mas allá, para descubrir las tentativas del enemigo. Se pusieron guardias por la tarde, y se iban relevando en las diferentes vigilias de la noche. Salió muchas veces de ronda un oficial que llevaba una campanilla en la mano. Al sonido de este instrumento el centinela decia la orden ó la palabra convenida. Esta palabra es una seña que se muda continuamente, y distingue á los de un mismo partido. Los oficiales y soldados la reciben antes del combate, para reunirse en la accion; y antes de la noche, para reconocerse en la oscuridad. Toca al general darla; y el ceder á alguno este derecho, es la mayor distincion que puede hacerle. Comunmente se emplean estas fórmulas: *Jupiter salvador y Hércules conductor; Jupiter salvador* y *la victoria; Minerva-Palas; el sol* y *la luna; espada* y *puñal.*

Ifícrates, que no nos habia dejado, nos dijo que él habia suprimido la campanilla en las rondas; y que para ocultar mejor al enemigo la orden, daba dos palabras distintas, una al oficial y otra al centinela, de manera que uno decia, v. g., *Jupiter salvador*, y otro respondia *Neptuno.*

Ifícrates pensaba que se debia rodear el campo con una cerca que defendiese las cercanías. Esta es, decia, una precaucion que se debe tener por hábito, y que nunca he omitido, aun cuando me hallaba en pais amigo.

Ya veis, añadió, estas camas de hojas. Algunas veces he hecho poner una para dos soldados, y otras veces dos para cada uno. De esta manera, cuando dejo mi campo, viene el enemigo, cuenta las camas; y suponiéndome con mas ó menos fuerzas que las que tengo en realidad, ó no se atreve á embestir, ó me acomete con fuerzas inferiores.

Mantengo la vigilancia de mis tropas excitando por bajo de cuerda terrores pánicos, ora con alertas frecuentes, ora con el falso rumor de una traicion, de una emboscada, ó de un refuerzo llegado al enemigo.

Para impedir que el tiempo de descanso se convierta en ociosidad, les hago abrir fosos, cortar árboles, y trasladar el campo y los bagages de un lugar á otro.

Sobre todo trato de conducirlos por la senda del honor. Estando un dia para dar un combate, ví á dos soldados ponerse pálidos, y les dije en alta voz: si alguno de vosotros ha olvidado algo en el campo, vaya á buscarlo, y vuelva corriendo. Los mas cobardes se valieron de este permiso. Entonces dije á voces: los esclavos han desaparecido, y no han quedado con nosotros mas que

los valientes: Marchamos, y huyó el enemigo.

Ifícrates nos contó otras muchas estratagemas que igualmente le habian salido bien. Nosotros nos retiramos á eso de media noche. Al otro dia y en muchos de los siguientes vimos los de á caballo ejercitarse en el liceo y cerca de la academia: se les enseñaba á montar á caballo sin ayuda, lanzar dardos, saltar fosos, trepar á las alturas, correr por una cuesta, á atacarse, perseguirse, á hacer todo género de evoluciones, ya sin infantería, ya con ella.

Timágenes me decia: por buena que sea esta caballería, será batida si viene á las manos con la de los Tebanos. La nuestra no admite mas que un corto número de honderos y tiradores en los intervalos de su linea: los Tebanos tienen tres veces mas, y solo emplean para esto á los Tesalos, superiores en esta arma á todos los pueblos de la Grecia. El suceso justificó la prediccion de Timágenes.

El ejército se preparaba para salir, con lo que muchas familias estaban consternadas, porque los sentimientos de la naturaleza y del amor se renovaban con mas fuerza en los corazones de las madres y de las esposas. Mientras ellas se abandonaban á sus temores, los embajadores que acababan de llegar de Lacedemonia, nos contaban el valor que las Esparciatas habian mostrado en esta ocasion. Un soldado nuevo decia

á su madre enseñándole su espada: « ¡es dema-« siado corta! —Y bien, respondió ella : darás « un paso mas. » Otra, al dar á su hijo el escudo, le dijo: « vuelve con él ó sobre él *. »

Las tropas asistieron á las fiestas de Baco, en cuyo dia último se hacia una ceremonia, á que dieron interes las circunstancias. La presenció el senado, el ejército, un número infinito de ciudadanos de todas clases, y de extrangeros de todos los paises. Despues de la última tragedia vimos presentarse en el teatro un heraldo seguido de muchos mancebos huérfanos vestidos con armas brillantes, el cual se adelantó para presentarlos á aquella augusta asamblea, y con voz firme y sonora pronunció lentamente estas palabras: « ved aquí unos jóvenes cuyos padres murieron « en la guerra despues de pelear con valor. El « pueblo que los habia adoptado, los ha hecho « educar hasta los veinte años. Hoy les da una « armadura completa, los envia á sus casas, y « les señala los primeros asientos en nuestros « espectáculos. » Todos los corazones se conmovieron. Las tropas lloraron de ternura, y partieron á la mañana siguiente.

* En Esparta era deshonra perder el escudo, y traian sobre él al soldado muerto en el campo.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY.

ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.

Devéria del. Couché fils dir.

ASISTENCIA AL TEATRO.

CAPITULO XI.

ASISTENCIA AL TEATRO *.

Acabo de ver una tragedia; y en medio del desorden de mis ideas, echo rápidamente sobre el papel las impresiones que me ha causado.

Al amanecer se abrió el teatro, al que fuí con Filotas. Nada hay que mas imponga, que la pri-

* En el segundo año de la olimpiada 104, el dia primero de las grandes Dionisiacas ó fiestas de Baco, el cual concurriendo siempre, segun Dodwell, con el 12 de elafebolion, caia este año en el 8 de abril del año 302 antes de J. C.

mera mirada: por una parte el tablado lleno de decoraciones trabajadas por hábiles artistas, y por otra un vasto anfiteatro cubierto de gradas que se elevan unas sobre otras hasta una grandísima altura: varias mesetas y escaleras que se prolongan y cruzan por intervalos, facilitan la comunicacion, y dividen las gradas en varias particiones, de las cuales se reservan algunas para ciertos cuerpos y ciertos estados.

Llegaba el pueblo de tropel: iba, venia, subia, bajaba, gritaba, reia, se apretaban, se empujaban, sin hacer caso de los oficiales que corrian á todas partes para mantener el buen orden. En medio de este tumulto fueron llegando los nueve arcontes ó primeros magistrados de la república, los tribunales de justicia, el senado de los quinientos, los oficiales generales del ejército, y los ministros del altar; todos estos cuerpos ocuparon las gradas mas bajas. Mas arriba se ponian todos los jóvenes que habian cumplido diez y ocho años. Las mugeres se colocaban en un sitio, que las tenia apartadas de los hombres y de las rameras. La orquesta estaba desocupada, porque está destinada para los combates de poesía, de música y de danza, que se dan despues de la representacion de las piezas; pues aquí se reunen todas las artes para satisfacer á todos los gustos.

He visto algunos atenienses que tenian tape-

tes de púrpura para poner los pies, y estaban sentados blandamente sobre almohadas que habian traido sus esclavos; otros que antes y durante la representacion mandaban traer vino, frutas y tortas; otros que se precipitaban en las gradas para elegir un sitio cómodo, y quitarle al que le ocupaba; acerca de lo cual, me dijo Filotas, que tenian este derecho, por ser una distincion que les habia dado la república en recompensa de sus servicios.

Como yo estaba admirado de ver tal número de espectadores, me dijo : puede ascender á treinta mil. La solemnidad de estas fiestas atrae gente de todos los paises de la Grecia, é infunde una especie de delirio entre los habitantes de esta ciudad, á quienes los vereis abandonar por muchos dias sus negocios, quitarse el sueño, pasar aquí una parte del dia, sin poder saciarse con los diversos espectáculos que se le presentan. Este placer es tanto mas vivo para ellos, cuanto gozan de él rara vez. El concurso de las piezas dramáticas no se ve mas que en otras dos fiestas; pero los autores echan el resto en estas. Nos han prometido siete ú ocho piezas nuevas, lo cual no debe sorprenderos; porque todos cuantos trabajan en Grecia para el teatro, se apresuran á darnos un homenage de sus talentos; fuera de que repetimos algunas veces las piezas de nuestros autores antiguos, y ahora se

va á abrir la lid con la *Antígona* de Sófocles, en la que tendreis el gusto de oir á dos excelentes actores, que son Teodoro y Aristodemo.

Apenas habia concluido Filotas, cuando un rey de armas, despues de imponer silencio, exclamó: ¡que salga el coro de Sófocles! Este era el anuncio de la pieza. La escena representaba el pórtico del palacio de Creon, rey de Tebas. Antígona é Ismena, hijas de Edipo, abrieron la escena, cubiertas con una máscara. Su declamacion me pareció natural; pero me sorprendió su voz. ¿Cómo se llaman estas actrices? dije. — Teodoro y Aristodemo, respondió Filotas; porque aquí no salen mugeres al teatro. Poco despues entró un coro de quince ancianos de Tebas, marchando á pasos medidos, tres de frente y cinco de fondo, y celebró con cantos melodiosos la victoria que los Tebanos acababan de ganar á Polinice, hermano de Antígona.

Insensiblemente se fué desenvolviendo la accion. Tan nuevo era para mí cuanto veia y oia, que crecia por instantes mi interes con mi sorpresa. Arrastrado por los prestigios que me cercaban, me hallé en medio de Tebas. Ví á Antígona tributar los honores fúnebres á Polinice, á pesar de la prohibicion severa de Creon: ví al tirano, sordo á las súplicas de su virtuoso hijo Hemon con quien ella estaba para casarse, ha-

cerla arrastrar violentamente á una oscura gruta que se veia en el fondo del teatro, y debia servirla de sepulcro: atemorizado luego con las amenazas del cielo, se acerca hácia la caverna, de la cual salian ahullidos espantosos que daba su hijo, estrechando entre sus brazos á la infeliz Antígona, cuyos dias habia terminado un nudo fatal. La presencia de Creon irrita su furor: saca la espada contra su padre; se atraviesa á sí mismo, y va á caer á los pies de su amante, á quien tiene abrazada hasta que espira.

Estos crueles sucesos pasaban á mi vista, ó mas bien, una distancia feliz suavizaba el horror. ¿Pues qué arte es este que me hace experimentar á un mismo tiempo tanto dolor y placer, y que me estrecha tanto con las desgracias, cuyo aspecto no podria tolerar? ¡Qué mezcla tan maravillosa de ilusiones y realidades! Yo volaba al socorro de los dos amantes; y detestaba al desapiadado autor de sus males. Las mas fuertes pasiones despedazaban mi corazon sin atormentarle, y por la vez primera hallaba atractivos en el odio.

Treinta mil espectadores derramando lágrimas aumentaban mi agitacion y mi embriaguez. ¡Cuán interesante se hizo la princesa, cuando arrastrada hácia la caverna por los bárbaros satélites, cediendo su corazon fiero é indómito á la imperiosa voz de la naturaleza, manifestó un

instante de debilidad, y profirió estos dolorosos acentos!

« ¡Con que voy viva á descender lentamente « á la mansion de los muertos! ¡Con que ya no « volveré á ver la luz del cielo! ¡O sepulcro! ¡O « lecho fúnebre! ¡Morada eterna! Solo me que- « da una esperanza, y es que tú me servirás de « paso para irme á juntar con mi familia, con « aquella familia desventurada, de la cual pe- « rezco yo la última y la mas miserable. Yo vol- « veré á ver los autores de mis dias, y ellos me « verán con placer. Y tú, Polinice, hermano « mio, tú sabrás que, por tributarte los deberes « prescritos por la naturaleza y la religion, he « sacrificado mi juventud, mi vida, mi himeneo, « y cuanto tenia de mas amado en el mundo. « ¡Ay! y me abandonan en este momento fu- « nesto. Los Tebanos insultan mis desgracias. « No tengo un amigo, de quien pueda prome- « terme una lágrima. Oigo á la muerte que me « llama, y los dioses callan. ¿Dónde están mis de- « litos? Si mi piedad fué un crimen, expiarle debo « con mi muerte. Si mis enemigos están culpados, « no les deseo suplicios mas terribles que el mio.»

El premio no se adjudica hasta despues de la representacion de todas las piezas. A la de Sófocles se siguieron otras que no tuve valor para oir; pues ya no tenia lágrimas que derramar, ni atencion que prestar.

En este capítulo he copiado las mismas palabras de mi diario. En otra parte describiré lo concerniente al arte dramático y á los demas espectáculos que dan realce á las fiestas Dionisiacas.

CAPITULO XII.

DESCRIPCION DE ATENAS.

No hay en toda la Grecia ciudad alguna que ofrezca un número tan grande de monumentos como Atenas. Por todas partes se ven edificios respetables por su antigüedad ó por su elegancia. Las obras magistrales de escultura se hallan prodigadas hasta en las plazas públicas, y de concierto con las de la pintura adornan los pórticos y los templos. Aquí todo se anima, todo habla á los ojos del espectador atento. La historia de los monumentos de este pueblo seria la

17 Tolo.
18 Altar de la Musas Ilisiades.
19 Odeon.
20 Templo de Venus.
21 T.º de Baco de los Pantanos
22 T.º de la Tierra.
23 T.º de Marte
24 Gruta de Pan y pozo sagrado

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY.

ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.

historia de sus hazañas, de su agradecimiento y de su culto.

Yo no tengo ni el proyecto de describirlos por menor, ni la pretension de hacer pasar al alma de mis lectores la impresion que las bellezas del arte hacian sobre la mia. Es una felicidad para un viagero haber adquirido un fondo de sensaciones dulces y vivas, cuya memoria se renueva toda su vida; pero jamas podria partirlas con los que, no habiéndolas experimentado, se interesan siempre mas en la relacion de sus trabajos, que en la de sus placeres. Imitaré á los intérpretes que enseñan las singularidades de Olimpia y de Delfos; y llevando á mi lector por los diferentes cuarteles de Atenas, nos pondremos en los últimos años de mi estancia en la Grecia, y daremos principio aportando á Pireo *.

* Me ha parecido que debia presentar al lector el bosquejo del plano de Atenas, en el tiempo en que supongo el viage de Anacarsis. Es imperfectísimo, y estoy muy lejos de salir fiador de su exactitud.

Despues de comparar lo que han dicho los antiguos sobre la topografía de esta ciudad, con lo que á los viageros modernos les ha parecido descubrir en sus ruinas, me he ceñido á fijar, del mejor modo posible, la posicion de algunos monumentos notables. Para lograrlo, era preciso determinar primeramente en qué cuartel de la ciudad estaba la plaza pública, que los Griegos llamaban Agora, esto es, mercado.

En todas las ciudades de la Grecia habia una plaza principal

Este puerto, que contiene en sí otros tres mas pequeños, está al oeste de los de Muniquia y

adornada con estatuas, altares, templos y otros edificios públicos, rodeada de tiendas, y en ciertas horas del dia abastecida de las provisiones necesarias para la subsistencia del pueblo. Los habitantes iban todos los dias á ella. Los veinte mil ciudadanos de Atenas, dice Demóstenes, no cesan de frecuentar la plaza, ocupados en sus asuntos ó en los del Estado.

Entre los autores antiguos he preferido los testimonios de Platon, Xenofonte, Demóstenes y Esquines, que vivian en el tiempo que yo he elegido. Si parece que Pausanias no conviene enteramente con ellos, advierto que se trata aquí de la plaza que habia en aquel tiempo, y no de la que él habló. La misma respuesta daré á los que me citen pasages relativos á tiempos muy lejanos de la época que fijo.

PLAZA PUBLICA, Ó AGORA. Su posicion se determina en los pasages siguientes. Esquines dice: « trasladaos con el espíritu al Pe-« cilo; (este era un pórtico célebre) porque en la plaza pública es « donde están los monumentos de vuestras grandes hazañas. » Luciano introduce varios filósofos en uno de sus diálogos, y hace decir á Platon: « no es necesario ir á la casa de esta muger (la « filosofía). Cuando vuelva de la academia, vendrá como suele, al « Cerámico para pasearse en el Pecilo... Cuando Sila tomó á Ate-« nas, dice Plutarco, la sangre derramada en la plaza pública « inundó el Cerámico, que está á la parte de adentro de la puerta « Dípila; y muchos aseguraban que salia por la puerta, y corria « por el arrabal. »

De aquí se sigue, 1º que esta plaza estaba en el cuartel de Cerámico: 2º que estaba cerca de la puerta Dípila, que es por donde se salia para ir á la academia: 3º que el Pecilo estaba en la plaza.

Esquines da á entender claramente, en el lugar que acabo de citar, que el Metroon estaba en la plaza. Este era un cercado y un templo en honor de la madre de los dioses. La cerca incluia tam-

Falero, casi perdidos en el dia. En él se juntan algunas veces hasta trescientas galeras, y pue-

bien el palacio del senado, y esto se halla confirmado con muchos testimonios.

Cerca del Metroon he puesto los monumentos indicados seguidamente por Pausanias, como el Tolo, las estatuas de los Eponimos, etc. Tambien he puesto allí con Heródoto el templo de Enco, y con Demóstenes el Leocorion, templo edificado antiguamente en honor de las hijas de Leos, que se sacrificaron voluntariamente para ahuyentar la peste.

PORTICO DEL REY. Lo he colocado en un punto en donde se reunian dos calles, que conducian á la plaza pública: la primera indicada por Pausanias, que va desde este pórtico al Metroon; la segunda por un autor antiguo, que dice positivamente, que desde el Pecilo y el pórtico del Rey, es decir, desde el uno de estos pórticos hasta el otro se hallan muchos hermes ó estatuas de Mercurio.

PECILO Y PORTICO DE LOS HERMES. Conforme á este último pasage, yo he puesto el Pecilo al fin de una calle que va desde el pórtico del Rey hasta la plaza pública. Ocupa en la plaza una de las esquinas de la calle. En la esquina opuesta debe hallarse un edificio llamado unas veces Pórtico de los Hermes, y otras solamente Hermes. Bastarán dos testimonios para probar que estaba en la plaza pública. Mnesimaco decia en una de sus comedias: « idos á la Agora, á los Hermes.... « En ciertas fiestas, dice Xenofonte, conviene que los caballeros hagan honores á los templos y « á las estatuas que hay en la Agora. Comenzarán en los Her« mes, darán vuelta á la Agora, y volverán á los Hermes. » En consecuencia, he pensado que este pórtico debia terminar la calle en que habia una fila de hermes.

El Pecilo estaba en la plaza en tiempo de Esquines; mas no lo estaba ya en tiempo de Pausanias, quien habla de este pórtico antes de llegar á la plaza. Habia habido pues mudanzas en este cuartel. Yo supongo que en el tiempo en que vivia Pausanias, es-

den estar cuatrocientas *. Temístocles hizo este descubrimiento, por decirlo así, cuando quiso

taba cubierta de casas una parte de la plaza antigua; que hácia su parte meridional no quedaba mas de una calle, donde se hallaba el senado, el Tolo, etc.; que su parte opuesta se habia extendido hácia el norte, y que el Pecilo habia quedado separado por edificios: porque las mudanzas de que hablo no habian trasladado la plaza á otro cuartel. Pausanias la pone cerca del Pecilo; y ya hemos visto que en tiempo de Sila estaba todavía en el Cerámico, cerca de la puerta Dípila.

Por medio de este orden, es facilísimo trazar el camino de Pausanias. Desde el pórtico del Rey se va por una calle que se alarga por la parte meridional de la plaza antigua; vuelve por el mismo camino; visita algunos monumentos que están al sudoeste de la ciudadela, tales como un edificio, que á él le parece el antiguo Odeon (pág. 20), el Eleusinio (pág. 33), etc. Vuelve al pórtico del Rey (pág. 36), y tomando la calle de los Hermes, va primero al Pecilo, y despues á la plaza que habia en su tiempo (pág. 39), la cual, al parecer, habia sido parte de la antigua, ó á lo menos estaba cerca. Yo me inclinaria á atribuir estas mudanzas al emperador Hadriano.

Saliendo de la Agora, va Pausanias al gimnasio de Ptolomeo (pág. 39) que no existia en la época de que se trata en mi obra; y de allí al templo de Teseo, que existe todavía ahora. La distancia de este templo á uno de los puntos de la ciudadela, la debo á Mr. Foucherot, ingeniero habil, que acompañó en su viage á la Grecia á Mr. el conde de Choiseul-Gouffier, y despues habia visitado otra vez las antigüedades de Atenas, y ha tenido la bondad de comunicarme los conocimientos adquiridos á vista de los sitios.

He seguido á Pausanias hasta el Pritaneo (pág. 44). Desde aquí

* Spon y Wheler observan que apenas podrian estar en este puerto cuarenta ó cuarenta y cinco de nuestros navíos.

dar una marina á los Atenienses. Al punto se vieron allí mercados, almacenes, y un arsenal

me ha parecido que vuelve hácia el nordeste. Halla allí muchos templos, el de Serapis, de Lucina, de Júpiter Olímpico (pág. 42). Vuelve al este y recorre un cuartel, que en mi plano está fuera de la ciudad, y que en su tiempo se juntaba con ella, pues las murallas estaban arruinadas. Allí ve los jardines de Venus, el Cinosargo, el Liceo (pág. 44). Pasa el Iliso, y va al Estadio (pág. 45 y 46).

No he seguido á Pausanias en este camino, porque muchos de los monumentos que se encuentran en él, son posteriores á mi época, y otros no podian entrar en el plano de lo interior de la ciudad; pero le tomo nuevamente por guia, cuando de vuelta del Pritaneo, va á la ciudadela por la calle de las Trípodes.

CALLE DE LAS TRIPODES. Se llamaba así, segun Pausanias, porque se hallaban en ella muchos templos, donde se habian puesto trípodes de bronce en honor de los dioses. El motivo de estas consagraciones, fueron las victorias ganadas por las tribus de Atenas en los combates de música y de danza. Así es que al pie de la ciudadela, del lado del oriente se han descubierto muchas inscripciones que hacen mencion de estas victorias. Este hermoso edificio conocido ahora con el nombre de linterna de Demóstenes, era uno de los adornos de la calle. Se hizo de marmol con motivo del premio concedido á la tribu Acamántida, bajo el arcontado de Evenetes el año de 335 antes de Jesucristo, y uno despues que Anacarsis salió de Atenas. En estos últimos tiempos se ha hallado cerca de este monumento una inscripcion, que se encuentra entre las de Mr. Chandler. En ella la tribu Pandiónida ordenaba levantar, en la casa que tenia en esta calle, una columna á un ateniense llamado Nicias que habia sido su corego y habia ganado el premio en las fiestas de Baco, y en las que se llamaban Targelias. Se decia tambien en ella, que en adelante (desde el arcontado de Euclides, el año 403 antes de Jesucristo) se escribirian sobre la misma columna los nombres de los de aquella tribu, que lograsen semejantes ventajas en ciertas fiestas mencionadas en el decreto.

capaz de abastecer al armamento de un gran número de naves.

Por lo que acabo de decir, es visible que la calle de las Trípodes seguia por el lado oriental de la ciudadela.

ODEON DE PERICLES. Al fin de la calle de que acabo de hablar, y antes de llegar al teatro de Baco, halla Pausanias un edificio, cuyo destino no nos dice. Solamente observa que fué edificado por el modelo de la tienda de Xerxes, y que habiéndose quemado durante el asedio de Atenas por Sila, fué reedificado despues. Cotejemos este testimonio con las nociones que otros autores nos dejaron sobre el antiguo Odeon de Atenas. Esta especie de teatro lo levantó Pericles, y lo destinó al concurso de las piezas de música: unas columnas de piedra ó de marmol sostenian el techo, hecho de antenas y mástiles quitados á las naves de los Persas, y cuya figura imitaba á la de la tienda de Xerxes. Esta figura habia dado motivo á varias chanzas. Queriendo el poeta Gratino dar á entender, en sus comedias, que la cabeza de Pericles terminaba en punta, decia que Pericles llevaba el Odeon sobre su cabeza. El Odeon se quemó en el sitio de Atenas por Sila, y luego despues fué reparado por Ariobarzanes, rey de Capadocia.

Por estos pasages reunidos de varios autores, se ve claramente que el edificio de que habla Pausanias, es el mismo que el Odeon de Pericles; y por el pasage de Pausanias, que este Odeon estaba entre la calle de la Trípodes, y el teatro de Baco. Confírmase esta posicion con la autoridad de Vitruvio, que pone el Odeon á la izquierda del teatro. Mas Pausanias habia dado ya á otro edificio el nombre de Odeon. Responderé luego á esta dificultad.

TEATRO DE BACO. Al lado ó ángulo sudoeste de la ciudadela, hay todavía ruinas de un teatro, que se ha tenido hasta ahora por el de Baco, en el cual se representaban tragedias y comedias. Sin embargo, Mr. Chandler ha puesto el teatro de Baco al ángulo sudoeste de la ciudadela, y yo he seguido su opinion, fundado en varias razones.

1° A vista del terreno, Mr. Chandler ha formado juicio que en

Antes de saltar en tierra, echad una mirada al promontorio inmediato. Una piedra cuadra-

otro tiempo se habia edificado un teatro en este parage, y Mr. Foucherot ha verificado despues el hecho.

2º Pausanias refiere, que mas arriba del teatro, se veia en su tiempo una trípode en una cueva abierta en la roca; y puntualmente mas arriba del circuito del teatro, reconocido por Mr. Chandler, hay una gruta abierta en peña, y convertida despues en una iglesia con el título de *Panagia spiliotissa*, que se puede traducir *Nuestra Señora de la gruta*. Notamos que la palabra *spiliotissa*, señala claramente la palabra σπήλαιον que da Pausanias á la caverna. Véase lo que los viageros han dicho de esta gruta. Es verdad que sobre el teatro del sudoeste hay dos especies de nichos; pero de ningun modo pueden confundirse con la gruta de que habla Pausanias.

3º Hablando Xenofonte del ejercicio de la caballería, que se hacia en el Liceo, ó mas bien cerca de él, dice: « luego que los de « á caballo hayan pasado el ángulo del teatro, que está á la parte « contraria, etc. » Luego el teatro estaba al lado del Liceo.

4º He dicho que en las principales fiestas de los Atenienses, los coros sacados de las tribus se disputaban el premio del baile y de la música; que se daba á la tribu victoriosa una trípode que consagraba á los dioses; que sobre esta ofrenda se grababa el nombre del ciudadano que habia mantenido el coro á su costa, algunas veces el del poeta que habia hecho los versos, ó del maestro que instruyó á los actores. He dicho tambien que en tiempo de Pausanias habia una trípode en la gruta que estaba mas arriba del teatro. Aun el dia de hoy se ve á la entrada de esta gruta, una especie de arco triunfal, con tres inscripciones, trazadas en diversos tiempos, en honor de dos tribus que habian ganado el premio. Una de estas inscripciones es del año 320 antes de Jesucristo, y no es posterior mas que algunos años al viage de Anacarsis.

Una vez que se hallan á la extremidad de la ciudadela, de la parte del sudoeste, los monumentos levantados á los que habian

da, sin adornos, y colocada sobre una basa sencilla, es el sepulcro de Temístocles. Vereis los

sido coronados en los combates que se daban comunmente en el teatro, hay fundamento para pensar que el teatro de Baco estaba situado en seguida de la calle de las Trípodes, y precisamente en el lugar en que le ha puesto M. Chandler. En efecto, como digo en el capítulo duodécimo, los trofeos de los vencedores debian estar cerca del campo de batalla,

Los autores que vivian en la época que yo he escogido, no hablan mas que de un teatro. Luego aquel cuyas ruinas se ven al ángulo sudoeste de la ciudadela, no existia en su tiempo. Yo le tengo con Mr. Chandler por el Odeon que Hérodes, hijo de Atico, hizo edificar 500 años despues, al cual Filostrato da el nombre de teatro. « El Odeon de Patras, dice Pausanias, seria el mas hermoso de todos si no le hubiera oscurecido el de Atenas, que cede á todos en magnitud y magnificencia. Lo hizo Hérodes el « ateniense, despues de la muerte y en honor de su muger. No he « hablado de él en mi descripcion de la Atica, porque no estaba « comenzado cuando compuse esta obra. » Filostrato observa tambien, que el teatro de Hérodes era una de las mas hermosas obras del mundo.

Mr. Chandler supone que el Odeon ó teatro de Hérodes fué edificado sobre las ruinas del Odeon de Pericles. Yo no puedo seguir su opinion. Pausanias que coloca en otra parte este último teatro, no dice, hablando del primero, que hubiese sido reedificado por Hérodes, sino hecho ἐποίησεν. En la suposicion de Mr. Chandler, el antiguo Odeon hubiera estado á la derecha del teatro de Baco, cuando segun Vitruvio estaba á la izquierda. En fin, mas arriba hago ver que el Odeon de Pericles estaba al ángulo sudoeste de la ciudadela.

Ahora se entiende por que Pausanias al pasar por el lado meridional de la ciudadela, desde el ángulo sudoeste, donde ha visto el teatro de Baco, no hace mencion ni del Odeon ni de ninguna especie de teatro: y es, que en efecto no estaba en el

barcos que llegan, que van á salir, y que salen: las mugeres y los niños que corren á la costa á

ángulo sudoeste cuando hizo su primer libro, que trata de la Atica.

Pnix. Sobre una colina no lejos de la ciudadela, se ven todavía reliquias de un monumento, tenido unas veces por el areopago, otras por el Pnix, y otras por el Odeon. Redúcese á un grande espacio, cuya cerca está parte abierta en la peña, y parte formada de grandes piedras cuadradas cortadas en punta de diamante. Yo lo tengo con Mr. Chandler por el sitio del Pnix, en que tenia el pueblo á veces sus juntas. En efecto, el Pnix, estaba cercado con muralla, y en frente del areopago, desde donde se podia ver á Pireo. Todos estos caracteres convienen al monumento de que aquí se trata. Pero todavía hay otro mas decisivo. « Cuando el pue- « blo está sentado sobre esta roca, etc., » dice Aristófanes; y habla del Pnix. Omito otras pruebas con que podria confirmar estas.

No obstante, parece que Pausanias creyó que este monumento era el Odeon. ¿Qué se debe inferir de esto? Que en su tiempo el Pnix del cual no habia, habia mudado de nombre porque habiendo dejado el pueblo de juntarse en él, se habia establecido allí el concurso de los músicos. Reuniendo todas las nociones que se pueden tener sobre este artículo, se concluirá que este concurso se hizo primeramente en un edificio que estaba en el ángulo sudoeste de la ciudadela; este es el Odeon de Pericles: despues en el Pnix; este el Odeon de Pausanias: en fin sobre el teatro de que queda todavía una parte al ángulo sudoeste de la ciudadela; este es el Odeon de Hérodes, hijo de Atico.

Templo de Jupiter Olimpico. Al norte de la ciudadela se ven todavia ruinas magníficas, que han llamado la atencion de los viageros. Algunos han creido reconocer en ellas, los restos de aquel soberbio templo de Júpiter Olímpico, que habia empezado Pisistrato; que se intentó mas de una vez acabar; cuyas columnas hizo Sila trasportar á Roma; y que últimamente fué reedificado por

recibir los primeros abrazos, ó los últimos adioses de sus esposos y de sus padres: los depen-

Hadriano. Fundábanse en la relacion de Pausanias, que efectivamente parece indicar esta posicion: pero Tucídides dice formalmente, que este templo estaba al sur de la ciudadela; y su testimonio va acompañado de pormenores que no permiten adoptar la correccion que Valla y Paulmier quieren que se haga en el texto de Tucídides. Mr. Stuart se ha valido del testimonio de este historiador, para poner el templo de Júpiter Olímpico al sudeste de la ciudadela, en un parage donde existen todavía las grandes columnas que se llaman comunmente las columnas de Hadriano. Mr. Le Roi, que tiene por un resto del Panteon de este emperador, las columnas de que se trata, combate esta opinion. A pesar de la deferencia mia á las luces de estos dos sabios viageros, yo habia creido al principio que el templo de Júpiter Olímpico, situado por Tucídides al sur de la ciudadela, era un templo antiguo que segun una tradicion que refiere Pausanias, fué edificado por Deucalion, y que el de la parte del norte habia sido fundado por Pisistrato. De este modo se conciliaria á Tucídides con Pausanias; mas como resultarian nuevas dificultades, he tomado el partido de trazar á la aventura, en mi plano, un templo de Júpiter Olímpico al sur de la ciudadela.

Mr. Stuart ha tenido por el Pecilo las ruinas que están al norte; pero yo creo haber probado que este célebre pórtico estaba en la plaza pública, cerca de la puerta Dípila. Por otra parte el edificio de que hacian parte estas ruinas, parece haber sido edificado en tiempo de Hadriano, y por tanto no entran en mi plano.

ESTADIO. No lo he figurado en este plano, porque lo creo posterior al tiempo de que trato. En efecto, parece que en el siglo de Xenofonte, se hacian las corridas en un espacio, quizá en un camino que empezaba en el Liceo, y se alargaba hácia el sur mas abajo de las murallas de la ciudad. Poco tiempo despues, el orador Licurgo hizo allanar y rodear con calzadas, un terreno que uno de sus amigos habia cedido á la república. Mas adelante Hé-

dientes de la aduana, que se dan prisa á abrir los tercios que se acaban de traer, y á sellarlos hasta que se pague el derecho del cincuenteno:

rodes, hijo de Atico, reedificó y revistió casi enteramente de marmol el Estadio, cuyas ruinas duran todavía.

MURALLAS DE LA CIUDAD. Suprimo muchas cuestiones, que se podrian suscitar sobre las murallas que rodeaban al Pireo y Muniquia, y sobre las que desde Pireo y Falero iban á terminar en los muros de Atenas. Solamente diré algo acerca del recinto de la ciudad. No podemos determinar su figura; pero tenemos algunos recursos para conocer poco mas ó menos su extension. Haciendo Tucídides la enumeracion de las tropas necesarias para guardar las murallas, dice que la parte de ellas que era preciso defender, tenia cuarenta y tres estadios (esto es, cuatro mil y sesenta y tres toesas y media), y que quedaba una parte que no necesitaba defensa: esta parte era la que se hallaba entre los dos puntos, adonde venian á terminar por un lado el muro de Falero, y por otro el de Pireo. El Escoliador de Tucídides da á esta parte diez y siete estadios de longitud, y en consecuencia, da á todo el circuito de la muralla sesenta estadios, (esto es, cinco mil seiscientas setenta toesas; lo que haria de circuito cerca de dos leguas y cuarto, dando á la legua dos mil y quinientas toesas). Si se quisiese seguir esta indicacion, el muro de Falero subiria hasta cerca del Liceo, lo cual no es posible. Debe pues haberse introducido algun yerro considerable en el Escoliador.

En esta materia, como en la disposicion de las largas murallas y de las cercanias de Atenas, me he atenido á los conocimientos de Mr. Barbié, quien despues de haber estudiado con esmero la topografía de esta ciudad, ha tenido á bien formar el debil ensayo que yo doy al público. Como no estamos acordes sobre algunos puntos principales de lo interior, no es él responsable de los errores que se hallen en esta parte del plano. Yo pudiera cubrirlo con casas, pero era imposible dar direccion á las calles.

los magistrados y los inspectores que corren á todas partes, unos para fijar el precio del trigo y de la harina, otros para hacer llevar á Atenas las dos terceras partes, otros para impedir el fraude, y mantener el orden.

Entremos en uno de estos pórticos que rodean el puerto. Ved aquí negociantes, que próximos á dar vela para el Ponto Euxino ó para la Sicilia, toman prestadas á intereses muy subidos las cantidades que necesitan, y hacen la escritura que contiene las condiciones del trato. Mirad aquí uno que declara en presencia de testigos, que los efectos que acaba de embarcar, en caso de naufragio, estarán á cargo de los prestadores. Mas allá están puestas sobre unas mesas las mercancías del Bósforo, y las muestras de los trigos últimamente traidos del Ponto, de Tracia, de Siria, de Egipto, de Libia y de Sicilia. Vamos á la plaza de Hipodamo, que tiene el nombre del arquitecto de Mileto que la construyó, y allí están amontonadas las producciones de todos los paises; de manera que no es el mercado de Atenas, sino el de toda la Grecia.

Pireo está adornado con un teatro, con varios templos y muchas estatuas. Con la mira de asegurar la subsistencia de Atenas, le puso Temístocles al abrigo de una sorpresa, haciendo levantar esa hermosa muralla que circunda el lugar de Pireo y el puerto de Muniquia. Tiene

sesenta estadios de largo *, y cuarenta codos de altura **. Temístocles queria levantarle hasta ochenta. Su anchura es mayor que la de dos carros pareados. Fué construida de grandes piedras cuadradas, y enlazadas por la parte exterior con grapas de hierro y de plomo.

Tomemos el camino de Atenas, y sigamos esta muralla larga que se extiende desde Pireo hasta la puerta de la ciudad por espacio de cuarenta estadios. Tambien fué Temístocles el que formó el designio de levantarla, y no tardó en ejecutarse su proyecto en tiempo de la administracion de Cimon y de Pericles. Algunos años despues hicieron estos otra semejante, aunque un poco menos larga, desde las murallas de la ciudad hasta el puerto de Falero, y es la que está á nuestra derecha. Echáronse los cimientos de una y otra en un terreno pantanoso, que se tuvo cuidado de rellenar con grandísimos peñascos. Por medio de estos dos muros de comunicacion, que en el dia se llaman largas murallas, se halla Pireo encerrado en el recinto

* Su longitud era de cinco mil seiscientas y setenta toesas, y por consiguiente de dos leguas de dos mil y quinientas toesas cada una, con un exceso de seiscientas y setenta toesas, cerca de un cuarto de legua: (cerca de dos leguas de España de 4,000 pasos cada una.)

** Siendo la altura de cuarenta codos, ó sesenta pies griegos, equivalia á cincuenta y seis pies de rey y dos tercios: (66 pies de España).

de Atenas, y ha venido á ser su baluarte. Despues de la toma de esta ciudad, se obligó á los Atenienses á demoler en todo ó en parte estas fortificaciones; pero hoy están casi del todo restablecidas.

Este camino que seguimos, está siempre muy frecuentado en todo tiempo y á todas horas por un gran número de gentes atraidas á este lugar por la inmediacion á Pireo, por sus fiestas y comercio.

Estamos ya delante de un cenotafio. Los Atenienses le levantaron para honrar la memoria de Eurípides, muerto en Macedonia. Leed las primeras palabras de la inscripcion: *la gloria de Eurípides tiene por monumento á toda la Grecia.* ¿Veis ese concurso de espectadores cerca de la puerta de la ciudad, las literas que se detienen aquí, y en aquel tablado á un hombre rodeado de obreros? Ese es Praxiteles, que va á colocar sobre una basa, que sirve de sepulcro, una soberbia estatua ecuestre que ha concluido ahora.

Ya estamos en la ciudad, y cerca de un edificio llamado Pompeion. De aquí es de donde salen esas pompas ó procesiones de muchachos y muchachas que van de cuando en cuando á representar en las fiestas que celebran las demas naciones. En un templo inmediato, consagrado á Ceres, se admira la estatua de la diosa,

la de Proserpina y la del joven Iaco, las tres de mano de Praxiteles.

Recorramos rápidamente estos pórticos que se ofrecen á lo largo de la calle, y que se han multiplicado singularmente en la ciudad. Unos están aislados; otros contiguos á edificios á que sirven de vestíbulos. Los filósofos y los ociosos pasan en ellos una gran parte del dia. En casi todos se ven pinturas y estatuas de excelente trabajo. En el que se vende la harina, hallareis una Helena pintada por Zeuxis.

Tomemos la calle que está á nuestra izquierda, que nos llevará al cuartel del Pnix, y cerca del sitio donde el pueblo tiene algunas veces sus asambleas. Este cuartel, que es muy concurrido, confina con él de Cerámico ó las Tullerías, llamado así de las fábricas de barro cocido que habia allí en otro tiempo. Este vasto espacio se divide en dos partes: una mas allá de las murallas, donde está la academia; otra mas acá, donde está la plaza mayor.

Parémonos un momento en el pórtico del Rey, que por todos aspectos merece nuestra atencion. Aquí tiene su tribunal el arconte segundo, llamado arconte rey. Tambien se junta aquí algunas veces el areopago. Las estatuas que coronan el techo, son de tierra cocida, y representan á Teseo, que precipita en el mar á Esciron; y á la Aurora que roba á Céfalo. La figura de

bronce que veis en la puerta, es la de Píndaro, coronado con una diadema, que tiene un libro sobre las rodillas, y en la mano una lira. Su patria Tebas, ofendida del elogio que habia hecho de los Atenienses, hizo la vileza de condenarle á una multa, y Atenas le decretó este monumento, no tanto acaso por lo que estimaba á este gran poeta, como por lo que aborrecia á los Tebanos. No lejos de Píndaro están las estatuas de Conon, de su hijo Timoteo, y de Evágoras, rey de Quipre.

Cerca del pórtico del Rey está el de Júpiter libertador, donde el pintor Eufranor acaba de representar en una coleccion de pinturas á los doce dioses, á Teseo, el pueblo de Atenas, y el combate de caballería en que Grilo, hijo de Xenofonte, atacó á los Tebanos mandados por Epaminondas. Se les reconoce fácilmente á uno y otro; y el pintor ha expresado con rasgos de fuego el ardor que los anima. De la misma mano es el Apolo del templo inmediato.

Del pórtico del Rey salen dos calles que van á parar á la plaza pública. Tomemos la de la derecha, la cual está adornada, como veis, con muchos hermes. Este es el nombre que dan á esas pilastras que rematan en una cabeza de Mercurio. Unos los han puesto algunos particulares, otros se han colocado por orden del magistrado. Casi todos recuerdan hechos gloriosos;

algunos máximas de sabiduría. Estos últimos se deben á Hiparco, hijo de Pisistrato, el cual habia puesto en verso los mas bellos preceptos de la moral, y los hizo grabar sobre otros tantos hermes levantados por su orden en las plazas, en las encrucijadas, en muchas calles de Atenas, y en los lugares de la Atica. Sobre este, por ejemplo, está escrito : *tened siempre la Justicia por guia.* Sobre este otro : *Jamas quebranteis los derechos de la amistad.* Estas máximas han contribuido sin duda á hacer sentencioso el lenguage de los habitantes del campo.

Esta calle se termina en dos pórticos que caen á la plaza pública. El uno es el de los Hermes ; el otro, que es el mas hermoso de todos, se llama el Pecilo. En el primero se ven tres hermes, en que, por algunas ventajas ganadas contra los Medos, se escribió en otro tiempo el elogio que el pueblo decretó, no á los generales, sino á los soldados que habian vencido bajo sus órdenes. A la puerta del Pecilo está la estatua de Solon. Las paredes interiores, cargadas de escudos quitados á los Lacedemonios y otros pueblos, están enriquecidas con las obras de Polignoto, de Micon, de Paneno y de otros muchos pintores famosos. En estas pinturas, cuyas bellezas se conocen mas bien que se describen, vereis la toma de Troya, los socorros que los Atenienses dieron á los Heraclides, la

batalla que dieron á los Lacedemonios en Enoe, á los Persas en Maraton, á las Amazonas en la misma Atenas.

Esta plaza, sumamente espaciosa, está adornada con edificios destinados al culto de los dioses, ó al servicio del Estado: hay otros que sirven algunas veces de asilo á los infelices, las mas veces á los reos; y tambien hay estatuas dedicadas á los reyes y particulares beneméritos de la patria.

Seguidme, y puestos á la sombra de los plátanos que engalanan estos lugares, recorramos uno de estos lados de la plaza. Este gran recinto contiene un templo en honor de la madre de los dioses, y el palacio donde se junta el senado. En estos edificios y todo al rededor hay puestos cipos y columnas, en donde se han grabado varias leyes de Solon y decretos del pueblo. A este edificio redondo, cercado de árboles, van todos los dias los pritanos que están en ejercicio, á tomar su comida, y algunas veces á ofrecer sacrificios por la prosperidad del pueblo.

El arconte primero sienta su tribunal en medio de las diez estatuas de los que dieron sus nombres á las diez tribus de Atenas. Aquí á cada paso se detienen las miradas sobre las obras del ingenio. Habeis visto en el templo de la madre de los dioses una estatua hecha por Fi-

dias; en el templo de Marte, que está delante de nosotros, hallareis la de este dios trabajada por Alcameno, digno discípulo de Fidias. Todos los lados de la plaza ofrecen iguales monumentos.

Ved aquí en lo interior el campo de los Escitas, que la república mantiene para conservar el buen orden. Aquí está el recinto donde el pueblo se junta algunas veces, y ahora está cubierto de tiendas, en donde se ponen de venta diferentes mercancías. Aquí es donde se hallan las provisiones necesarias para tan numeroso pueblo. Este es el mercado general, dividido en otros muchos particulares, concurridos á todas las horas del dia, y sobre todo desde las nueve hasta medio dia. Los recaudadores vienen aquí para cobrar los derechos impuestos sobre todo lo que se vende, y los magistrados para velar sobre todo lo que se hace. Os referiré dos leyes muy sabias concernientes á este populacho indocil y tumultuoso. La una prohibe dar en cara á un ciudadano con la ganancia que ha tenido en el mercado, á fin de evitar que una profesion util viniese á ser una profesion despreciable. La otra prohibe al mismo ciudadano encarecer con mentira. La vanidad mantiene la primera, y el interes ha hecho olvidar la segunda. Como la plaza es el sitio mas concurrido de la ciudad, los artesanos buscan

casas cerca de ella, y así se alquilan allí á precio mas subido que en cualquiera otra parte.

Ahora voy á llevaros al templo de Teseo, construido por Cimon algunos años despues de la batalla de Salamina. Mas pequeño que el de Minerva, del cual os hablaré luego, y al que parece haber servido de modelo, es, como este último, de orden dórico, y de una figura elegantísima. Hábiles pintores le han enriquecido con obras inmortales.

Despues de haber pasado por delante del templo de Castor y Polux; por delante de la capilla de Agraula, hija de Cécrope; por delante del Pritaneo, donde la república mantiene á su costa algunos ciudadanos que la han hecho servicios señalados, vednos aquí en la calle de las Trípodes, que mas bien deberia llamarse la calle de los triunfos. En efecto, aquí es donde se deposita todos los años, por decirlo así, la gloria de los vencedores en los combates que solemnizan nuestras fiestas. Estos combates se dan entre músicos y danzantes de diversas edades. Cada tribu nombra los suyos. La que ha ganado la victoria consagra una trípode de bronce, unas veces en el templo, otras en una casa que ha hecho construir en esta calle. ¿Veis esta multitud de ofrendas sobre las cumbres, ó en lo interior de los edificios hermosos que tenemos á cada lado? Están acompañadas de inscripciones

que, segun las circunstancias, contienen el nombre del primero de los arcontes; de la tribu vencedora; del ciudadano que, bajo el título de corego, se ha encargado de la manutencion de la compañía; del poeta que ha hecho los versos; del maestro de capilla que ha dirigido el coro, y del músico que ha dirigido el canto al son de su flauta. Acerquémonos. Ved aquí los vencedores de los Persas, celebrados por haberse presentado al frente de los coros. Leed sobre esta trípode: *la tribu Antióquida ganó el premio; era corego Aristides; Arquestrato habia compuesto la pieza.* Sobre esta otra: *Temístocles era corego; Frínico hizo la tragedia; Adimanto era arconte**.

Las obras de arquitectura y de escultura que nos rodean, causan pasmo, tanto por la excelencia del trabajo, cuanto por los motivos que las han ocasionado; pero todas estas bellezas desaparecen delante del sátiro que vais á ver en este edificio, que Praxiteles pone entre sus mas hermosas obras, y el público entre las obras maestras del arte.

* He traducido la palabra ἐδίδασκε que se halla en el texto griego por estas palabras, *habia compuesto la pieza*, hizo *la tragedia*. No obstante, como algunas veces significa *habia adiestrado los actores*, no respondo de mi traduccion. Se pueden ver sobre esta palabra las notas de Casaubon sobre Ateneo; las de Taylor sobre el marmol de Sandwich; Van Dale sobre los gimnasios, y otros varios.

La calle de las Trípodes conduce al teatro de Baco. Era conveniente que los trofeos se levantasen cerca del campo de batalla, porque en este teatro es donde los coros de las tribus se disputan por lo comun la victoria. Aquí es tambien donde el pueblo se junta algunas veces, ya sea para deliberar sobre los asuntos del Estado, ya para asistir á la representacion de las tragedias y comedias. En Maraton, en Salamina y en Platea no triunfaron los Atenienses sino de los Persas: aquí han triunfado de todas las naciones que hay en el dia; y no serán menos célebres los nombres de Esquiles, Sófocles y Eurípides en los tiempos venideros, que los de Milciades, Arístides y Temístocles.

En frente del teatro está uno de los mas antiguos templos de Atenas, cual es el de Baco, llamado el dios de los lagares. Está en el cuartel de los Pantanos, y no se abre mas que una vez al año. En el recinto anchuroso que le rodea, es donde en ciertas fiestas se daban en otro tiempo los espectáculos, antes de haber edificado el teatro.

Ultimamente llegamos al pie de la escalera por donde se sube á la ciudadela. Observad al subir como la vista se extiende, y divierte por todos lados. Mirad á la izquierda la gruta abierta en la peña, y consagrada á Pan, cerca de esta fuente: allí recibió Apolo las bondades de Creusa,

hija del rey Erecteo: allí recibe en el dia los homenages de los Atenienses, siempre cuidadosos de consagrar las debilidades de sus dioses.

Detengámonos delante de este soberbio edificio de orden dórico, que se ofrece á nuestra vista. Este es lo que llaman los Propileos ó vestíbulos de la ciudadela. Los hizo construir de marmol Pericles, por los diseños y bajo la direccion del arquitecto Mnesicles. Habiéndose empezado en el arcontado de Eutimenes, no se concluyeron hasta cinco años despues *: se dice que costaron dos mil y doce talentos**, suma exorbitante, que excede la renta anual de la república.

El templo que tenemos á la izquierda está dedicado á la Victoria. Entremos en el edificio que está á nuestra derecha, para admirar las pinturas que adornan sus paredes, las cuales en gran parte son de la mano de Polignoto. Volvamos al cuerpo del medio: considerad las seis hermosas columnas que sostienen el fronton: recorred el vestíbulo dividido en tres piezas por dos órdenes de columnas jónicas, terminado á la parte opuesta por cinco puertas, á cuyo traves distinguimos las columnas del peristilo que mira á lo

* El año 457 antes de J. C.

** Diez millones ochocientas sesenta y cuatro mil ochocientas libras: (40,476,706 rs. vn.)

interior de la ciudadela*. Observad de paso estas grandes piezas de marmol que componen el paflon, y sostienen la cubierta.

Estamos ya en la ciudadela. Mirad esta multitud de estatuas que la religion y la gratitud han levantado en estos sitios, las cuales parecen animadas por los cinceles de los Mirones, de los Fidias, de los Alcamenos y de los artistas mas famosos. Aquí revivirán para siempre Pericles, Formion, Ifícrates, Timoteo, y otros muchos generales atenienses. Sus nobles imágenes están mezcladas sin distincion con las de los dioses.

Estas especies de apotéosis me sorprendieron mucho á mi llegada á la Grecia. En cada ciudad me parecia ver dos clases de ciudadanos: unos á quienes la muerte destinaba al olvido, y otros á quienes las artes daban una existencia eterna. Miraba yo á los unos como hijos de los hombres; á los otros como hijos de la gloria. En lo sucesivo he confundido estos dos pueblos á fuerza de ver estatuas.

Acerquémonos á estos dos altares. Respetad el primero que es el del Pudor; abrazad afectuosamente el segundo que es el de la Amistad. Leed sobre esta columna de bronce un decreto que condena con nota infamatoria á un ciudadano y á su descendencia, porque habia recibido el oro

* Véase en el tomo I la nota de la pág. 324.

de los Persas para corromper á los Griegos. De este modo se inmortalizan las malas acciones para producirlas buenas, y las buenas para hacerlas mejores. Alzad los ojos, y admirad la obra de Fidias. Esta estatua colosal de bronce es la que los Atenienses consagraron á Minerva, despues de la batalla de Maraton.

Todas las regiones de la Atica están bajo la proteccion de esta diosa; pero se diria que ha establecido su morada en la ciudadela. ¡Cuántas estatuas, altares y edificios en su honor! Háy entre estas estatuas tres, cuya materia y trabajo dan testimonio de los progresos del lujo y de las artes. La primera es informe, y hecha de madera de olivo, pero tan antigua, que se dice haber bajado del cielo. La segunda que acabo de enseñaros, es de un tiempo en que los Atenienses no usaban mas metales que el hierro para adquirir triunfos, y el bronce para eternizarlos. La tercera que veremos luego, fué mandada hacer por Pericles; y esta es de oro y de marfil.

Ved aquí un templo compuesto de dos capillas consagradas una á Minerva Poliada, y otra á Neptuno, apellidado Erecteo. Observemos el modo con que las tradiciones fabulosas se han conciliado algunas veces con los hechos históricos. Aquí es donde se enseña, por un lado el olivo que la diosa hizo salir de la tierra, y que se ha multiplicado en la Atica; y por otro los po-

zos de donde se pretende que Neptuno hizo brotar agua del mar. Tales eran los beneficios con que estas divinidades aspiraban á dar su nombre á esta ciudad naciente. Los dioses decidieron en favor de Minerva; y por mucho tiempo los Atenienses prefirieron la agricultura al comercio. Despues que reunieron estos dos manantiales de riqueza, han partido en un mismo lugar sus homenages entre sus bienhechores; y para acabar de reconciliarlos, han levantado un altar comun, que llaman el altar del olvido.

Delante de la estatua de la diosa está pendiente una lámpara de oro con una palma del mismo metal encima, que se prolonga hasta el techo. Arde de dia y de noche, sin que se le eche aceite mas de una vez al año. La torcida, que es de amianto, no se consume nunca; y el humo sale por un conducto que se oculta bajo las hojas de la palma. Es obra de Calimaco, de un trabajo tan completo, que se echan menos las gracias del descuido; pero este era el defecto de este artífice excesivamente esmerado. Se apartaba de la perfeccion por llegar á ella, y á fuerza de estar descontento de sí mismo, descontentaba á los inteligentes.

Se conservaba en esta capilla la rica cimitarra de Mardonio, que mandaba el ejército de los Persas en la batalla de Platea, y la coraza de Masistio que estaba al frente de la caballería.

Se veia tambien en el vestíbulo del Partenon el trono con pies de plata, en que se puso Xerxes para ser testigo de la batalla de Salamina; y en el tesoro sagrado los restos del botin hallado en el campo de los Persas. Estos despojos, robados la mayor parte en nuestro tiempo por manos sacrílegas, eran trofeos con que se ensoberbecen los Atenienses de hoy, como si los debiesen á su valor; semejantes en esto á aquellas familias que han dado en otro tiempo hombres grandes, é intentan hacer olvidar lo que ellas son, con la memoria de lo que han sido.

Este otro edificio, llamado Opistodomo, es el erario público. Los tesoreros nombrados cada año por suerte, depositan en él las sumas que les remite el senado; y el gefe de los pritanos, que se muda cada dia, guarda la llave.

Hace algun tiempo que vuestros ojos se dirigen hácia aquel famoso templo de Minerva, uno de los mas hermosos adornos de Atenas, conocido con el nombre de Partenon. Antes de llegar á él, permitidme leeros una carta que, cuando volví de Persia, escribí al mago Otanes, con quien tuve íntima correspondencia mientras estuve en Suza. Estaba este bien impuesto en la historia griega, y gustaba de instruirse en las costumbres de las naciones. Me pidió algunas noticias en punto á los templos de los Griegos; y ved aquí mi respuesta:

« Vos sois de parecer que la divinidad no « se debe representar bajo figura humana, ni « circunscribir su presencia al recinto de un « edificio; pero no hubierais aconsejado á Cam- « bises que ultrajase en Egipto los objetos del « culto público, ni á Xerxes que destruyese los « templos y las estatuas de los Griegos. Estos « príncipes, supersticiosos hasta el extremo, « ignoraban que una nacion perdona mas fácil- « mente la violencia que el desprecio, y que se « cree envilecida, cuando se envilece lo que « respeta. La Grecia ha prohibido restablecer los « monumentos sagrados, echados por tierra en « otro tiempo por los Persas. Estas ruinas aguar- « dan el momento de la venganza; y si los Grie- « gos llevan alguna vez sus armas victoriosas á « los Estados del gran rey, se acordarán de « Xerxes, y convertirán en cenizas vuestras « ciudades.

« Los Griegos han tomado de los Egipcios la « idea y forma de los templos; pero han dado « á estos edificios proporciones mas agradables, « ó á lo menos mas análogas á su gusto.

« No emprenderé describiros sus diferentes « partes; pues me parece mejor enviaros el di- « seño del que se construyó en honor de Teseo. « Cuatro paredes puestas en forma de paralelo- « gramo, ó cuadrilongo, forman la nave ó el « cuerpo del templo. Lo que le decora, y consti-

Tom II. Cap. XII. pág. 208.

Deveria del. Couché fils sc.

TEMPLO DE TESEO.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY.

ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.

«tuye su principal mérito, es exterior, y le es «tan extraño como los vestidos que distinguen «las diferentes clases de ciudadanos. Tal es el «pórtico que se extiende por todo el rededor, «cuyas columnas sentadas sobre un basamento «compuesto de algunos escalones, sostienen una «cornisa, sobre la cual hay un fronton en las «partes anterior y posterior. Este pórtico da al «edificio tanta gracia como magestad; contri- «buye á la hermosura de las ceremonias, por «los muchos espectadores que en él caben, y «quedan al abrigo de la lluvia.

«En el vestíbulo hay vasos de agua lustral, y «altares en que se ofrecen comunmente los sa- «crificios. De allí se entra en el templo donde «están las estatuas de la divinidad, y se ven las «ofrendas consagradas por la piedad de los pue- «blos. No recibe mas luz que la de la puerta *.

«El plano que teneis delante, puede diversi- «ficarse segun las reglas del arte y el gusto del «arquitecto. Variedad en las dimensiones del

* Los templos no tenian ventanas: unos recibian la luz por la puerta solamente; en otros tenian colgadas lámparas ante la estatua principal; otros estaban divididos en tres naves por dos filas de columnas. La del medio estaba del todo descubierta, y bastaba para dar luz á los costados que estaban cubiertos. Los grandes arcos que se ven en las partes laterales de un templo, que subsiste todavía entre las ruinas de Agrigento, fueron abiertos mucho tiempo despues de su construccion.

« templo. El de Júpiter de Olimpia tiene doscien-
« tos y treinta pies de largo, noventa y cinco de
« ancho, y sesenta y ocho de elevacion. El de
« Júpiter de Agrigento en Sicilia tiene trescien-
« tos cuarenta pies de largo, ciento sesenta de
« ancho, y ciento y veinte de altura *.

« Variedad en el número de columnas. Unas
« veces se ven dos, cuatro, seis, ocho, y hasta
« diez en ambas fachadas: otras veces no se po-
« nen mas que en la fachada anterior. Algunas
« veces dos filas de columnas forman en derredor
« un pórtico doble.

« Variedad en los ornamentos y proporciones
« de las columnas y cornisas. Aquí es donde brilla
« el genio de los Griegos. Despues de muchos
« ensayos, habiendo reunido sus ideas y sus des-
« cubrimientos en sistemas, compusieron dos
« géneros ó dos órdenes de arquitectura, cada
« uno de los cuales tiene su caracter distintivo y
« sus bellezas particulares; el uno mas antiguo,

* Longitud del templo de Olimpia, doscientos diez y siete pies nuestros, dos pulgadas y ocho líneas: latitud, ochenta y nueve pies, ocho pulgadas y ocho líneas: altura, sesenta y cuatro pies, dos pulgadas y ocho líneas. Longitud del de Agrigento, trescientos veinte y un pies, una pulgada y cuatro líneas: su anchura, ciento cincuenta y un pies, una pulgada y cuatro líneas: su altura, ciento y trece pies y cuatro líneas. Winckelmann presume con razon que la anchura de este templo era de ciento y sesenta pies griegos, en lugar de sesenta que pone el texto de Diodoro, cual le tenemos hoy dia.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY.
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.

Devcrùs del. *Couché, fils sc.*

«mas varonil, mas sólido, llamado dórico; el «otro mas ligero y mas elegante, llamado jóni- «co. No hablo del corintio, porque esencial- «mente no se distingue de los otros dos.

«Variedad, últimamente, en lo interior de los «templos. Algunos tienen un santuario inaccesi- «ble á los profanos. Otros están divididos en «muchas partes. Haylos en que, ademas de la «puerta de la entrada, tienen otra en la parte «opuesta, ó cuyo techo está sostenido por una «ó dos filas de columnas *.

«Para que podais juzgar mejor de la forma de «nuestros templos, añado á mi carta otros tres «diseños, en que hallareis la planta, la fachada «y la vista del Partenon, que está en la ciuda- «dela. Tambien remito la obra que compuso «Ictino sobre este hermoso monumento. Ictino

* Parece que al principio fueron muy pequeños los templos de los Griegos. Cuando les dieron mayores proporciones, imagina- ron sostener el techo con un solo orden de columnas puestas en lo interior del templo, con otras encima que se elevaban hasta la cumbre. Esto es lo que se habia hecho en uno de aquellos anti- guos templos, cuyas ruinas he visto en Pesto.

En lo sucesivo, en lugar de una fila sola de columnas, se pusie- ron dos, y entonces se dividieron los templos en tres naves. Tales eran el de Júpiter en Olimpia, como lo testifica Pausanias; y el de Minerva en Atenas, como lo ha averiguado M. Foucherot. Del mismo género era el templo de Minerva en Tegea, construido por Escopas: Pausanias dice que el primer orden de columnas de lo interior era dórico, y el segundo corintio.

« era uno de los dos arquitectos encargados por « Pericles de su construccion: el otro se llama- « ba Calícrates.

« Por cualquiera parte que se llegue, sea por « mar, ó por tierra, se le ve desde lejos descollar « sobre la ciudad y ciudadela. Es de orden dóri- « co, y de aquel hermoso marmol blanco que se « saca de las canteras de Pentélico, montaña de « la Atica. Tiene cien pies de ancho, cerca de « doscientos veinte y siete de largo, y cerca de « sesenta y nueve de altura *. El pórtico es doble « en las dos fachadas, y sencillo en los dos lados. « Por toda la fachada exterior de la nave corre « un friso, en que se representa una procesion « en honor de Minerva. Estos bajos relieves han « aumentado la gloria de los artistas que los hi- « cieron.

« En el templo se halla aquella famosa estatua « tan celebrada por su magnitud, por lo precioso « de la materia, y por la perfeccion del trabajo.

* Segun M. Le Roi la longitud de este templo es de doscientos catorce pies nuestros, diez pulgadas, y cuatro líneas; y su altura de sesenta y cinco pies. Reduciendo estas medidas á pies griegos, tendremos cerca de doscientos veinte y siete pies de longitud, y cerca de sesenta y ocho pies y siete pulgadas de altura. La latitud parece señalada con el nombre de Hecatonpedon (cien pies) que daban los antiguos á este templo. M. Le Roi ha hallado en efecto, que el friso de la fachada tenia noventa y cuatro pies franceses, y diez pulgadas; que vienen á ser los cien pies griegos.

«En la magestad sublime que brilla en el rostro «y en toda la figura de Minerva, se reconoce «fácilmente la mano de Fidias. Las ideas de este «artista tenian un caracter tan grandioso, que «ha sobresalido mas en representar los dioses «que los hombres. Se podia decir de él que mi«raba á los hombres desde muy alto, y á los «dioses muy de cerca.

«La estatua tiene veinte y seis codos de altu«ra. Está de pie, cubierta con la egida, y con «una túnica larga. Tiene en una mano la lanza, «y en la otra una Victoria de cerca de cuatro co«dos de alta *. Su casco, coronado de una esfinge, «está adornado en los lados por dos grifos. So«bre la haz exterior del escudo, puesto á los «pies de la diosa, representó Fidias el combate «de las Amazonas; sobre la interior el de los «dioses y los gigantes; sobre el calzado el de los «Lapitas y Centauros; sobre el pedestal el na«cimiento de Pandora y otros muchos asuntos. «Las partes descubiertas del cuerpo son de mar«fil, excepto los ojos, en que está figurado el «iris por medio de una piedra particular. Este «habil artista puso en la ejecucion un esmero «infinito, y manifestó que su ingenio conser-

* Siendo un codo entre los Griegos de pie y medio de los suyos, la altura de la estatua era de treinta y seis pies y diez pulgadas nuestros; y la de la Victoria de cinco pies y ocho pulgadas.

« vaba la superioridad hasta en los mas leves « pormenores.

« Antes de comenzar esta obra, se le obligó á « explicarse en la asamblea del pueblo sobre la « materia que habia de emplear. Fidias preferia « el marmol por la mayor duracion de su lustre; « oianle con atencion; pero cuando añadió que « tambien costaria menos, le mandaron callar, « y quedó resuelto que la estatua fuese de oro y « marfil.

« Se escogió el oro mas puro, del cual necesi- « taba una masa del peso de cuarenta talentos *. « Siguiendo Fidias el consejo de Pericles, le dis- « puso de tal modo, que se pudiese separar

* Estando entonces la plata en proporcion de uno á trece con el oro, cuarenta talentos de oro hacian quinientos y veinte talentos de plata, es decir, dos millones ochocientas ocho mil libras: (10,461,176 rs. vn.)

Tucídides dice cuarenta talentos; otros autores dicen cuarenta y cuatro, y otros cincuenta. Yo me atengo al testimonio de Tucídides. Suponiendo que en su tiempo era la proporcion del oro á la plata, de uno á trece, como en tiempo de Heródoto, los cuarenta talentos de oro harian quinientos y veinte de plata, los cuales á cinco mil cuatrocientas libras el talento, formarian un total de dos millones y ochocientas ocho mil libras. Pero como en el siglo de Pericles valia la dracma á lo menos diez y nueve sueldos, y el talento cinco mil y setecientas libras (véase la nota que acompaña á la tabla de la regulacion de las monedas al fin de esta obra), los cuarenta talentos de que se trata valian á lo menos dos millones novecientas sesenta y cuatro mil libras (11,042,352 rs. vn. 16 mrs).

« fácilmente. Dos motivos tuvo Pericles para dar « este consejo. Preveia el momento en que este « oro podria emplearse en los apuros del Esta- « do; y esto es en efecto lo que propuso al prin- « cipio de la guerra del Peloponeso. Preveia « tambien que se les podria acusar á Fidias y á « él de haberse quedado con una parte, como en « efecto se verificó; pero mediante la precau- « cion tomada por ellos se convirtió la acusacion « en confusion de sus enemigos *.

* La diosa estaba vestida con una túnica larga, que debia de ser de marfil. La egida ó la piel de la cabra Amaltea, le cubria el pecho, y acaso tambien el brazo izquierdo, como se ve en algunas de sus estatuas. En el borde de la egida estaban asidas unas serpientes: en el campo, cubierto de escamas de serpientes, se veia la cabeza de Medusa. De este modo se representa la egida en los monumentos y autores antiguos.

Ahora pues Isócrates que vivia todavía en el tiempo en que yo supongo al joven Anacarsis en la Grecia, dice que habian robado el Gorgonium; y Suidas, hablando de lo mismo, añade que habia sido arrancado de la estatua de Minerva. Por un pasage de Plutarco parece que por esta palabra se debe entender la egida.

Veamos ahora de qué estaba hecha la egida robada á la estatua. Prescindiendo de que no la hubieran robado, si no fuera de una materia preciosa, nos enseña Filócoro, que el hurto de que se quejaban era de las escamas y las serpientes. No se trata aquí de una serpiente que habia puesto el artífice á los pies de la diosa; pues esta era un accesorio, un atributo que no exigia ninguna magnificencia: por otra parte, Filócoro habla de serpientes en plural.

De lo que acabo de decir infiero que Fidias habia hecho de oro las escamas que cubrian la egida, y las serpientes que colgaban al rededor. Confirma esto Pausanias, diciendo que Minerva tenia en

« Tambien censuraban á Fidias que hubiese « grabado en el escudo de Minerva su retrato y « el de su protector. Se representó á sí mismo « bajo la forma de un anciano en actitud de lan- « zar una grande piedra; y se pretende que por « un ingenioso mecanismo está la figura ensam- « blada de tal modo, que no se la puede quitar « sin destruir toda la estatua. Pericles está pe- « leando con una amazona, y tiene un brazo « tendido y armado de un dardo que oculta á los « ojos la mitad de su rostro. El artista no lo « ocultó en parte, sino con el fin de inspirar el « deseo de reconocerle.

« Hay en este templo un tesoro donde los par- « ticulares depositan las sumas de dinero que no « se atreven á tener en sus casas; y en él se con- « servan tambien las ofrendas hechas á la diosa, « como son coronas, vasos y figurillas de divi-

el pecho una cabeza de Medusa de marfil; advertencia inutil, si la egida era de la misma materia, y si su cabeza no estaba realzada por el fondo de oro sobre el cual la habia aplicado. Las alas de la Victoria, que tenia Minerva en la mano, eran tambien del mismo metal. Los ladrones que entraron en el templo, hallaron medio para despegarlas, y habiendo reñido en la reparticion del precio, se descubrieron á sí mismos.

Segun diferentes indicios que omito, se puede presumir que los bajos relieves del casco, del escudo, del calzado, y quizá del pedestal, eran del mismo metal. La mayor parte de estos adornos subsistian todavía en la época que yo he escogido. Algun tiempo despues fueron robados por uno llamado Lacarés.

« nidades hechas de oro y plata. Los Atenienses « dedican allí muy comunmente sus anillos, « brazaletes y collares. Estos objetos se confian « á los tesoreros de la diosa, quienes los custo- « dian durante el año de su ejercicio; y al salir « de él entregan á sus sucesores un estado que « contiene el peso de cada cosa, y el nombre de « la persona que ha hecho el donativo. Este es- « tado, que luego se graba en marmol, testifica « la fidelidad de los guardas, y excita la genero- « sidad de los particulares.

« Este templo, el de Teseo y algunos otros « son el triunfo de la arquitectura y de la escul- « tura. Nada añadiria á este elogio, aun cuando « me extendiese en pintar las bellezas de su « conjunto, y la elegancia de sus menudencias. « No os espante tal multitud de edificios erigidos « en honor de los dioses, dado que, al paso que « se han corrompido las costumbres, se han « multiplicado las leyes para precaver los deli- « tos, y los altares para expiarlos. Por lo demas « estos monumentos hermosean una ciudad, « aceleran los progresos de las artes, y por lo « comun se construyen á expensas del enemigo; « porque siempre se destina parte del botin para « la magnificencia del culto público. »

Tal fué la respuesta que dí al mago Otanes. Ahora, sin salir de la ciudadela, nos vamos á colocar en diversos sitios que irán descubriendo

sucesivamente á nuestros ojos toda la ciudad.

Esta se ha prolongado en los últimos tiempos hácia el sudoeste, porque el comercio obliga cada dia á los habitantes á acercarse á Pireo. Por este lado y por el oeste se levantan en las inmediaciones de la ciudadela rocas y alturas cubiertas por la mayor parte de casas. Tenemos á la derecha la colina del areópago; á la izquierda la del Museo, hácia el medio la del Pnix, en la cual he dicho que se reune algunas veces la asamblea general. Notad hasta qué punto se celan los dos partidos en que están divididos los Atenienses. Como desde lo alto de esta colina se distingue claramente Pireo, hubo un tiempo en que los oradores, vueltos los ojos hácia este puerto, no olvidaban nada que pudiese incitar al pueblo á sacrificarlo todo á la marina. Los partidarios de la aristocracia lo sentian en extremo. Decian que los primeros legisladores solamente habian promovido la agricultura, y que Temístocles juntando la ciudad con Pireo, y la mar con la tierra, habia aumentado el número de marineros y el poder de la muchedumbre. Así es que, despues de la toma de Atenas, los treinta tiranos, establecidos por Lisandro, lo primero que hicieron, fué volver hácia el campo la tribuna de las arengas, dirigida antes hácia el mar.

No he hecho mencion de muchos edificios situados en los costados y en las cercanías de la ciudadela. Tales son, entre otros el Odeon y el templo de Júpiter olímpico. El primero es aquella especie de teatro, que Pericles hizo construir, para los combates de música, y en el cual tienen á veces sus juntas los diez arcontes. El techo sostenido por columnas se construyó de los destrozos de la armada de los Persas vencidos en Salamina. El segundo se empezó en tiempo de Pisistrato, y se dice que seria el templo mas magnífico, si estuviese acabado.

Los pies se detenian á menudo; y la vista se sorprendia en el camino que traiamos desde Pireo hasta donde estamos. Pocas calles y pocas plazas hay en esta ciudad que no ofrezcan semejantes objetos de curiosidad; pero es menester no guiarse por la apariencia. Un edificio, cuyo exterior es despreciable, encierra tal vez un tesoro precioso. Mirad si descubris hácia el norte, en el cuartel Melito, algunos árboles al rededor de una casa que apenas se divisa: esa es la habitacion de Focion: á este lado, en medio de las casas, hay un templo pequeño dedicado á Venus: y allí es donde se ve una pintura de Zeuxis, que representa el Amor coronado de rosas: allá bajo, cerca de aquella colina, hay otro edificio, donde el rival de Zeuxis hizo uno de aquellos ensayos que descubren el genio. Persuadido

Parrasio de que, fuese por la expresion del semblante, fuese por la actitud y movimientos de las figuras, podia su arte sensibilizar á los ojos las calidades del alma y del corazon, haciendo el cuadro del pueblo de Atenas, emprendió trazar el caracter, ó mas bien los diversos caracteres de este pueblo violento, injusto, afable, compasivo, fanfarron, rastrero, fiero y tímido. ¿Pero cómo ejecutó este ingenioso proyecto? No quiero privaros del placer de la sorpresa: vos mismo juzgareis.

Os he hecho correr á toda prisa por dentro de la ciudad: ahora vais á ver de una mirada lo exterior. Al levante está el monte Himeto que las abejas enriquecen con su miel llena del perfume del tomillo. El Iliso que corre por su falda, va serpenteando al rededor de nuestras murallas. Encima veis los gimnasios del Cinosargo y del Liceo. Al noroeste descubris la Academia, y un poco mas allá una colina llamada Colona, en la cual puso Sófocles la escena de Edipo, que tiene el mismo nombre. El Cefiso, despues de enriquecer con sus aguas este pais, viene á mezclarlas con el Iliso. Las últimas se secan algunas veces en los calores grandes. El pais está hermoseado con las casas de campo que se ven por todos lados.

Concluyo recordándoos lo que dice Lisipo en una de sus comedias: « quien no desea ver á

« Atenas es estúpido: lo es todavía mas el que « la ve, y no se enamora de ella; pero el colmo « de la estupidez es verla, enamorarse de ella, « y dejarla. »

CAPITULO XIII.

BATALLA DE MANTINEA *. MUERTE DE EPAMINONDAS.

La Grecia tocaba ya en el momento de una revolucion: Epaminondas estaba al frente de un ejército: la victoria ó la derrota iba en fin á decidir, si habian de ser los Tebanos ó los Lacedemonios quienes diesen leyes á los demas pueblos.

* En el segundo año de la olimpiada 104, el 12 del mes escirofórion, esto es, el 5 de Julio del año juliano proléptico 362 antes de J. C.

Epaminondas divisó el instante de acelerar la ejecucion.

Partió una tarde de Tegea, en Arcadia, para sorprender á Lacedemonia. Esta ciudad no tiene muros, ni fuertes, y no tenia entonces otros defensores que niños y ancianos. Una parte de las tropas se hallaba en la Arcadia, y la otra estaba en camino á las órdenes de Agesilao. Los Tebanos llegaron al amanecer, y vieron á Agesilao pronto á recibirlos. Instruido este por un desertor de la marcha de Epaminondas, habia vuelto atras precipitadamente, y ya sus soldados ocupaban los puntos mas importantes. Sorprendido, sin desmayar, el general tebano, ordenó varios ataques. Ya habia penetrado hasta la plaza pública, y se habia hecho dueño de una gran parte de la ciudad; cuando Agesilao no escuchando mas que su desesperacion, aunque en la edad de cerca de ochenta años, se precipita en medio de los enemigos; y ayudado del valiente Arquidamo su hijo, rechaza al enemigo, y le obliga á retirarse.

En esta ocasion dió Isadas un ejemplo que excitó la admiracion y la severidad de los magistrados. Este esparciata, que apenas acababa de salir de la infancia, tan hermoso como el Amor, tan valiente como Aquiles, sin mas armas que la lanza y la espada, se arrojó por entre los escuadrones de los Lacedemonios, cayó

impetuosamente sobre los Tebanos, y postró á sus pies cuanto se opuso á su furor. Los éforos le decretaron una corona para honrar sus hazañas, y le condenaron á una multa, por haber peleado sin coraza ni escudo.

Epaminondas se retiró sin que le inquietasen; y como era necesaria una victoria para borrar de la memoria el mal éxito de su empresa, marcha á la Arcadia, donde se habian reunido las fuerzas principales de la Grecia. Los dos ejércitos se avistaron luego cerca de la ciudad de Mantinea. El de los Lacedemonios y de sus aliados se componia de mas de veinte mil hombres de infantería, y cerca de dos mil de caballería: el de la liga tebana, de treinta mil de infantería, y cerca de tres mil de caballería.

Nunca habia manifestado Epaminondas tantos talentos como en esta ocasion. En su orden de batalla siguió los mismos principios que le dieron la victoria de Leuctres. Una de sus alas formada en columna cayó sobre la falange lacedemonia, que no hubiera sido forzada, si él en persona no hubiera venido á reforzar sus tropas con su ejemplo, y con un cuerpo escogido que le seguia. Espantados los enemigos con su llegada, se desordenan, y huyen. Persíguelos con un furor que no puede contener, y se halla cercado de un cuerpo de esparciatas que disparan sobre él un granizo de dardos. Despues de ha-

ber alejado por mucho tiempo la muerte, y tendido en el campo á un número grande de guerreros, cayó penetrado de un dardo, cuyo hierro le quedó en el pecho. El honor de recoger su cuerpo empeñó una accion tan viva, y tan sangrienta como la primera; y habiendo aumentado sus esfuerzos los compañeros, tuvieron el triste consuelo de llevarle á su tienda.

En la otra ala se peleaba con una alternativa casi igual en ventajas y reveses. Por las sabias disposiciones de Epaminondas no pudieron los Atenienses favorecer á los Lacedemonios. Su caballería atacó á la de los Tebanos, y fué rechazada con pérdida: se formó de nuevo, y destruyó un destacamento que los enemigos habian colocado en las alturas vecinas. Su infantería estaba ya para huir, cuando los Elidos volaron á socorrerla.

La herida de Epaminondas detuvo la carnicería, y suspendió el furor del soldado. Las tropas de los dos partidos, igualmente atónitas, quedaron en inaccion. Por una y otra parte se tocó la retirada, y se erigió un trofeo sobre el campo de batalla.

Todavía respiraba Epaminondas. Sus amigos y sus oficiales derramaban lágrimas en torno de su lecho. En el campamento resonaban los gritos del dolor y de la desesperacion. Los médicos habian declarado que espiraria luego que se le sacase el hierro de la herida. Temió que su es-

cudo hubiese caido en manos del enemigo; pero se lo presentaron, y lo besó como un instrumento de su gloria. Se manifestó inquieto sobre la suerte de la batalla; y habiéndole dicho que la habian ganado los Tebanos, respondió: « eso « es bueno: ya he vivido bastante. » Preguntó despues por Daifanto é Iólidas, dos generales que él creia dignos de reemplazarle: los que le dijeron que habian muerto. « Persuadid pues « á los Tebanos, añadió, que hagan la paz. » Entonces mandó que le sacasen el hierro; y habiendo exclamado uno de sus amigos, que el dolor tenia fuera de sí: « ¡con que moris, Epa- « minondas! ¡Si á lo menos dejaseis hijos! — « Dejo dos hijas inmortales, respondió ya espi- « rando, la victoria de Leuctres y la de Mantinea. »

Su muerte habia sido precedida por la de Timágenes, aquel tierno amigo que me habia traido á la Grecia. Ocho dias antes de la batalla habia desaparecido repentinamente, dejando sobre la mesa de su sobrina Epicaris una carta en que nos hizo saber que iba á reunirse con Epaminondas, con quien habia contraido obligaciones mientras estuvo en Tebas; pero que muy pronto volveria á reunirse con nosotros para no dejarnos jamas. Si los dioses, añadia, lo ordenan de otro modo, acordaos de lo que Anacarsis ha hecho por mí, y de cuanto me habeis prometido hacer por él.

Mi corazon se despedazó al leer esta carta. Yo queria marchar en el momento, como hubiera debido hacérlo; mas Timágenes habia tomado todas las precauciones para impedírmelo. Apolodoro, que á ruego suyo acababa de lograr para mí el derecho de ciudadano de Atenas, me manifestó que yo no podia tomar las armas contra mi nueva patria, sin comprometerle á él y á su familia. Esta consideracion me contuvo; y así no seguí á mi amigo; no fuí testigo de sus proezas, ni morí con él.

Su imagen está siempre ante mis ojos. Hace ya treinta años, y solo hace un momento que le perdí. Dos veces he querido formar su elogio: dos veces le han borrado mis lágrimas. Si hubiera tenido fortaleza para acabarle, la hubiera tenido para suprimirle; porque las virtudes de un hombre oscuro no interesan mas que á sus amigos, y ni aun tienen el derecho de servir de ejemplo á los demas hombres.

La batalla de Mantinea acrecentó en lo sucesivo las turbulencias de la Grecia; pero en el primer momento terminó la guerra. Los Atenienses tuvieron cuidado de recoger, antes de marchar, los cuerpos de los que habian perdido, los quemaron en una hoguera, llevaron los huesos á Atenas, y se señaló el dia en que se habia de hacer la ceremonia de los funerales, á que preside uno de los primeros magistrados.

Dase principio poniendo bajo una gran tienda los ataudes de cipres que encierran los huesos. Los que tenian pérdidas que llorar, hombres y mugeres, venian allí por intervalos á hacer libaciones, y á cumplir los deberes impuestos por la ternura y por la religion. Tres dias despues, los ataudes puestos sobre otros tantos carros como hay tribus, atravesaron lentamente la ciudad, y llegaron al Cerámico exterior, donde hubo juegos fúnebres: se depositaron los muertos en el seno de la tierra, despues que sus parientes y amigos los bañaron por la última vez con sus lágrimas: habiéndose levantado un orador escogido por la república, pronunció el elogio fúnebre de estos valientes guerreros. Cada tribu señaló los sepulcros de sus soldados con piedras sepulcrales, en donde estaban escritos sus nombres, los de sus padres, el lugar de su nacimiento y el de su muerte.

El camino que va desde la ciudad á la Academia, está lleno de estas inscripciones. Otras se ven sembradas confusamente en las inmediaciones: aquí descansan los que perecieron en la guerra de Egina; allí los que murieron en Quipre; mas allá los muertos en la expedicion de Sicilia. No se puede dar un paso sin pisar las cenizas de un heroe, ó de una víctima inmolada á la patria. Los soldados que venian del Peloponeso, y habian acompañado el convoy,

andaban por entre estos monumentos fúnebres; se mostraban unos á otros los nombres de sus abuelos, de sus padres, y parecia que gozaban anticipadamente de los honores que se harian algun dia á su memoria.

CAPITULO XIV.

DEL GOBIERNO ACTUAL DE ATENAS.

Como pasaré algunas veces de una materia á otra sin advertirlo, debo justificar mi conducta.

Era Atenas el lugar de mi residencia ordinaria, de donde salia frecuentemente con mi amigo Filotas, y adonde volviamos despues de haber recorrido los paises distantes ó vecinos. A mi regreso volvia á mis investigaciones, y daba la preferencia á algun objeto particular. Así es que el plan de esta obra, generalmente hablando, no es otro que el de un diario, de que ya he hablado,

y en que á la relacion de mis viages y de algunos acontecimientos notables, añadia las noticias que adquiria sobre ciertas materias. Habia dado principio por el examen del gobierno de Atenas: en mi introduccion me contenté con explicar sus principios: ahora entro en los pormenores, y le considero juntamente con las mudanzas y abusos que circunstancias fatales han traido.

Las ciudades y lugares de la Atica, se dividen en ciento setenta y cuatro departamentos ó distritos, que por sus diferentes reuniones forman diez tribus. Todos los ciudadanos, aun los que residen en Atenas, pertenecen á uno de estos distritos; están obligados á hacer inscribir sus nombres en sus registros; y de este modo se hallan naturalmente clasificados en una de sus tribus.

En los últimos dias de cada año, se juntan las tribus separadamente para formar un senado compuesto de quinientos diputados, que deben tener á lo menos treinta años de edad. Cada una de ellas presenta cincuenta, y les da por adjuntos otros cincuenta, destinados á ocupar las plazas que la muerte ó la irregularidad de la conducta pueden dejar vacantes. Unos y otros se sacan por suerte.

Los nuevos senadores deben sufrir un examen rigoroso; porque los hombres que han de gobernar á otros, es preciso que tengan costumbres

irreprensibles. Despues prestan el juramento, en que entre otras cosas prometen dar buenos consejos á la república; juzgar segun las leyes; no poner en prisiones á un ciudadano que da fianzas, á no ser que se le haya acusado de conspiracion contra el Estado, ó de usurpacion de las rentas públicas.

El senado, compuesto de los representantes de las diez tribus, está dividido naturalmente en diez clases, cada una de las cuales tiene por turno la preeminencia sobre las demas. Esta preeminencia se decide por suerte, y el tiempo está limitado al espacio de treinta y seis dias para las cuatro clases primeras, y de treinta y cinco para las otras.

La que está al frente de las demas, se llama la clase de los pritanos. Mantiénese á expensas del público en un sitio llamado el Pritaneo. Pero como es demasiado numerosa todavía, para ejercer en comun las funciones de que está encargada, se la subdivide en cinco decurias, compuesta cada una de diez proedras ó presidentes. Los siete primeros ocupan por siete dias la primera plaza turnando, y los otros están formalmente excluidos.

El que la ocupa debe ser mirado como gefe del senado. Tan importantes son sus funciones, que se ha creido no debérselas confiar mas que por un dia. Propone comunmente los asuntos

de las deliberaciones; llama los senadores á votar; guarda el sello de la república por el corto intervalo de su ejercicio, como tambien las llaves de la ciudadela y las del tesoro de Minerva.

Estos diversos arreglos, dirigidos siempre por la suerte, tienen por objeto mantener la mas perfecta igualdad entre los ciudadanos, y la mayor seguridad en el Estado. No hay ateniense que no pueda llegar á ser miembro y cabeza del primer cuerpo de la nacion, como tampoco lo hay que pueda, á fuerza de mérito ó intrigas, abusar de la autoridad que solo se le confia por algunos instantes.

Las otras nueve clases, ó cámaras del senado, tienen tambien á su cabeza un presidente que se muda en todas las asambleas de esta compañía, y que saca por suerte el gefe de los pritanos. En ciertas ocasiones, estos nueve presidentes llevan los decretos del senado á la asamblea de la nacion, y el primero de ellos es quien llama el pueblo á votar; en otras toca este cuidado al gefe de los pritanos, ó á uno de los asistentes *.

* Cuanto concierne á los individuos del senado y á sus funciones presenta tantas dificultades, que me contento con remitir al lector á los sabios que han tratado de ellas. Véanse (SIGON., *De republ. Athen.*, lib. II, cap. IV); (PETAV., *De doct. temp.*, lib. II, cap. I); (DODWELL, *De cycl.*, disert. III, § 43); (SAMUEL PETIT, *Leg. attic.*, pág. 188); (CORSINI, *Fast. attic.*, tom. I, dis. VI.)

El senado se renueva todos los años. Debe excluir durante el tiempo de su ejercicio, aquellos miembros suyos, cuya conducta es reprensible, y dar cuentas antes de separarse. Si hay motivo de quedar satisfechos de sus servicios, obtiene una corona que le decreta el pueblo. Se le priva de esta recompensa, cuando no ha cuidado de construir galeras. Los que lo componen, tienen cada dia una dracma por derecho de asistencia*. Se junta todos los dias, excepto los festivos, y los que son mirados como aciagos. Pertenece á los pritanos convocarle, y preparar de antemano las materias de las deliberaciones. Así como él representa á las tribus, así es representado por los pritanos que, como reunidos siempre en un mismo lugar, están en disposicion de velar continuamente sobre los peligros que amenazan á la república, y de instruir de ellos al senado.

Durante los treinta y cinco ó treinta y seis dias que la clase de los pritanos está en ejercicio, se junta el pueblo cuatro veces; y estas cuatro asambleas, que son el 11, el 20, el 30 y el 33 de la pritania, se llaman asambleas ordinarias.

En la primera se confirma ó destituye á los magistrados que acaban de entrar en su plaza; se trata de las guarniciones y plazas que hacen la seguridad del Estado, como tambien de cier-

* Diez y ocho sueldos (3 rs. vn. y 12 mrs.).

tas denuncias públicas; y por último se publican las confiscaciones de bienes, ordenadas por los tribunales. En la segunda todo ciudadano que haya depositado sobre el altar un ramo de oliva, atado con cintillas sagradas, puede explicarse con libertad sobre los objetos relativos á la administracion y al gobierno. La tercera se destina á recibir los heraldos y embajadores, que han dado antes parte de su mision, ó presentado sus credenciales al senado. Ultimamente la cuarta se destina á las materias de religion, como fiestas, sacrificios, etc.

Como el objeto de estas asambleas es notorio, y comunmente no ofrece cosas muy interesántes, hace poco tiempo que fué preciso llevar el pueblo á ellas por fuerza, ó obligarle con multas á asistir. Pero su asistencia es mayor desde que se tomó el partido de conceder un derecho de tres óbolos por la presencia*; y como no se decreta pena alguna contra los que se dispensan el ir, sucede que los pobres son mas numerosos que los ricos, lo cual se acomoda mejor al espíritu de las democracias actuales.

Ademas de estas asambleas hay otras extraordinarias, cuando amenaza al Estado algun peligro. Los pritanos en algunas ocasiones, y mas comunmente los generales ó gefes de la tropa,

* Nueve sueldos (1 rl. vn. y 23 mrs).

son los que las convocan á nombre y con permiso del senado. Cuando lo permiten las circunstancias, se convoca á todos los habitantes de la Atica.

Las mugeres no pueden asistir á la asamblea, ni tampoco tienen este derecho los hombres que no llegan á veinte años. Cesa el goce del derecho cuando alguno tiene nota de infamia; y un extrangero que le usurpase, seria castigado con pena de muerte, porque se le creeria que intentaba usurpar la soberanía, ó poder revelar el secreto del Estado.

La asamblea comienza al amanecer, juntándose en el teatro de Baco, ó en el mercado público, ó en un gran recinto inmediato á la ciudadela, llamado Pnix. Son necesarios seis mil votos para dar fuerza de ley á muchos de sus decretos, Entre tanto no siempre hay proporcion para recogerlos; y mientras duró la guerra del Peloponeso, nunca se pudieron reunir cinco mil ciudadanos en la asamblea general.

Presídenla los gefes del senado, que en ocasiones importantes asiste en cuerpo. Los principales oficiales militares tienen en ella un lugar distinguido. La guardia de la ciudad, compuesta de escitas, viene allí para mantener el buen orden.

Cuando todos están sentados en el circo purificado por la sangre de las víctimas, se levanta

un heraldo, y recita una especie de súplicas que se dicen tambien en el senado siempre que se hace alguna deliberacion. A estas súplicas dirigidas al cielo por la prosperidad de la nacion, se mezclan imprecaciones terribles contra el orador que hubiese recibido regalos para engañar al pueblo, ó al senado, ó al tribunal de los heliastas. Despues se propone el asunto de la deliberacion, contenido ordinariamente en un decreto preliminar del senado, que se lee en alta voz, y dice el heraldo: « que los ciudadanos que « puedan dar un parecer util á la patria, suban á « la tribuna, comenzando por los que tienen mas « de cincuenta años. » En efecto, antiguamente se necesitaba haber pasado de esta edad, para ser el primero en proponer un parecer; pero se ha relajado esta regla como otras muchas.

Aunque desde este momento sea libre á cada asistente subir á la tribuna, no se ven subir á ella por lo comun sino los oradores del Estado. Estos son diez ciudadanos distinguidos por sus talentos, y encargados especialmente de defender los derechos de la patria, en las asambleas del senado y del pueblo.

Puesta suficientemente en claro la cuestion, los proedras ó presidentes del senado piden al pueblo una decision sobre el decreto que se le ha propuesto. Algunas veces da su voto por escrutinio, pero las mas levantando las manos,

que es señal de aprobacion. En teniendo seguridad de la pluralidad de votos, y habiendo leido por última vez el decreto, sin que haya reclamacion, los presidentes despiden la asamblea, que se disuelve con el mismo tumulto que desde el principio habia reinado en las deliberaciones.

Cuando en ciertas ocasiones, los que conducen el pueblo, temen la influencia de los poderosos, recurren á un medio, empleado algunas veces en otras ciudades de la Grecia, y es el proponer que se opine por tribus; en cuyo caso el voto de cada tribu se forma al arbitrio de los pobres, que son mas numerosos que los ricos.

Estos son los varios modos que tiene la autoridad suprema de manifestar su voluntad, porque esencialmente reside en el pueblo. El es quien decide de la guerra y de la paz; quien recibe los embajadores; quien da ó quita la fuerza á las leyes; nombra casi todos los empleados; establece los impuestos; concede el derecho de ciudadano á los extrangeros; confiere recompensas á los que han hecho servicios á la patria, etc.

El senado es el consejo perpetuo del pueblo. Los que lo componen, son por lo comun hombres ilustrados. El examen que han sufrido antes de entrar en su plaza, prueba, cuando menos, que su conducta parece irreprensible, y hace presumir la rectitud de sus intenciones.

Nada debe estatuir el pueblo, que no haya si-

do aprobado antes por el senado. Al senado es á quien debe el cabeza de la compañia, ó alguno de los presidentes, presentar desde luego los decretos * relativos á la administracion ó al gobierno, debatidos por los oradores públicos, modificados, aceptados ó desechados á pluralidad de votos por un cuerpo de quinientos ciudadanos, los cuales en la mayor parte han ocupado los cargos de la república, y reunen los conocimientos á la experiencia.

En saliendo los decretos de sus manos, y antes del consentimiento del pueblo, tienen por sí mismos bastante fuerza para subsistir mientras el senado está en ejercicio; mas para tener autoridad duradera, es preciso que los ratifique el pueblo.

Tal es el reglamento de Solon, cuyo fin era que nada pudiese hacer el pueblo sin el senado, y que sus operaciones fuesen concertadas de tal manera, que se viesen nacer los mayores bienes con las menores divisiones posibles. Mas para producir y conservar esta armonía feliz, seria

* Nada se ejecutaba sino en virtud de leyes y decretos. Su diferencia consistia en que las leyes obligaban á todos los ciudadanos, y les obligaban para siempre; en lugar que los decretos, meramente tales, eran solo concernientes á los particulares, y por tiempo determinado. Por decreto se enviaban embajadores, se daba una corona á un ciudadano, etc. Cuando el decreto abrazaba todos los tiempos y todos los particulares se convertia en ley.

preciso que el senado pudiese tambien imponer respeto al pueblo,

Pero como se muda todos los años, y sus oficiales todos los dias, no tiene ni bastante tiempo, ni bastante interes, para retener una porcion de la autoridad; y como despues del año de ejercicio tiene que pedir al pueblo honores y gracias, se ve obligado á mirarle como á su bienhechor, y por consiguiente como á su señor. A la verdad no hay motivo de division en estos dos cuerpos; pero el choque que podria resultar de sus competencias, seria menos peligroso que la union que reina actualmente entre ellos. No solamente son desestimados en la asamblea del pueblo los decretos aprobados por el senado, sino que muchas veces se ve que un simple particular sustituye otros de que aquella no tenia conocimiento hasta entonces, y los adopta en el mismo punto. Los que presiden, oponen á esta licencia el derecho que tienen de alejar las contestaciones; y así unas veces ordenan que el pueblo no opine sino sobre el decreto del senado; otras procuran inutilizar los nuevos decretos, negándose á llamar á votos, y remitiendo el asunto á otra asamblea. Pero la multitud se rebela siempre contra el ejercicio de un derecho, que le impide deliberar ó proponer sus pensamientos; y obliga con gritos tumultuosos á los gefes que se oponen á sus voluntades, á

ceder sus plazas á otros presidentes, que le conceden sin detencion esta libertad de que se muestra tan zelosa.

Hay simples particulares que tienen en las deliberaciones públicas la influencia que debería tener el senado. Unos son facciosos de la mas baja extraccion, que llevan tras de sí la muchedumbre por su audacia: otros, ciudadanos ricos, que la corrompen con sus liberalidades: los mas acreditados son los hombres elocuentes, que abandonando toda otra ocupacion, dedican todo su tiempo á la administracion del Estado.

Regularmente empiezan á ensayarse en los tribunales de justicia; y cuando sobresalen allí en el arte de hablar, entonces, con pretexto de servir á la patria, pero mas bien por servir á su ambicion, entran en una carrera mas noble, y se encargan del penoso cuidado de ilustrar al senado, y de conducir el pueblo. Su profesion, á que se dedican muy jóvenes todavía, exige, ademas del sacrificio de la libertad, conocimientos profundos y talentos sublimes; porque es poco saber por menor la historia, las leyes, las necesidades y las fuerzas de la república, como las de las potencias vecinas y apartadas; no basta estar á la mira de aquellos esfuerzos rápidos ó lentos, que los Estados hacen continuamente unos contra otros, y de aquellos movimientos casi imperceptibles, que los van con-

sumiendo interiormente; prevenir los zelos de las naciones débiles y aliadas; desconcertar las medidas de las poderosas y enemigas; descubrir en fin los intereses de la patria, al traves de mil combinaciones y relaciones; es ademas preciso hacer valer en público las grandes verdades de que uno está imbuido en particular; no conmoverse ni con las amenazas, ni con los aplausos del pueblo; resistir al odio de los ricos, sometiéndolos á impuestos grandes; al de la multitud arrancándola de sus placeres ó de su reposo; al de los otros oradores descubriendo sus intrigas; responder de los acaecimientos que no se han podido impedir, y de los que no se han podido prever; pagar con su desgracia los proyectos que no han tenido éxito favorable, y aun algunas veces los que ha justificado el éxito; manifestarse lleno de confianza, aun cuando un peligro inminente difunde el terror por todas partes, y con luces repentinas alentar las esperanzas abatidas; correr por las naciones vecinas; formar ligas poderosas; encender con el entusiasmo de la libertad la sed ardiente de los combates; y despues de haber cumplido los deberes del hombre de Estado, de orador y de embajador, marchar al campo de batalla, para sellar con su sangre los consejos que se han dado al pueblo desde lo alto de la tribuna.

Tal es el patrimonio de los que están á la ca-

beza del gobierno. Las leyes, que previeron el imperio que unos hombres tan útiles y tan peligrosos habian de tener sobre los ánimos, quisieron que no se hiciese uso de sus talentos, hasta despues de estar seguros de su conducta; y así separaron de la tribuna al que hubiese puesto manos violentas en los autores de su vida, ó les negase la subsistencia; porque efectivamente no conoce el amor de la patria el que desconoce los sentimientos de la naturaleza. Tambien separan al que disipa la herencia de sus padres, porque disiparia mas fácilmente los tesoros del Estado; al que no tenga hijos legítimos, ó no posea bienes en la Atica; porque sin estos vínculos no tendria por la república mas que un interes general, siempre sospechoso, cuando no se reune con el particular; al que se negase á tomar las armas á la voz del general; al que abandonase su escudo en el combate; al que se entregase á placeres vergonzosos, porque la cobardía y la corrupcion, casi siempre inseparables, abririan su alma á toda especie de traiciones; y porque ademas todo hombre que no puede ni defender la patria por su valor, ni edificarla con sus ejemplos, es indigno de ilustrarla con sus conocimientos.

Es preciso pues que el orador suba á la tribuna con la seguridad y la autoridad de una vida irreprensible. Tambien en otro tiempo los que ha-

blaban en público, se contentaban con acompañar sus palabras con una accion noble, tranquila y sin artificio, como las virtudes que practicaban, como las verdades que iban á anunciar; y todavía hay memoria de que Temístocles, Arístides y Pericles, casi inmóviles en la tribuna, y con las manos en sus mantos, imponian respeto, tanto con la gravedad de su aspecto, cuanto por la fuerza de su elocuencia.

Lejos de seguir estos modelos, la mayor parte de los oradores no dejan ver en sus semblantes, en sus gritos, en sus ademanes y en sus vestidos, mas que la espantosa mezcla de la indecencia y del furor.

Pero este abuso no es mas que un leve síntoma de la infamia de su conducta. Unos venden sus talentos y su honor á las potencias enemigas de Atenas; otros tienen á sus órdenes ciudadanos ricos, que por una servidumbre pasagera esperan elevarse á los primeros empleos: todos, haciéndose una guerra de reputacion y de interes, anhelan la gloria y la ventaja de conducir el pueblo mas ilustrado de la Grecia y del universo.

De aquí dimanan esas intrigas y discordias que fermentan sin cesar en el seno de la república, y se manifiestan con tanto estruendo en sus asambleas tumultuosas. Porque el pueblo, tan ratero cuando obedece, y tan terrible cuan-

do manda, lleva allí, con la licencia de sus costumbres, la que él juzga inherente á su soberanía. Todos sus afectos son allí extremados, y todos sus excesos impunes. Los oradores, como otros tantos cabezas de partido, vienen favorecidos unas veces por oficiales militares, cuya proteccion logran, y otras por facciosos, cuyo furor dirigen. Apenas se ven, cuando se acometen con injurias que animan á la muchedumbre, ó por chistes satíricos que la sacan de sí misma. Al punto los clamores, los aplausos y las carcajadas, ahogan la voz de los senadores que presiden la asamblea, de las guardias repartidas por todas partes para conservar el buen orden, del orador, en fin, que ve inutilizado su decreto por aquellos mismos ligeros medios que desacredita una pieza en el teatro de Baco.

En vano hace algun tiempo que una de las diez tribus, sorteada en cada asamblea, se forma cerca de la tribuna para impedir el desorden, y dar auxilio á las leyes violadas: ella misma es arrastrada por el torrente que querria detener; y su vana asistencia no sirve para otra cosa, que para probar la gravedad del mal, sostenido no solamente por la naturaleza del gobierno, sino tambien por el caracter de los Atenienses.

En efecto, este pueblo que tiene unas sensaciones vivísimas, y muy pasageras, reune mas que todos los demas pueblos las calidades mas

opuestas, y de que es mas facil abusar para seducirle.

La historia nos le pinta ya como un anciano, á quien se puede engañar sin temor, ya como un niño, á quien es menester divertir continuamente; desplegando algunas veces las luces y sentimientos de las almas grandes; amando con exceso los placeres y la libertad, el descanso y la gloria; embriagándose con los elogios que recibe; aplaudiendo las reprensiones que merece; bastante inteligente para conocer á las primeras palabras los proyectos que se le comunican; poco detenido para escuchar los pormenores y prever las consecuencias; haciendo temblar á sus magistrados en el momento mismo en que perdona á sus enemigos; pasando con la rapidez del relámpago del furor á la piedad, del desaliento á la insolencia, de la injusticia al arrepentimiento; instable sobre todo, y frívolo hasta el punto que en los asuntos mas graves, y algunas veces en los mas desesperados, una palabra dicha por casualidad, un chiste, el menor objeto, el mas leve accidente, con tal que sea imprevisto, basta para distraerle de sus temores, y desviarle de su interes.

Así es que una vez se vió á casi toda la asamblea levantarse, y correr tras un pajarillo que Alcibiades, joven todavía, y que hablaba por la

vez primera en público, dejó por descuido escapar de su seno.

Así es tambien, que por el mismo tiempo el orador Cleon, habiendo llegado á ser el ídolo de los Atenienses, que no le estimaban, se burlaba impunemente del favor que habia adquirido. Estaban ya juntos, aguardándole con impaciencia, cuando por fin vino á suplicarles dejasen la deliberacion para otro dia; porque debiendo dar un banquete á unos extrangeros amigos, no tenia tiempo para ocuparse en asuntos de Estado. El pueblo se levantó, palmoteó, y el orador ganó con esto mayor crédito.

Yo mismo le he visto un dia muy inquieto por las hostilidades que acababa de cometer Filipo, y parecian anunciar un rompimiento próximo. En el tiempo en que los ánimos estaban mas agitados, se presentó en la tribuna un hombrecillo contrahecho, llamado Leon, embajador de Bizancio, el cual reunia á la ridícula figura aquel buen humor, y aquella serenidad que gustan tanto á los Atenienses. Al verle comenzaron á dar tales carcajadas, que Leon no podia lograr un momento de silencio. « ¿Pues « qué seria, » dijo él, « si vieseis á mi muger? « Apenas me llega á las rodillas; y sin embargo, « aunque tan chicos, no cabemos en Bizancio « cuando reñimos. » Este chiste tuvo tan buena acogida, que los Atenienses concedieron in-

mediatamente los socorros que venia á pedir.

Ultimamente, se les ha visto leer en su presencia las cartas interceptadas á Filipo; llenarse de indignacion, y á pesar de esto ordenar que se respetasen las que este príncipe escribia á su esposa, y que se le enviasen sin abrirlas.

Así como es facil conocer é inflamar las pasiones y los gustos de semejante pueblo, lo es tambien ganar su confianza, y no menos el perderla; pero mientras uno la tiene, puede decir lo que quiera, emprenderlo todo, impelerle al bien ó al mal con igual ardor por su parte. En el tiempo que era gobernado por hombres firmes y virtuosos, no daba las magistraturas, las embajadas, el mando de los ejércitos, sino á los talentos reunidos á las virtudes. En nuestros dias ha hecho elecciones, de que deberia avergonzarse; pero esto es culpa de los aduladores que le dirigen; aduladores tan peligrosos como los de los tiranos, y que nada les da rubor sino su desgracia.

Estando el senado en la dependencia del pueblo, y entregándose este sin reserva á gefes que le descaminan, si alguna cosa hay que pueda conservar la democracia, no es otra que los odios particulares, y la facilidad que hay en perseguir á un orador que abusa de su crédito. Se le acusa de haber traspasado las leyes; y como esta acusacion puede ser relativa á su per-

sona, ó á la naturaleza de su decreto, de aquí nacen dos especies de acusaciones, á que está continuamente expuesto.

La primera tiene por objeto el desacreditarle entre sus conciudadanos. Si ha recibido presentes por hacer traicion á su patria; si su vida está manchada con alguna nota de infamia, y sobre todo con los delitos de que hemos hablado mas arriba, de los cuales debe estar exento para cumplir con las funciones de su ministerio, entonces es permitido á todo particular intentar contra él una acusacion ó accion pública. Esta accion, que toma diferentes nombres, segun la naturaleza del delito, se intenta ante el magistrado que conoce en primera instancia del crimen de que se trata. Si la falta es leve, le condena á una multa corta; pero si es de gravedad, lo remite á un tribunal superior; y si es probada, el acusado convicto sufre, entre otras penas, la de no volver á subir á la tribuna.

Los oradores, á quienes una vida irreprensible pone al abrigo de esta primera acusacion, no deben por eso temer menos la segunda, que se llama acusacion por causa de ilegalidad.

Entre la multitud de decretos que se ven salir de cuando en cuando con la sancion del senado y del pueblo, se hallan algunos que siendo manifiestamente opuestos al bien del Estado, importa no dejarlos subsistir. Pero como han

emanado de la potestad legislativa, parece que ningun tribunal, ninguna autoridad tiene derecho de anularlos, ni aun el pueblo mismo debe emprenderlo; porque los oradores que han sorprendido antes su rectitud, la volverian á sorprender. ¿Pues qué recurso tendrá la república? una ley, extraña á primera vista, pero admirable y tan esencial, que no se podria suprimir, ó dejar de usar de ella, sin destruir la democracia: tal es la que autoriza á todo ciudadano á reclamar un juicio de toda la nacion, cuando se halla en estado de manifestar que el decreto es contrario á las leyes anteriormente establecidas.

En tales circunstancias, el soberano invisible y las leyes vienen á protestar altamente contra el juicio nacional, que las ha violado, la acusacion se hace á nombre de las leyes, y se hace ante el tribunal, depositario principal, y vengador de las leyes; y los jueces, anulando el decreto, no hacen sino declarar que la autoridad del pueblo se halla, contra sus intenciones, en oposicion con la de las leyes; ó por decir mejor, mantienen su voluntad antigua y permanente contra la actual y pasagera.

Esta reclamacion de las leyes suspende la fuerza y actividad que el pueblo habia dado al decreto; y no pudiendo el pueblo ser citado en justicia, no puede darse accion sino contra el

orador que propuso el decreto, y en efecto contra él se dirige la acusacion por causa de ilegalidad; llevando por principio, que habiéndose metido en la administracion, sin ser obligado á ello, se ha expuesto á la alternativa de ser honrado cuando acierta, y castigado cuando yerra.

La causa se ventila desde luego ante el primero de los arcontes, ó ante los seis últimos: despues de las informaciones preliminares se presenta al tribunal de los heliastas, ordinariamente compuesto de quinientos jueces, algunas veces de mil, de mil y quinientos, y aun dos mil: estos mismos magistrados son los que, conforme á la naturaleza del delito, fijan el número, que en algunas ocasiones asciende á seis mil.

Se puede hacer oposicion al decreto, cuando todavía no tiene mas aprobacion que la del senado, y se puede esperar á que lo haya confirmado el pueblo. Tómese el partido que se quiera, es preciso que la acusacion se haga dentro del año, para que el orador sea castigado; pues pasado este tiempo, no es responsable de su decreto.

Despues que el acusador ha producido los medios de acusacion, y el acusado los de defensa, se recogen los votos. Si el primero no tiene á su favor la quincuagésima parte de ellos, tiene que pagar al tesoro público quinientas drac-

mas *, y queda terminado el asunto; si sucumbe el segundo, puede pedir que se modere la pena; pero no evita ó el destierro, ó la inhabilitacion, ó grandes multas. Aquí como en algunas otras especies de causas, se divide en tres partes el tiempo de los pleitos y del juicio: una para el demandante, otra para el defensor, y la tercera, cuando hay lugar á ella, para determinar la pena.

No hay orador que no se estremezca á vista de esta acusacion, ni resortes que no emplee para prevenir sus consecuencias: súplicas, lágrimas, desaliño en lo exterior, proteccion de los gefes militares, los rodeos de la elocuencia, todo lo usan los acusados y sus amigos.

Estos medios surten muy buen efecto; y hemos visto al orador Aristofon alabarse de haber tenido contra sí setenta y cinco acusaciones de esta clase, y haber triunfado de todas. Sin embargo, como cada orador hace aprobar muchos decretos durante el tiempo de su administracion; como le es esencial multiplicarlos para mantener su crédito; como está cercado de enemigos, á quienes la envidia hace perspicaces; como es facil hallar, ó por consecuencias remotas, ó por interpretaciones violentas, alguna oposicion entre sus dictámenes, su con-

* Cuatro cientas cincuenta libras (1,676 rs. vn.).

ducta y la multitud de leyes que rigen, es casi imposible que tarde ó temprano no llegue á ser víctima de las acusaciones que continuamente le amenazan.

He dicho que las leyes de Atenas son muchas. Ademas de las de Dracon, que en parte subsisten, y las de Solon, que sirven de basa al derecho civil, se han introducido otras muchas nacidas de las circunstancias, ó hechas adoptar por el crédito de los oradores.

En todo gobierno deberia ser difícil suprimir una ley antigua, y establecer otra nueva; dificultad que deberia ser mayor en un pueblo, que siendo á un mismo tiempo súbdito y soberano, está siempre dispuesto á suavizar ó á sacudir el yugo que él mismo se impone. De tal manera habia Solon atado las manos al poder legislativo, que no podia tocar á los fundamentos de su legislacion, sino con grandes precauciones.

Un particular que propone la abrogacion de una ley, debe al mismo tiempo sustituirle otra: ambas las presenta al senado, quien despues de examinarlas con cuidado, ó desaprueba la mudanza proyectada, ú ordena que sus oficiales den cuenta al pueblo en la asamblea general, destinada entre otras cosas al examen y revision de las leyes que están en vigor, que es la que se celebra el dia once del primer mes del año. Si en efecto parece que la ley debe ser revoca-

da, los pritanos pasan el negocio á la asamblea, que se celebra por lo comun diez y nueve dias despues, y se nombran de antemano cinco oradores que deben defender en ella la ley que se quiere anular. En este intermedio se fija todos los dias esta ley, y la que debe reemplazarla, en las estatuas que están á vista de todo el mundo. Cada particular compara despacio las ventajas é inconvenientes de la una con los de la otra, lo cual es la materia de las conversaciones; y de esta suerte el voto público se forma par grados, y se declara abiertamente en la asamblea indicada.

Sin embargo nada puede la asamblea decidir todavía. Se nombran comisarios, algunas veces hasta mil y uno, con el nombre de legisladores, que todos deben haber tenido plaza entre los heliastas, y forman un tribunal, ante el cual comparecen el que hace la demanda contra la ley antigua, y los que la defienden. Los comisarios tienen facultad de abrogarla, sin recurrir nuevamente al pueblo: examinan despues si la ley nueva es conveniente á las circunstancias, relativa á todos los ciudadanos, y conforme á las demas leyes; y despues de estos preliminares la confirman por sí mismos, ó la presentan al pueblo, quien le pone, con sus votos, el sello de la autoridad. El orador que ha ocasionado esta mudanza, puede ser citado en justicia, no

por haber hecho suprimir una ley ya inutil, sino par haber introducido otra que puede ser perjudicial.

Todas las leyes nuevas deben ser propuestas y examinadas de esta misma manera. Sin embargo, á pesar de todas las formalidades de que acabo de hablar, y á pesar de la obligacion en que están ciertos magistrados de hacer todos los años una exacta revision de las leyes, insensiblemente se ha introducido en el código un número tan grande de ellas, contradictorias y oscuras, que en estos últimos tiempos ha sido necesario establecer una comision particular para entresacarlas; pero su trabajo nada ha producido hasta ahora.

Es un gran bien que la naturaleza de la democracia haya hecho necesarias las demoras y exámenes en materia de legislacion; pero es un grande mal el exigirlas en muchas ocasiones que piden la mayor prontitud. En una monarquía no se necesita mas que un momento para saber y ejecutar la voluntad del soberano: aquí es preciso consultar primeramente al senado; despues convocar la asamblea del pueblo; luego que se instruya, que delibere, y que resuelva. La ejecucion lleva consigo todavía mayores lentitudes; y todas estas causas juntas retardan tanto el curso de los negocios, que el pueblo se ve algunas veces obligado á dejar la

decision al senado; cuyo sacrificio le es penoso, porque teme que reviva una faccion que le despojó en otro tiempo de su autoridad: tal es la de los partidarios de la aristocracia. Todos ellos están abatidos en el dia; pero por lo mismo mostrarian mas ardor en destruir un poder que los agobia y humilla. El pueblo los aborrece mas, por cuanto los confunde con los tiranos.

Hasta aquí hemos considerado el senado y el pueblo como únicamente ocupados en el objeto grande del gobierno; pero hay que considerarlos tambien como dos especies de tribunales de justicia, adonde se presentan las denuncias de ciertos delitos; y lo que puede sorprender es, que si se exceptuan algunas cortas multas que impone el senado, las demas causas, despues del juicio del senado ó del pueblo, ó de los dos, uno despues de otro, son, ó deben ser, remitidas á un tribunal que juzga definitivamente. He visto á un ciudadano, acusado de retener rentas públicas, condenado primero por el senado, despues por los votos del pueblo, empatados durante un dia entero; y en fin por dos tribunales, que juntos formaban el número de mil y un jueces.

Se ha creido con razon que el poder ejecutivo, separado del legislativo, no debia ser un vil instrumento de este; pero no debo disimular

que en tiempos de turbulencias y de corrupcion esta ley sábia se ha violado mas de una vez, y ha habido oradores que han empeñado al pueblo, á quien dirigian, á que se reservase ciertas causas, para privar de recurrir á los tribunales ordinarios á aquellos acusados á quienes querian perder *.

* Apoyo este hecho en el testimonio de Aristóteles, (*De Rep.*, lib. IV. cap. IV. pág. 369,) que por prudencia no nombra la república de Atenas; pero es patente que la designa en este lugar.

CAPITULO XV.

DE LOS MAGISTRADOS DE ATENAS.

En el violente choque de pasiones y deberes, que se manifiestan en todas partes donde hay hombres, y mas cuando son libres, y se creen independientes, es preciso que la autoridad, siempre armada para desterrar la licencia, vele sin cesar para descubrir sus pasos; y como no siempre puede obrar por sí misma, se hace forzoso que muchas magistraturas la hagan presente y temible á un mismo tiempo en todos los lugares.

Júntase el pueblo en los cuatro dias últimos del año para nombrar magistrados; y aunque por la ley de Arístides puede conferir magistraturas al menor de los Atenienses, casi siempre concede á los ciudadanos mas distinguidos, las que pueden influir en la salud del Estado. Declara sus voluntades ó por votos ó por suerte.

Son muchas las plazas que entonces confiere. Los que las obtienen, deben sufrir un examen ante el tribunal de los heliastas; y como si esta prueba no fuese suficiente, se pregunta al pueblo en la primera asamblea de cada mes, ó pritania, si tiene alguna queja que dar contra sus magistrados. A las menores acusaciones, los gefes de la asamblea recogen los votos; y si son contrarios al acusado, se le destituye, y se le presenta ante un tribunal de justicia, que pronuncia definitivamente.

La primera y mas importante magistratura es la de los arcontes, que son nueve ciudadanos principales, encargados no solamente de la policía, sino tambien de oir en primera instancia las denuncias públicas, y las quejas de los ciudadanos oprimidos.

Dos exámenes sufridos, uno en el senado, y otro en el tribunal de los heliastas, deben preceder ó seguirse inmediatamente á su nombramiento. Entre otras condiciones se exige que sean

hijos ó nietos de ciudadanos, que hayan respetado siempre á sus padres, y que hayan militado por la patria. Despues juran mantener las leyes, y no admitir presentes; cuyo juramento hacen sobre los originales de las leyes, que se conservan con un respeto religioso. Otro motivo hay que deberia hacer este juramento mas inviolable; y es que cuando espira su empleo, tienen esperanza de ser recibidos en el senado del areopago, despues de otro examen, lo cual es el grado mas alto de fortuna para un alma virtuosa.

Su persona, como la de todos los magistrados, debe ser sagrada. Cualquiera que los insultase de obra ó de palabra, cuando tienen sobre la cabeza una corona de mirto, símbolo de su dignidad, seria privado de la mayor parte de los privilegios de ciudadano, ó condenado á pagar una multa; pero tambien es necesario que se grangeen por su conducta el respeto que se concede á su dignidad.

Cada uno de los tres primeros arcontes tiene un tribunal particular, donde juzga acompañado de dos asesores que él mismo elige. Los seis últimos, llamados tesmotetas, no forman mas que una misma y única jurisdiccion. A estos diversos tribunales están cometidas diversas causas.

Los arcontes tienen el derecho de elegir por suerte los jueces de los tribunales superiores. Tienen funciones y prerogativas que les son co-

munes, y otras que son privativas de uno solo. Por ejemplo, el primero, que se llama eponimo porque se pone su nombre á la cabeza de los actos y decretos que se expiden durante el año de su ejercicio, debe cuidar especialmente de las viudas y pupilos; el segundo, ó el rey, alejar de los misterios y de las ceremonias religiosas á los que están culpados de homicidio; el tercero, ó el polemarco, ejercer una especie de jurisdiccion sobre los extrangeros avecindados en Atenas. Todos tres presiden separadamente á ciertas fiestas y juegos solemnes. Los seis últimos señalan los dias en que han de juntarse los tribunales superiores; rondan de noche para mantener en la ciudad el sosiego y buen orden, y presiden la eleccion de varias magistraturas subalternas.

Despues de la eleccion de los arcontes se hace la de los estrategas ó generales del ejército; de los hiparcos ó generales de caballería; de los empleados encargados de la recaudacion y custodia de las rentas públicas; de los que cuidan del abasto de la ciudad; de los que han de conservar los caminos; y de otros muchos cuyas funciones son menos importantes.

Algunas veces las tribus, juntas en virtud de un decreto del pueblo, eligen inspectores y tesoreros para reparar las obras públicas que amenazan ruina. Los magistrados de casi todos estos departamentos son diez; y como este gobierno

camina naturalmente á la igualdad, se saca uno de cada tribu.

Uno de los establecimientos mas útiles en este género es un tribunal de cuentas, que se renueva cada año en la junta general del pueblo, y se compone de diez oficiales. Los arcontes, los miembros del senado, los comandantes de las galeras, los embajadores, los areopagitas, hasta los ministros del altar, en una palabra, todos cuantos han tenido alguna comision relativa á la administracion, deben presentarse allí, unos cuando cesan en sus empleos, otros en tiempos señalados; estos para dar cuenta de las sumas que han recibido, aquellos para justificar sus operaciones, y otros en fin para manifestar únicamente que nada tienen que temer de la censura.

Los que no quieren comparecer, no pueden ni testar, ni expatriarse, ni ocupar una nueva magistratura, ni recibir del público la corona que decreta á los que le sirven con celo, fuera de que pueden tambien ser delatados al senado ú á otros tribunales, que los marcan con las notas de infamia, aun mas temibles.

En saliendo de su empleo, es permitido á todo ciudadano demandarlos en justicia. Si la acusacion se versa sobre peculado, toma conocimiento de ella el tribunal de cuentas; y si es tocante á otros crímenes, se remite la causa á los tribunales ordinarios.

CAPITULO XVI.

DE LOS TRIBUNALES DE JUSTICIA DE ATENAS.

El derecho de proteger la inocencia no se adquiere aquí por el nacimiento ó las riquezas, sino que es un privilegio de todo ciudadano. Así como todos pueden asistir á la junta de la nacion, y decidir de los intereses del Estado, así tambien pueden dar sus votos en los tribunales de justicia, y arreglar los intereses de los particulares. La calidad de juez no viene pues á ser ni un cargo, ni una magistratura, sino una comision pasagera, respetable por su ob-

jeto, pero envilecida por los motivos que determinan á la mayor parte de los Atenienses á desempeñarla. El cebo de la ganancia los hace asiduos á los tribunales, como á la asamblea general. Se dan á cada uno tres óbolos* por cada sesion; y esta leve retribucion forma para el Estado una carga de cerca de ciento y cincuenta talentos**; porque el número de estos jueces es inmenso, y asciende á unos seis mil.

El ateniense que pasa de los treinta años, que ha vivido sin nota, y no es deudor al tesoro público, tiene las calidades necesarias para ejercer las funciones de justicia. La suerte decide todos los años cual es el tribunal á que deben asistir.

Tal es el medio de proveer las plazas de los tribunales, entre los cuales se cuentan diez principales; cuatro para los homicidios, y seis para las otras causas, tanto criminales como civiles. Uno de los primeros conoce del homicidio involuntario; el segundo del cometido en caso de

* Nueve sueldos (1 rl. vn. y 23 mrs).

** Ochocientas diez mil libras: (mas de tres millones de reales vn.) Ved aquí el cálculo del Escoliador de Aristófanes. Dos meses estaban dedicados á las fiestas. Los tribunales pues no estaban abiertos sino por diez meses, ó trescientos dias. Cada dia se gastaban diez y ocho mil óbolos, esto es, tres mil dracmas, ó medio talento, y por consiguiente quince talentos al mes, ó ciento y cincuenta al año. Samuel Petit se opone á este cálculo.

una justa defensa; el tercero del cometido por el que, desterrado antes de su patria por el mismo delito, no hubiese cumplido el decreto que le desterraba; el cuarto, en fin, de la muerte ocasionada por la caida de una piedra, de un arbol, ó por otros accidentes de la misma naturaleza. En el capítulo siguiente se verá que el areopago conoce del homicidio premeditado.

Tantas jurisdicciones para un mismo delito no prueban que sea actualmente mas comun aquí que en otras partes, sino solamente que se instituyeron en los siglos en que no se conocia otro derecho que la fuerza; y en efecto, todas son de los tiempos heroicos. Se ignora el origen de los demas tribunales; pero sin duda h debido establecerse á proporcion que, perfeccionándose las sociedades, ha tomado la astucia el lugar de la violencia.

Estos diez tribunales soberanos, la mayor parte de ellos compuestos de quinientos jueces, y algunos de mas, no tienen por sí mismos actividad alguna, y los ponen en movimiento los nueve arcontes. Cada uno de estos magistrados lleva á él las causas, cuyo conocimiento ha tomado, y preside interin se ventilan.

No pudiendo concurrir sus asambleas con las del pueblo, porque unas y otras se componen casi de los mismos individuos, toca á los arcontes señalar el tiempo de las primeras; y

ademas les pertenece elegir por suerte los jueces que deben asistir á estos diferentes tribunales.

El mas célebre de todos es el de los heliastas, adonde se presentan todas las causas graves que interesan al Estado ó á los particulares. Hemos dicho arriba que ordinariamente se compone de quinientos jueces, y que hay ocasiones en que los magistrados ordenan á los demas tribunales el que se reunan al de los heliastas, de manera que el número de jueces sube en ocasiones á seis mil.

Prometen bajo juramento juzgar conforme á las leyes y decretos del senado y del pueblo; no recibir dádivas; oir igualmente á las dos partes; oponerse con todo su esfuerzo á los que hiciesen la menor tentativa contra la forma actual de gobierno. Concluyese este juramento con imprecaciones terribles contra sí mismos y contra sus familias, despues de añadir en él otras muchas cosas menos esenciales.

Si yo quisiera en este capítulo y en los siguientes seguir los detalles de la jurisprudencia ateniense, me perderia en senderos oscuros y penosos; pero á lo menos debo hablar de un establecimiento que me ha parecido favorable á los litigantes de buena fe. Cuarenta ministros subalternos recorren todos los años los lugares de la Atica, y tienen en ellos sus juzgados, estatuyen sobre ciertos actos de violencia, ter-

minan los pleitos en que solo se trata de una corta suma, como de diez dracmas* á lo mas, y remiten á árbitros las causas de mayor consideracion.

Estos árbitros son hombres de buena fama, y de edad de unos sesenta años, elegidos por suerte al fin del año, y sacados de cada tribu. Componen el número de cuarenta y cuatro.

Las partes que no quieren exponerse á sufrir las lentitudes de la justicia ordinaria, ni á depositar una cantidad de dinero antes del juicio, ni á pagar la multa señalada contra el acusador vencido, pueden poner sus intereses en manos de uno ó de muchos árbitros, que ellas mismas nombran, ó saca por suerte el arconte en su presencia. Cuando los nombran las mismas partes, hacen juramento de estar á su decision, y no pueden apelar: si los han recibido por suerte, les queda la via de la apelacion; y los árbitros, puestas las declaraciones de los testigos y todas las piezas del proceso en una caja que cuidan sellar, las remiten al arconte, quien envia la causa á uno de los tribunales superiores.

Si á solicitacion de una parte envia el arconte el negocio á árbitros sorteados, tiene la otra parte derecho, ó de reclamar contra la incom-

* Nueve libras (33 rs. vn. y 18 mrs.).

petencia del tribunal, ó de alegar otras excepciones.

Como los árbitros pudieran hallarse en el caso de tener que condenar parientes ó amigos, y caer en la tentacion de dar una sentencia injusta, se les ha proporcionado medios de remitir la causa á uno de los tribunales soberanos. Pudiendo tambien dejarse corromper con dádivas, ó ceder á prevenciones particulares, la parte agraviada tiene derecho de acusarlos al fin del año ante un tribunal, y obligarlos á justificar su sentencia; y como el temor de este examen podria retraerlos de cumplir sus funciones, la ley infama á todo árbitro sorteado, que no acepta su ministerio.

La primera vez que oí hablar del juramento, no le creí necesario sino en las naciones bárbaras, á las cuales costaria menos la mentira que el perjurio. Sin embargo he visto entre los Atenienses exigirle á los magistrados, á los senadores, á los jueces, á los oradores, á los testigos, al acusador tan interesado en violarle, al acusado á quien se le pone en la necesidad de faltar ó á su religion ó á sí mismo. Pero he visto tambien que esta ceremonia augusta no era ya mas que una formalidad injuriosa á los dioses, inutil á la sociedad, y ofensiva á los que se obligan á sujetarse á ella. Llamado un dia para testigo el filósofo Xenócrates, hizo su de-

claracion, y se acercó al altar para confirmarla. Avergonzáronse los jueces, y oponiéndose todos á que hiciese el juramento, tributaron homenage á la probidad de un testigo tan respetable. ¿Pues qué idea tenian de los demas?

Los habitantes de las islas y de las ciudades sometidas á la república están obligados á llevar sus negocios á los tribunales de Atenas, para ser juzgados en último recurso. El Estado se utiliza de los derechos que pagan al entrar en el puerto, y de los gastos que hacen en la ciudad. Hay otro motivo que los priva de la ventaja de terminar en sus pueblos sus diferencias. Si tuvieran jurisdicciones supremas, no tendrian que solicitar mas que proteccion de sus gobernadores, y en una multitud de ocasiones podrian oprimir á los partidarios de la democracia; en lugar de que, atrayéndolos aquí, se les obliga á abatirse ante este pueblo que los espera en los tribunales, y está demasiadamente propenso á medir la justicia que les hace, por los grados de afecto que profesan á su autoridad.

CAPITULO XVII.

DEL AREOPAGO.

El senado del areopago es el mas antiguo, y sin embargo es el mas íntegro de todos los tribunales de Atenas. Júntase algunas veces en el pórtico del Rey; mas por lo comun sobre una colina poco distante de la ciudadela, en una especie de sala, puesta al abrigo de las inclemencias del aire, solamente por un techo rústico.

Las plazas de senadores son de por vida: su número es ilimitado. Son admitidos en él los

arcontes despues del año de su ejercicio; pero han de manifestar, en un examen solemne, que han cumplido las obligaciones de su empleo con tanto celo, como fidelidad. Si hay algunos tan diestros ó tan poderosos, que puedan en este examen evadir ó evitar la severidad de los censores, siendo ya areopagitas, no pueden resistir á la autoridad del ejemplo, y se ven precisados á parecer virtuosos, al modo que en ciertos cuerpos militares se ve todo individuo obligado á mostrar valor.

La reputacion de que goza tantos siglos hace este tribunal, se funda en títulos que la trasmitirán á los siglos venideros. La inocencia, obligada á comparecer ante él, se acerca sin miedo, y los culpados convencidos y condenados se retiran sin osar quejarse.

Vela sobre la conducta de sus miembros, y los juzga sin parcialidad, á veces por faltas ligeras. Un senador fué castigado por haber ahogado un pajarito que despavorido se habia refugiado en su seno: y esto fué advertirle que un corazon desapiadado no debe disponer de la vida de los ciudadanos. Así las decisiones de este tribunal se tienen por reglas no solamente de sabiduría, sino tambien de humanidad. He visto llevar á su presencia una muger acusada de envenenadora, la cual habia querido ganarse la aficion de un hombre á quien adoraba, con una

bebida, que le mató, y la enviaron libre, porque era mas desgraciada que delincuente *.

Las demas juntas obtienen del pueblo, en premio de sus servicios, una corona y otras señales de distincion. Esta de que hablo, ni las pide, ni debe solicitarlas, y nada le distingue tanto, como no tener necesidad de distinciones. Cuando se comenzaron á representar comedias, fué permitido á todos los Atenienses ejercitarse en este género de literatura; solamente fueron exceptuados los miembros del areopago. ¿Y cómo unos hombres tan graves en su porte, y tan austeros en sus costumbres, podrian emplearse en las frivolidades de la sociedad?

Su primer origen se atribuye al tiempo de Cécrope; pero debe otro mas brillante á Solon, que le dió el encargo de velar sobre las costumbres. Desde entonces conoció de todos los delitos, de todos los vicios y de todos los abusos. El homicidio voluntario, el emponzoñamiento, el

* Al hecho que cito en el texto, se puede añadir otro que pasó mucho despues, en un siglo en que Atenas habia perdido toda su gloria, y el areopago conservaba la suya. Una muger de Sicione, irritada de que su segundo marido, y un hijo que tenia de él, hubiesen quitado la vida á otro hijo de grandes esperanzas que ella habia tenido del primer matrimonio, trató de darles veneno. Citada ante muchos tribunales, ninguno se atrevió á condenarla ni absolverla. Llevóse la causa al areopago y despues de un largo examen, ordenó á las partes que volviesen á comparecer dentro de cien años.

robo, los incendios, el libertinage, las novedades, sea en el sistema religioso, sea en la administracion pública, excitaron alternativamente su vigilancia. Penetrando en lo interior de las casas, podia condenar como peligroso á todo ciudadano inutil, y como criminal todo gasto que no fuese proporcionado á sus medios. Como usaba de la mayor firmeza en castigar los crímenes, y de la mayor circunspeccion en reformar las costumbres; como no echaba mano de los castigos, sino despues de haber empleado los avisos y amenazas, se hizo amar ejerciendo el mas absoluto poder.

La educacion de la juventud fué el primer objeto de sus cuidados. Mostraba á los hijos de los ciudadanos la carrera que tenian que andar, y les daba guias que los condujesen. Viósele muchas veces aumentar con sus liberalidades la emulacion de las tropas, y dar recompensas á los particulares que cumplian en la oscuridad los deberes de su estado. Durante la guerra de los Persas puso tanto celo y cuidado en mantener las leyes, que dió mayor energía al gobierno.

Esta institucion, demasiado buena para durar mucho tiempo, no llegó á un siglo. Pericles emprendió debilitar una autoridad que daba sujecion á la suya. Por su desgracia lo logró, y desde aquel momento no hubo ya censores en el Estado, ó por mejor decir, lo llegaron á ser

todos los ciudadanos. Multiplicáronse las delaciones, y recibieron las costumbres un golpe fatal.

El areopago no ejerce ahora una jurisdiccion propiamente tal, sino sobre heridas, homicidios premeditados, incendios, venenos, y algunos delitos menos graves.

Cuando se trata de una muerte violenta, el segundo arconte hace la informacion, la lleva al areopago, se sienta con los jueces, y falla con ellos las penas que prescriben las leyes grabadas en una columna.

Si se trata de un crimen que interesa al Estado ó á la religion, se limita su poder á instruir el proceso. Unas veces toma los informes por sí mismo; otras el pueblo junto le encomienda este cuidado. Terminado el proceso, se lee al pueblo sin cerrarle. Entonces el acusado puede producir nuevos medios de defensa, y el pueblo nombra oradores que pidan contra el acusado ante uno de los tribunales superiores.

Los juicios del areopago son precedidos de ceremonias espantosas. Puestas las partes en medio de los restos sanguinosos de las víctimas, hacen un juramento, y le confirman con imprecaciones terribles contra sí mismas y contra sus familias. Toman por testigos á las temibles Euménides, las que en un templo inmediato, donde son veneradas, parecen oir sus votos, y disponerse para castigar á los perjuros.

Despues de estos preliminares se ventila la causa. Solo la verdad tiene derecho para presentarse aquí á los jueces. Temen estos la elocuencia, tanto como la mentira. Los abogados deben desterrar rigurosamente de sus discursos los exordios, las peroraciones, las digresiones y adornos del estilo, y hasta el tono del sentimiento: este tono que inflama tanto la imaginacion de los hombres, y que tanto poder tiene sobre las almas compasivas. En vano se pintaria la pasion en los gestos y en los ojos del orador; pues el areopago tiene casi siempre de noche sus sesiones.

Aclarada suficientemente la cuestion, ponen los jueces secretamente sus votos en dos urnas, una de las cuales se llama la de la muerte, y otra la de la misericordia. En caso de empate, un oficial subalterno añade en favor del acusado el voto de Minerva, que se llama así, porque, segun una tradicion antigua, asistiendo esta diosa en el mismo tribunal al juicio de Orestes, dió su voto para desempatar á los jueces.

En las ocasiones importantes, en que el pueblo, animado por sus oradores, está á punto de tomar un partido contrario al bien del Estado, suelen los areopagitas presentarse á la junta, y calmar los ánimos, ya con sus luces, ya con sus súplicas. El pueblo que nada tiene ya que temer de su autoridad, y respeta todavía su sabiduría,

les deja algunas veces la libertad de rever sus propios juicios. Los hechos que voy á referir, han pasado en mi tiempo.

Un ciudadano, desterrado de Atenas, se atrevió á volver. Acusado ante el pueblo, creyó este que debia absolverle por la persuasion de un orador acreditado; pero habiendo el areopago tomado conocimiento de este asunto, ordenó que se prendiese al reo, volvió á ponerle de nuevo ante el pueblo, y le hizo condenar.

Tratándose de nombrar diputados para la asamblea de los anfictiones, entre los que el pueblo habia elegido, estaba el orador Esquines, cuya conducta habia dejado algunas sospechas en los ánimos. El areopago, á quien no hacia impresion el talento sin la probidad, informó de la conducta de Esquines, y fué de dictamen que el orador Hipérides le parecia mas digno de una comision tan honrosa.

Es de admirar que el areopago, despojado de casi todas sus funciones, no haya perdido ni su reputacion, ni su integridad; y que aun en medio de su desgracia se lleve tras sí los homenages del público. Citaré otro ejemplo de ello, de que fuí testigo.

Habia ido el areopago á la asamblea general para decir su parecer sobre el proyecto de un ciudadano llamado Timarco, proscripto despues por la corrupcion de sus costumbres. Autólico

llevaba la voz á nombre de su cuerpo. Este senador, criado en la simplicidad de los tiempos antiguos, ignoraba el abuso indigno que se hace hoy de los términos mas usados en la conversacion. Se le escapó una palabra, que tomada en otro sentido que el natural, podia aludir á la vida licenciosa de Timarco. Aplaudieron con entusiasmo los asistentes, y Autólico manifestó mas severidad en su semblante. Pasado un momento de silencio, quiso continuar; pero el pueblo, dando á las expresiones mas inocentes una interpretacion maliciosa, no cesaba de interrumpirle con un rumor confuso y risas desentonadas. Entonces se levantó un ciudadano distinguido, y dijo á voces: « ¿Atenienses, no os avergonzais « de abandonaros á tales excesos en presencia « de los areopagitas? » El pueblo respondió: que sabia el respeto debido á la magestad de este tribunal; pero que habia ocasiones en que era imposible contenerse en los límites del respeto. ¡Qué virtudes no eran necesarias para arraigar y mantener en los ánimos tan alta opinion! ¡Y qué bienes no hubiera producido si se la hubiera sabido manejar!

CAPITULO XVIII.

DE LAS ACUSACIONES Y FORMAS JUDICIALES DE LOS ATENIENSES.

Las causas que tocan á los tribunales de justicia, tienen por objeto los delitos que interesan ó al Estado, ó á los particulares. Si se trata de los primeros, todo ciudadano puede ser acusador. Por lo que hace á los segundos, solo la persona agraviada tiene este derecho. En los primeros se sentencia por lo comun á muerte: en los segundos no se trata mas que de indemnizaciones y satisfacciones pecuniarias.

En la democracia, mas que en todo otro go-

bierno, el daño que se hace al Estado, se mira como personal de cada ciudadano; y la violencia contra un particular es un crimen contra el Estado. Aquí no se contentan con atacar públicamente á los traidores á la patria, á los impíos, sacrílegos é incendiarios; sino que se puede perseguir igualmente al general que no ha hecho lo que debia; al soldado que huye del alistamiento, ó deserta; al embajador, al magistrado, al juez, al orador, que han prevaricado con su oficio; al particular que se ha entrometido en la clase de ciudadano sin las calidades requeridas, ó en la administracion á pesar de los motivos que le excluian; al que soborna á sus jueces, pervierte la juventud, guarda el celibato, maquina contra la vida ú honor de un ciudadano; en fin todas las acciones que tienen por objeto especial el destruir la naturaleza del gobierno, ó la seguridad de los ciudadanos.

Las contestaciones suscitadas con motivo de una herencia, de un depósito violado, de una deuda incierta, de un daño recibido en la hacienda, y otras muchas que no tocan directamente al Estado, son materia de procesos entre los interesados.

Las formas judiciales varian en algunos puntos, tanto por la diferencia de tribunales, cuanto por la de los delitos. No me detendré mas que en las formalidades esenciales.

Las acusaciones públicas se hacen algunas veces ante el senado ó el pueblo, que despues de un primer juicio cuida de remitirlas á uno de los tribunales superiores; mas por lo comun se dirige el acusador á uno de los magistrados principales, que le hace sufrir un interrogatorio, y le pregunta si ha reflexionado bien lo que va á hacer; si está en disposicion de probar; si no le seria mas ventajoso tener nuevas pruebas; si tiene testigos; si quiere que se le proporcionen. Al mismo tiempo le advierte que debe obligarse con juramento á seguir la acusacion, y que queda infamado si quebranta el juramento. Despues le indica el tribunal, y hace comparecer al acusador segunda vez en su presencia; le reitera las mismas preguntas; y si este último persiste, queda fijada la denuncia hasta que los jueces pidan la causa.

Entonces el acusado pone sus excepciones sacadas ó de un juicio anterior, ó de una larga prescripcion, ó de la incompetencia del tribunal. Puede obtener demoras, intentar una accion contra su contrario, y hacer suspender por algun tiempo el juicio que teme.

Despues de estos preliminares, que no siempre tienen lugar, hacen las partes juramento de decir verdad, y comienzan ellàs mismas á ventilar la causa; y para aclararla, no se les concede mas que cierto tiempo que se mide por gotas de

agua que cae de un vaso. Los mas no dicen sino lo que les han dictado secretamente bocas elocuentes. Despues de haber hablado, pueden llamar en su socorro á oradores que han merecido su confianza, ó se interesan en su suerte.

Los testigos llamados durante la litis hacen sus declaraciones en voz alta; porque en el orden criminal, como en el civil, es de ley que la instruccion sea pública. El acusador puede pedir que se dé tormento á los esclavos de la parte contraria. ¿Es concebible que se ejecute semejante barbarie con unos hombres, cuya fidelidad no deberia ser tentada, si son adictos á sus amos, y cuyo testimonio debe mirarse como sospechoso, si tienen quejas de ellos? En algunas ocasiones una de las partes presenta por sí misma sus esclavos á esta prueba cruel; y se cree con derecho para hacerlo, porque puede. Algunas veces se niega á la demanda que se le hace, sea porque tema una deposicion arrancada por la fuerza de los tormentos, sea porque da oidos á las voces de la humanidad; mas entonces su detencion da lugar á sospechas violentísimas, mientras la preocupacion mas favorable para las partes, como tambien para los testigos, es cuando ofrecen, en prueba de lo que dicen, hacer juramento sobre la cabeza de sus hijos ó de sus padres.

Observaremos de paso que no se puede orde-

nar el tormento contra un ciudadano, sino en casos extraordinarios.

Cuando se va á dar la sentencia, el magistrado que preside al tribunal distribuye á cada uno de los jueces una bola blanca para absolver, y otra negra para condenar. Un oficial les advierte que solamente se trata de decidir si el acusado es reo ó no, y luego van á echar sus votos en una caja. Si son mas las bolas negras, el gefe de los jueces traza una linea larga en una tablilla encerada que ven todos: si son mas las blancas, la linea es mas corta; y si hay empate, queda absuelto el acusado.

Cuando la pena está especificada por la ley, basta este primer juicio; cuando solamente se indica en el pedimento del acusador, tiene el culpado la libertad de adjudicarse otra pena mas leve; y esta nueva contestacion se termina con un nuevo juicio, á que se procede inmediatamente.

El que habiendo intentado una acusacion no la sigue, ó no logra la quinta parte de votos, es condenado comunmente á una multa de mil dracmas*. Pero como no hay cosa mas facil, ni mas peligrosa, que abusar de la religion, se de-

* Novecientas libras: (3,352 rs. vn,) Esta cantidad era grandísima cuando se hizo la ley.

creta en ciertas ocasiones la pena de muerte contra el hombre que acusa á otro de impiedad, sin poder convencerle.

Las causas particulares siguen en muchos puntos los mismos trámites que las causas públicas, y por lo comun se llevan á los tribunales de los arcontes, quienes unas veces pronuncian la sentencia, de la que se puede apelar; y otras se contentan con tomar informes, y los presentan á los tribunales superiores.

Hay causas que pueden seguirse en lo civil por una acusacion particular, y en lo criminal por una accion pública. Tal es la del insulto hecho á un ciudadano. Las leyes que han atendido á proveer á su seguridad, autorizan á todos los demas á denunciar públicamente al agresor; pero dejan al ofendido la eleccion de la venganza, que puede limitarse á una suma de dinero, si entabla el asunto en lo civil, y puede llegar hasta la pena de muerte, si lo sigue en lo criminal. Muchas veces abusan los oradores de estas leyes, haciendo, con rodeos insidiosos, criminales los asuntos civiles.

Ni es este el único peligro que tienen que temer los litigantes. Yo he visto á los jueces, distraidos mientras se leian los autos, perder de vista la cuestion, y dar sus votos á tientas; he visto algunos hombres poderosos por sus riquezas insultar públicamente á los pobres, que no

se atrevian á pedir reparacion de la ofensa; les he visto eternizar en cierto modo un proceso, logrando dilaciones sucesivas, y no permitir á los tribunales estatuir sobre sus crímenes, hasta ver resfriada enteramente la indignacion pública; les he visto presentarse á la audiencia con un séquito numeroso de testigos comprados y aun de gentes de bien, que por debilidad venian tras ellos, y los acreditaban con su presencia; en fin, les he visto armar los tribunales superiores contra los jueces subalternos que no habian querido prestarse á sus injusticias.

A pesar de estos inconvenientes hay tantos medios de alejar un concurrente, ó de vengarse de un enemigo; se juntan á las contestaciones particulares tantas acusaciones públicas, que se puede afirmar con seguridad, que van mas causas á los tribunales de Atenas, que á los del resto de la Grecia. Este abuso es inevitable en un Estado en que, para restablecer sus rentas públicas apuradas, no hay por lo comun otro recurso, que facilitar las denuncias, y aprovecharse de las confiscaciones, que son su consecuencia: es inevitable en un Estado en que los ciudadanos, obligados á celarse mútuamente, teniendo continuamente cargos que quitarse, empleos que disputarse, y cuentas que darse, llegan necesariamente á hacerse rivales, espías y censores unos de otros. Un enjambre de de-

latores, siempre odiados, pero temidos siempre, inflama estas guerras intestinas; siembran sospechas y desconfianzas en la sociedad, y recogen con audacia los despojos de la gente acaudalada, que ellos mismos han arruinado. A la verdad tienen contra sí el rigor y severidad de las leyes, y el desprecio de las gentes virtuosas; pero tienen en su favor aquel pretexto del bien público, que tantas veces sirve á la ambicion y al odio; y aun todavía tienen una cosa mas fuerte, y es su insolencia.

Los vicios de la democracia absoluta espantan menos á los Atenienses que á los extrangeros. La extrema libertad les parece un bien tan grande, que sacrifican á ella hasta su reposo. Por otra parte, si las delaciones públicas son motivo de terror para los unos, tambien son por lo comun un espectáculo tanto mas halagüeño para todos, cuanto mas decidido es su gusto á las arterías y enredos del foro, á que se entregan con aquel ahinco que ponen en todo cuanto hacen. Su actividad se alimenta de las eternas y sutiles discusiones de sus intereses; y acaso á este motivo, mas que á otro alguno, se debe atribuir aquella superioridad de penetracion, y aquella elocuencia importuna, que distinguen á este pueblo de todos los demas.

CAPITULO XIX.

DE LOS DELITOS Y PENAS.

Se han grabado algunas leyes penales en columnas puestas cerca de los tribunales. Si semejantes monumentos pudiesen multiplicarse hasta el punto de ofrecer la escala exacta de todos los delitos y de las penas correspondientes, se veria mas equidad en los juicios, y menos delitos en la sociedad. Pero en ninguna parte se ha intentado valuar cada falta en particular, y en todas se oyen quejas de que el castigo de los culpados no sigue una regla uniforme. La j uris

prudencia de Atenas suple en muchos casos el silencio de las leyes. Hemos dicho que, cuando estas no especifican la pena, se necesita un juicio primero para declarar al acusado reo y convencido de crimen, y un segundo para decretar el castigo que merece. En el intermedio de estos, preguntan los jueces al acusado á qué pena se condena; pues se le permite elegir la mas suave, y la mas conforme á sus intereses, aunque el acusador haya propuesto la mas grande, y mas conforme á su odio. Los oradores informan sobre una y otra; y los jueces, haciendo en cierto modo el oficio de árbitros, procuran conciliar las partes, y ponen la mayor proporcion posible entre la culpa y el castigo.

Todos los Atenienses están sujetos á las mismas penas; todos pueden ser privados de la vida, de la libertad, de su patria, de sus bienes y de sus privilegios. Recorramos rápidamente estos varios artículos.

Se castiga con pena de muerte el sacrilegio, la profanacion de los misterios, los atentados contra la patria, y sobre todo contra la democracia; á los desertores, á los que entregan al enemigo una plaza, ó una galera, ó un destacamento de tropas; en fin, todos los atentados que son directamente contra la religion, el gobierno, ó la vida de un particular.

Se sujeta á la misma pena el robo cometido de

dia, cuando pasa de cincuenta dracmas*; el robo nocturno, por leve que sea; el que se hace en los baños, en los gimnasios, aun cuando la cantidad sea muy pequeña.

Por lo comun se quita la vida á los reos con cuerda, hierro ú veneno; algunas veces á palos, otras arrojándole al agua, ó en un pozo erizado de puntas cortantes para acelerar la muerte; porque es una especie de impiedad dejar morir de hambre aun á los criminales.

Se detiene en la carcel al ciudadano acusado de ciertos crímenes, hasta ser juzgado; al que es condenado á muerte, hasta que se ejecute la sentencia; al deudor, hasta que haya pagado. Ciertos delitos se expian con muchos años, ó con algunos dias de carcel; otros con carcel perpetua. Hay casos en que los encarcelados se pueden libertar dando fianzas; en otros los cargan de cadenas, que les quitan el uso de todos sus movimientos.

El destierro es un castigo tanto mas riguroso para un ateniense, cuanto no halla en parte alguna las comodidades y diversiones de su patria, ni los recursos de la amistad pueden dulcificar su desgracia; pues el ciudadano que le diese asilo, estaria sujeto á la misma pena.

Esta proscripcion se verifica en dos circuns-

* Mas de cuarenta y cinco libras. (167 rs. vn.)

tancias notables: 1ª un hombre absuelto de una muerte involuntaria debe ausentarse por un año entero, y no volver á Atenas hasta haber dado satisfaccion á los parientes del muerto, y haberse purificado con las ceremonias sagradas. 2ª El que acusado ante el areopago de un homicidio premeditado desespera de su causa despues del primer juicio, puede, antes que los jueces pasen á votar, condenarse á destierro, y retirarse tranquilamente. Se confiscan sus bienes, y su persona queda segura, con tal que no se deje ver en territorio de la república, ni en las solemnidades de la Grecia; pues en este caso es permitido á todo ateniense acusarle en justicia, ó matarle. Esto se funda en que un homicida no debe respirar el mismo aire, ni gozar de la mismas ventajas que gozaba aquel á quien quitó la vida.

La parte mas considerable de las confiscaciones entra en el tesoro público, adonde van tambien las multas, despues de separar el diezmo para el culto de Minerva, y una quincuagésima parte para el de algunas otras divinidades.

La degradacion priva al hombre de todos ó de parte de los derechos de ciudadano. Esta es una pena muy conforme al orden general de las cosas; porque es muy justo que el hombre sea forzado á renunciar los privilegios de que abusó. Esta es la pena que se puede proporcionar mas

fácilmente con el delito; pues que puede graduarse segun la naturaleza y número de los privilegios. Unas veces no permite al reo subir á la tribuna, asistir á la junta general, sentarse entre los senadores ó los jueces; otras le prohibe la entrada en los templos, y toda participacion de las cosas santas; alguna vez le prohibe presentarse en la plaza pública, ó viajar á ciertos paises; otras despojándole de todo, y haciéndole morir civilmente, no le deja sino el peso de una vida sin atractivo, y de una libertad sin ejercicio. Esta es una pena gravísima, y muy saludable en una democracia; porque los privilegios que se pierden por la degradacion, son mas considerables y mas estimados que en ninguna otra parte, y así nada hay mas vergonzoso que hallarse bajo sus iguales. Entonces un particular es como un ciudadano destronado, que se deja en la sociedad para que sirva en ella de escarmiento.

No siempre lleva consigo la infamia esta interdiccion. Un ateniense que se ha metido en la caballería, sin haber sufrido un examen, es castigado por no obedecer á las leyes; pero no queda deshonrado, porque no ha perjudicado á las costumbres. Por una consecuencia necesaria se desvanece esta nota, cuando no permanece la causa. El deudor al tesoro público pierde los derechos de ciudadano, pero los recupera en pagando. Por la misma consecuencia no es vergon-

zoso en los peligros grandes llamar al socorro de la patria á todos los ciudadanos suspendidos de sus funciones; pero antes es preciso revocar el decreto que los condenaba; y esta revocacion no puede hacerla sino un tribunal compuesto de seis mil jueces, arreglándose las condiciones impuestas por el senado y el pueblo.

La irregularidad de conducta y la depravacion de costumbres imprimen otra nota que no pueden borrar las leyes. Reuniendo sus fuerzas á las de la opinion pública, quitan al ciudadano que ha perdido la estimacion de los demas, los recursos que hallaba en su estado. Así es que, alejando de los cargos públicos y de los empleos al que ha maltratado á sus padres, al que cobardemente abandonó su puesto ó su escudo, le cubren públicamente de una infamia que le obliga á sentir el remordimiento.

CAPITULO XX.

COSTUMBRES Y VIDA CIVIL DE LOS ATENIENSES.

Al cantar el gallo, los habitantes del campo entran en la ciudad con sus provisiones, entonando canciones antiguas. Al mismo tiempo se abren con estrépito las tiendas, y todos los Atenienses se ponen en movimiento. Unos vuelven á las labores de su profesion, otros, y son muchísimos, se reparten por los diversos tribunales, para ejercer allí las funciones de jueces.

En el pueblo, como en el ejército, se hacen dos comidas al dia; pero las gentes de cierto

orden se contentan con una, que toman al medio dia, y la mayor parte de ellas antes de ponerse el sol. Despues del medio dia duermen un poco, ó juegan á la taba, á los dados y á juegos de comercio.

Para el primer juego de estos usan de cuatro tabas, que presentan en cada una de sus caras uno de estos cuatro números, uno, tres, cuatro, seis. De sus combinaciones resultan treinta y cinco jugadas, á las que se dan los nombres de dioses, de príncipes, de heroes, etc. Unas hacen perder, y otras ganar. La mas favorable de todas es la que se llama de Venus, y es cuando las cuatro tabas presentan los cuatro números diferentes.

Tambien hay en el juego de dados jugadas felices y desgraciadas; mas por lo comun, sin pararse en esta distincion, no se trata mas que de echar mayor punto que el contrario. Las parejas de seis es la jugada mejor. No se usan mas que tres dados para este juego; se les menea en un cubilete; y para evitar todo fraude, se echan en un cilindro hueco, desde el cual corren por el tablero *. Algunas veces en lugar de tres dados usan de tres tabas.

M. de Peiresc habia adquirido un calendario antiguo adornado con diseños. En el mes de enero estaba representado un jugador de dados, que tenia un cubilete en la mano, y echaba los dados sobre una especie de rollo, puesto al borde del tablero.

Todo pende de la casualidad en los dos juegos anteriores, y de la destreza del jugador en el siguiente. Sobre una tabla en que se han trazado lineas ó casas, se ordenan de cada lado damas ó peones de colores distintos. La habilidad consiste en sostener uno con otro, y comer los del contrario, cuando se separan sin conocimiento, y encerrarle hasta el punto que no pueda adelantar. Se le permite volver atras cuando ha hecho una mala jugada *.

Algunas veces se junta este último juego con el de los dados. El jugador arregla la marcha de los peones ó de las damas por el número que saca. Debe prever las jugadas que le son ventajosas ó funestas; le toca aprovecharse de los favores de la suerte, ó corregir sus caprichos. Este juego y el precedente piden muchas combinaciones: se les debe aprender desde la infancia; y algunos son tan diestros, que nadie se atreve á jugar con ellos, y se les cita por ejemplo.

En los intervalos del dia, principalmente por la mañana antes del medio dia, y por la tarde antes de comer, se va á las orillas del Iliso, y al rededor de la ciudad, á disfrutar de la pureza extrema del aire, y de las vistas amenísimas que se ofrecen por todas partes; pero lo mas

* Se presume que este juego tiene relacion con el de damas ó ajedrez, y el siguiente con el del chaquete.

comun es irse á la plaza pública, que es el parage mas concurrido de la ciudad. Como allí es donde se tienen comunmente las asambleas generales, y donde están el palacio del senado y el tribunal del primer arconte, casi todos van allá, ó por sus asuntos, ó por los de la república. Van muchos á ella tambien, porque necesitan distraerse, y otros porque necesitan ocuparse. La plaza, libre en ciertas horas del embarazo del mercado, ofrece un campo libre á los que quieren gozar del espectáculo de la multitud, ó servir ellos mismos de espectáculo.

Al rededor de la plaza están las tiendas de los perfumadores*, de los plateros, de los barberos, etc., abiertas para todos, en donde se habla con estrépito de los intereses del Estado; se trata de las anécdotas de las familias, de los vicios y ridiculeces de los particulares. Del seno de estas asambleas, que un movimiento confuso separa y renueva sin cesar, salen mil tiros ingeniosos ó sangrientos contra los que se presentan en el paseo con un exterior desaliñado, ó contra los que no temen ostentar un fausto escandaloso; porque este pueblo, burlon en extremo, usa de cierto chiste tanto mas temible, cuanto mas oculta lleva la malignidad. En diferentes pórti-

* En lugar de decir: ir á los perfumadores, se decia ir al perfume, como nosotros decimos ir al café.

cos que hay distribuidos por la ciudad, se halla algunas veces una compañía escogida y conversaciones instructivas. Esta especie de concurrencias debian multiplicarse entre los Atenienses; porque su insaciable gusto á las novedades, consecuencia de la actividad de su espíritu, y de la ociosidad de su vida, les mueve á buscarse unos á otros.

Este gusto tan vivo, que les ha hecho dar el nombre de bobos ó papamoscas, se aviva con furor en tiempo de guerra. Entonces es cuando en público y privadamente se versan sus conversaciones sobre las expediciones militares; cuando no se encuentran sin preguntarse con ahinco, qué novedades hay; cuando se ven por todas partes enjambres de novelistas, trazar sobre el suelo ó en la pared el mapa del pais, donde se halla el ejército; anunciar noticias favorables en voz alta, y las adversas al oido; recoger y abultar rumores que alegran extremadamente la ciudad, ó la sumen en el mas terrible abatimiento.

En tiempo de paz se ocupan los Atenienses en objetos mas dulces. Como la mayor parte de ellos llevan por sí sus tierras, salen por la mañana á caballo; y despues de haber dirigido las labores de sus esclavos, vuelven por la tarde á la ciudad.

Algunas veces emplean sus ocios en la caza y

en los ejercicios del gimnasio. Ademas de los baños públicos, á que acude el pueblo de tropel, y sirven de asilo á los pobres en el rigor del invierno, los particulares los tienen en sus casas. Su uso se les ha hecho tan necesario, que lo han introducido hasta en los navíos. Se bañan algunas veces despues del paseo, casi siempre antes de comer. Salen del baño perfumados de esencias, y estos olores se mezclan con los que perfuman con esmero sus vestidos, que tienen varios nombres, segun la diferencia de forma y de color.

Los mas se contentan con ponerse por encima una túnica que llega hasta media pierna, y un manto que los cubre casi del todo. No es decente sino entre gentes del campo, y sin educacion, levantar las diversas piezas del vestido mas arriba de las rodillas.

Muchos andan descalzos; otros, sea en la ciudad, sea de viage, algunas veces en las procesiones tambien, cubren la cabeza con un sombrero grande con alas caidas.

En el vestir deben los hombres proponerse la decencia, y las mugeres juntar á ella la elegancia y el gusto. Estas llevan, 1° una túnica blanca que sujetan con botones sobre los hombros, y la ciñen bajo el pecho con un cinta ancha, que baja plegada en ondas hasta los pies: 2° un vestido mas corto, sujeto á la cintura con un ancho liston, terminado en la parte inferior, del

mismo modo que la túnica, en bandas ó rayas de diversos colores, algunas veces con mangas cortas que solo cubren una parte del brazo: 3° un manto que unas veces llevan recogido en forma de banda; y otras, desplegándose sobre el cuerpo, parece por sus contornos hermosos no haberse hecho sino para dibujarle. Muchas veces llevan en su lugar un capotillo ligero. Cuando salen de casa, se echan un velo sobre la cabeza.

Las materias que mas usan los Atenienses para vestirse, son el lino, el algodon, y sobre todo la lana. En otro tiempo era de lino la túnica, ahora es de algodon. El pueblo viste de un paño sin ningun tinte, que se puede volver á lavar. Las gentes ricas prefieren los paños de colores, y estiman mas los que se tiñen de escarlata por medio de unos granitos encarnados que se cogen en un arbusto; pero todavía quieren mas las tinturas de púrpura, sobre todo las que presentan un encarnado muy oscuro que tira á violado.

Para el verano hacen vestidos muy ligeros. En invierno usan algunos de un ropage que hacen traer de Sardes, cuyo paño fabricado en Ecbatana de Media, está moteado con vedijas de lana, muy á propósito para abrigar.

Se ven telas que realza el brillo del oro; otras en que trazan las mas hermosas flores con sus colores naturales; pero estas no se gastan sino

en los vestidos que ponen á las estatuas de los dioses, ó para adornarse los actores en el teatro. Las leyes mandan que se vistan con ellas las mugeres de mal vivir, para prohibirlas á las honestas.

Las Atenienses se pintan de negro las cejas, y dan á la cara con albayalde y mucho encarnado. Echan sobre el pelo, coronado de flores, un polvo de color amarillo; y llevan un calzado mas alto ó mas bajo, segun lo pide su estatura.

Encerradas en sus aposentos, están privadas del placer de participar y de aumentar las diversiones de las sociedades que sus esposos reunen. La ley no les permite salir de dia, sino en ciertas circunstancias, y de noche en carruage, y con una hacha que las alumbre. Pero esta ley defectuosa, en cuanto no puede ser comun á todos los estados, deja á las mugeres de la ínfima clase en una libertad absoluta, y para las demas se ha reducido á una simple regla de decoro; regla que los asuntos urgentes ó leves pretextos hacen quebrantar todos los dias. Por otra parte tienen bastantes motivos legítimos para salir de su retiro. Ciertas fiestas particulares, prohibidas á los hombres, las reunen muchas veces entre sí: en las fiestas públicas asisten á los espectáculos, como tambien á las ceremonias del templo. Pero en general no deben salir sino acompañadas de eunucos ó de esclavas

suyas; y algunas veces las alquilan para llevar un séquito mas numeroso. Si no se presentan con decencia, los magistrados que tienen el cargo de velar sobre ellas, las condenan á una multa grande, y hacen escribir su sentencia sobre una tablilla que cuelgan en uno de los plátanos del paseo público.

Algunas veces las indemnizan de la sujecion en que viven, ciertos testimonios de otra naturaleza. Yo encontré un dia á la joven Leucipa; cuyos atractivos nacientes, y desconocidos hasta entonces, brillaban al traves de un velo que el viento levantaba de cuando en cuando. Volvia del templo de Ceres con su madre y algunas esclavas. La juventud de Atenas que la seguia, solamente la descubrió por un momento; y á la mañana siguiente leí sobre la puerta de su casa, en las esquinas de las calles, sobre las cortezas de los árboles, en los parages mas concurridos, estas palabras trazadas por diversas manos: « Leu- « cipa es hermosa: nada hay mas hermoso que « Leucipa. »

Los Atenienses eran antiguamente tan zelosos, que no permitian á sus mugeres asomarse á las ventanas. Despues han conocido que esta severidad extrema no servia mas que para aumentar y acelerar el mal que querian evitar. Sin embargo no pueden recibir hombres en sus casas, cuando no están allí sus esposos; y si un

marido sorprendiese á su rival en el momento que este le deshonra, tendria derecho para quitarle la vida, ó de obligarle con tormentos á rescatarla; pero no puede exigir mas que una multa decretada por los jueces, si la muger ha cedido únicamente á la fuerza. Se ha pensado, y con razon, que en estas ocasiones la violencia es menos peligrosa que la seduccion.

El primer rumor de una infidelidad de esta especie no es el único castigo reservado á una muger culpable y convencida. Se la repudia al instante: las leyes la excluyen para siempre de las ceremonias religiosas; y si se deja ver con un trage afectado, todo el mundo tiene derecho de arrancarle sus adornos, romperle sus vestidos, y llenarla de oprobios.

El marido, obligado á repudiar á su muger, debe dirigirse antes á un tribunal presidido por uno de los principales magistrados. El mismo tribunal recibe las quejas de las mugeres que quieren separarse de sus maridos. Aquí es donde, despues de largas luchas entre los zelos y el amor, compareció en otro tiempo la esposa de Alcibiades, la virtuosa y sensibilísima Hipareta. Mientras con trémula mano presentaba el memorial que contenia sus quejas, llegó repentinamente Alcibiades, y tomándola del brazo, sin que ella hiciese la menor resistencia, atravesó con ella la plaza pública entre los aplausos

del pueblo, y la llevó tranquilamente á su casa. Las distracciones de este ateniense eran tan públicas, que Hipareta no perjudicaba ni á la reputacion de su marido, ni á la suya. Pero en lo general las mugeres de cierto estado no se atreven á pedir divorcio; y ya sea debilidad, ya soberbia, las mas de ellas quieren mas bien sufrir en secreto malos tratamientos, que libertarse de ellos por medio de un rompimiento que publicaria su deshonra y la de su marido. Es inutil advertir que el divorcio deja libertad de un segundo contrato.

La severidad de las leyes no podria apagar en los corazones el deseo de agradar; y las precauciones de los zelos no sirven sino para inflamarlos. Las Ateniensas, apartadas de los asuntos públicos por constitucion del gobierno, é inclinadas al deleite por la influencia del clima, no tienen comunmente otra ambicion, que la de ser amadas; otro cuidado, que el de su vestido; ni otra virtud, que el temor de la deshonra. Atentas por lo comun á cubrirse con la sombra del misterio, pocas de ellas se han hecho famosas por sus galanterías.

Esta fama se queda para las cortesanas. Las leyes las protegen para corregir quizá algunos vicios mas odiosos; y las costumbres no se sobresaltan bastante de los ultrajes que reciben: el abuso llega á términos de chocar abiertamente

con la decencia y la razon. Una esposa no tiene otro destino que velar sobre los negocios interiores de su casa, y perpetuar el nombre de una familia, dando hijos á la república. Los jóvenes que entran en el mundo, los hombres de cierta edad, los magistrados, filósofos, y casi todos los que disfrutan una mediana renta, reservan sus complacencias y atenciones para damas que mantienen, con las que pasan una parte del dia, y de las cuales tienen á veces hijos que adoptan, y confunden con los legítimos.

Algunas están criadas en el arte de seducir, por mugeres que reunen el ejemplo á las lecciones; y se esmeran á porfía en exceder á sus modelos. Los atractivos del rostro y de la juventud, las gracias afectuosas derramadas en sus personas, la elegancia del vestido, la reunion de la música, del baile, y de todas las habilidades agradables, un espíritu cultivado, dichos agudos, artificio de lenguage y de sentimiento... de todo esto y mas se valen para cautivar á sus adoradores. Tanto poder tienen algunas veces estos medios, que algunos disipan con ellas su hacienda y su honor, hasta que se ven abandonados, para arrastrar el resto de su vida en el oprobio y arrepentimiento.

A pesar del imperio que tienen las cortesanas, no pueden dejarse ver en las calles con joyas preciosas: y los hombres que tienen empleos,

no se atreven á presentarse en público con ellas.

Ademas de este escollo tienen los jóvenes que lamentarse del tiempo que pierden en aquellas casas fatales, donde se dan al juego, ó hay combates de gallos, que ocasionan de continuo grandes apuestas. Ultimamente, tienen que temer las consecuencias mismas de su educacion, cuyo espíritu no conocen. Apenas salen del gimnasio, cuando animados del deseo de sobresalir en las carreras de carros y caballos, que se hacen en Atenas y en otras ciudades de la Grecia, se abandonan sin cautela á estos ejercicios. Tienen ricos equipages, mantienen un gran número de perros y caballos; y estos gastos, juntos al fausto de sus vestidos, destruyen luego, entre sus manos, la herencia de sus padres.

Comunmente se anda á pie, sea en la ciudad, sea en sus inmediaciones. Las gentes ricas usan de carros, ó de literas, cuyo uso no cesan de reprender y envidiar los otros ciudadanos: otras veces llevan detras un criado con un asiento de tijera, para poder sentarse en la plaza pública, y siempre que se cansan de pasear. Los hombres casi siempre llevan un baston en la mano; las mugeres por lo comun un parasol. Por la noche los alumbra un criado, que lleva una hacha adornada con varios colores.

A los primeros dias de mi llegada recorrí los

letreros puestos sobre las puertas de las casas. Sobre unas se lee: *esta casa se vende*: *esta casa se alquila*. Sobre otras: *casa de fulano*: *que no entre dentro cosa mala*. No dejaba de ser penoso el satisfacer esta curiosidad. En las calles principales se ve uno continuamente empujado, apretado, y atropellado por una multitud de gente de á pie y de á caballo, de carreteros, de aguadores, de voceadores de edictos, de mendigos, de artesanos y de otras gentes del pueblo. Un dia que estaba yo con Diógenes, viendo unos perritos que habian enseñado á hacer varias habilidades, uno de estos peones cargado con una grande viga, le tropezó con mucha fuerza, y le gritó: ¡cuidado! Diógenes le respondió al momento: ¿quieres acaso darme otra vez?

Si por la noche no va uno acompañado de algunos criados, corre peligro de que le roben los rateros, á pesar de la vigilancia de los magistrados, que tienen obligacion de rondar de noche. La ciudad mantiene una guarnicion de escitas para auxiliar con mano armada á estos magistrados; para ejecutar las sentencias de los tribunales, y para conservar el orden en las asambleas generales, y en las ceremonias públicas. Estos escitas pronuncian el griego de una manera tan bárbara, que hacen burla de ellos algunas veces en el teatro; y son tan aficionados al

vino, que por decir: beber con exceso, se dice: beber como un escita.

El pueblo es naturalmente frugal; su alimento principal consiste en salazones y legumbres. Los que no tienen con que vivir, ya por haber sido heridos en la guerra, ya porque las enfermedades les imposibilitan de trabajar, reciben todos los dias del tesoro público uno ó dos óbolos, que les concede la asamblea de la nacion. De tiempo en tiempo examina el senado la lista de los que reciben este beneficio, y excluyen á los que ya no tienen el mismo motivo de recibirle. Los pobres encuentran tambien alivios á su miseria: á cada luna nueva ponen los ricos en las encrucijadas, en honra de la diosa Hécate, cosas de comer, que se permite al pueblo el llevárselas.

Yo habia tomado una razon exacta del precio de los géneros comestibles; pero la he perdido: solamente me acuerdo, que el precio ordinario del trigo, era cinco dracmas el medimno *. Un buey de primera calidad, valia unas ochenta dracmas**; un carnero la quinta parte de un

* Cuatro libras y diez sueldos. Dando á la dracma diez y ocho sueldos, y al medimno poco menos de cuatro fanegas francesas, nuestro sextario de trigo valdria cerca de trece libras nuestras: (el medimno griego era casi igual á la fanega castellana; y asi valdria esta unos 16 rs. vn.)

** Cerca de setenta y dos libras. (268 rs. vn.)

buey, esto es, cerca de diez y seis dracmas*, y un cordero diez dracmas**.

Claro es que estos precios deben subir en tiempo de escasez. Algunas veces ha subido el medimno de trigo desde cinco dracmas, que es su precio regular, hasta diez y seis; y el de cebada hasta diez y ocho. Independientemente de esta causa pasagera, se habia observado cuando yo llegue á Atenas, que de setenta años acá se iban encareciendo poco á poco los géneros, y que particularmente el trigo valia entonces dos quintas partes mas, que en tiempo de la guerra del Peloponeso.

No se hallan aquí caudales tan grandes como en la Persia; y cuando he hablado de la opulencia y fausto de los Atenienses, no es sino con relacion á los demas pueblos de la Grecia. Sin embargo, algunas familias, aunque pocas, se han

* Cerca de catorce libras y ocho sueldos (53 rs. vn.).

** Nueve libras (33 rs. vn. y 18 mrs.)He dado en el texto, el valor de algunos comestibles, segun estaban en Atenas en tiempo de Demóstenes. En el de Aristófanes, cerca de sesenta años antes, se halla lo siguiente:

	MONEDA.		
	griega.	*francesa.*	*española.*
El jornal de un artesano.	3 óbol.	9 sueld.	1 rl. 25 m.
Un caballo de montar.	12 min.	1080 libras.	4025 rs. 18 m.
Un manto.	20 drac.	18 libras.	67 rs. 2 m.
Un calzado.	8 drac.	7 ls. 4 s.	26 rs. 28 m.

enriquecido con el comercio: otras con las minas que tienen en Laurio, monte de la Atica. Los demas ciudadanos creen gozar de una fortuna decente, cuando poseen en bienes raices quince ó veinte talentos*, y pueden dotar á sus hijas con cien minas**.

Aunque los Atenienses tienen el defecto insufrible de dar crédito á la calumnia antes de ave-

* El talento valia cinco mil y cuatrocientas libras (20,117 rs. vn.)

** Nueve mil libras (33,529 rs. vn. y 18 mrs.)

* El padre de Demóstenes, tenia fama de rico: sin embargo no dejó á su hijo mas que unos catorce talentos, cerca de setenta y cinco mil y seiscientas libras, (281,647 rs. vn). Ved aquí cuales eran los efectos principales de esta herencia.

1° Una fábrica de espadas, en que trabajaban treinta esclavos. Dos ó tres, que eran los maestros, valian cada uno cinco ó seiscientas dracmas ó cerca de quinientas libras, (cerca de 2,000 rs. vn.): los otros á lo menos trescientas dracmas, ó doscientas setenta libras (unos 1,000 rs. vn): daban al año treinta minas, ó dos mil setecientas libras (10,058 rs. vn.) libres. 2° Una fábrica de camas que ocupaba veinte esclavos, los que valian cuarenta minas, ó tres mil y seiscientas libras (13,411 rs. vn.); daban al año doce minas, ó mil y ochenta libras (4,023 rs. vn.) 3° En marfil, bronce y madera, ochenta minas, ó siete mil doscientas libras (26,823 rs. vn.). El marfil servia ya para los pies de las camas, ya para los puños y vainas de las espadas. 4 En agalla y cobre, setenta minas, ó seis mil trescientas libras (23,470 rs. vn.). 5° Casa, treinta minas, ó dos mil setecientas libras (10,058 rs. vn.). 6° Muebles, vasos, copas, joyas de oro, ropas, y tocador de la madre de Demóstenes, cien minas, ó nueve mil libras (33,529 rs. vn.). 7° Dinero prestado ó puesto en giro, etc.

riguarla, no son malos sino por ligereza; y ordinariamente se dice, que cuando son buenos lo son mas que los otros Griegos, porque su bondad no es una virtud de educacion.

El pueblo es aquí mas vocinglero que en otras partes. En la primera clase de ciudadanos reinan aquel decoro que da á entender, que el hombre se estima á sí mismo, y aquella urbanidad que hace creer que estima á los demas. La buena compañía exige decencia en las expresiones y en el exterior: sabe proporcionar al tiempo y á las personas, las consideraciones para agasajarse mútuamente, y mira un paso afectado ó precipitado como señal de vanidad ó ligereza; un tono áspero, sentencioso, y muy elevado, como prueba de mala educacion ó de rusticidad. Condena tambien los caprichos del humor, el celo afectado, el recibimiento desdeñoso, y el deseo de la singularidad.

Exige tambien cierta docilidad de costumbres, igualmente distante de aquella condescendencia que lo aprueba todo, y de aquella austeridad enfadosa que no aprueba cosa alguna. Pero lo que mas la caracteriza es cierta jovialidad fina y ligera, que reune la decencia á la libertad; que es preciso saber perdonar á los demas, y hacerse perdonar á sí mismo; que pocos saben usar y entender. Consiste... No, no lo diré. Los que la conocen me entienden bien, y los que no, nunca

me entenderán. Ahora le dan el nombre de maña y destreza, porque el ingenio no debe brillar en ella sino en favor de los demas, y que lanzando tiros, debe divertir y no ofender: se la confunde comunmente con la sátira, con las simplezas, ó la bufonería, porque cada sociedad tiene su tono peculiar. El de la buena compañía se ha formado casi en nuestros dias; y para convencerse de esto, basta comparar el teatro antiguo con el moderno. No hay todavía medio siglo que las comedias estaban llenas de injurias groseras, y de obscenidades escandalosas, que en el dia no serian toleradas en boca de los actores.

Hay en esta ciudad muchas sociedades, cuyos miembros se obligan á ayudarse unos á otros. Si uno de ellos es acusado ante la justicia, ó le acosan sus acreedores, entonces implora el favor de sus asociados. En el primer caso le acompañan al tribunal; y cuando son requeridos, le sirven de abogados ó de testigos: en el segundo le adelantan los caudales necesarios sin exigir el menor interes, y no le señalan otro término para la paga, mas que el de recuperar su caudal ó su crédito. Si pudiendo cumplir, no lo hace, no puede ser acusado ante la justicia, pero queda deshonrado. Se juntan algunas veces, y estrechan su union con convites, en que reina la libertad. Estas asociaciones, formadas en otro tiempo por motivos nobles y generosos, no se

sostienen hoy dia mas que por la injusticia y el interes. Los ricos se mezclan en ellas con los pobres, para empeñarlos en perjurar en favor suyo: el pobre con los ricos, para tener algun derecho á su proteccion.

Entre estas sociedades se ha establecido una, cuyo objeto único es recoger todas las especies de ridiculeces, y divertirse con chanzas y jocosidades. Son sesenta, todos gentes de buen humor y de talento. Se juntan de tiempo en tiempo en el templo de Hércules, para pronunciar allí decretos en presencia de un monton de testigos, atraidos por la singularidad del espectáculo. Nunca los reveses del Estado han interrumpido sus juntas.

Dos especies de ridículo, entre otras cosas, multiplican los decretos de este tribunal. Se hallan aquí gentes que llevan al exceso la elegancia ática, y otras la sencillez esparciata. Los primeros cuidan de afeitarse á menudo, de mudar vestidos continuamente, de hacer brillar el esmalte de sus dientes, y de perfumarse. Llevan adornos en las orejas, cañas torcidas en las manos, y zapatos á la Alcibiades. Estos son una especie de calzado que inventó Alcibiades, y cuyo uso dura todavía entre los jóvenes que gustan de adornarse. Los segundos afectan las costumbres lacedemonias, y por esto son tachados de laconomanía. Llevan los cabellos sueltos confusamente sobre los hombros; se ha-

cen reparables por un manto tosco, un calzado sencillo, una barba larga, un palo grueso, una marcha lenta, y si puedo decirlo, por todo el aparato de la modestia. Los conatos de los primeros, ceñidos á llevarse la atencion, chocan todavía menos que los de los segundos, que van directamente contra nuestra estimacion. He oido á gentes de talento tratar de insolencia esta afectada sencillez, y ciertamente tenian razon. Toda pretension es una usurpacion; porque nosotros tenemos por pretensiones los derechos de los demas.

CAPITULO XXI.

DE LA RELIGION, DE LOS MINISTROS SAGRADOS, Y DE LOS PRINCIPALES DELITOS CONTRA LA RELIGION.

Aquí solo se trata de la religion dominante; y en otro lugar referiremos las opiniones de los filósofos acerca de la divinidad.

El culto público se funda en esta ley: « honrad en público y privadamente á los dioses « y á los heroes del pais. Ofrézcales cada uno todos los años las primicias de sus cosechas, segun sus facultades y los ritos establecidos. »

Desde los tiempos mas remotos se habian multiplicado entre los Atenienses los objetos del

culto. Recibieron de los Egipcios las doce principales divinidades; y las demas, de los Libios y de otros pueblos. Despues se prohibió con pena de muerte admitir cultos extrangeros sin un decreto del areopago, solicitado por los oradores públicos. Hace un siglo que habiéndose hecho mas condescendiente este tribunal, han hecho una irrupcion en la Atica los dioses de Tracia y de Frigia, y de algunas otras naciones bárbaras, y se han sostenido con brillantez, á pesar de las burlas que resuenan en el teatro contra estas raras divinidades, y contra las ceremonias nocturnas celebradas en su honor.

Antiguamente fué una institucion muy bella consagrar con monumentos y fiestas la memoria de los reyes y de los particulares, que habian hecho grandes servicios á la humanidad. Este es el origen de la veneracion profunda que se conserva á los heroes. Los Atenienses cuentan en este número á Teseo, primer autor de su libertad; á Erecteo, uno de sus antiguos reyes; á los que merecieron dar sus nombres á las diez tribus, y á otros tambien, entre quienes es preciso distinguir á Hércules, que se pone ya en la clase de los heroes, ya en la de los dioses.

El culto de los heroes se distingue esencialmente del de los dioses, tanto por el objeto que se propone, cuanto por las ceremonias que se practican. Los Griegos se postran ante la divi-

nidad para reconocer su dependencia, implorar su proteccion, ó darle gracias por sus beneficios. Consagran templos, altares, bosques, y celebran fiestas y juegos en honor de los heroes, para eternizar sus nombres, y recordar sus ejemplos. Se queman perfumes é inciensos sobre sus altares, al mismo tiempo que sobre sus sepulcros se derraman libaciones destinadas á procurar descanso á sus almas. Así, los sacrificios que se les hacen para honrarlos, no van propiamente hablando dirigidos sino á los dioses de los infiernos.

En los misterios de Eleusis, de Baco, y de algunas otras divinidades se enseñan dogmas secretos. Pero la religion dominante consiste enteramente en lo exterior. No presenta ningun cuerpo de doctrina, ninguna instruccion pública; ni hay una estrecha obligacion de participar del culto establecido en dias señalados. En cuanto á la creencia, basta parecer persuadido de que existen los dioses, y que recompensan la virtud, sea en esta vida, sea en la otra; en cuanto á la práctica basta hacer de cuando en cuando algunos actos de religion, como por ejemplo, ir á los templos en las fiestas solemnes, y presentar sus ofrendas en los altares públicos.

El pueblo cree que la piedad consiste únicamente en la oracion, en los sacrificios y en las purificaciones.

Los particulares dirigen á los dioses sus oraciones al comenzar una obra. Oran tambien por la mañana, por la tarde, al salir y al ponerse el sol y la luna. Alguna vez van al templo con los ojos bajos, y un aire de recogimiento, presentándose en actitud de suplicantes. Los hombres prodigan á los dioses, al acercarse á los altares, todas las muestras de respeto, de temor y de lisonja que los cortesanos tributan á los soberanos al acercarse al trono. Besan la tierra, oran de pie, de rodillas, postrados, teniendo ramos en las manos, que levantan hácia el cielo, ó las tienden hácia la estatua del dios, despues de haberlos llevado á la boca. Si la ofrenda se dirige á los dioses infernales, entonces acostumbran dar golpes en el suelo con los pies ó con las manos, á fin de llamarles la atencion.

Algunos pronuncian en voz baja sus oraciones. Pitágoras queria que se dijesen en voz alta, á fin de no pedir cosa de que hubiera que avergonzarse. En efecto, la mejor regla de todas seria hablar á los dioses como si se estuviera en la presencia de los hombres, y á los hombres como si se estuviera delante de los dioses.

En las solemnidades públicas, los Atenienses pronuncian en comun sus votos por la prosperidad del Estado, y por la de los aliados, algunas veces por la conservacion de los frutos de la tierra, y por la lluvia ó buen tiempo; y otras ve-

ces para que los dioses los libren del hambre ó de la peste.

Muchas veces me sorprendió la magestad de las ceremonias. El espectáculo es pomposo. La plaza que precede al templo, y los pórticos que le rodean, están llenos de gente. Los sacerdotes se adelantan bajo del vestíbulo, cerca del altar. Despues que el que oficia ha dicho con voz sonora : « hagamos las libaciones y oremos, » uno de los ministros subalternos, para exigir de los asistentes la confesion de sus disposiciones santas, pregunta : « ¿ quiénes son los que compo- « nen esta asamblea? — Gentes honradas, res- « ponden á una.—Pues silencio, añade. » Entonces se rezan oraciones adecuadas á las circunstancias. Despues los coros de niños cantan himnos sagrados, con voces tan afectuosas, y tan bien ayudadas por el talento del poeta, atento á escoger asuntos que muevan, que la mayor parte de los asistentes derraman lágrimas. Mas por lo comun los cánticos religiosos son brillantes, y mas propios para causar alegría que tristeza. Esta es la impresion que se recibe en las fiestas de Baco, cuando uno de los ministros dice en alta voz : « invocad al dios; » y todos entonan al instante un cántico que empieza : « ¡ ó hi- « jo de Semele! ¡ó Baco, autor de las riquezas! »

Los particulares cansan al cielo con votos indiscretos, pidiéndole con ahinco que les conce-

da cuanto puede servir á su ambicion ó á sus placeres. Estas oraciones son miradas como blasfemias por algunos filósofos, quienes persuadidos á que los hombres no conocen bien lo que les importa, querrian que únicamente se atuviesen á la bondad de los dioses, ó á lo menos, que no les dirigiesen mas que esta especie de fórmula, escrita en una de las obras de un poeta antiguo : « vos que sois el rey del cielo, conce- « dednos lo que nos es util, ya lo pidamos, ya no « lo pidamos; y negadnos lo que nos es dañoso, « aun cuando os lo pidamos. »

En otro tiempo no se presentaba á los dioses otra cosa que los frutos de la tierra; y todavía se hallan en la Grecia muchos altares, en que no es permitido sacrificar víctimas. Los sacrificios sangrientos se introdujeron con dificultad. El hombre se horrorizaba de meter el cuchillo en el seno de un animal destinado á la labranza, y hecho el compañero de sus trabajos : una ley expresa se lo prohibia con pena de muerte; y el uso general le obligaba á abstenerse de la carne de los animales.

El respeto que se tenia á las tradiciones antiguas, está atestiguado por una ceremonia que se renueva todos los años. En una fiesta consagrada á Júpiter, se ponen ofrendas sobre un altar, y por cerca de él hacen pasar algunos bueyes; y de ellos debe ser inmolado el que toque estas

ofrendas. Varias doncellas jóvenes llevan agua en unos vasos, y los ministros del dios los instrumentos del sacrificio. Apenas dan el golpe á la víctima, cuando el victimario, lleno de horror, deja caer el hacha, y se pone en fuga. Sin embargo, sus cómplices comen de la víctima, cosen el pellejo, lo llenan de paja, uncen al arado esta figura informe, y van á justificarse ante los jueces, que los han citado á su tribunal. Las jovencitas que llevaron el agua para aguzar los instrumentos, echan la culpa á los que en efecto los afilaron; estos últimos á los que degollaron la víctima, y estos á los instrumentos, que son condenados y echados al mar, como autores de la muerte.

Esta ceremonia misteriosa viene de la mas remota antigüedad, y recuerda un suceso que pasó en tiempo de Erecteo. Habiendo puesto un labrador su ofrenda sobre el altar, mató á un buey que habia comido parte de ella; púsose en fuga, y formaron causa al hacha.

Cuando los hombres se alimentaban de los frutos de la tierra, cuidaban de reservar una parte para los dioses. Lo mismo practicaron cuando comenzaron á alimentarse con carne de animales; y acaso vienen de aquí los sacrificios sangrientos, que en realidad no son mas que comidas destinadas á los dioses, y de las cuales se hacia participantes á los asistentes.

El conocimiento de un monton de prácticas y menudencias constituye la ciencia de los sacerdotes. Ya se derrama agua sobre el altar, ó sobre la cabeza de la víctima, ya miel ó aceite. Mas comunmente se la rocia con vino, y entonces se queman sobre el altar palos de higuera, de mirto ó de vid. No exige menos atencion el escoger la víctima. No debe tener mancha, ni defecto, ni enfermedad alguna; pero no todos los animales son igualmente aptos para el sacrificio. Al principio no se ofrecian sino los animales que servian de alimento, como el buey, la oveja, la cabra, el cerdo, etc. Despues se sacrificaron caballos al sol, ciervos á Diana, y perros á Hécate. Cada pais y cada templo tiene sus usos. El odio y el favor de los dioses son igualmente dañosos á los animales que les están consagrados.

¿Y por qué se pone sobre la cabeza de la víctima una torta amasada con harina de cebada y sal; le arrancan el pelo de la frente, y la echan en el fuego? ¿Por qué le queman las piernas con leña hendida?

Cuando yo instaba á los ministros de los templos á que me explicasen estos ritos, me respondian, como lo hizo un sacerdote de Tebas, á quien pregunté, ¿por qué los de Beocia ofrecian anguilas á los dioses? « Nosotros observamos, « me respondió este, las costumbres de nuestros

«padres, sin creernos obligados á justificarlos «ante los extrangeros.»

La víctima se reparte entre los dioses, los sacerdotes, y los que la ofrecen. Las llamas devoran la parte de los dioses: la de los sacerdotes es parte de su renta: la tercera sirve de pretexto á los que la reciben, para convidar á sus amigos. Queriendo algunos ostentar su opulencia, intentan distinguirse con sacrificios pomposos. He visto alguno, que despues de haber sacrificado un buey, adornaba con flores y cintas la parte anterior de su cabeza, y la colgaba á su puerta. Como el sacrificio del buey es el mas apreciado, los pobres hacen tortas pequeñas de la figura de este animal, y los sacerdotes tienen á bien contentarse con esta ofrenda.

Con tal violencia domina la supersticion en nuestro espíritu, que hizo feroz al pueblo mas benigno de la tierra. En otro tiempo eran muy frecuentes entre los Griegos los sacrificios humanos: lo eran casi entre todos los pueblos, y lo son todavía entre algunos. Cesaron por fin, pues que las crueldades absurdas ceden tarde ó temprano á la naturaleza y á la razon. Lo que durará mas tiempo, es la ciega confianza que se tiene en los actos exteriores de religion. Los hombres injustos, los malvados mismos, osan lisonjearse de que corromperán á los dioses con dones, y los engañarán con las exterioridades de

la piedad. En vano levantan el grito los filósofos contra un error tan peligroso; y siempre será apreciable á la mayor parte de los hombres, porque siempre será mas facil tener víctimas, que virtudes.

Un dia se quejaron los Atenienses al oráculo de Amon, de que los dioses se declaraban en favor de los Lacedemonios, quienes no les ofrecian sino pocas víctimas, flacas y mutiladas. El oráculo respondió que todos los sacrificios de los Griegos no valian tanto como la oracion humilde y modesta, en que los Lacedemonios se contentan con pedir á los dioses los verdaderos bienes. El oráculo de Júpiter me recuerda otro, que no hace menos honor al de Apolo. Hallándose en Delfos un rico de Tesalia, ofreció con grande aparato cien bueyes, cuyas hastas estaban doradas. Al mismo tiempo un pobre ciudadano de Hermione sacó de su alforja un puñado de harina, y la echó en el fuego que ardia sobre el altar. La Pitia declaró que la ofrenda de este hombre era mas agradable á los dioses, que la del de Tesalia.

Como el agua purifica el cuerpo, se ha creido que purificaria tambien el alma, y que produciria este efecto de dos modos, sea quitándole toda mancha, sea disponiéndola para no contraerlas. De aquí nacieron dos suertes de lustraciones, unas expiatorias, y otras preparatorias. Con

las primeras se implora la clemencia de los dioses, y con las segundas su auxilio.

Se cuida de purificar á los niños poco despues de haber nacido; á los que entran en los templos; á los que han cometido una muerte, aunque sea involuntaria; á los que padecen ciertas enfermedades, miradas como señales de la ira del cielo, tales como la peste, el frenesí, etc.; últimamente á todos aquellos que quieren hacerse agradables á los dioses.

Esta ceremonia se ha aplicado insensiblemente á los templos, á los altares, á todos los lugares que la divinidad ha de honrar con su presencia; á las ciudades, á las calles, á los campos, á los sitios profanados por el crimen, ó á aquellos á que se quiere atraer el favor de los dioses.

Anualmente se purifica la ciudad de Atenas el dia 6 del mes targelion. Siempre que la ira de los dioses se declara por el hambre, la epidemia ú otras plagas, se trata de hacerla caer sobre una muger ó un hombre, que el Estado mantiene para ser, en caso necesario, víctimas expiatorias, cada una de su sexo; las que pasean por las calles al son de instrumentos, y despues de haberlas dado algunas varadas, las echan fuera de la ciudad. En otro tiempo las condenaban al fuego, y arrojaban al viento sus cenizas.

Aunque el agua del mar es la mas conveniente para las purificaciones, se usa mas á menudo la

que se llama lustral; que es agua comun, en la cual meten un tizon ardiendo, tomado del altar, cuando se quema en él la víctima. Se llenan de ella los vasos que están en los vestíbulos de los templos, en los lugares donde se tiene la asamblea general, y al rededor de los féretros, en que ponen los muertos á la vista de los pasageros.

Puesto que el fuego purifica los metales; que la sal y el nitro quitan las manchas, y conservan los cuerpos; y que el humo y los olores agradables pueden libertar de la influencia del aire corrompido, se ha ido creyendo poco á poco que debian emplearse estos y otros medios en las diferentes lustraciones. Así es que se ha atribuido una virtud secreta al incienso que se quema en los altares, y á las flores con que se hacen coronas: así es tambien que una casa recobra su pureza con el humo del azufre, ó con el rocío de una agua en que se ha echado algunos granos de sal. En ciertas ocasiones basta dar vueltas al rededor del fuego, ó ver pasar por cerca de sí algun perrito ú otro animal. En las lustraciones de alguna ciudad llevan paseando al rededor de los muros las víctimas destinadas al sacrificio.

Varian los ritos á proporcion que el objeto es mas ó menos importante, y la supersticion mas ó menos fuerte. Unos creen que es esencial zambullirse en el rio; otros, que basta meter en él

siete veces la cabeza: la mayor parte se contentan con meter las manos en agua lustral, ó recibir su aspersion de manos del sacerdote que á este efecto se pone en la puerta del templo.

Cada particular puede ofrecer sacrificios en un altar puesto á la puerta de su casa, ó en una capilla doméstica. Aquí es donde yo he visto muchas veces á un padre virtuoso, rodeado de sus hijos, confundir la ofrenda de estos con la suya, y formar votos dictados por la ternura, y dignos de ser atendidos. No debiendo ejercerse este sacerdocio, sino en una misma y sola familia, ha sido preciso establecer ministros para el culto público.

No hay ciudad donde se hallen tantos sacerdotes y sacerdotisas como en Atenas; porque no la hay tampoco donde se hayan erigido mas templos, é instituido tanto número de fiestas.

En los diversos pueblos de la Atica y del resto de la Grecia, basta un sacerdote solo para el servicio de un templo: en las ciudades de alguna tal cual poblacion se reparten los cuidados del ministerio entre muchas personas, que forman como una comunidad. A su cabeza está el ministro del dios, calificado algunas veces con el título de gran-sacerdote. Bajo de él está el neocoro, encargado de velar en la decoracion y limpieza de los lugares santos, y de echar agua lustral sobre los que entran en el templo; los

sacrificadores que degüellan las víctimas; los arúspices que examinan sus entrañas; los heraldos que arreglan las ceremonias, y despiden la junta. En algunas partes se da el nombre de padre al primero de los ministros sagrados, y el de madre á la primera sacerdotisa.

Se confian á legos las funciones menos santas, relativas al servicio de los templos. Unos tienen el cargo de cuidar de la fábrica y de la custodia del tesoro; otros asisten á los sacrificios solemnes, como testigos é inspectores.

Los sacerdotes celebran sus oficios con ornamentos preciosos, en que están trazados con letras de oro los nombres de los particulares que los han regalado al templo. Esta magnificencia tiene cierto realce por la belleza del rostro, por la magestad de la presencia, por el sonido de la voz, y sobre todo por los atributos de la divinidad, cuyos ministros son. Así es que la sacerdotisa de Ceres se presenta coronada de adormideras y espigas; y la de Minerva con la egida, la coraza, y un casco adornado con garzota ó penacho.

Muchos sacerdocios están anexos á casas antiguas y poderosas, y pasan de padres á hijos. Otros los da el pueblo.

Nadie puede ocuparlos sin un examen que se hace de la persona y costumbres. Es preciso que el nuevo ministro no tenga deformidad al-

guna en el cuerpo, y que su conducta haya sido siempre irreprensible. En punto á conocimientos basta que sepa el ritual del templo donde ha de servir; que haga las ceremonias con decoro, y sepa distinguir las diversas especies de ofrendas y oraciones que se deben hacer á los dioses.

Algunos templos están servidos por sacerdotisas: tal es el de Baco, que está en el cuartel de los Pantanos. Son catorce, y las nombra el arconte-rey. Se las obliga á guardar continencia rígida. La muger del arconte, llamada la reina, las inicia en los misterios que ellas tienen como en depósito; y antes de ser recibidas á esta iniciacion, se exige de ellas un juramento, en que testifican que siempre han vivido en pureza, y sin comercio alguno con los hombres.

Hay destinados algunos ramos de rentas para la manutencion de los sacerdotes y gastos de los templos. Desde luego se saca de las confiscaciones y multas la décima para Minerva, y la cincuentésima para las otras divinidades, y ademas se consagra á los dioses el diezmo de los despojos quitados al enemigo. En cada templo hay dos oficiales, conocidos con el nombre de parasitos, que tienen el derecho de exigir una medida de cebada á todos los propietarios del distrito que les está señalado: en fin hay pocos templos que no posean casas y tierras.

Estas rentas, á que hay que añadir las ofren-

das de los particulares, se confian al cuidado de los tesoreros del templo, y sirven para la reparacion y decoracion de los lugares santos, para los gastos que se ofrecen en los sacrificios, para la manutencion de los sacerdotes, que casi todos tienen su estipendio, un alojamiento y derechos á las víctimas. Algunos gozan de rentas muy considerables: tal es la sacerdotisa de Minerva, á quien se debe ofrecer una medida de trigo, otra de cebada, y un óbolo siempre que nace ó muere alguno en una familia.

Ademas de estas ventajas tienen interes los sacerdotes en mantener el derecho de asilo concedido no solamente á los templos, sino tambien á los bosques sagrados que los rodean y á las casas ó capillas que están en su recinto, de donde no se puede sacar al culpado, ni aun impedirle recibir comida. Este privilegio tan ofensivo para los dioses, como util para sus ministros, se extiende hasta á los altares aislados.

En Egipto los sacerdotes forman el primer cuerpo del Estado, y no están obligados á contribuir á las necesidades de él, aunque les está señalada para alimentos la tercera parte de los bienes raices. La pureza de sus costumbres, y la austeridad de su vida, les grangean la confianza de los pueblos; y sus conocimientos la del soberano, cuyo consejo forman, y debe ser elegido de entre los de este cuerpo, ó incorporarse en

él cuando sube al trono. Intérpretes de la voluntad de los dioses, árbitros de las de los hombres, depositarios de las ciencias, y sobre todo de los secretos de la medicina, gozan de un poder ilimitado, pues gobiernan como quieren las preocupaciones y debilidades de los hombres.

Los sacerdotes de la Grecia han logrado honores, como lo es el tener lugar distinguido en los espectáculos. Todos podrian contentarse con las funciones de su ministerio, y pasar la vida en dulce ociosidad; mas sin embargo, ansiosos muchos de ellos de merecer por su celo las consideraciones debidas á su caracter, han ocupado los cargos onerosos de la república, y la han servido, ya en los ejércitos, ya en las embajadas.

No forman un cuerpo particular é independiente. No hay relacion alguna de interes entre los ministros de diversos templos; aun las causas que tocan á sus personas, se llevan á los tribunales ordinarios.

Los nueve arcontes ó magistrados supremos velan sobre la conservacion del culto público, y están siempre al frente de las ceremonias religiosas. El segundo de ellos, conocido con el nombre de rey, tiene el encargo de proceder en los delitos contra la religion, de presidir en los sacrificios públicos, y de juzgar las contestaciones que se suscitan entre las familias sacer-

dotales con motivo de alguna plaza vacante. Los sacerdotes pueden á la verdad dirigir los sacrificios de los particulares; pero si en estos actos de piedad traspasasen las leyes establecidas, no podrian sustraerse á la vigilancia de los magistrados. Hemos visto en nuestros dias al gran sacerdote de Ceres castigado de orden del gobierno, por haber quebrantado estas leyes en artículos que no parecian muy importantes.

En seguida á los sacerdotes se deben poner los adivinos, cuya profesion honra y mantiene el Estado en el Pritaneo. Tienen la pretension de leer lo venidero en el vuelo de las aves y en las entrañas de las víctimas. Van con los ejércitos; y muchas veces las revoluciones de los imperios y las operaciones de los ejércitos dependen de sus decisiones, compradas por lo regular á un precio excesivo. Los hay en toda la Grecia; pero los que tienen mas nombre, son los de la Elide, donde hace muchos siglos qué dos ó tres familias se trasmiten de padres á hijos el arte de adivinar, y de suspender los males de los mortales.

Los adivinos extienden todavía mas lejos su ministerio. Dirigen las conciencias: les consultan si ciertas acciones son conformes ó no á la justicia divina; y he visto algunos que llevaban el fanatismo hasta la atrocidad; y creyéndose encargados de los intereses del cielo, hubieran

pedido en justicia la muerte de su padre, reo de homicidio.

Dos ó tres siglos hace que se dejaron ver unos hombres, que sin ningun título del gobierno, y erigiéndose intérpretes de los dioses, alimentaban en el pueblo una credulidad que ellos tenian, ó fingian tener, vagando de nacion en nacion, amenazándolas á todas con la ira del cielo, estableciendo nuevos ritos para aplacarle, y haciendo á los hombres mas débiles y desgraciados con los temores y remordimientos de que los llenaban. Unos debieron su alta reputacion á ciertos prestigios; otros á sus grandes talentos. De este número fueron Abaris de Escitia, Empédocles de Agrigento, y Epiménides de Creta.

La impresion que dejaron en los ánimos, ha perpetuado el reinado de la supersticion. El pueblo descubre señales sensibles de la voluntad de los dioses en todos los tiempos y lugares, en los eclipses, en el estruendo del trueno, en los grandes fenómenos de la naturaleza, en los accidentes mas casuales. Los sueños, el aspecto imprevisto de ciertos animales, el movimiento convulsivo de los párpados, el zumbido de los oidos, el estornudo, algunas palabras pronunciadas al acaso, y otros muchos efectos indiferentes, se han llegado á mirar como presagios felices ó siniestros. Si hallais una culebra en

vuestra casa, levantad un altar en el mismo sitio. Si veis un milano cernerse en el aire, poneos de repente de rodillas. Si viene la melancolía ó una enfermedad á turbar vuestra imaginacion, eso es Empusa que se os aparece, es un fantasma enviado por Hécate, que toma mil formas diversas para atormentar á los infelices.

En todas estas ocasiones acuden todos á los adivinos y á los intérpretes, quienes indican unos remedios que son tan quiméricos, como los males que se temen.

Algunos de estos impostores se introducen en las casas ricas, y adulan las preocupaciones de las almas débiles, diciendo que tienen secretos infalibles para encadenar el poder de los malos genios. Sus promesas anuncian tres ventajas que las gentes ricas aprecian infinito; y consisten en fortalecerlos contra los remordimientos, en vengarlos de sus enemigos, y en perpetuar su felicidad aun mas allá del sepulcro. Las oraciones y expiaciones que usan, se contienen en rituales antiguos, que llevan los nombres de Orfeo y de Museo.

El mismo tráfico hacen algunas mugercillas de la hez del pueblo, las cuales van á las casas de los pobres á distribuir una especie de iniciacion; derraman agua sobre el iniciado; le frotan con lodo y salvado; le cubren con una piel

de animal, y acompañan estas ceremonias con ciertas fórmulas que leen en el ritual, y con chillidos que imponen respeto á la muchedumbre.

Las gentes instruidas, aunque libres de la mayor parte de estas debilidades, no por esto están menos adictas á las prácticas de la religion. Despues del éxito feliz de un negocio, en una enfermedad, en el menor peligro, al acordarse de un sueño espantoso, ofrecen sacrificios; muy ordinariamente construyen en lo interior de sus casas oratorios que se han multiplicado tanto, que los filósofos piadosos quisieran que se suprimiesen todos, y que los votos de los particulares se cumpliesen solamente en los templos.

¿Pero cómo conciliar la confianza que se tiene en las ceremonias santas, con las ideas que se han formado del soberano de los dioses? Es permitido mirar á Júpiter como á un usurpador que ha arrojado á su padre del trono del universo, y será echado de él algun dia por su hijo. Esquiles no ha tenido reparo en adoptar esta doctrina defendida por la secta de los que se dicen discípulos de Orfeo, en una tragedia que el gobierno nunca ha impedido representar ni aplaudir.

He dicho mas arriba que hace cerca de un siglo se habian introducido nuevos dioses entre

los Atenienses; y debo añadir que en este intervalo de tiempo ha hecho tambien iguales progresos la incredulidad. Desde que los Griegos comenzaron á recibir las luces de la filosofía, algunos de ellos espantados de las irregularidades y escándalos de la naturaleza, no se espantaron menos de no hallar la solucion de esto en el sistema informe de religion que habian seguido hasta entonces.

Sucedieron las dudas á la ignorancia, y de aquí nacieron las opiniones licenciosas, abrazadas con ansia por la juventud; bien que sus autores vinieron á ser objeto del odio público. El pueblo decia de ellos que no habian sacudido el yugo de la religion, sino para abandonarse con mas libertad á sus pasiones; y así el gobierno se vió en la precision de tratarlos con rigor. Veamos como justifican su intolerancia.

Estando prescripto el culto público por una de las leyes fundamentales, y hallándose por tanto estrechamente ligado con la constitucion, todo el que le ofende, hace vacilar esta constitucion; y así toca á los magistrados conservar dicho culto, y oponerse á las novedades que se dirigen visiblemente á destruirle. No sujetan estos á su censura ni las historias fabulosas sobre el origen de los dioses, ni las opiniones de los filósofos sobre su naturaleza, ni aun las chanzas indecentes sobre las acciones que se les atri-

buyen; pero persiguen y hacen condenar á muerte á los que hablan ó escriben contra su existencia; á los que rompen con desprecio sus estatuas; y en fin á los que violan el secreto de los misterios autorizados por el gobierno.

De este modo, mientras se confia á los sacerdotes el cuidado de arreglar los actos exteriores de piedad, y á los magistrados la autoridad necesaria para mantener la religion, se permite á los poetas fabricar ó adoptar nuevas genealogías de los dioses, y á los filósofos tratar las cuestiones tan delicadas, como son la eternidad de la materia, y la formacion del universo, con tal que en ello eviten dos grandes escollos: uno el aproximarse á la doctrina enseñada en los misterios; y otro de sentar sin modificacion cualquier principio de que pudiera resultar necesariamente la ruina del culto establecido desde tiempo inmemorial. En ambos casos se procede contra ellos, como reos de impiedad.

Esta acusacion es tanto mas temible para la inocencia, cuanto mas veces ha servido de pretexto y de instrumento al odio, ademas de que inflama mas fácilmente el furor del pueblo, cuyo celo es mas cruel todavía que el de los magistrados y sacerdotes.

Todo ciudadano puede ser acusador, y denunciar al reo ante el arconte segundo, quien lleva la causa al tribunal de los heliastas, uno de los

principales de Atenas. Algunas veces se hace la acusacion en la junta del pueblo. Cuando toca en los misterios de Ceres, toma el senado conocimiento de ella, á no ser que el acusado instaure su instancia ante los Eumolpides; porque esta familia sacerdotal, empleada en todos tiempos en el templo de Ceres, conserva una jurisdiccion, que no se ejerce sino en punto á la profanacion de los misterios, y es en extremo severa. Los Eumolpides proceden conforme á leyes no escritas, cuyos intérpretes son y entregan el culpado, no solamente á la venganza de los hombres, sino tambien á la de los dioses; por lo cual rara vez se expone á los rigores de este tribunal.

Ha sucedido, que declarando el acusado á los cómplices, ha salvado su vida; mas no por eso queda menos inhabil para partícipar de los sacrificios, de las fiestas, de los espectáculos, y de los derechos de los demas ciudadanos. A esta nota infamatoria se añaden alguna vez ceremonias terribles, como son ciertas imprecaciones que los sacerdotes de diferentes templos pronuncian solemnemente, y en virtud de orden de los magistrades. Para ello se vuelven hácia el occidente, y sacudiendo sus vestidos de púrpura, ofrecen á los dioses infernales el reo y su posteridad. Todos están en la persuasion de que las furias se apoderan entonces de su corazon,

y no se sacia su rabia hasta extinguirse todo su linage.

La familia sacerdotal de los Eumolpides, manifiesta mas celo por la conservacion del culto y misterios de Ceres, que los otros sacerdotes por la religion dominante. Mas de una vez se les ha visto acusar á los delincuentes ante los tribunales de justicia. Sin embargo, es preciso decir en alabanza suya, que en ciertas ocasiones, lejos de coadyuvar al furor del pueblo, dispuesto á asesinar en el momento á algunos particulares, acusados de haber profanado los misterios, han exigido que se hiciese la condenacion segun las leyes. Entre estas hay una que se ha ejecutado algunas veces, y que bastaria á contener los odios mayores, si estos fueran capaces de freno; tal es la que ordena que perezca el acusador, ó el acusado: el primero si no prueba el delito; y el segundo, si se le prueba.

No me resta mas que citar las principales sentencias que han pronunciado los tribunales de Atenas, de cerca de un siglo acá, contra el crimen de impiedad.

El poeta Esquiles fué denunciado por haber revelado en una de sus tragedias la doctrina de los misterios. Su hermano Aminias, procuró mover á los jueces, mostrando las heridas que habia recibido en la batalla de Salamina; pero este medio no hubiera bastado, si Esquiles no

hubiese probado claramente, que no estaba iniciado. El pueblo le aguardaba á la puerta del tribunal para apedrearle.

El filósofo Diágoras de Melos, acusado de haber revelado los misterios, y negado la existencia de los dioses, se huyó. Se ofrecieron premios al que le entregase muerto ó vivo, y se grabó sobre una columna de bronce el decreto que le cubria de infamia.

Protágoras, uno de los sofistas mas ilustres de su tiempo, por haber comenzado una de sus obras con estas palabras: « no sé si hay dioses, « ó no, » fué acusado criminalmente, y huyó. Buscáronse sus escritos en las casas de los particulares, y fueron quemados en la plaza pública.

Pródico de Ceos fué condenado á beber la cicuta, por haber dicho que los hombres habian puesto en el número de los dioses á los seres que les eran útiles, como el sol, la luna, las fuentes, etc.

No atreviéndose la faccion contraria de Pericles á atacarle abiertamente, se resolvió á perderle por un medio indirecto. Era Pericles amigo de Anaxágoras, quien admitia una inteligencia suprema. En virtud de un decreto dado contra los que negasen la existencia de los dioses, fué preso Anaxágoras; y aunque logró algunos votos mas que su acusador, los debió á las súplicas

y lágrimas de Pericles, quien le hizo salir de Atenas. Sin el crédito de su protector, el mas religioso de los filósofos hubiera sido apedreado como ateo.

En tiempo de la expedicion de Sicilia, en el momento en que Alcibiades hacia embarcar las tropas de su mando, se vieron mutiladas en una noche las estatuas de Mercurio, que habia en diferentes cuarteles de Atenas. Difundióse por ella el terror inmediatamente. Se atribuyen miras mas profundas á los autores de esta impiedad, reputándolos de facciosos. Júntase el pueblo: preséntanse testigos, que hacen cargo á Alcibiades de haber desfigurado las estatuas, y ademas, de haber celebrado con los compañeros de su disolucion los misterios de Ceres en casas particulares. Entre tanto, como los soldados tomaban altamente el partido de su general, se suspendió el juicio; pero apenas llegó á Sicilia, cuando sus enemigos volvieron á la acusacion; multiplicáronse los delatores, y se llenaron las cárceles de ciudadanos, perseguidos por la injusticia. Muchos fueron condenados á muerte, y otros muchos habian huido.

Durante esta causa ocurrió un incidente, que manifiesta á qué punto llega la ceguedad del pueblo. Preguntado un testigo, que cómo habia podido conocer de noche á las personas que denunciaba, respondió: « á la claridad de la luna. »

Se probó que no la habia entonces. Consternáronse los hombres honrados; pero el furor del pueblo tomó mas ardor.

Citado Alcibiades ante este indigno tribunal, en el tiempo en que iba á apoderarse de Mesina, y acaso de toda la Sicilia, se negó á comparecer, y fué condenado á muerte. Vendiéronse sus bienes: se grabó sobre una columna el decreto que le proscribia, y hacia infame. Los sacerdotes de todos los templos recibieron orden para pronunciar contra él imprecaciones terribles. Todos obedecieron menos la sacerdotisa Teano, cuya respuesta merecia grabarse sobre la columna mas bien que el decreto del pueblo. « Yo « estoy aquí, dijo, para atraer las bendiciones « del cielo sobre los hombres, y no las maldi- « ciones. »

Habiendo ofrecido Alcibiades sus servicios á los enemigos de su patria, la puso á punto de perderse. Cuando se vió obligada á llamarle, se opusieron á su regreso los sacerdotes de Ceres; pero se les obligó á absolverle de las imprecaciones con que le habian cargado. Es notable la destreza con que se explicó el primero de estos ministros sagrados: « yo no he echado maldiciones « á Alcibiades, si era inocente. »

Algun tiempo despues sucedió el juicio de Sócrates, en el cual la religion fué únicamente un pretexto, como diré mas adelante.

Los Atenienses no son mas indulgentes con el sacrilegio. Las leyes condenan este delito con pena de muerte, y privan al delincuente de los honores de la sepultura. Esta pena, que filósofos ilustrados creen no ser muy grave, la extiende el falso celo de los Atenienses, aun á las faltas mas leves. ¿Se creerá que se ha visto condenar á muerte á unos ciudadanos por haber arrancado un arbolito en el bosque sagrado, y á otros por haber matado, no sé qué pájaro consagrado á Esculapio? Todavía referiré un hecho mas horroroso: habiéndose caido una hoja de oro de la corona de Diana, la recogió un niño tan tierno, que fué preciso hacer prueba de su discernimiento. Se le presentó de nuevo la hoja de oro con unos dados, un chupador, y una gran pieza de plata. Habiendo tomado el niño esta pieza, le declararon los jueces con bastante entendimiento para ser culpado, y le hicieron morir.

CAPITULO XXII.

VIAGE Á LA FOCIDE. JUEGOS PITICOS. EL TEMPLO Y ORACULO DE DELFOS.

****

Hablaré muchas veces de las fiestas de la Grecia, volviendo á menudo á tratar de estas solemnidades augustas, en donde se juntan los varios pueblos de este pais afortunado. Como se parecen tanto unas á otras, acaso se me notará de que repito las mismas pinturas. Pero los que describen las guerras de las naciones, ¿no presentan á nuestros ojos una serie uniforme de escenas sangrientas? ¿Y qué interes puede resultar de unas pinturas que solamente presentan á los

Devéria del. Couché fils sc.

EL ORÁCULO DE DELFOS.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY,

ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.

hombres, en las convulsiones del furor ó de la desesperacion? ¿No es mas util y mas dulce considerarlos en el seno de la paz y de la libertad, en aquellos combates en que se despliegan los talentos del espíritu y las gracias del cuerpo, en aquellas fiestas en que el gusto ostenta sus recursos, y el placer sus atractivos?

Estos instantes de felicidad diestramente proporcionados para suspender las divisiones de los pueblos, y arrancar á los particulares del sentimiento de sus pesares: estos instantes, que se gozan de antemano por la esperanza de verlos renacer, que se gozan despues que han pasado por la memoria que los perpetúa: yo los he disfrutado mas de una vez; y lo confieso, he vertido lágrimas de ternura al ver millares de mortales reunidos por un mismo interes, entregarse de acuerdo á la alegría mas viva, y dejar salir rápidamente aquellos sentimientos tan afectuosos, que son el mas bello espectáculo para una alma sensible. Tal es el que presenta la solemnidad de los juegos píticos, celebrados de cuatro en cuatro años en Delfos de la Fócide.

Salimos de Atenas á fines del mes elafebolion, del año tercero de la olimpiada ciento y cuatro*. Fuimos al istmo de Corinto, y habiéndonos embarcado en Pagas, entramos en el golfo de Crisa,

* A primeros de abril del año 361 antes de J. C.

el mismo dia en que se empezaba la fiesta *. Precedidos y seguidos de un gran número de barcos ligeros, llegamos á Cirra, ciudad pequeña, situada al pie del monte Cirfis. Entre este monte y el Parnaso, se extiende un valle, donde se celebran las carreras de caballos y de carros. Corre por allí el Plisto, atravesando risueñas praderas, que la primavera adornaba con sus colores. Despues de haber visto el Hipodromo, tomamos una de las sendas que van á Delfos.

La ciudad se ofrecia á la vista en anfiteatro á la caida del monte. Ya distinguiamos el templo de Apolo, y aquella prodigiosa multitud de estatuas que están sembradas en diferentes llanos, al traves de los edificios que hermosean la ciudad. Herido por los rayos del sol el oro de que muchas están cubiertas, despedia un resplandor que se difundia á lo lejos. Al mismo tiempo vimos caminar lentamente por el valle, y por las dos colinas, unas procesiones compuestas de jóvenes de uno y otro sexo, que parecia que se disputaban el premio de la magnificencia y hermosura. De lo alto de los montes, de las costas del mar llegaba infinita gente, que se apresuraba á entrar en Delfos; y la serenidad del dia, junta-

* Celebrábanse estos juegos en el año tercero de cada olimpiada, por los dias primeros del mes muniquion, que, en el año que yo elijo, comenzaba en el 14 de abril.

mente con la apacibilidad del aire que se respira en este clima, daban nuevos encantos á las impresiones que recibian nuestros sentidos por todas partes.

El Parnaso es una sierra de montes que se prolonga hácia el norte, y por la parte meridional remata en dos puntas: sobre ellas se halla la ciudad de Delfos, que no tiene mas que diez y seis estadios de circuito*. No está defendida por murallas, sino por precipicios que la cercan por las tres partes. Se la ha puesto bajo la proteccion de Apolo; y se asocian al culto de este dios algunas otras divinidades, que se llaman asistentes de su trono. Estas son Latona, Diana y Minerva la próvida. Sus templos están á la entrada de la ciudad.

En el de Minerva nos detuvimos un momento viendo en lo interior un escudo de oro, enviado por Creso, rey de Lidia, y en lo exterior una estatua colosal de bronce, consagrada á Minerva por los Marselleses de las Galias, en memoria de las ventajas que habian llevado sobre los Cartagineses. Despues de haber pasado por cerca del gimnasio, nos hallamos á la orilla de la fuente Castalia, cuyas aguas santas sirven para purificar, tanto á los ministros del altar, como á los que vienen á consultar el oráculo. Desde

* Mil quinientas y doce toesas: (2,416 pasos.)

allí subimos al templo de Apolo, que está situado en la parte mas alta de la ciudad, rodeado de un vasto muro, y lleno de ofrendas preciosas hechas á la deidad.

Los pueblos y reyes que reciben respuestas favorables, los que ganan victorias, los que se libertan de los males que les amenazaban, se creen obligados á levantar en estos sitios monumentos de gratitud. Los particulares coronados en los juegos públicos de la Grecia, los que son útiles á su patria por sus servicios, ó la ilustran con sus talentos, logran en este mismo recinto monumentos de gloria. Aquí es donde se ve uno rodeado de un pueblo de heroes; aquí es donde todo recuerda los sucesos mas memorables de la historia, y donde el arte de la escultura ostenta su esplendor mas que en ninguna otra parte de la Grecia.

Cuando íbamos á recorrer esta inmensa coleccion, un habitante de Delfos, llamado Cleon, se ofreció á servirnos de guia. Este era uno de aquellos intérpretes del templo, que no tienen mas oficio que satisfacer la curiosidad ansiosa de los extrangeros. Extendiéndose Cleon en explicar los menores detalles, apuró mas de una vez su ciencia y nuestra paciencia. Compendiaré su relacion, y descartaré todo lo maravilloso con que procuraba adornarla.

Lo primero que hallamos á la entrada del re-

cinto, fué un soberbio toro de bronce. Este toro, decia Cleon, fué enviado por los de Corcira; y es obra de Teopropo, natural de Egina. Estas nueve estatuas que veis mas allá, las presentaron los Tegeates, despues que vencieron á los Lacedemonios; y en ellas reconocereis á Apolo; á la Victoria, y á los antiguos heroes de Tegea. Las que están enfrente las dieron los Lacedemonios, despues que Lisandro batió cerca de Efeso la armada de Atenas. Las siete primeras representan á Castor y Polux, Júpiter, Apolo, Diana, y Lisandro que recibe una corona de mano de Neptuno: la octava es por Abas, que hacia las funciones de adivino en la armada de Lisandro; y la nona por Hermon, piloto de la galera que mandaba el general. Habiendo ganado Lisandro poco tiempo despues otra accion naval á los Atenienses, cerca de Egos-Potamos, enviaron los Lacedemonios luego á Delfos las estatuas de los principales oficiales de la armada, y las de los gefes de los aliados, las cuales son veinte y ocho, y las veis detras de las que acabo de decir.

Este caballo de bronce es un regalo de los Argivos. En una inscripcion grabada en el pedestal, leereis, que las estatuas que le rodean, se hicieron con la décima parte de los despojos quitados á los Persas por los Atenienses en la batalla de Maraton. Son trece todas de mano de Fidias. Notad bajo qué rasgos ofrece á nuestros

ojos á Apolo, á Minerva, á Teseo, á Codro, y á muchos de aquellos atenienses, que merecieron dar sus nombres á las diez tribus de Atenas. En medio de estos dioses y heroes, brilla Milciades, que ganó la batalla.

Las naciones que hacen estas ofrendas, añaden muy de ordinario á las imágenes de sus generales, las de los reyes y particulares, que en tiempos antiguos eternizaron su gloria. Teneis un nuevo ejemplo en este monton de veinte y cinco ó treinta estatuas que los Argivos han dedicado en diversos tiempos por varias victorias. Esa es la de Danao, el rey mas poderoso de Argos: esta la de Hipermenestra, su hija: esta otra la de Linceo, su yerno. Ved aquí los principales gefes, que siguieron á Adrasto, rey de Argos, á la primera guerra de Tebas: notad aquí los que sobresalieron en la segunda: ved aquí á Diómedes, Stenelo, y Anfiarao en su carro, con su pariente Baton, que lleva las riendas de los caballos.

No podeis dar un paso, sin que os detengan las obras maestras del arte. Estos caballos de bronce, estas cautivas gimiendo, son obra de Ageladas de Argos, y regalo de los Tarentinos de Italia. Esta figura representa á Triopas, fundador de los Cnidios en Caria. Estas estatuas de Latona, de Apolo y de Diana, que arrojan flechas á Titio, son ofrendas del mismo pueblo.

Este pórtico donde están colgados tantos tajamares de galeras y escudos de bronce, fué edificado por los Atenienses. Ved aquí la roca donde se dice que pronunciaba sus oráculos una antigua sibila, llamada Herófila. Esta figura cubierta con una coraza y cota de armas, fué enviada por los de Andros, y representa á Andreo su fundador. Los Focenses han ofrecido este Apolo, como tambien esta Minerva, y esta Diana: los de Farsalia de la Tesalia esta estatua ecuestre de Aquiles: los de Macedonia este Apolo que tiene una cierva: los Cireneos este carro, en que ostenta Júpiter con la magestad conveniente al señor de los dioses; en fin, los vencedores de Salamina esta estatua de doce codos*, que tiene en la mano un adorno de navío, y veis cerca de la estatua dorada de Alejandro, rey de Macedonia**.

Entre este gran número de monumentos se han edificado muchos edificios pequeños, adonde los pueblos y los particulares traen sumas considerables, ya sea para ofrecerlas á los dioses, ya para depositarlas como en lugar seguro. Cuando quedan en calidad de depósito, se cuida de escribir en él el nombre de los sugetos á quienes per-

* Diez y siete pies. (Cerca de 20 pies de España.)

** Este es Alejandro primero, uno de los predecesores de Alejandro el Grande.

tenece, para que puedan sacarle en caso de necesidad.

Recorrimos los tesoros de los Atenienses, de los Tebanos; de los Cnidios, de los Siracusanos, etc., y nos convencimos de que no era exageracion lo que nos habian dicho, que hallariamos mas oro y plata en Delfos, que la que se halla en el resto de la Grecia.

El tesoro de los de Sicione nos ofreció, entre otras singularidades, un libro de oro, que habia presentado una muger llamada Aristómaca, quien en los juegos istmios habia ganado el premio de poesía. En el de los Sifnios vimos una gran porcion de oro, que provenia de las minas que en otro tiempo beneficiaban en su isla; y en el de los habitantes de Acanto obeliscos de hierro, presentados por una cortesana llamada Ródope. ¿Es posible, exclamé, que Apolo haya aceptado semejante homenage? — Extrangero, me respondió un griego desconocido para mí, ¿eran mas puras las manos que ofrecieron estos trofeos? Acabais de leer sobre la puerta del asilo en que estamos: *los habitantes de Acanto vencedores de los Atenienses;* en otra parte: *los Atenienses vencedores de los Corintios; los Focenses de los Tesalos; los Orneates de los Sicionios,* etc. Estas inscripciones se escribieron con la sangre de cien mil griegos: el dios no se ve rodeado sino de monumentos de nuestro furor, ¿y os espan-

tais de que sus sacerdotes acepten la ofrenda de una ramera?

El mas rico tesoro de todos es el de los de Corinto. Se guarda en él la principal parte de las ofrendas que han hecho diferentes príncipes al templo de Apolo. Hallamos allí los magníficos presentes de Giges, rey de Lidia, entre los cuales sobresalen seis cráteres grandes de oro *, que pesan treinta talentos **.

* Los cráteres eran unos vasos grandes de figura de copas, en los cuales se mezclaba el vino con el agua.

** Para reducir los talentos de oro á talentos de plata, me valdré de la proporcion de uno á trece, como era en tiempo de Heródoto; y para valuar los talentos de plata seguiré las tablas que he puesto al fin de esta obra. Se han arreglado sobre el talento ático, y suponen que la dracma de plata pesaba setenta y nueve granos. Es posible que en tiempo de este historiador tuviese dos ó tres granos mas, y basta advertirlo. Las ofrendas de oro, cuyo peso nos ha conservado Heródoto, son las siguientes:

	MONEDA	
	francesa.	*española.*
	lib.	rs. vn.
Seis copas ó cráteres grandes, cada una del peso de treinta talentos, que valian trescientos noventa talentos de plata; y de nuestra moneda.....	2,106,000	7,845,882
Un leon de peso de diez talentos, que valian ciento y treinta talentos de plata.....	702,000	2,615,294
Ciento diez y siete semi-plintos, con peso de doscientos treinta y dos talentos, que valian tres mil y diez y seis talentos de plata.....	16,286,400	60,674,823
Para la vuelta.....	19,094,400	71,136,999

La liberalidad de este príncipe, nos dijo Cleon, fué oscurecida luego por la de Creso, uno de sus sucesores. Habiendo consultado este último al oráculo, quedó tan satisfecho de su respuesta, que envió á Delfos, 1° ciento diez y siete semi-plintos de oro *, de un palmo de grueso, la mayor parte de seis palmos de largo, y tres de ancho, cada uno de los cuales pesaba dos talentos, menos cuatro, que pesaban uno y medio. Los vereis en el templo. Por su disposicion servian de base á un leon del mismo metal, que cayó en el incendio del templo, sucedido

	MONEDA	
	francesa.	*española.*
	lib.	r. vn.
De la vuelta.....	19,094,400	71,135,999
Una estatua de ocho talentos de peso, que valia ciento y cuatro talentos de plata.....	561,600	2,092,235
Un crater de ocho talentos y cuarenta y dos minas de peso, y valia ciento y trece talentos y seis minas de plata....	610.740	2,275,305
A estas ofrendas añade Diodoro trescientas sesenta ampollas de oro, cada una del peso de dos minas; lo que hacia el peso de doce talentos de oro, que valian ciento cincuenta y seis talentos de plata.....	842,400	3,138,353
TOTAL.....	21,109,140	78,641,892

En lo demas se hallan algunas diferencias entre los cálculos de Heródoto y de Diodoro Sículo; pero esta discusion seria muy larga.

* Comunmente se entiende por plinto un miembro de arquitectura, que tiene la figura de una tablita cuadrada.

algunos años despues. Ahí le estais viendo. Entonces pesaba diez talentos; pero como el fuego le echó á perder, ahora no pesa mas de seis y medio.

2º. Dos grandes cráteres, uno de oro, que pesa ocho talentos y cuarenta y dos minas; y el otro de plata, que puede contener seiscientas ánforas. Habeis visto el primero en el tesoro de los Clazomenios: vereis el segundo en el vestíbulo del templo.

3º. Cuatro vasos de plata, en forma de toneles, de una capacidad muy considerable: los veis todos cuatro en este lugar.

4º. Dos jarros grandes, uno de oro y otro de plata.

5º. Una estatua de oro, que, segun dicen, representa la muger que amasaba el pan para este príncipe. Esta estatua tiene tres codos de alto, y pesa ocho talentos.

6º. A estas riquezas añadió Creso muchas barras de plata, los collares y cinturones de su esposa, y otros presentes no menos preciosos.

Luego nos enseñó Cleon un crater de oro, que la ciudad de Roma, en Italia, habia enviado á Delfos. Tambien nos enseñaron el collar de Helena. Contamos ya en el templo, ya en diferentes tesoros, trescientas sesenta ampollas de oro, que cada una pesaba dos minas *.

* Tres marcos, tres onzas, tres gruesos, y treinta y dos granos: (5 marcos, 5 onzas, 1 ochava, y 24 granos de España).

Todos estos tesoros con otros, de que no hago mencion, valen sumas inmensas, segun se puede juzgar por el hecho siguiente. Algun tiempo despues de nuestro viage á Delfos se apoderaron los Focenses del templo, y se valuaron en mas de diez mil talentos* las materias de oro y plata que hicieron fundir.

Despues de haber salido del tesoro de los Corintios, continuamos recorriendo los monumentos del recinto sagrado. Ved aquí, nos dijo Cleon, un grupo que debeis mirar con atencion. Ved con que furor se disputan una trípode Apolo y Hércules; con qué interes quieren Latona y Diana detener al primero, y Minerva al segundo. Estas tres estatuas, hechas por tres artistas de Corinto, fueron ofrecidas por los Focenses. Esta trípode guarnecida de oro, sostenida por un dragon de bronce, fué ofrecida por los Griegos despues de la batalla de Platea. Los Tarentinos de Italia, despues de lograr algunas ventajas contra sus enemigos, enviaron estas estatuas ecuestres, y estas otras de á pie, las cuales representan los gefes principales de los vencedores y de los vencidos. Los habitantes de Delfos dieron este lobo de bronce que veis cerca del altar mayor: los Atenienses esta palma y esta

* Mas de cincuenta y cuatro millones (mas de 201 millones de rs. vn.).

Minerva del mismo metal. La Minerva, como tambien los dátiles de la palma, estaba dorada antes; pero hácia el tiempo de la expedicion de los Atenienses á Sicilia, los cuervos presagiaron su derrota, arrancando los dátiles, y horadando el escudo de la diosa.

Viendo Cleon que nosotros dábamos muestras de dudar del hecho, añadió para confirmarlo: ¿esta columna puesta cerca de la estatua de Hieron, rey de Siracusa, no se cayó en el dia mismo de la muerte de este príncipe? ¿Los ojos de la estatua de este esparciata no se saltaron algunos dias antes de que muriese en el combate de Leuctres? ¿Por el mismo tiempo no desaparecieron por sí mismas las dos estrellas que Lisandro habia consagrado aquí en honor de Castor y Polux?

Estos ejemplos nos llenaron de tal espanto, que temerosos de que Cleon nos añadiese otros, tomamos el partido de dejarle en pacífica posesion de sus fábulas. Reparad, añadió, en las piezas de marmol que cubren el terreno que pisais. Aquí está el punto medio de la tierra, igualmente distante del oriente y del poniente. Se dice que para conocerle, despachó Júpiter desde estas extremidades del mundo dos águilas que se encontraron puntualmente en este sitio.

Cleon no nos hablaba de ninguna inscripcion,

atendia con preferencia á los oráculos que la sacerdotisa habia pronunciado, y se ha tenido cuidado de exponer á la vista del público, haciéndonos notar aquellos que se habian verificado.

Entre las ofrendas de los reyes de Lidia se me olvidó hablar de una gran copa que habia enviado Aliate, y cuyo pie excita todavía la admiracion de los Griegos, acaso porque prueba la novedad de las artes entre ellos. Es de hierro, de figura de torre, mas ancha por abajo que por arriba; toda está calada, y se ven muchos animalitos jugueteando al traves de las hojas que la adornan. Sus varias piezas no están unidas con clavos: es una de las primeras obras en que se ha empleado la soldadura. Se atribuye á Glauco de Quio, que vivia hace poco mas de dos siglos, y fué el primero que halló el secreto de soldar el hierro.

Otros muchísimos monumentos habian llamado nuestra atencion. Vimos allí la estatua del retórico Gorgias, y otras innumerables de los vencedores en los diferentes juegos de la Grecia. Si es admirable la magnificencia de tantas ofrendas reunidas en Delfos, no lo es menos la excelencia del arte; porque casi todas han sido ofrecidas en el siglo pasado ó en este, y la mayor parte son obra de los escultores mas hábiles que han florecido en estos dos siglos.

Desde el recinto sagrado entramos en el templo, que fué edificado ciento y cincuenta años hace *. Habiéndose quemado el que habia antes, ordenaron los anfictiones ** que se reedificase; y el arquitecto Espintaro de Corinto se obligó á darle concluido por la cantidad de trescientos talentos ***. Las tres cuartas partes de esta suma se exigieron de diversas ciudades de la Grecia, y la otra cuarta parte de los habitantes de Delfos, quienes para dar su contingente, hicieron una cuesta hasta en los paises mas remotos. Una familia de Atenas costeó el gasto de los adornos que no entraban en el primer proyecto.

El edificio es de una piedra hermosa; pero el frontispicio es de marmol de Paros. Dos escultores de Atenas representaron sobre el fronton á Diana, Latona, Apolo, las Musas, Baco, etc. Los capiteles de las columnas están cargados de muchas especies de armas doradas, y sobre todo de los escudos que ofrecieron los Atenienses en memoria de la batalla de Maraton.

El vestíbulo está adornado de pinturas que re-

* Hácia el año 513 antes de J. C.

** Estos eran diputados de las ciudades, que se juntaban todos los años en Delfos, y tenian la inspeccion del templo, segun se verá mas adelante.

*** Un millon y seiscientas y veinte mil libras: (6,035,294 rs. vn.); pero siendo entonces mayor el talento, que lo fué despues, se puede aumentar la evaluacion.

presentan el combate de Hércules con la Hidra; el de los gigantes con los dioses; el de Belerofonte con la Quimera. Tambien se ven allí altares, un busto de Homero, vasos de agua lustral, y otros vasos grandes, en los que se mezcla con el agua el vino, para hacer las libaciones. Se leen en las paredes algunas sentencias que, se dice, dictaron los siete sabios de la Grecia, las cuales contienen reglas para la vida, y son como avisos que dan los dioses á los que vienen á adorarlos, como si les dijeran: *conócete á tí mismo; nada de mas; la desgracia te sigue de cerca.*

Una palabra de dos letras, puesta sobre la puerta, da lugar á varias interpretaciones; pero los intérpretes mas hábiles descubren en ella un sentido profundo. Significa en efecto, *vós sois.* Esta es una confesion de nuestra nada, y un homenage digno de la divinidad, á quien solo pertenece la existencia.

En el mismo parage leimos sobre una tablilla colgada de la pared estas palabras escritas con letras grandes: *nadie se acerque á estos lugares si no tiene puras las manos.*

No me detendré en describir las riquezas de lo interior del templo; pues se puede juzgar de ellas por las del exterior: solamente diré que hay una estatua colosal de Apolo, de bronce, consagrada por los anfictiones; y que entre otras muchas estatuas de los dioses, se guarda y

manifiesta á la veneracion del público la silla en que Píndaro cantaba los himnos que habia compuesto en loor de Apolo. Digo esto para que se vea hasta donde los Griegos saben honrar los talentos.

En el santuario están una estatua de Apolo en oro, y aquel antiguo oráculo de cuyas respuestas ha pendido tantas veces el destino de los imperios. Su descubrimiento se debió á la casualidad. Habiéndose acercado unas cabras que andaban por las rocas del monte Parnaso, á un respiradero, de donde salian exhalaciones malignas, se dice que repentinamente fueron agitadas de movimientos extraordinarios y convulsivos. El pastor y los habitantes de los lugares inmediatos, que acudieron á ver el prodigio, respiraron el mismo vapor, experimentaron los mismos efectos, y en aquel delirio pronunciaron palabras sueltas. Luego al punto las tuvieron por predicciones, y el vapor de la cueva por un soplo divino que explicaba lo futuro *.

En este templo hay empleados muchos ministros. El primero que se ofrece á los ojos de los

* Este vapor era una especie de mofeta, que no se levantaba mas que hasta cierta altura. Parece que en torno del respiradero, habian levantado el suelo, y por eso se dice que se bajaba á él. Hallándose pues la trípode metida en este hondo, es facil entender como el vapor podia llegar á la sacerdotisa, sin hacer daño á los circunstantes.

extrangeros, es un joven comunmente criado á la sombra de los altares, obligado á vivir siempre en rigurosa continencia, y encargado de velar sobre la limpieza y decoracion de los lugares santos. Luego que amanece, va con los que trabajan á sus órdenes, á coger ramos de laurel en un bosque sagrado, para formar coronas, que cuelga de las puertas, de las paredes, al rededor de los altares, y de la trípode sobre que pronuncia sus oráculos la Pitia; saca agua de la fuente Castalia para llenar los vasos que hay en el vestíbulo, y hacer aspersiones en lo interior del templo; toma despues su arco y su aljaba para ahuyentar las aves que vienen á posarse en el techo de este edificio ó en las estatuas que hay en el recinto sagrado.

Los profetas ejercen un ministerio mas elevado; mantiénense inmediatos á la Pitia; recogen sus respuestas; las ordenan; las interpretan, y algunas veces las confian á ministros subalternos que las ponen en verso.

Los que se llaman los santos, que son cinco, participan de las funciones de los profetas. Este sacerdocio es perpetuo en su familia, que pretende traer su origen de Deucalion. Algunas mugeres de cierta edad están encargadas de no dejar apagarse nunca el fuego sagrado que conservan con madera de pino. Una multitud de sacrificadores, de augures, de arúspices y de ofi-

ciales subalternos aumentan la magestad del culto, y apenas bastan para satisfacer el ahinco de los extrangeros que vienen á Delfos de todas las partes del mundo.

Ademas de los sacrificios ofrecidos en accion de gracias, ó para expiar las faltas, ó para implorar la proteccion del dios, hay otros que deben preceder á la respuesta del oráculo, y son precedidos de diversas ceremonias.

Mientras nos instruian en estas menudencias, vimos llegar al pie de la montaña, y en el camino que se llama la via sacra, una gran porcion de carros llenos de hombres, mugeres y niños, que echando pie á tierra formaron sus filas, y se encaminaron hácia el templo, entonando ciertos cánticos. Esta gente venia del Peloponeso á ofrecer al Dios las ofrendas de los pueblos que allí habitan. La teoría, ó procesion de los Atenienses, venia tras ellos, y á esta seguian las diputaciones de otras muchas ciudades, distinguiéndose entre ellas la de la isla de Quio, compuesta de cien mancebos.

En mi viage á Delos hablaré mas largamente de estas diputaciones, de la magnificencia que ostentan; de la admiracion que excitan, y del lustre que dan á las fiestas, adonde concurren. Las que vinieron á Delfos, se colocaron al rededor del templo, presentaron sus ofrendas, y cantaron en loor de Apolo himnos, acompaña-

dos con bailes. Sobresalió el coro de los Atenienses por la hermosura de sus voces, y por su destreza en la ejecucion. Cada instante ofrecia escenas interesantes y rápidas. ¿Cómo podré describirlas? ¿Cómo representar aquellos movimientos, aquellos conciertos, aquellos gritos, aquellas ceremonias augustas, la alegría tumultuosa, la multitud de objetos, que comparados unos con otros se prestaban nuevos encantos?

Fuimos arrebatados al teatro, donde se daban los combates de poesía y de música, á que presidian los anfictiones. Ellos son los que en diferentes tiempos han establecido los juegos que se celebran en Delfos, y tienen á su cargo el gobierno de ellos; conservan el buen orden, y decretan la corona al vencedor. Entraron en la lid muchos poetas. El asunto del premio es un himno á Apolo, que debe cantar el mismo autor acompañándose con la cítara. La hermosura de la voz, y el arte en sostenerla con armoniosas consonancias, influyen tanto en la opinion de los jueces y de los concurrentes, que por no haber tenido estas dos prendas, fué en otro tiempo excluido Hesiodo del concurso; y por haberlas poseido en grado eminente, han logrado el premio otros autores, aun cuando ofreciesen obras que ellos no habian compuesto. Los poemas que oimos, tenian muchas bellezas.

El que fué coronado, recibió aplausos repetidos hasta el punto que los heraldos se vieron precisados á imponer silencio. Despues se vieron venir los tocadores de flauta.

El asunto que se acostumbra proponerles, es el combate de Apolo con la serpiente Piton. Es necesario que en su composicion se puedan distinguir las cinco principales circunstancias del combate. La primera parte es un preludio: la accion se empeña en la segunda; se anima, y se termina en la tercera; en la cuarta se oyen los gritos de la victoria; y en la quinta los silbidos del monstruo antes de espirar. Apenas adjudicaron el premio los anfictiones, cuando pasaron al Estadio, donde se iba á dar principio á las carreras de á pie. Se propuso una corona para el que llegase antes al término; otra para los que la corriesen dos veces; y otra para los que la corriesen dos veces seguidas; y esto es lo que se llama carrera sencilla, doble y larga. Vimos suceder á estos varios ejercicios, la carrera de los niños, la de los hombres armados, la lucha, el pugilato y otros muchos combates, que describiremos hablando de los juegos olímpicos.

En otro tiempo se presentaba á los vencedores cierta cantidad de dinero; pero cuando se ha querido honrarlos mas, no se les ha dado mas que una corona de laurel.

Nosotros cenamos con los teoros ó diputados de Atenas. Algunos se proponian consultar al oráculo, que debia responder á sus preguntas á la mañana siguiente; porque nadie puede acercarse á él sino en ciertos dias del año; y la Pitia no se pone en la trípode mas que una vez al mes. Tambien nos resolvimos nosotros á consultarla, no mas que por curiosidad, y sin confianza alguna en sus respuestas.

Por la noche la juventud de Delfos andaba por las calles cantando versos á la gloria de los que acababan de ser coronados; todo el pueblo hacia resonar los aires con largos y tumultuosos aplausos; la naturaleza entera parece que participaba del triunfo de los vencedores. Aquellos ecos numerosos que descansan en las cercanías del Parnaso, despertados repentinamente al ruido de las trompetas, y llenando con sus voces las cavernas y los valles, se comunicaban, y llevaban á lo lejos las ruidosas expresiones de la alegría pública.

Al dia siguiente fuimos al templo; dimos por escrito nuestras preguntas, y esperamos á que la suerte decidiese el momento en que debiamos acercarnos á la Pitia. Luego que nos avisaron, la vimos pasar por el templo, acompañada de algunos profetas, poetas y santos, que entraron con ella en el santuario. Parecia triste, decaida, y como si la llevasen por fuerza, cual una víc-

tima al sacrificio. Iba masticando laurel, y al pasar echó algunas hojas de él mezcladas con harina de cebada en el fuego sagrado; tenia una corona en la cabeza, y ceñida la frente con una venda.

En otro tiempo no habia en Delfos mas que una Pitia; pero luego que se aumentó el concurso de gentes á este oráculo, se pusieron tres, y se decidió que tuviesen mas de cincuenta años, despues que un tesalo robó una de estas sacerdotisas. Hacen su servicio por turno. Son escogidas de entre las de Delfos, y en la clase mas baja. Comunmente son mugeres pobres, sin educacion, ni experiencia; de costumbres muy puras, y de poco talento. Deben vestir sencillamente, no perfumarse nunca con esencias, y pasar la vida en el ejercicio de las prácticas religiosas.

Eran muchos los extrangeros que se proponian consultar al oráculo. El templo estaba rodeado de víctimas, que espiraban bajo el sagrado cuchillo; y cuyos alaridos se mezclaban con el cántico de los himnos. El impaciente deseo de conocer lo futuro se pintaba en los ojos de todos, juntamente con la esperanza y el temor, que son inseparables de él.

Uno de los sacerdotes se encargó de prepararnos. Despues de purificarnos con el agua santa, ofrecimos un toro y una cabra. Para que este

sacrificio fuese agradable á los dioses, era preciso que el toro comiese, sin pararse, la harina que se le presentaba; era necesario que despues de echar agua fria sobre la cabra, se la viese temblar por algunos instantes. No nos dieron razon alguna de estas ceremonias; pero cuanto mas inexplicables son, tanto mas respeto inspiran. Habiendo justificado el suceso la pureza de nuestras intenciones, entramos en el templo coronados de laurel, y con un ramo rodeado de una cinta de lana blanca en las manos. Este es el símbolo con que los suplicantes se acercan al altar.

Fuimos introducidos en una capilla, en donde en ciertos momentos que, segun se dice, no son ni previstos, ni ordenados por los sacerdotes, se respira repentinamente un olor en extremo suave. Se cuida de hacer observar á los extrangeros este prodigio.

Poco despues vino el sacerdote á buscarnos, y nos llevó al santuario, especie de caverna profunda, cuyas paredes están adornadas con varias ofrendas. Acababa de desatarse una cinta, en que estaban bordadas coronas y victorias. Al principio nos costaba trabajo distinguir los objetos; porque el incienso y otros perfumes que se quemaban allí continuamente, llenaban todo de un humo espeso. En el medio hay un respiradero, del cual sale la exhalacion profeti-

ca. Se va hasta él por un pendiente insensible; mas no se le puede ver, porque está cubierto con una trípode tan rodeada de coronas y ramos de laurel, que no puede difundirse afuera el vapor.

La Pitia, fatigadísima ya, se negaba á responder á nuestras preguntas. Los ministros que la rodeaban, empleaban alternativamente las amenazas y la violencia. En fin, cediendo á sus esfuerzos, se puso en la trípode, despues de haber bebido una agua que mana en el santuario, y que, segun dicen, sirve para descubrir lo futuro.

Apenas bastarian los colores mas vivos para pintar los rebatos que se apoderaron de ella repentinamente. Vimos inchársele el pecho, y ponerse encarnado, y luego pálido su semblante: todos sus miembros se agitaban con movimientos involuntarios; pero no se le oian mas que gritos lamentables y dilatados gemidos. Luego centelleando los ojos, arrojando espuma por la boca, erizados los cabellos, no pudiendo resistir mas al vapor que la ahogaba, ni arrojarse de la trípode, en donde la tenian los sacerdotes, rasgó su venda, y entre los mas terribles ahullidos, pronunció algunas palabras que recogieron con ahinco los sacerdotes. En seguida las pusieron en orden, y nos las dieron por escrito. Yo habia preguntado si tendria la desgracia de so-

brevivir á mi amigo. Sin concertarse conmigo, habia hecho Filotas la misma pregunta. La respuesta era oscura y equívoca, y la hicimos pedazos al salir del templo.

Entonces nos llenamos de indignacion y de lástima, culpándonos con amargura del estado funesto á que habiamos reducido aquella infeliz sacerdotisa. Ejerce funciones odiosas, que han costado la vida á muchas de sus semejantes. Los ministros lo saben, y no obstante los hemos visto multiplicar y contemplar á sangre fria los tormentos que la abrumaban. Lo que mas irrita es, que un vil interes endurezca sus corazones; porque sin los furores de la Pitia la consultarian menos, y serian menos abundantes las liberalidades de los pueblos; pues cuesta mucho obtener la respuesta del dios. Los que no le tributan mas que un homenage sencillo, deben á lo menos poner sobre el altar tortas y otras ofrendas: los que quieren saber lo futuro, deben sacrificar animales. Hay gentes que en tales ocasiones no se corren de ostentar el mayor fausto. Como quedan para los ministros del templo muchas víctimas, ya las desechen, ya las admitan, basta la mas mínima irregularidad que descubran, para excluirlas; y se han visto arúspices mercenarios escudriñar las entrañas de un animal, quitar las partes integrantes, y hacer comenzar de nuevo el sacrificio.

Sin embargo este tributo impuesto durante todo el año á la credulidad de los hombres, y exigido severamente por los sacerdotes, que forman de él su renta principal; este tributo, digo, es infinitamente menos peligroso, que la influencia de sus respuestas en los asuntos públicos de la Grecia y del resto del mundo. Es preciso lamentarse de los males del género humano, al pensar que ademas de los prodigios fingidos con que los habitantes de Delfos hacen un tráfico continuo, se pueden lograr, á precio de dinero, respuestas de la Pitia; y que de este modo una palabra dictada por sacerdotes corrompidos, y pronunciada por una muger mentecata, basta para suscitar guerras sangrientas, y desolar todo un reino.

El oráculo exige que se hagan á los dioses los debidos honores; pero no prescribe regla alguna sobre ello; y cuando se le pregunta que cuál es el mejor culto, responde siempre: conformate con el que está admitido en tu pais. Exige tambien que sean respetados los templos, y pronuncia penas severísimas contra los profanadores, ó usurpadores de sus bienes. Voy á citar un ejemplo.

La llanura que se extiende desde el monte Parnaso hasta el mar, pertenecia, hace como dos siglos, á los habitantes de Cirra; y el modo de despojarlos de ella, manifiesta bastante la espe-

cie de venganza que se ejecuta aquí contra los sacrílegos. Imputáronles que exigian contribuciones á los Griegos que desembarcaban en sus puertos para ir á Delfos, y que habian hecho incursiones en algunas tierras que pertenecian al templo. Consultado el oráculo por los anfictiones en punto al género de suplicio que merecian los culpados, mandó que se les persiguiese de dia y de noche; que se talase su pais, y se les hiciese esclavos. Al punto corrieron muchas naciones á las armas; Fué arrasada la ciudad, y el puerto inutilizado; sus habitantes fueron degollados, ó encadenados; y habiendo consagrado sus ricas campiñas al templo de Delfos, se hizo juramento de no cultivarlas, de no edificar en ellas casas, y se pronunció esta imprecacion terrible: « que los particulares, ó los pueblos que se « atrevan á quebrantar este juramento, sean exe- « crables á los ojos de Apolo y de las demas divi- « nidades; que no den fruto sus tierras; que sus « mugeres y sus rebaños no produzcan mas que « monstruos; que ellos perezcan en los combe- « tes; que salgan mal de todas sus empresas; que « se acabe con ellos su generacion; y que « mientras vivan, Apolo y las demas divinidades « desechen con horror sus votos y sacrificios. »

Por la mañana bajamos al llano para ver las corridas de caballos y carros. El Hipodromo (este es el nombre que dan al espacio que se debe

correr) es tan grande, que algunas veces se ven hasta cuarenta carros disputarse la victoria. Nosotros vimos partir de la barrera diez á la vez, y de ellos volvieron muy pocos, porque los demas se hicieron pedazos contra la meta, ó en el medio de la carrera.

Acabadas las corridas, subimos á Delfos para ver los honores fúnebres que la teoría de los Enianes debia hacer á los manes de Neoptolemo, y de la ceremonia que debia precederles. Este pueblo, que cuenta á Aquiles en el número de sus reyes antiguos, y que honra especialmente la memoria de este heroe y de su hijo Neoptolemo, habita cerca del monte Eta en Tesalia. Cada cuatro años envia una diputacion á Delfos, no solamente para ofrecer sacrificios á las divinidades de estos lugares, sino tambien para hacer libaciones y oraciones sobre el sepulcro de Neoptolemo, que murió aquí al pie de los altares á manos de Orestes, hijo de Agamenon. El dia antes habia cumplido el primero de estos deberes, y ahora iba á cumplir el segundo.

Un mancebo rico de Tesalia, llamado Polifron, estaba al frente de la teoría. Como pretendia ser descendiente de Aquiles, quiso presentarse con el esplendor que pudiese justificar á los ojos del pueblo tan alta pretension. Abria la marcha una hecatombe compuesta efectivamente de cien bueyes, unos con las astas doradas, y otros lle-

vaban por adorno coronas y guirnaldas de flores. Eran conducidos por otros tantos tesalos vestidos de blanco, que llevaban hachas al hombro. Seguíanse otras víctimas interpoladas de trecho en trecho con músicos tocando diversos instrumentos. Venian luego varias doncellas, cuya hermosura atraia las miradas de todos; las que caminaban á compas cantando himnos en loor de Tetis, madre de Aquiles, y llevando en las manos y en la cabeza canastillos con flores, frutas y aromas preciosos: seguíanse á ellas cincuenta mancebos de Tesalia montados en soberbios caballos, que blanqueaban sus frenos con espuma, sobresaliendo entre todos Polifron, tanto por la gallardía de su persona, como por la riqueza de sus vestidos. Así que estuvieron delante del templo de Diana, salió la sacerdotisa, presentándose con el ademan y atributos de la diosa, con una aljaba al hombro, y en las manos un arco, y una hacha encendida. Subió en un carro, y cerró la marcha, que continuó en el mismo orden hasta el sepulcro de Neoptolemo, situado en un cercado á la izquierda del templo.

Los tesalos de á caballo dieron tres vueltas al rededor: las doncellas de Tesalia despidieron dilatados gemidos, y los otros diputados gritos de dolor. Un momento despues se dió la señal, y todas las víctimas cayeron al rededor del altar. Cortáronles las extremidades, y las pusieron so-

bre una grande pira. Los sacerdotes, despues de haber rezado algunas oraciones, hicieron libaciones sobre la pira, y Polifron le puso fuego con el hacha que habia recibido de mano de la sacerdotisa de Diana. Despues se dieron á los ministros del templo los derechos que les pertenecian de las víctimas, y se reservó lo demas para un banquete, á que fueron convidados los sacerdotes, los principales habitantes de Delfos, y los teoros ó diputados de las demas ciudades de la Grecia. Nosotros fuimos admitidos á este banquete; pero antes de ir á él, pasamos al Lesqué que teniamos á la vista.

Este es un edificio ó pórtico llamado así, porque se juntan allí varias gentes á conversar ó tratar de negocios. Hallamos en él muchas pinturas que se acababan de presentar á un concurso establecido cerca de un siglo antes. Pero estas obras nos llevaron menos atencion, que las pinturas que adornan las paredes, las cuales son de mano de Polignoto de Tasos, y las dedicaron en este lugar los Cnidios.

En la pared de la derecha ha representado Polignoto la toma de Troya, ó mas bien las consecuencias de esta toma; porque escogió el momento en que casi todos los Griegos, hartos de carnicería, se disponian para volver á su patria. El lugar de la escena abraza no solamente la ciudad, cuyo interior se descubre por entre las

murallas que se acababan de destruir, sino tambien la costa, donde se ve el pabellon de Menelao, empezando á desplegarse, y su navío pronto á darse á la vela. Se ven tambien varios grupos en la plaza pública, en las calles, y en la costa. Aquí está Helena acompañada de dos criadas, rodeada de muchos troyanos heridos, cuyas desgracias causó, y de muchos griegos que parece contemplan todavía su belleza. Mas allá está Casandra sentada en el suelo en medio de Ulises, Ayax, Agamenon y Menelao, inmóviles y de pie cerca de un altar; porque generalmente reina en toda la pintura aquel sombrío silencio, aquel reposo terrible, en que caen los vencedores y los vencidos, cuando unos están cansados de su barbarie, y otros de su existencia. Neoptolemo es el único, cuyo furor no está saciado, y persigue todavía á algunos débiles troyanos. Esta figura atrae mas que nada las miradas del espectador; y esta era sin duda la intencion del artista, cuando trabajaba para un lugar inmediato al sepulcro de este príncipe.

Se experimentan las impresiones mas vivas del terror y de la compasion al considerar el cuerpo de Priamo y los de sus gefes principales tendidos, cubiertos de heridas, y abandonados en medio de las ruinas de una ciudad antes tan floreciente; se experimentan á la vista de un niño, que llevado en brazos de un esclavo an-

ciano, se tapa los ojos con la mano para no ver los horrores que le cercan; de aquel otro niño, que atemorizado corre á abrazarse de un altar; de las troyanas, que sentadas en el suelo, y casi amontonadas unas sobre otras, parece que las abruma el peso de su destino. Dos hijas de Priamo son del número de estas cautivas, y tambien la infeliz Andrómaca, que tiene á su hijo sobre el regazo. El pintor nos ha dejado ver el dolor de la mas jóven de las princesas; mas no se puede juzgar del de las otras dos, por tener cubierta la cabeza con un velo.

En aquel momento nos acordamos de que se tenia por mérito en Timante el haber tapado con un velo la cabeza de Agamenon en su sacrificio de Ifigenia. Esta imagen la habia empleado antes Euripides, quien sin duda la tomó de Polignoto. Sea de esto lo que fuese, en un ángulo de la pintura que acabo de describir, se lee esta inscripcion de Simónides: *Polignoto de Tasos, hijo de Aglaofonte, representó la destruccion de Troya.* Esta inscripcion está en verso, como lo están casi todas las que se dirigen á eternizar los nombres y hechos famosos.

En la pared opuesta pintó Polignoto la bajada de Ulises á los infiernos, conforme á la relacion de Homero y de otros poetas. La barca de Caron, la evocacion de la sombra de Tiresias, el Eliseo poblado de heroes, el Tártaro lleno de

malvados; tales son los objetos principales, que se presentan al espectador. Se puede notar allí un género de tormento terrible y nuevo, que Polignoto destina á los hijos ingratos, poniendo en la escena á uno de estos, y á su padre ahogándole. Tambien observé que á los suplicios de Tántalo añadia uno que tiene á este infeliz príncipe en un espanto continuo; y es una roca enorme, pronta siempre á caer sobre su cabeza, pero habia tomado esta idea del poeta Arquíloco.

Estas dos pinturas, la primera de las cuales contiene mas de cien figuras, y la segunda mas de ochenta, producen un grande efecto, y dan una idea elevada del ingenio y capacidad de Polignoto. Los que estaban al rededor de nosotros, ensalzaban sus bellezas, y censuraban sus defectos; pero todos convenian en que el artista habia manejado unos asuntos tan grandes y tan vastos, con tanta inteligencia, que en cada pintura resultaba un rico y magnífico conjunto. Las figuras principales se conocen por sus nombres, que están escritos cerca de ellas: uso que se ha perdido despues de haberse perfeccionado el arte.

Mientras nosotros admirábamos estas obras, nos vinieron á avisar que Polifron nos esperaba en la sala del convite. Hallámosle en medio de una espaciosa tienda cuadrada, cubierta y cer-

rada por los tres lados con tapices pintados, que se conservan en los tesoros del templo, y que Polifron habia pedido prestados. El techo representaba por un lado el sol cerca de ponerse, y por el otro la aurora que comenzaba á descubrirse; en el medio la noche en su carro, vestida de gasas negras, y acompañada de la luna y estrellas. Sobre los demas tapices se veian centauros, hombres á caballo persiguiendo los ciervos y leones, y naves que combatian entre sí.

El banquete fué suntuosísimo y largo. Mandaron venir mugeres que tocaron la flauta: el coro de las tesalas cantó conciertos encantadores, y los tesalos nos presentaron la imagen de los combates en sus bailes sabiamente ejecutados.

Algunos dias despues subimos al nacimiento de la fuente Castalia, cuyas aguas puras y frescas forman hermosas cascadas en la caida del monte. Sale en grandes borbotones, entre las dos cimas de rocas que dominan la ciudad de Delfos.

Continuando desde allí nuestro camino hácia el norte, despues de haber andado mas de sesenta estadios *, llegamos á la caverna de Co-

* Cerca de dos leguas y media (cerca de 2 leguas de España).

ricio, por otro nombre la caverna de las Ninfas, porque está consagrada á ellas, como tambien á Baco y á Pan. El agua que mana por todas partes forma arroyuelos inagotables: aunque la caverna es muy honda, la alumbra casi toda la luz del dia. Es tan grande, que en tiempo de la expedicion de Xerxes, la mayor parte de los habitantes de Delfos tomaron el partido de refugiarse á ella. En las inmediaciones nos mostraron muchas cavernas, que excitan la veneracion de los pueblos; porque en estos sitios solitarios todo es sagrado, y está poblado de genios.

El camino que llevábamos ofrecia sucesivamente á nuestra vista mil objetos varios, valles agradables, bosquecillos de pinos, tierras susceptibles de cultivo; rocas que amenazaban nuestras cabezas; precipicios que parecian abrirse delante de nuestros pasos; algunas veces puntos de vista, desde donde nuestras miradas caian desde una altura grandísima sobre las campiñas inmediatas. Descubrimos cerca de Panopea, ciudad situada á los confines de la Fócide y de la Beocia, unos carros llenos de mugeres, que bajándose de ellos, danzaban al rededor. Nuestros guias reconocieron que eran las Tiades ateniensas. Son estas unas mugeres iniciadas en los misterios de Baco, que vienen todos los años á juntarse con las de Delfos,

para subir juntas á las alturas del Parnaso, y celebrar allí con igual furor las orgías de este dios.

Los excesos á que se abandonan, no sorprenderán á los que saben cuan facil es exaltar la imaginacion viva y ardiente de las mugeres griegas. Mas de una vez se ha visto un número grande de ellas esparcirse como torrentes por las ciudades y provincias enteras, desgreñadas, y medio desnudas, dando ahullidos espantosos, sin haber sido menester mas que una chispa para producir estos incendios. Algunas de ellas, animadas repentinamente de un espíritu de vértigo, se creian penetradas de una inspiracion divina, y comunicaban estos raptos frenéticos á sus compañeras. Cuando estaba para acabarse el acceso del delirio, se hacian remedios y expiaciones, para restituir la calma á sus ánimos. Estas epidemias son menos frecuentes despues del progreso de las luces; mas todavía hay reliquias de ello en las fiestas de Baco.

Continuando nuestro camino entre montañas amontonadas unas sobre otras, llegamos al pie del monte Licoreo, el mas alto del Parnaso, y quizá de toda la Grecia. Se dice que aquí fué donde se salvaron los habitantes de esta region, para librarse del diluvio sucedido en tiempo de Deucalion. Intentamos subir á él; mas despues

de muchas caidas reconocimos que, si es facil subir á ciertas alturas del Parnaso, es dificultosísimo llegar á la cumbre, y bajamos á la ciudad de Elatea, la principal de la Fócide.

Esta pequeña provincia está rodeada de altos montes: se entra en ella por desfiladeros, en cuya salida han construido los Focenses plazas fuertes. Elatea los defiende de las irrupciones de los de Tesalia; Parapotamies de las de los Tebanos. Otras veinte ciudades, situadas las mas de ellas sobre peñas, están cercadas de murallas y torres.

Al norte y al este del Parnaso se hallan hermosas llanuras regadas por el Cefiso, que nace al pie del monte Eta, mas arriba de la ciudad de Lilea. Los de aquellas cercanías dicen que en ciertos dias, principalmente despues de medio dia, sale este rio de la tierra con furor, haciendo un ruido semejante al bramido de un toro. Yo no he sido testigo de esto: solamente le he visto correr silencioso y torcer muchas veces su curso en medio de las campiñas cubiertas de diversas especies de árboles, granos y pastos. Parece que aficionado á sus beneficios no puede dejar los sitios que engalana.

Los demas distritos de la Fócide se distinguen por diversas producciones particulares. Son estimados el aceite de Titorea, y el eléboro de Anticira, ciudad situada sobre el mar de Co-

rinto. No lejos de aquí los pescadores de Bulis recogen aquellas conchas con que se tiñe la púrpura. Mas arriba vimos en el valle de Ambriso excelentes viñedos, y muchos árboles en que se crian unos granos que dan á la lana un hermoso encarnado.

Cada ciudad de la Fócide es independiente, y tiene derecho de enviar sus diputados á la dieta general, donde se tratan los intereses de la nacion.

Los habitantes celebran un gran número de fiestas; tienen muchos templos y estatuas; pero dejan á los demas pueblos el honor de cultivar las letras y las artes, ciñiéndose su principal ocupacion á la labranza y los cuidados domésticos. En todos tiempos han dado pruebas brillantes de su valor, y en una ocasion particular un testimonio espantoso de su amor á la libertad.

Hallándose próximos á sucumbir bajo las armas de los Tesalos, que con fuerzas superiores habian hecho una irrupcion en su pais, levantaron una gran pira, y cerca de ella pusieron sus mugeres, hijos, el oro, plata y los muebles mas preciosos : confiaron su guardia á treinta de sus guerreros, con orden de que, en caso de ser derrotados, degollasen á las mugeres y á los niños, arrojasen en la hoguera los efectos que se les confiaban, de matarse ellos mismos

unos á otros, ó ir al campo de batalla á perecer con el resto de la nacion. El combate fué largo, y la carnicería horrible: los Tesalos huyeron, y los Focenses quedaron libres.

CAPITULO XXIII.

SUCESOS MEMORABLES DE LA GRECIA, DESDE EL AÑO 364 HASTA EL DE 357 ANTES DE JESUCRISTO. MUERTE DE AGESILAO, REY DE LACEDEMONIA. SUBIDA DE FILIPO AL TRONO DE MACEDONIA. GUERRA DE LOS ALIADOS.

Mientras nosotros estábamos en los juegos píticos, oimos hablar mas de una vez de la última expedicion de Agesilao, y á nuestro regreso supimos su muerte *.

Tacos, rey de Egipto, dispuesto á hacer una irrupcion en la Persia, juntó un ejército de ochenta mil hombres, y quiso sostenerlo con un

* En el año tercero de la olimpiada 104, la cual corresponde á los años 362 y 361 antes de J. C.

cuerpo de diez mil griegos, entre los cuales se hallaron mil lacedemonios mandados por Agesilao. Causó ásombro ver á este príncipe trasladarse á paises remotos, á la edad de mas de ochenta años, para ponerse al sueldo de una potencia extrangera. Pero Lacedemonia queria vengarse de la proteccion que el rey de Persia concedia á los Mesenios; alegaba tener obligaciones á Tacos; esperaba tambien que esta guerra daria la libertad á las ciudades griegas del Atica.

A estos motivos, que quizá no eran mas que pretextos para Agesilao, se juntaban otras consideraciones que le eran personales. Como su alma activa no podia sufrir la idea de una vida pacífica, y de una muerte oscura, vió abrirse repentinamente una nueva carrera á sus talentos; y se valió de la ocasion de ensalzar su gloria oscurecida con las hazañas de Epaminondas, con tanto mayor placer, cuanto que Tacos habia prometido darle el mando del ejército.

Partió, y los Egipcios le aguardaban con impaciencia. Al rumor de su llegada, los principales de la nacion, mezclados con la muchedumbre, fueron solícitos á ponerse al lado de un heroe, que tantos años habia llenaba con su nombre la tierra; y hallaron en la costa á un anciano pequeño, de una figura despreciable,

sentado en el suelo en medio de algunos esparciatas, cuyo exterior, tan desaliñado como el suyo, no distinguia los súbditos del soberano. Los oficiales de Tacos ostentan á sus ojos los presentes de la hospitalidad, que eran diversas especies de provisiones. Agesilao escogió algunos alimentos ordinarios, é hizo distribuir á los esclavos los mas delicados, como tambien los perfumes. Excitóse en los espectadores una risa descompasada. Los mas prudentes se contentaron con manifestar su desprecio, y recordarse la fábula del monte que estaba de parto.

Otros disgustos mas sensibles pusieron luego su paciencia en prueba mas dura. El rey de Egipto se negó á confiarle el mando de sus tropas; y sin dar oidos á sus consejos, le hacia sufrir cuanto una altanería insolente, y una vanidad loca tienen mas ofensivo. Agesilao aguardaba la ocasion de salir del envilecimiento á que él mismo se habia reducido, la que no tardó en presentarse. Habiéndose alborotado las tropas de Tacos, formaron dos partidos, que ambos pretendian darle un sucesor. Agesilao se declaró por Nectanebe, uno de los pretendientes del trono: le dirigió en sus operaciones, y despues de haber consolidado su autoridad, salió de Egipto colmado de honores, y con una cantidad de doscientos treinta talentos, que Nectanebe

enviaba á los Lacedemonios *. Una tempestad violenta le obligó á saltar en tierra en una costa desierta de la Libia, donde murió á los ochenta y cuatro años de edad.

Dos años despues ** sucedió un caso, que no llamó la atencion de los Atenienses, y debia mudar el semblante de la Grecia, y de todo el mundo conocido.

Los Macedonios no habian tenido hasta entonces sino muy pocas relaciones con la Grecia, la que no los distinguia de los pueblos bárbaros que los rodean, con quienes estaban en guerra continua. Sus soberanos no habian sido admitidos en otro tiempo al concurso de los juegos olímpicos, sino en virtud de títulos que hacian ascender su origen hasta Hércules.

Arquelao se propuso despues introducir en sus Estados el amor de las letras y de las artes. Eurípides fué llamado á su corte, y en manos de Sócrates estuvo hallar en ella un asilo.

El último de estos príncipes, llamado Perdicas, hijo de Amintas, acababa de perecer con la mayor parte de su ejército en un combate dado á los de Iliria. Con esta novedad, Filipo su

* Un millon y doscientas cuarenta y dos mil libras (4,627,038 rs. vn.).

** Bajo el arcontado de Calímedes; año 1° de la olimpiada 105, correspondiente á los años 360 y 359 antes de J. C.

hermano, á quien yo habia visto en rehenes entre los Tebanos, engañó la vigilancia de sus guardias, se presentó en Macedonia, y fué nombrado tutor del hijo de Perdicas.

Amenazaba entonces al imperio una ruina próxima. Las divisiones interiores, y las derrotas multiplicadas, le habian grangeado el desprecio de las naciones vecinas, pareciendo que se habian concertado para acelerar su ruina. Los Peonios infestaban sus fronteras; los Ilirios juntaban fuerzas, y meditaban una invasion. Aspiraban á la corona dos concurrentes igualmente temibles, y ambos de la familia real: los Tracios sostenian los derechos de Pausanias; los Atenienses enviaban un ejército con una armada para defender los de Argeo: el pueblo consternado veia agotadas las rentas, un corto número de soldados abatidos é indisciplinados, el cetro en manos de un niño, y al lado del trono un regente de veinte y dos años escasos.

Consultando Filipo mas bien con sus fuerzas que con las del reino, emprendió hacer de su nacion, lo que Epaminondas, su modelo, habia hecho con la suya. Unas ventajas ligeras enseñaron á las tropas á estimarse lo bastante para atreverse á la defensa; á los Macedonios á no desesperar de la salud del Estado. A poco se le vió arreglar las diversas partes de la administracion, dar á la falange macedonia una nueva

forma; obligar con dádivas y promesas á los Peonios á retirarse, al rey de Tracia á que le hiciese el sacrificio de Pausanias. Marcha despues contra Argeo, le derrota, y envia sin rescate alguno los prisioneros atenienses.

Aunque Atenas no se sostenia ya sino por su reputacion, era preciso contemplarla, puesto que tenia derechos legítimos á la ciudad de Anfípolis en Macedonia, y el mayor interes en volverla á su obediencia. Era esta una de sus colonias, una plaza importante para su comercio; y por aquí sacaba de la alta Tracia maderas de construccion, lanas y otros géneros. Despues de muchas revoluciones habia caido Anfípolis en poder de Perdicas, hermano de Filipo. No era posible restituirla á sus antiguos dueños, sin establecerlos en Macedonia; ni guardarla sin atraer allá sus armas. Filipo la declaró independiente, y firmó un tratado de paz con los Atenienses, en el cual no se hacia mencion de esta ciudad. Este silencio conservaba en sus derechos á cada una de las partes contratantes.

En medio de estos sucesos favorables, los oráculos sembrados por el pueblo, anunciaban que la Macedonia recobraria su esplendor bajo un hijo de Amintas. El cielo prometia un hombre grande á la Macedonia, y el genio de Filipo lo manifestaba. Persuadida la nacion á que, por confesion misma de los dioses, debia gobernarla

solo aquel que pudiese defenderla, le confirió la autoridad soberana, despojando de ella al hijo de Perdicas.

Animado con esta eleccion, reunió á la Macedonia una parte de la Peonia, batió á los Ilirios, y los encerró en sus límites antiguos.

Algun tiempo despues se apoderó de Anfípolis, intentando en vano los Atenienses en este intervalo volver á tomarla, y tambien les tomó algunas ciudades inmediatas, donde tenian guarniciones. Ocupada Atenas en otra guerra, no podia ni impedir ni vengar las hostilidades que Filipo sabia disfrazar con pretextos especiosos.

Pero nada aumentó tanto su poder como el descubrimiento de algunas minas de oro, que hizo beneficiar, de que sacaba mas de mil talentos al año *. Esto lo empleó despues en sobornar á los que estaban al frente de las repúblicas.

He dicho que los Atenienses se vieron obligados á disimular las primeras hostilidades de Filipo. La ciudad de Bizancio, y las islas de Quio, de Cos, y de Rodas, acababan de formar una liga para sacudir su yugo **. Comenzóse la guerra por el bloqueo de Quio. Cabrias era co-

* Mas de cinco millones y cuatrocientas mil libras (mas de 20 millones de rs. vn.).

** En el año tercero de la olimpiada 105, correspondiente á los años 358 y 357 antes de J. C.

mandante de la armada, y Cares del ejército. El primero tenia una reputacion adquirida en muchas expediciones; solo que le notaban de ejecutar con demasiado calor los proyectos formados con demasiada circunspeccion. Pasó casi toda su vida al frente de los ejércitos, y lejos de Atenas, donde excitaba zelos el brillo de su opulencia y de su mérito. El hecho siguiente dará idea de sus talentos militares. Estaba á punto de ser vencido por Agesilao. Las tropas que estaban á su sueldo habian huido, y las de los Atenienses vacilaban, y se disponian á seguirlas. En este momento las mandó poner una rodilla en tierra, y cubrirse con los escudos con la pica adelante. Sorprendido el rey de Lacedemonia con una maniobra desconocida hasta entonces, y juzgando que seria peligroso embestir á un escuadron erizado de hierro, tocó la retirada. Los Atenienses decretaron una estatua á su general, y le permitieron hacerse representar en la actitud que les habia librado de la deshonra de una derrota.

Cares, ufano por los ligeros triunfos y leves heridas que debia á la casualidad; por otra parte sin talentos, sin pudor, con una vanidad insufrible, ostentaba un lujo irritante durante la paz y la guerra: lograba en cada campaña el desprecio de los enemigos y el odio de los aliados: fomentaba las discordias de las naciones amigas,

robaba sus tesoros con avaricia excesiva, y los esparcia con prodigalidad: en fin, llegaba con su audacia hasta quitar el sueldo á las tropas para sobornar á los oradores, y dar fiestas al pueblo que le preferia á los demas generales.

A la vista de Quio, Cabrias, incapaz de moderar su ardor, mandó forzar los remos: entró solo en el puerto, y fué embestido luego por la armada enemiga. Despues de una larga resistencia, se arrojaron al agua sus tropas, para salvarse en las otras galeras que venian á socorrerlas. Podia él seguir su ejemplo; pero quiso mas perecer, que abandonar su nave.

El bloqueo de Quio fué puesto y levantado. La guerra duró cuatro años. Mas adelante veremos como se terminó.

CAPITULO XXIV.

DE LAS FIESTAS DE LOS ATENIENSES. LAS PANATENEAS. LAS DIONISIACAS.

Las primeras fiestas de los Griegos fueron señaladas por la alegría y la gratitud. Despues de recoger los frutos de la tierra, se juntaban los pueblos para ofrecer sacrificios, y entregarse á las alegrías que inspira la abundancia. Muchas de las fiestas de los Atenienses dan indicios de este origen; y así es que celebran el regreso del verdor de los campos, de las cosechas, de la vendimia, y de las cuatro estaciones del año; y co-

mo estos homenages se dirigen á Ceres y á Baco, las fiestas de estas divinidades son mas numerosas que las de las otras.

Andando el tiempo, la memoria de los sucesos útiles ó gloriosos se fijó en dias señalados, para perpetuarla en lo venidero. Recorred los meses del año de los Atenienses, y hallareis un compendio de sus anales, y los rasgos principales de su gloria; ora la reunion de los pueblos de la Atica por Teseo, la vuelta de este príncipe á sus Estados, la abolicion que proporcionó de todas las deudas; ora la batalla de Maraton, la de Salamina, la de Platea, de Naxos, etc.

El dia de nacimiento de un hijo, es un dia de fiesta para los particulares; lo es para la nacion cuando sientan á los niños en la lista de los ciudadanos, ó cuando llegados á cierta edad, manifiestan en público los progresos que han hecho en los ejercicios del gimnasio. Ademas de las fiestas comunes á toda la nacion, las hay peculiares de cada lugar.

Las solemnidades públicas se repiten todos los años, ó al cabo de cierto número de ellos. Se distinguen las establecidas en el pais desde los tiempos mas antiguos, de las que se han recibido últimamente de los demas pueblos. Algunas se celebran con la mayor ostentacion. He visto en ciertas ocasiones hasta trescientos bueyes llevados pomposamente á los altares. Mas de ochenta

dias robados á la industria y á la labranza*, se emplean en espectáculos, que aficionan el pueblo á la religion y al gobierno. Estos son sacrificios que inspiran respeto, por el aparato pomposo de las ceremonias; procesiones en que la juventud de uno y otro sexo, ostenta sus atractivos; piezas de teatro, frutos de los mayores ingenios de la Grecia; danzas, cantos y combates, donde compiten la destreza con los talentos.

Estos combates son de dos clases: los gimnásticos, que se dan en el Estadio; y los escénicos que se celebran en el teatro. En los primeros se disputa el premio de la carrera, de la lucha y demas ejercicios del gimnasio; y en los últimos el del canto y baile. Unos y otros constituyen el adorno de las fiestas principales. Voy á dar una idea de los escénicos.

Cada una de las diez tribus presenta un coro, y el gefe que debe gobernarle. Este gefe, que se llama corego, debe tener á lo menos cuarenta años. El mismo elige sus actores, que ordinariamente son niños y jóvenes. Su principal interes consiste en tener un excelente tocador de flauta, para dirigir sus voces, y un habil maestro para arreglar sus pasos y sus gestos. Como es preciso que haya la mayor igualdad entre los concurrentes, y estos dos maestros deciden comunmente

* Véase la tabla de los meses áticos, en el tomo VII.

la victoria, uno de los magistrados principales de la república los saca por suerte en presencia de todos los coros y de todos los coregos.

Los actores empiezan á ejercitarse algunos meses antes de las fiestas; y para no perderlos de vista, suele el corego llevarlos á su casa, donde los mantiene: despues se presenta en la fiesta, y lo mismo los que le siguen, con una corona dorada, y un vestido magnífico.

Estas funciones consagradas por la religion, se hallan ennoblecidas tambien por el ejemplo de Arístides, de Epaminondas, y de otros hombres grandes, que tuvieron por honor el ejercerlas; pero son tan costosas, que muchos ciudadanos se niegan al peligroso honor de sacrificar una parte de sus bienes á la esperanza incierta de ascender por este medio á las primeras magistraturas.

Algunas veces no halla corego una tribu; en cuyo caso se encarga el Estado de todos los gastos, ó manda á dos ciudadanos que se asocien para llevar el peso, ó permite al corego de una tribu el conducir el coro de la otra. Añado á esto, que cada tribu procura con esmero buscar el mejor poeta para que componga los cánticos sagrados.

Los coros se dejan ver en las pompas ó procesiones: se ponen en orden cerca de los altares, y cantan himnos durante los sacrificios; van al teatro, en donde encargados de mantener el honor de su tribu, se animan con la emulacion

mas viva. Sus gefes se valen de las tretas y de la corrupcion para lograr la victoria. Hay jueces establecidos para adjudicar el premio; este consiste algunas veces en una trípode, que la tribu victoriosa tiene cuidado de consagrar en un templo, ó en un edificio que ella ha erigido.

El pueblo, casi tan celoso de sus placeres como de su libertad, espera la decision del combate, con la misma inquietud y tumulto, que si se tratase de los mayores intereses. La gloria que resulta, se reparte entre el coro victorioso, la tribu de donde es, el corego que está á su frente, y los maestros que le han dirigido.

Cuanto pertenece á los espectáculos está fijado por las leyes. Declaran inviolables, por el tiempo de la celebracion de las fiestas, las personas del corego y de los actores: arreglan el número de solemnidades en que se deben dar al pueblo las diversas especies de juegos, que él desea con ansia. Tales son entre otras las Panateneas, y las grandes Dionisiacas, ó Dionisiacas de la ciudad.

Las primeras caen en el primer mes, que empieza en el solsticio de estío. Instituidas en los mas antiguos tiempos en honor de Minerva, renovadas por Teseo, en memoria de la reunion de todos los pueblos de la Atica, se vuelven á celebrar todos los años; pero en el quinto se hacen con mas ceremonias y magnificencia. Ved aquí

el orden que hay en ellas; segun le observé la primera vez que las ví.

Los habitantes de los pueblos de la Atica, vinieron en tropel á la capital, con una multitud de víctimas, que traian para ofrecer á la diosa. Fuí por la mañana á las márgenes del Iliso, y ví las corridas de caballos, en que los hijos de los ciudadanos principales de la república se disputaban la gloria del triunfo. Noté el modo con que la mayor parte de ellos montaban á caballo: ponian el pie izquierdo sobre una especie de asidero puesto en la parte inferior de la lanza, y saltaban con ligereza sobre el caballo. No lejos de allí, ví otros jóvenes concurrir al premio de la lucha, y de otros ejercicios del cuerpo. Pasé al Odeon, donde ví muchos músicos combatiendo de un modo mas dulce, y menos peligroso. Unos tocaban varias piezas con la flauta, ó la cítara; otros cantaban, acompañándose con uno de estos instrumentos. El asunto que se les habia propuesto era el elogio de Harmodio, de Aristogiton, y de Trasíbulo, que habian librado la república de los tiranos que la oprimian; porque entre los Atenienses, las instituciones públicas son monumentos para los que han hecho buenos servicios al Estado, y lecciones para los que han de servirle. Los premios concedidos á los vencedores, fueron una corona de olivo, y un vaso lleno de aceite. Despues fueron corona-

dos algunos particulares, á quienes el pueblo, en consideracion á su celo, habia concedido esta señal de honor.

Fuí á las Tejeras ó Tullerías para ver pasar la pompa que se habia formado cerca de las murallas, y empezaba á desfilar. Se componia de muchas clases de ciudadanos, coronados de flores, y notables por su hermosura. Habia ancianos de aspecto venerable, con ramos de olivo en la mano; hombres hechos, que armados con lanzas y escudos, parecia que respiraban combates; mancebos, de diez y ocho á veinte años, que cantaban himnos en loor de la diosa; niños hermosos, cubiertos con una túnica solamente, y adornados con sus gracias naturales; en fin, doncellas, que eran de las principales familias de Atenas, y cuyas facciones, talle y movimientos arrebataban las miradas de todos. Sus manos sostenian sobre sus cabezas unos canastillos, que bajo un hermosísimo velo encubrian los instrumentos sagrados, tortas y demas cosas pertenecientes á los sacrificios. Las criadas que llevaban á su servicio, tenian abierto un parasol sobre ellas con una mano, y en la otra llevaban una silla de tijera. Este es el servicio impuesto á las hijas de los extrangeros establecidos en Atenas, servicio del cual participan sus padres y sus madres. En efecto, ellos y ellas llevaban sobre los hombros vasos llenos

de agua y de miel para hacer las libaciones.

Seguíanse ocho músicos, cuatro tocando la flauta, y otros cuatro la lira. Tras de ellos venian los rapsodes que cantaban los poemas de Homero; y las danzarinas armadas con todas armas; que atacándose de cuando en cuando, representaban, al son de la flauta, el combate de Minerva contra los Titanes.

Despues se vió aparecer un barco que parecia resbalarse sobre la tierra, al arbitrio de los vientos y de una infinidad de remeros; pero que se movia por ciertas máquinas interiores. Sobre el barco se desplegaba una vela de una tela ligera, donde las jóvenes habian bordado la victoria de Minerva contra los mismos Titanes. Tambien habian trazado, por orden del gobierno, los retratos de algunos heroes, que por sus hazañas habian merecido ponerse entre los de los dioses.

Esta pompa marchaba á paso lento, bajo la direccion de muchos magistrados. Atravesó el cuartel mas concurrido de la ciudad, en medio de una multitud de espectadores, los mas de ellos puestos en tablados que se acababan de levantar. Cuando llegó al templo de Apolo pítico, descolgaron la vela que estaba colgada en el navío; y dirigiéndose á la ciudadela, la depositaron en el templo de Minerva.

Por la tarde me dejé llevar á la Academia,

para ver la corrida del hacha encendida. La carrera no tiene mas que seis ó siete estadios de largo, extendiéndose desde el altar de Prometeo, que está á la puerta de este jardin, hasta las murallas de la ciudad. Se colocan muchos jóvenes en este espacio á distancias iguales, y en dando la señal los gritos de la multitud, enciende el primero la hacha en el altar, y la lleva corriendo al segundo, que la entrega al tercero, y así sucesivamente. Los que la dejan apagar, quedan fuera del concurso; los que aflojan el paso, están expuestos á la mofa, y aun á los golpes del populacho. Para ganar el premio, es preciso haber corrido las diferentes estaciones. Esta clase de combate se renueva muchas veces, y varia segun la naturaleza de las fiestas.

Los que habian sido coronados en alguno de estos ejercicios, convidaron á comer á sus amigos. Hubo en el Pritaneo y otros sitios públicos grandes banquetes, que duraron hasta el dia siguiente. El pueblo á quien habian distribuido las víctimas inmoladas, ponia mesas en todas partes, y manifestaba una alegría viva y estrepitosa.

Están consagrados al culto de Baco muchos dias del año. Su nombre resuena alternativamente en la ciudad, en Pireo, en el campo y en los lugares. He visto mas de una vez toda la ciudad sumergida en la embriaguez mas profun-

da; he visto tropas de Bacantes de ambos sexos, con coronas de yedra, de hinojo y álamo, agitarse, bailar, ahullar por las calles, invocar á Baco con aclamaciones bárbaras; despedazar con los dientes y con las uñas las entrañas crudas de las víctimas; apretar culebras entre sus manos; enredárselas entre sus cabellos; ceñirlas al cuerpo; y atemorizar y hacer interesarse á la muchedumbre con esta especie de prestigios.

Gran parte de estas escenas se repiten en una fiesta que se celebra á la entrada de la primavera. La ciudad se llena entonces de extrangeros, que vienen á ella á bandadas, para traer los tributos de las islas sujetas á los Atenienses; para ver las piezas nuevas que se representan en el teatro; para ser testigos de los juegos y espectáculos, y principalmente de una procesion que representa el triunfo de Baco. Se ve en ella, segun dicen, el mismo acompañamiento que traia este dios cuando conquistó la India; Sátiros, dioses Panes, hombres que arrastran chivos para sacrificarlos; otros montados en asnos como Sileno; otros disfrazados de mugeres; otros que llevan figuras obscenas, colgadas de unas varas largas, y cantan himnos licenciosísimos; en fin, toda suerte de personas de uno y otro sexo, la mayor parte vestidas de pieles de ciervo, cubiertas con una máscara, coronadas de yedra, borrachas, ó fingiendo estarlo; mezclando sin in-

terrupcion sus gritos al ruido de los instrumentos; agitándose unos como locos, y abandonándose á todas las convulsiones del frenesí; otros ejecutando danzas regulares y militares, pero con vasos en lugar de escudos; lanzándose, como si fueran dardos, los tirsos, con que insultan algunas veces á los espectadores.

En medio de estas tropas de actores frenéticos se avanzan en bello orden los diferentes coros diputados por las tribus: muchas jovencitas, las mas principales de la ciudad, marchan con los ojos bajos, muy engalanadas, llevando en sus cabezas canastillos sagrados, que ademas de las primicias sagradas contienen tortas de diversas formas, granos de sal, hojas de yedra, y otros símbolos misteriosos.

Los tejados, en forma de terrados, están cubiertos de espectadores, especialmente de mugeres, la mayor parte de ellas con lámparas y hachas para alumbrar la pompa, que casi siempre desfila de noche, y se para en las encrucijadas y en las plazas, para hacer libaciones y sacrificios en honor de Baco.

El dia está dedicado á diferentes juegos. Se va temprano al teatro, sea para asistir á los combates de música y de baile que tienen los coros, sea para ver las piezas nuevas que dan los autores.

El presidente de estas fiestas es el arconte

primero : el segundo lo es de otras solemnidades : tienen oficiales subalternos que los alivian en sus funciones, y guardias para echar fuera del concurso á los que turban la tranquilidad.

Mientras duran las fiestas, es un crimen toda violencia contra un ciudadano, y está prohibido todo procedimiento contra los deudores. Los delitos y desórdenes que se cometen entonces, se castigan con severidad en los dias siguientes.

Las mugeres solas participan de las fiestas de Adonis, y de las que, con el nombre de Tesmoforias, se celebran en honor de Ceres y de Proserpina : unas y otras van acompañadas de ceremonias que he descrito mas de una vez. Solamente diré una palabra de las últimas, las cuales caen todos los años en el mes de pianepsion*, y duran muchos dias.

Entre los objetos dignos de atencion, ví á las Ateniensas, casadas y solteras, ir á Eleusis, y pasar un dia entero en el templo, sentadas en el suelo, guardando un ayuno riguroso. ¿ Y por qué es esta abstinencia ? dije yo á una de las que habian presidido la fiesta. Me respondió : porque Ceres no tomó alimento mientras anduvo buscando á su hija Proserpina. Le pregunté tambien : ¿ por qué llevais libros sobre las cabezas ?—Con-

* Este mes comenzaba unas veces en los últimos de octubre, y otras en primero de noviembre.

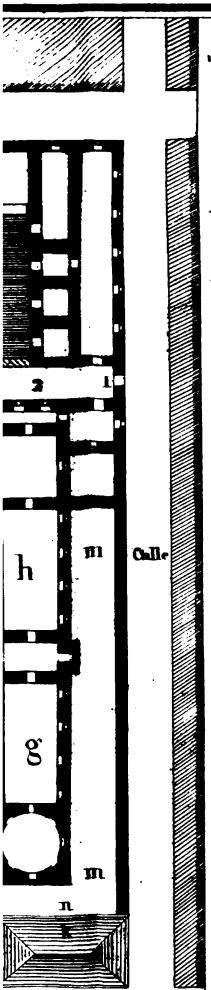
tienen las leyes que creemos haber recibido de Ceres. — ¿Por qué en esta procesion brillante, en que resuena el aire con vuestros cánticos, llevais un azafate grande en un carro tirado de cuatro caballos? — Contiene entre otras cosas los granos cuyo cultivo debemos á Ceres, del mismo modo que en las fiestas de Minerva llevamos en los canastillos copos de lana, porque ella nos enseñó á hilar. El mejor modo de agradecer un beneficio, es tenerle siempre presente, y recordárselo algunas veces á su autor.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY.

ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY.

ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.



PLANTA
DE UNA CASA GRIEGA.

A. APOSENTO DE LA MUGER.

1 *Entrada, ó Primera Puerta que cae á la calle.*
2 *Avenida, á que Vitruvio llama* Iter.
3 *Segunda Puerta interior.*
4 *Alojamiento de los Porteros.*
5 *Peristilo.*
6 *Pórticos.*
7 *Vestíbulo.*
8 *Salas de labor.*
9 *Pieza del lecho ó* Thalamus.
10 *Sala de visitas ó* Amphithalamus.
11 *Comedor.*
12 *Piezas para el servicio y Criados.*
13 *Comunicacion entre el aposento de la Muger y el del Marido.*

B. APOSENTO DEL MARIDO.

a. *Vestíbulos.*
b. *Vestíbulo mayor.*
c. *Pórticos.*
d. *Pórtico.*
e. *Sala de Festines.*
f. *Biblioteca.*
g. *Galerías de Pinturas.*
h. *Comedor.*
i. *Sala de Audiencia y de Conversacion.*
k. *Cuartos para los huespedes.*
l. *Cuadras y patio.*
m. *Jardin.*
n. *Avenidas á que llaman* Mesaulæ

Litho. de Houblonp. R. Dauphine, N.° 24.

CAPITULO XXV.

DE LAS CASAS Y DE LAS COMIDAS DE LOS ATENIENSES.

La mayor parte de las casas constan de dos apartamientos, uno arriba para las mugeres, y otro abajo para los hombres, y están cubiertas de terrados, cuyas extremidades tienen mucho vuelo. Hay en Atenas mas de diez mil de ellas.

Muchas tienen detras un jardin, delante un patio pequeño, y las mas veces una especie de pórtico, en cuyo fondo está la puerta de la casa, confiada algunas veces su custodia á un eunuco. Aquí es donde se halla unas veces una figura de

Minerva, para ahuyentar los ladrones; otras un perro, al que temen mucho mas; y casi siempre un altar en honor de Apolo, adonde el dueño de la casa viene en ciertos dias á ofrecer sacrificios.

Se enseñan á los extrangeros las casas de Milciades, de Arístides, de Temístocles, y de los hombres grandes del siglo último. En nada se distinguian en otro tiempo, y en el dia brillan por el contraste que hacen con los palacios que ciertos hombres sin nombre, ni virtudes, han tenido el atrevimiento de levantar cerca de estas habitaciones modestas. Desde que el gusto de los edificios se ha difundido, hacen todos los dias esfuerzos las artes para favorecerle y extenderle. Se ha tomado el partido de alinear las calles; de dividir las casas nuevas en dos cuerpos, y poner en el piso bajo las habitaciones del marido y de la muger; de hacerlas mas cómodas con buenas distribuciones, y mas brillantes con los adornos que se multiplican.

Tal era la que ocupaba Dinias, uno de los mas ricos y voluptuosos ciudadanos de Atenas, quien en poco tiempo acabó su hacienda con el fausto que ostentaba. Iban siempre tras de él tres ó cuatro esclavos. Su muger Lisistrata no se dejaba ver sino en un carro tirado por cuatro caballos blancos de Sicione. A imitacion de algunos otros atenienses, hacia que le sirviese una cama-

rera, que participaba de los derechos de esposa, y mantenia en la ciudad una cortesana, á quien tenia la generosidad de dar libertad, ó colocarla antes de dejarla. Ansioso por gozar, y hacer gozar á sus amigos, les daba muy de continuo comidas y fiestas.

Un dia le supliqué que me enseñase su casa *, de la que despues formé el plano, y le junto aqui.

* M. Perrault ha formado la planta de una casa griega, conforme á la descripcion hecha por Vitruvio. M. Galiani dió otra, que sin duda es preferible á la de M. Perrault. Yo publico la tercera, que M. Mariette tuvo á bien formar á mi ruego, fundándose en la memoria siguiente.

« He leido con la mayor atencion posible la traduccion que hizo « Perrault, del pasage en que Vitruvio trata de las casas que usa- « ban los antiguos Griegos. He tenido delante el texto latino; y « para decir verdad, he hallado que el traductor frances ha usado « de cierta libertad, que no se ha tomado á mi parecer el marques « Galiani, en la nueva traduccion italiana del mismo autor, que « acaba de dar al público. Me ha parecido que su interpretacion, « y el plano geométrico de una casa griega que ha figurado, y que « añade, expresan las ideas de Vitruvio, mucho mejor que lo ha « hecho Perrault, como vm. mismo puede juzgar.

« Segun se explica el autor latino, la casa de un griego era, ha- « blando con propiedad, la que habitaba su muger y su criado. « No era ni muy espaciosa, ni muy adornada, pero tenia cuantas « comodidades se podian apetecer. El cuerpo de casa que estaba « adjunto, y era para el marido solo, no era por el contrario mas « que una casa de representacion, ó mas bien de parada.

« Como no hubiera sido decente, ni se hubiera podido sin « ofensa de las costumbres, entrar en la primera de estas casas; « antes de llegar á ella, era necesario hacerse abrir dos puertas; « una exterior, que caia á la calle, y á la que solo precedia un

En él se verá que un portal largo y estrecho conducia en derechura á la habitacion de las muge-

« atrio, *atrium*, como en las casas que se hacian en Roma; y la « otra interior, ambas guardadas por diversos porteros. Hablando « el texto del alojamiento de estos, no dice *ostiarii cellam*, sino « *ostiariorum cellas*. Para llegar á la segunda puerta, despues « de haber pasado la primera, habia que seguir un camino en « forma de avenida muy estrecha *latitudinis non spatiosæ*, y á « la cual supongo yo una grande longitud; sin lo cual Vitruvio « no hubiera mirado como un viage el tránsito de una puerta á « otra; pues que así se explica hablando de esta calle, *itinera* « *faciunt*. Tampoco habria sido menester duplicar los porteros, « ni sus cuartos, como se ha visto, si estuvieran inmediatas las « puertas.

« Hallándose la habitacion con semejante orden, apartada del « tránsito público, se gozaba en ella de una tranquilidad grande; « y á izquierda y derecha de la senda ó avenida, habia espacios « suficientes para poner allí á un lado las cuadras y sus dependen- « cias; los cobertizos para encerrar los carros y carruages, y po- « nerlos al abrigo de las injurias del aire; los pajares para el « heno, los sitios necesarios para dar de comer á los caballos; y « por decirlo de una vez, lo que nosotros comprendemos bajo el « nombre genérico de *patio*, y que Vitruvio llama simplemente, « *equilia*. Ni Perrault, ni Galiani lo han puesto en su plano por « falta de espacio; contentándose con señalar el lugar de una « caballeriza, y tan chica, que no puede negarse ser insuficiente « para una casa de esta naturaleza.

« A la parte opuesta de la avenida, pondré con Vitruvio, los « cuartos de los porteros, y tambien los hermosos vestíbulos que « daban entrada á la casa de ostentacion ó parada que he indica- « do; la cual en mi plano cubrirá el espacio de terreno que está « frente á las caballerizas. Me veo precisado á confesar que Vi- « truvio no dice nada sobre esto, pero ¿no parece que lo indica « bastante? En efecto, no deja la avenida de que se trata, sin hacer

res, cuya entrada está prohibida á los hombres, excepto á los parientes, y á los que vienen con

« observar que era el centro adonde venian á terminar las diver-
« sas puertas que iban á dar á lo interior de los edificios que des-
« cribe : *Statimque januæ interiores finiuntur.*

« Hallándose este vestíbulo, como tambien las piezas que esta-
« ban despues, bajo la llave de la primera puerta de entrada; no
« necesitaban mas que de un portero particular. Así es que no se
« ve que Vitruvio les señale ninguno, como no hubiera dejado de
« hacerlo, si el vestíbulo estuviera en la calle pública, y tal cual
« le señala el marques Galiani en su plano.

« En llegando á la segunda puerta, despues de hacérsela abrir,
« se pasa á un peristilo ó claustro, que no tenia sino tres corredo-
« res ó pórticos, uno por delante y dos á los lados. El *prostas*, ó
« lo que nosotros llamamos *vestíbulo*, por corresponder mejor á
« nuestras ideas, aunque fuese otra cosa entre los antiguos, se
« ofrecia de frente á los que entraban. Este era un sitio entera-
« mente abierto por delante, una tercera parte menos ancho que
« lo largo de su vano, rematando por los dos lados de su abertura
« en dos *antes* ó pilastras que servian de apoyo á los tirantes que
« cerraban de cuadrado por arriba la abertura, como un dintel
« cierra la de una puerta ó una ventana. Aunque Vitruvio no lo
« dice, debia haber tres puertas de salas en el dicho *prostas*; la
« una en el medio, que daba entrada á las grandes y espaciosas
« salas *oeci magni*, donde las mugeres griegas, aun las de mas
« alta gerarquía, no se avergonzaban de hilar lana en compañía
« de sus criadas, y de emplearla en obras útiles. Una puerta á la
« derecha del *prostas*, y otra á la parte opuesta daban entrada á
« los dos aposentos, *cubicula*, llamado el uno *thalamus*, y el
« otro *amphithalamus*. Perrault leyó *antithalamus* para pro-
« curarse una antecámara, que yo estoy en que nunca usaron los
« Griegos; y por otra parte, si la hubiera habido, debiera, para
« convenir á su destino, preceder á la pieza llamada *thalamus*,

el marido. Despues de haber pasado un pradito, cercado con tres pórticos, llegamos á un salon,

« y no estar separada por el *prostas*, como Vitruvio lo dice « positivamente; y el mismo Perrault lo ha observado, teniendo precision de conformarse en esto con la relacion de su « autor.

« El marques Galiani ha hecho esta misma observacion. ¿Mas, « por qué razon quiere que el *amphithalamus* sea un gabinete « dependiente del *thalamus*? ¿Por qué reuniendo estas dos « piezas, compone dos habitaciones iguales, que pone, una á la « derecha, y otra á la izquierda del *prostas*, y de la sala de labor? « ¿No ha visto que Vitruvio no cuenta mas que dos salas, una á « cada lado del *prostas*? Esto es mas sencillo y conforme á las « costumbres de los antiguos Griegos. El no tener un mismo « nombre, prueba que cada una tenia su uso particular, que obli- « gaba á separar una de otra.

« Si me fuera permitido aventurar un pensamiento, diria que « Vitruvio entiende por el *thalamus* la pieza del lecho en que « duermen los amos; y por *amphithalamus* la sala en que la « señora de la casa recibia las visitas, y al rededor de la cual « (ἀμφὶ, *circùm*) habia lechos á modo de estrados para ponerse « la gente. Tengo para mí, que las casas antiguas de los Griegos, « en cuanto á la distribucion, tenian mucha semejanza con las « que habitan hoy dia los Turcos, dueños del mismo pais. Despues « haré de ellas el paralelo, menudamente.

« No creo que me negareis, en una casa donde nada debe fal- « tar, una pieza tan necesaria como la sala de visitas. ¿Querriais « que no la tuviese la dueña de la casa, cuando las tiene de sobra « (como vereis luego) el dueño? ¿Y si no la colocais en este sitio « en cual la pondreis? Ya tienen su destino las demas piezas de « la casa, que están todas ordenadas al rededor del claustro, ó « peristilo; y tienen sus entradas por debajo de los corredores de « dicho claustro. Vitruvio nos dice que en una se comia todos los « dias, *triclinia quotidiana*, esto es, que el dueño de la casa co-

donde estaba Lisistrata, á quien me presentó Dinias.

« nia allí ordinariamente con su muger é hijos, cuando no tenia « convidados: en las otras habitaban y dormian los hijos ó los « criados, *cubicula*; ó bien servian de guardamuebles, dispensas, « oficios, y aun cocina; porque es preciso que haya á lo menos « una en la casa; y esto es lo que Vitruvio comprende bajo la de- « nominacion general de *cellæ familiaricæ*. Ved aqui lo pertene- « ciente á la casa llamada por los Griegos *gynæconitis*; *apo- « sento de la muger*.

« Perrault hace atravesar este edificio para llegar á otro mas « considerable que habitaba el dueño de la casa, y en el cual, se- « parado de su familia, vivia con el esplendor que requerian su es- « tado y su condicion. El marques Galiani desecha con razon esta « disposicion: y en efecto, está desmostrado, que las mugeres « griegas, desterradas por decirlo así, á la parte mas retirada de « la casa, no tenian comunicacion alguna con los hombres de « afuera; y por consiguiente, el sitio que les estaba destinado, de- « bia estar enteramente separado del que frecuentaban los hom- « bres; y por tanto no era conveniente que estuviera abierto, y « sirviese de paso continuo á estos ultimos. Para evitar este in- « conveniente, el marques Galiani, cuyo dictamen adopto, ha « tenido por conveniente poner, á uno de los lados, la habi- « tacion que Perrault habia colocado al frente de la de las mu- « geres.

« Tomando á la letra las palabras de Vitruvio, los cuartos re- « servados para el uso del dueño de la casa, eran dos. Cuando los « señala, emplea los nombres de *domus* y *peristylia* en plural, « y dice que estos cuerpos de habitacion, mucho mas vastos que « la casa de las mugeres de que acaba de hablar, estaban contiguos « á ella. Mas esto no parecerá ni nuevo ni extraordinario á los « que han estudiado y conocen el estilo poco correcto de este es- « critor, que no se preciaba de sér grande gramático, y acostum- « bra mucho á valerse del plural, en una infinidad de casos que

La hallamos ocupada en bordar un vestido, y mucho mas ocupada con dos palomas de Sicilia,

« requieren el singular. Así que, Perrault y el marques Galiani « han hecho muy bien en tomar sobre esto su resolucion, y ate- « nerse á un solo cuerpo de habitacion. Yo he hecho otro tanto, « y no veo que se pueda pensar de otro modo.

« El segundo edificio, mas adornado que el primero, no era, « propiamente hablando, mas que una casa de aparato, ó hecha « para figurar, como he observado ya. No se hallaban allí mas que « salas de audiencia y de conversacion, galerías ó gabinetes de « pinturas, bibliotecas y salas de festines, y ninguna pieza para « habitacion. Allí era donde el dueño de la casa recibia á las per- « sonas distinguidas que le visitaban, y donde él hacia sus cum- « plidos, donde conversaba con sus amigos, trataba de sus asuntos, « daba convites y fiestas; y en todas estas ocasiones, sobre todo « en la última (Vitruvio lo dice expresamente) no se presenta- « ban las mugeres.

« Para llegar á estas diferentes piezas, era necesario ante todo, « atravesar magníficos vestíbulos, *vestibula egregia*. El marques « Galiani, que los reduce á uno solo, pone el suyo del lado de la « calle pública, sin acompañarle de cuarto para el portero; que « en este caso era preciso que lo hubiese. Los mios no lo necesi- « tarán, pues están todos bajo una llave, que es la de la primera « puerta de la casa; y como he dado ya las razones en que me « fundo para esto, me creo dispensado de repetirlas.

« Cada pieza tenia su puerta propia, adornada, ó si se quiere « amueblada con dignidad: *januas proprias cum dignitate*. He « preferido (pues es preciso suplir una palabra) la de *amueblada*, « porque las puertas de las casas de los antiguos, no estaban cer- « radas en lo anterior mas que con simples mamparas, ó pedazos « de telas, que se levantaban ó bajaban segun la necesidad. Estas « tenian sus salidas á los pórticos ó un peristilo de muy diferente « extension que el de la otra casa: él solo ocupaba casi la mitad, « del terreno de todo el edificio, y esta es la causa de que Vitruvio

y con un perrito maltes, que jugueteaba al rededor de ella. Lisistrata tenia la fama de ser una

« tomando la parte por el todo, dé en algunos lugares de su des-
« cripcion, el nombre de *peristilo* á todo el conjunto del edificio.
« Algunas veces este peristilo tenia la particularidad, que el pór-
« tico que miraba al mediodia, y al cual estaba contiguo el salon
« de los festines, sostenido por altas columnas, era mas elevado
« que los otros tres pórticos del mismo peristilo. En este caso, se
« le daba el nombre de *pórtico rodio*. Estos pórticos para mayor
« adorno, tenian las paredes cubiertas de estuco, y los techos en-
« tallados de carpintería. Se paseaban por ellos los hombres, y po-
« dian tratar de sus negocios, sin riesgo de ser interrumpidos por
« las mugeres. Esto les habia hecho dar el nombre de *androni-*
« *tides*.

« Para haceros formar una idea mas cabal del tal peristilo, os
« trasladaré por un momento á un magnífico claustro de frailes,
« como hay muchos en Italia. Le haré sostener en todo su con-
« torno por una fila de columnas; pondré detras de las paredes,
« salas espaciosas que tendrán salida á los pórticos del peristilo;
« abriré algunas por delante en toda su extension, como habreis
« podido ver en las salas capitulares de frailes. Y estas piezas así
« abiertas, las destinaré para salas de festines, y de audiencia:
« porque de este modo las supongo entre los Griegos, y me ayu-
« dan á formar idea de ellas, las del mismo género que nos han
« quedado en las Termas ó baños romanos. Daré á la principal
« de estas salas de los festines, que haré mirar al mediodia, la
« mayor extension que me permita el terreno. La dispondré de
« modo que se puedan poner cómodamente cuatro mesas de co-
« mer de á tres camas cada una, segun quiere Vitruvio: podrán
« servir sin confusion muchos criados, y todavia quedará lugar á
« los actores llamados á representar. Ved aquí (á mi parecer)
« una pintura bastante exacta del soberbio peristilo descrito por
« Vitruvio.

de las mas lindas mugeres de Atenas, y procuraba sostener esta reputacion con la elegancia del

« Pero no os imagineis (como yo no lo imagino) que todas las « casas de los Griegos estaban distribuidas ni orientadas de la ma- « nera que está la que os he representado siguiendo á Vitruvio, « y él propone por ejemplar. Para estar en disposicion de edificar « una semejante, seria preciso ser dueño de un terreno tan vasto « como llano, y como se dice, cortar en tela entera. ¿Y quién « puede esperarlo, principalmente en una ciudad formada ya, « donde cada edificio toma necesariamente una disposicion sin- « gular, y donde cada propietario tiene que sujetarse á los térmi- « nos que le prescriben sus vecinos? La que ha dado Vitruvio, « no debe pues entenderse, sino de la casa de un grande, de un « griego voluptuoso, favorecido de la fortuna, *delicatior et ab « fortunâ opulentior*, como Vitruvio le llama; que no contento « con haber edificado para él, hace tambien levantar separada- « mente, y en lo exterior de su casa, dos cuartos pequeños bas- « tante cómodos, para que los forasteros que albergue, encuen- « tren comodidades; y mientras los ocupen, puedan vivir libre- « mente, como si estuvieran en su casa propia; entrar y salir, sin « necesidad de turbar el reposo del que los ha hospedado; y tener « para esto puertas separadas, y una calle entre su habitacion y « la de su huesped.

« Los Turcos tienen aun en el dia, por obligacion, el ejercitar « la hospitalidad en las Caravanseras, ù hospederías hechas en « forma de claustros, que edifican en los caminos, y en que re- « ciben gratuitamente á los viageros: lo cual se puede mirar co- « mo un resto de lo que se practicaba antiguamente en la Grecia. « En cuanto á lo que yo insinué de la persuasion en que estaba, « de que las casas de los Turcos de ahora, tenian semejanza, por « su distribucion general, con las de los antiguos Griegos sus pre- « decesores, insisto en el mismo dictamen, y añado que no puede « esto dejar de ser así, en un pais que no está sujeto como el

vestir. Sus cabellos negros y perfumados con esencias caian sobre los hombros, formando

« nuestro, á las vicisitudes de la moda. Cuando los Turcos inva-
« dieron la Grecia, se apoderarón al mismo tiempo de los edificios
« que ocupaban los que acababan de sujetar, y se establecieron
« en ellos. Hallaron habitaciones tales, cuales podian desear;
« pues que las mugeres tenian sus viviendas particulares, y entera-
« mente separadas del comercio de los hombres; de manera, que
« casi nada tuvieron que reformar. Al contrario, es preciso su-
« poner, que una nacion guerrera y poco ejercitada en la cultura
« de las artes, se habrá modelado por estos antiguos edificios,
« cuando haya edificado otros nuevos. Por esto mismo en sus ca-
« sas, como en las de los antiguos Griegos, descritas por Vitruvio,
« se hallan tantos claustros, en donde, como en los antiguos pór-
« ticos ó peristilos, tienen sus salidas, ó vienen á terminar la mayor
« parte de los cuartos.

« M. el marques Galiani dice en una de sus notas, que se habia
« visto tentado á poner la habitacion del dueño, delante de la de
« las mugeres, y no al lado, de modo que se entrase en la pri-
« mera por la segunda. Si lo hubiera hecho, como podia, se hu-
« biera conformado con la disposicion actual de las casas de los
« Turcos: porque en la habitacion delantera está el dueño de la
« casa, y aquí es donde trata sus negocios y recibe sus visitas. Las
« mugeres están guardadas en un aposento mas retirado, é inac-
« cesible á todo hombre, sino al que tiene derecho de entrar allí.
« Aunque las Turcas estén tan encerradas, reciben sin embargo
« visitas de sus conocidas, las hacen sentar en sofás arrimados á la
« pared, al rededor de una sala destinada únicamente para este
« fin. Convenid en que esto corresponde bastante con el *amphi-*
« *thalamus* de los Griegos, bajo el punto de vista que yo lo he
« presentado. Os puedo llevar todavía, si es necesario, á otras ha-
« bitaciones, donde os haré ver á las mugeres turcas, trabajando
« con sus esclavas en diferentes labores, menos útiles á la verdad

grandes rizos; en las orejas traia arracadas de oro, perlas en la garganta y en los brazos, y piedras preciosas en los dedos. Poco satisfecha con los colores de la naturaleza, los buscaba artificiales, para manifestarse con la brillantez de la rosa y de la azucena. Tenia un vestido blanco, cual llevan las mugeres de distincion.

Estando en esto, oimos una voz que preguntaba si estaba Lisistrata en casa. Sí, respondió una esclava, que vino al punto á decir que estaba allí Eucaris. Era esta una de las amigas de Lisistrata, quien corrió á recibirla; la abrazó afectuosamente; se sentó á su lado, y no cesó de alabar su hermosura y su adorno. Sois muy linda; estais perfectamente vestida. Esta tela es hermosísima, y os está maravillosamente: ¿cuánto costó?

Pareciéndome que esta conversacion no se

« que las de las Griegas; pero esto nada importa al paralelo: « solamente se trata de la disposicion de las habitaciones y cuar« tos, y creo haberlo seguido lo bastante. »

Yo no pretendo que en la época en que fijo el viage del joven Anacarsis, tuviesen muchos griegos casas tan vastas y tan magníficas; pero como Demóstenes afirma que en su tiempo se levantaban casas, que excedian en hermosura á los soberbios edificios con que Pericles habia adornado á Atenas, tengo fundamento para suponer con M. Mariette, que en lo esencial no se diferenciaban estas casas de las descritas por Vitruvio

acabaria tan pronto, pedí á Lisistrata el permiso de ver el resto de la casa. Lo primero en que puse la vista, fué el tocador, donde ví palanganas y arguamaniles de plata, espejos de diferentes materias, agujas grandes para desenredar los cabellos; hierros para rizarlos; cintas anchas y angostas para sujetarlos; redes para envolverlos; polvos amarillos para cubrirlos; diversas especies de brazaletes y de zarcillos; botes que contenian arrebol blanco de albayalde, negro para teñir las cejas, y todo lo necesario para limpiar los dientes, etc.

Examinaba yo estos objetos con atencion, sin que Dinias comprendiese por qué eran tan nuevos para un escita. Despues me enseñó su retrato y el de su muger. Viendo que yo me admiraba de la elegancia de los muebles, él me dijo que se complacia en disfrutar de la industria y superioridad de los artistas extrangeros, y que por eso habia hecho traer las sillas de Tesalia, los colchones de Corinto, y las almohadas de Cartago; y como se aumentase mi sorpresa, se reia de mi sencillez, y añadió, para justificarse, que Xenofonte se presentaba en el ejército con un escudo de Argos, una coraza de Atenas, un casco de Beocia, y un caballo de Epidauro.

Pasamos á la habitacion de los hombres, y en medio de ella hallamos un patio de céspedes,

rodeado con cuatro pórticos, cuyas paredes estaban cubiertas de estuco y adornos de talla. Estos pórticos servian de comunicacion á muchos cuartos ó salas, la mayor parte de ellas adornadas con esmero. El oro y el marfil realzaban el brillo de los muebles; los techos y paredes estaban adornados con pinturas; las mamparas y alfombras, hechas en Babilonia, representaban algunos persas arrastrando sus vestidos largos; buitres y otros pájaros, y muchos animales fantásticos.

El lujo que Dinias ostentaba en su casa, reinaba tambien en su mesa. Voy á sacar de mi diario la descripcion de la primera comida, á que fuí convidado con mi amigo Filotas.

La hora de reunirse era por la tarde, en el momento en que la sombra de la aguja del relox de sol tenia doce pies de largo. Tuvimos cuidado de no llegar ni muy temprano, ni muy tarde, que es lo que exige la política. Hallamos á Dinias sofocándose en dar órdenes. Nos presentó á Filónides, uno de aquellos parasitos que se establecen en las casas de los grandes para hacer los cumplidos de la casa, y divertir á los convidados. Nosotros echamos de ver que de cuando en cuando sacudia el polvo que se pegaba al vestido de Dinias. Un momento despues llegó el médico Nicocles cansadísimo,

porque tenia muchos enfermos; bien que las enfermedades no eran, decia él, mas que ronqueras y toses leves, nacidas de las lluvias que habian caido desde el principio del otoño. Luego le siguieron Leon, Zopiro y Teótimo, tres atenienses distinguidos, y afectos á Dinias por amor de los placeres. Ultimamente vino de repente Democares, aunque no estaba convidado; el cual era de ingenio agudo y gracioso, y toda la compañía le recibió con mucho contento.

Pasamos á la sala de comer, donde quemaban incienso y otros olores: sobre el aparador habian colocado vasos de plata, y sobredorados algunos, adornados con piedras preciosas. Los esclavos derramaron agua pura sobre nuestras manos, y nos pusieron coronas en la cabeza. Sacamos por suerte el rey del festin, al cual toca alejar toda licencia sin perjuicio de la libertad; señalar el momento de beber altamente; indicar los brindis que se habian de hacer, y obligar á practicar las leyes establecidas entre los bebedores *, cuya suerte cayó á Democares.

Al rededor de una mesa que habian enjugado

* Segun una de estas leyes era preciso beber, ó salirse de la mesa. Algunas veces se contentaban con echar sobre la cabeza del culpado el vino que no queria beber.

muchas veces con la esponja, nos colocamos en unos lechos, cuyas cubiertas eran de púrpura. Luego que se trajo á Dinias la lista de los platos, reservamos las primicias para el altar de Diana. Cada cual de nosotros habia llevado su criado. Servia á Dinias un negro esclavo etiope, que suelen comprar los ricos á mucho precio, para distinguirse de los demas ciudadanos.

No haré el detalle de una comida que á cada momento nos daba una nueva prueba de la opulencia y prodigalidad de Dinias: bastará dar una idea general.

Al principio nos pusieron muchas especies de mariscos; unos como salen del mar; otros cocidos sobre el rescoldo, ó fritos en sarten; los mas sazonados con pimienta y comino: sirvieron al mismo tiempo huevos frescos, así de gallina, como de pava real: estos últimos se estiman mas: salchichas, pies de puerco, un hígado de jabalí, una cabeza de cordero, y ternera; el vientre de una cerda sazonado con comino, vinagre y silfio *; pajaritos, sobre los cuales se echó una salsa hirviendo, compuesta de queso rallado, de aceite, vinagre y silfio. Se cubrió segunda vez la mesa con lo mas exquisito de caza, volateria, y sobre todo, de pesca. El tercer cubierto fué de frutas.

* Planta de que usaban mucho los antiguos en sus comidas.

Entre esta multitud de objetos que se ofrecen á nuestros ojos, podia cada uno de nosotros escoger lo que mas lisonjease su paladar y el de sus amigos, y enviárselo: esta es una obligacion que no se falta nunca en los convites de ceremonia.

Al principio del convite tomó Democares una copa, la llegó ligeramente á sus labios, y la hizo pasar de mano en mano. Probamos todos del licor, cada uno segun le tocaba, mirándose esto como símbolo y garante de la amistad que debe unir á los convidados. Siguióse el beber otras muchas veces, arreglándose á los brindis que hacia Democares, ya á uno, ya á otro, á los cuales correspondiamos nosotros inmediatamente.

La conversacion viva, alegre, sin interrupcion y sin objeto, habia producido poco á poco varios chistes sobre las comidas de las gentes de ingenio y de los filósofos, que pierden un tiempo tan precioso, unos en sorprenderse con enigmas y logogrifos, otros en tratar metódicamente cuestiones de moral y de metafísica Para añadir un rasgo á la pintura del ridículo, propuso Democares que cada uno ostentase los conocimientos que teniamos en punto á los manjares mas sabrosos, sobre el modo de condimentarlos, y sobre la facilidad que hay en

Atenas para tenerlos. Como se trataba de remedar los convites de los sabios, se dijo que cada cual hablase á su vez, y tratase la materia con mucha gravedad, sin detenerse mucho en los detalles, y sin olvidarlos enteramente.

Tocábame á mí empezar; mas, poco familiarizado con la materia que se iba á tratar, estaba ya para excusarme, cuando Democares me suplicó que le diese una idea de las comidas de los Escitas. Respondí en pocas palabras que su único alimento era miel y leche de vacas ó de burras; que de tal modo se acostumbraban á esto desde su nacimiento, que no necesitaban nodrizas; que echaban la leche en unos cubetos grandes; la meneaban mucho para separar la parte mas delicada; y que empleaban en esto á los enemigos que la suerte de las armas ponia en sus manos; pero no dije que, para quitar á estos infelices la libertad de escaparse, les privaban de la vista.

Despues de otras particularidades que suprimo, tomando Leon la palabra, dijo: continuamente se da en cara á los Atenienses con su frugalidad: es cierto que nuestras comidas, generalmente hablando, son menos largas y suntuosas que las de los Tebanos, y de algunos otros pueblos de la Grecia; pero hemos empezado á seguir su ejemplo, y luego seguirán

ellos el nuestro. Todos los dias nos vamos esmerando mas en perfeccionar los placeres de la mesa, y vemos desaparecer insensiblemente nuestra antigua sencillez con todas aquellas virtudes patrióticas, hijas de la necesidad, que no pueden ser de todos los tiempos. Recuérdennos nuestros oradores cuanto quieran los combates de Maraton y Salamina; admiren los extrangeros los monumentos que adornan á esta ciudad; pero á mis ojos ofrece Atenas una ventaja mas real, y es la abundancia que hay en ella todo el año; ese mercado á que vienen á reunirse todos los dias las mejores producciones de las islas y del continente. No temo decirlo: no hay pais donde sea mas facil comer regaladamente, sin exceptuar ni aun la Sicilia.

Nada tenemos que desear en punto á carnes y aves. Nuestros corrales, tanto de la ciudad cuanto del campo, están provistos de capones, pichones, patos, pollos y gansos, que tenemos el arte de engordar. Las estaciones nos traen sucesivamente los becafigos, las codornices, los tordos, las alondras, los petirojos, las palomas campesinas, las tórtolas, las chochas y los francolines. El Fase nos ha hecho conocer las aves que adornan sus márgenes, y son, con mas justo motivo, el adorno de nuestras mesas, empezando ya á multiplicarse entre nosotros en las faisanerías que han formado algunos parti-

culares ricos. Nuestras llanuras están llenas de liebres y perdices; nuestras colinas de tomillo, romero, y otras plantas muy á propósito para dar al conejo gusto, y aromas. Sacamos de los bosques vecinos jabatos y jabalíes; y de la isla de Melos los mejores corzos de la Grecia.

El mar, dijo entonces Zopiro, atento á pagar el tributo que debe á sus señores, enriquece nuestras mesas con peces delicados. Tenemos la murena, la dorada, la viva, el xifias *, el pagro, el sabalo, y atunes en abundancia.

Nada es comparable al congrio que nos viene de Sicione; al glauco que se pesca en Megara; á los rodaballos, á las sardas, á los lenguados, á los barbos, á los salmonetes que frecuentan nuestras costas. Por otra parte las sardinas son el alimento del pueblo: las que nosotros pescamos en las cercanías de Falero, merecen ponerse en la mesa de los dioses, principalmente si se dejan no mas que un instante en el aceite hirviendo.

Deslumbrado el vulgo con las famas, cree que todo es estimable en un objeto estimado. Pero nosotros, que analizamos el mérito aun en las menores cosas, elegiremos la parte anterior del glauco, la cabeza del barbo y del congrio, la

* Este es el pez conocido entre nosotros con el nombre de *espadon*; y en Italia con el de *pesce spada*.

falda del atun, el lomo de la raya, y dejaremos lo demas á gentes de gusto menos delicado.

Añadamos á los recursos del mar los de los lagos de la Beocia. ¿No se nos traen todos los dias anguilas del lago Copais, tan sobresalientes por su suavidad, como por su tamaño? Ultimamente, podemos poner entre la multitud de nuestras riquezas la prodigiosa cantidad de peces salados, que nos vienen del Helesponto, de Bizancio y de las costas del Ponto Euxino.

Leon y Zopiro, dijo Filotas, han tratado de los alimentos que constituyen la basa de un banquete. Los del primero y tercero servicio exigirian conocimientos mas profundos que los mios, y no probarian menos las ventajas de nuestro clima. Las langostas y los cangrejos son tan comunes entre nosotros, como las almejas, ostras y erizos de mar. Estos últimos se componen algunas veces con ojimiel, peregil y yerba buena. Son delicados cuando se pescan en luna llena, y en ningun tiempo merecen la nota que les puso un lacedemonio, que no habiendo visto nunca este marisco, tomó el partido de llegarle á su boca, y devorar sus cortantes puntas.

No hablaré de las setas, de los espárragos, de diversas especies de pepinos, ni de la infinita variedad de legumbres, que se renuevan todos los dias en el mercado; pero no debo olvidar

que las frutas de nuestros jardines tienen una suavidad exquisita. Generalmente es reconocida la superioridad de nuestros higos: cogidos recientemente, son las delicias de los habitantes de la Atica: secos con esmero, se llevan á paises remotos, y hasta la mesa del rey de Persia. Nuestras aceitunas curadas irritan el apetito: las que llamamos colimbadas * son mas estimadas en otros paises por su tamaño y su sabor. Las uvas, conocidas con el nombre de Nicostrato, no gozan de menor reputacion. El arte de ingertar da á nuestras peras y á la mayor parte de nuestras frutas las calidades que les habia negado la naturaleza. La Eubea nos proporciona excelentes manzanas; la Fenicia dátiles; Corinto membrillos dulces y hermosos, y Naxos las almendras tan famosas en la Grecia.

Habiendo llegado la vez al parasito, redoblamos todos nuestra atencion; y comenzó de este modo:

El pan que se pone en nuestras mesas, y aun ese que se vende en la plaza, es blanquísimo y gustoso. El arte de hacerle fué perfeccionado en el siglo último por Tearion en Sicilia: se ha mantenido entre nosotros en toda su perfeccion, y no ha contribuido poco á los progresos de la

* Los Griegos de Atenas les dan hoy el mismo nombre; y el Gran-Señor las hace poner todos los dias en su mesa.

pastelería. En el dia tenemos mil modos para convertir toda especie de harinas en un alimento tan sano como agradable. Echad á la harina de trigo un poco de leche, de aceite y de sal, y tendremos aquellos panes delicados, cuyo conocimiento debemos á los Capadocios. Echadle miel; reducid vuestra pasta á hojas delicadas, y propias para enrollarse á vista de la lumbre; y tendreis las hojuelas que se os acaban de presentar, y habeis mojado en el vino *; pero es preciso servirlas calientes. Estos globulillos tan dulces y ligeros, que se han presentado despues, se hacen en la sarten con la harina de sésamo, con miel y aceite **. Tomad cebada mondada; machacad los granos en un mortero; poned la harina en un vaso; echad allí aceite; revolvedlo mientras se cuece á fuego lento; echad de cuando en cuando pringue de polla, ó de cabrito, ó de cordero; guardaos de que se os vaya; y cuando ha cocido lo bastante, servidlo. Tenemos tortas hechas solamente con leche y miel; otras en que se junta á la miel, harina de sésamo, y el queso, ó el aceite. Las tenemos en fin en que se meten frutas de diferentes clases. Las empanadas de liebre pertenecen al mismo género, como tambien las de becafigos, y las de

* Eran una especie de obleas.

** Especie de buñuelo.

aquellos pajaritos que revolotean en las viñas.

Dichas estas palabras, tomó Filónides una torta de uvas y almendras, que acababan de traer, y no quiso continuar su discurso.

No estuvo mucho tiempo suspensa nuestra atencion, pues al instante tomó la palabra Teótimo.

Muchos autores, dijo, han escrito sobre el arte de cocina, sobre la primera de las artes, pues es la que proporciona placeres mas frecuentes y mas duraderos. Tales son Miteco, que nos ha dado su obra del Cocinero siciliano; Numenio de Heraclea, Hegemon de Tasos, Filoxeno de Leucada, Actides de Quio, Tindárico de Sicione, y otros muchos autores que pudiera citar, porque tengo todas sus obras en mi biblioteca; y la que prefiero á todas es la Gastronomía de Arquestrato. Este autor, que fué amigo de uno de los hijos de Pericles, habia corrido la tierra y el mar, para conocer por sí mismo sus mejores producciones. En sus viages se instruyó, no en las costumbres de los pueblos, que es una instruccion inutil, pues es imposible mudarlas, sino que entraba en los laboratorios, donde se preparan las delicias de la mesa, y no trató mas que con los hombres útiles á sus placeres. Su poema es un tesoro de luces, y no tiene verso alguno que no encierre un precepto.

En este código es donde muchos cocineros han bebido los principios de un arte que los ha inmortalizado, que hace tiempo se perfeccionó en Sicilia y en la Elide, y que Timbron ha llevado entre nosotros al punto mas alto de su gloria. Yo bien sé que los que le ejercitan, han sido ridiculizados muchas veces en el teatro por sus pretensiones; pero si no tuvieran el entusiasmo de su profesion, tampoco descollarian en ella.

Mi cocinero, que acabo de traer de Siracusa, me aturdió el otro dia con el detalle de las calidades y estudios que exige su oficio. Despues de decirme de paso, que Cadmo, abuelo de Baco, el fundador de Tebas, comenzó siendo cocinero del rey de Sidon, añadió: ¿sabeis que para desempeñar dignamente mi ministerio, no basta tener un gusto exquisito, y una salud experimentada, sino que es necesario reunir los mayores talentos á los mayores conocimientos? Yo no me ocupo en las viles funciones de vuestra cocina, ni entro en ella mas que para dirigir la accion del fuego, y ver el efecto de mis operaciones. Sentado por lo comun en un cuarto inmediato, doy mis órdenes que ejecutan los oficiales subalternos, y medito sobre las producciones de la naturaleza. Unas veces las dejo en su sencillez; otras las disfrazo, ó las dispongo siguiendo nuevas proporciones, acomo-

dadas para lisonjear el gusto. ¿Se necesita, por ejemplo, daros un lechoncillo ó un buen pedazo de cebon? me contento con hacerle cocer. ¿Quereis una liebre excelente? Si es nueva, le basta su mérito para presentarse con distincion: la pongo en el asador, y os la presento echando todavía sangre; pero donde debe brillar la ciencia, es en la finura de las combinaciones.

La sal, la pimienta, el aceite, el vinagre y la miel son los agentes principales que yo empleo, y no se pueden hallar otros mejores en los demas climas. Vuestro aceite es excelente, como tambien el vinagre de Decelia; vuestra miel del monte Himeto es preferible aun á la de Sicilia. Ademas de estos materiales empleamos en los guisados los huevos, el queso, la pasa, el silfio, el peregil, el sésamo, el comino, las alcaparras, los berros, el hinojo, la yerba buena, el cilantro, la zanahoria, el ajo, la cebolla y las plantas aromáticas, que tanto usamos, como el orégano * y el excelente tomillo del monte Himeto. Ved aquí las fuerzas, por decirlo así, de que puede disponer un artista, mas nunca prodigarlas. Si llega á mis manos un pez, cuya carne es dura, tengo cuidado de salpimentarle con queso rallado, y echarle vinagre;

* Especie de mejorana silvestre.

si es delicada, me contento con echarle por encima un polvo de sal y algunas gotas de aceite; otras veces le adorno con hojas de orégano, y despues le envuelvo en una de higuera, y lo pongo á cocer bajo el rescoldo.

No es permitido multiplicar los medios, sino en las salsas y guisados. Conocemos muchas especies de ellas, unas picantes, y otras dulces. La que se puede servir con toda clase de peces cocidos ó fritos, se compone de vinagre, queso rallado, y ajo, á que se puede juntar el puerro ó cebolla, picados menudamente. Cuando se la quiere menos fuerte, se hace con aceite, yemas de huevo, puerros, ajo y queso; si la quereis todavía mas suave, emplearéis la miel, los dátiles, el comino y otros ingredientes de la misma naturaleza. Pero estas mezclas no deben dejarse al arbitrio de un artista ignorante.

Lo mismo digo de los rellenos que se introducen en el cuerpo de un pez. Todos saben que es necesario abrirle, y que despues de haberle quitado las espinas, se le puede llenar de silfio, de queso, de sal y de orégano: todos saben tambien que un lechoncillo puede rellenarse con tordos, becafigos, yemas de huevo, ostras, y muchas especies de mariscos; pero estad seguro que se pueden diversificar estas mezclas hasta el infinito, y que se necesitan largas y profundas investigaciones, para hacerlas tan

agradables al gusto, como útiles á la salud; porque mi arte se da la mano con todas las ciencias, y sobre todo con la medicina *. ¿No debo yo saber cuales son las yerbas que en cada estacion tienen mas jugo y virtud? ¿Presentaré yo en el verano sobre vuestra mesa un pez que solo se debe poner en invierno? ¿No hay alimentos que son mas fáciles de digerir en ciertos tiempos? ¿Y la mayor parte de las enfermedades que nos afligen, no vienen de la preferencia que se da á unos sobre otros?

A estas palabras el médico Nicocles, que devoraba en silencio y sin distincion cuanto se le presentaba, exclamó acalorado: vuestro cocinero está impuesto en los verdaderos principios. No hay cosa mas esencial que la eleccion de los alimentos, ni que pida mayor atencion. En primer lugar deben arreglarse á la naturaleza del clima; á las variaciones del aire y de las estaciones; á la diferencia de temperamentos y edades; despues á las facultades mas ó menos nutritivas, que se han reconocido en las diversas especies de viandas, de peces, de legumbres y de frutas. Por ejemplo, la carne de buey es

* Se puede comparar lo que los cómicos griegos ponen en boca de los cocineros du su tiempo, á lo que Montaigne refiere en pocas palabras del mayordomo del cardenal Caraffa, lib I. cap. LV.

fuerte y difícil de digerir; la de ternera lo es mucho menos; del mismo modo la de cordero es mas ligera que la de oveja, y la de cabrito mas que la de cabra. La carne de puerco, como tambien la de jabalí, deseca, pero fortifica, y no carga el estómago. El lechoncillo es pesado. La carne de liebre es seca y astringente. En general es menos jugosa la carne de los animales silvestres, que la de los domésticos; la de los que se alimentan con frutas, que la de los que comen yerba; la de los machos, que la de las hembras; la de los negros, que la de los blancos; la de los que son velludos, que la de los que no lo son. Esta doctrina es de Hipócrates.

Cada bebida tiene tambien sus propiedades. El vino es cálido y seco, y hay en sus principios alguna cosa de purgante. Los vinos dulces se suben menos á la cabeza; los tintos son nutritivos; los blancos aperitivos; los claretes secos y favorables á la digestion. Segun Hipócrates, los vinos nuevos son mas laxantes que los añejos, porque se acercan mas á la naturaleza del mosto; los aromáticos son mas nutritivos que los otros; los vinos tintos y pastosos...

Iba á continuar Nicocles; Pero Dinias le interrumpió de repente: yo no me gobierno por esas distinciones, dijo, mas destierro de mi mesa los vinos de Zacinto y de Leucada, porque los creo perjudiciales por el yeso que les echan. No quie-

ro el de Corinto, porque es duro; ni el de Icara, porque sobre este mismo defecto tiene el de ser humoso: hago caso del vino viejo de Corcira, que es muy agradable; del blanco de Méndé, que es muy delicado. Arquíloco comparaba el de Naxos al nectar; pero el que yo comparo á este licor divino, es el de Tasos: yo le prefiero á todos, excepto el de Quio de primera calidad, pues lo hay de tres.

En Grecia estimamos los vinos dulces y odoríferos. En ciertas partes se les suaviza echando en la cuba harina amasada con miel: casi en todas partes se les mezcla orégano, aromas, frutas y flores. Yo quiero que, cuando se abre uno de mis toneles, se esparza por los aires el olor de violetas y de rosas, y llene mi bodega; pero no quiero que se favorezca á un sentido con perjuicio del otro. El vino de Biblos en Fenicia sorprende desde luego por la cantidad de perfumes que tiene. Tengo una buena provision de él; mas para mí es muy inferior al de Lesbos, que está menos perfumado, y satisface mas al paladar. ¿Quereis una bebida saludable? Mezclad vinos odoríferos y pastosos con los que tienen una propiedad opuesta. Tal es la mezcla del vino de Eritrea con el de Heraclea.

El agua del mar, mezclada con el vino, dicen que ayuda á la digestion, y hace que no se suba el vino á la cabeza; pero es menester que no

domine mucho el agua. Este es el defecto del vino de Rodas, el cual se ha sabido evitar en los de Quio. Creo que una medida de agua del mar basta para cinco medidas de vino, sobre todo si, para hacer el vino, se elige uva de cepas nuevas.

Las sábias investigaciones que se han hecho, nos han enseñado á mezclar las bebidas. La proporcion mas comun del vino con el agua es de dos á cinco, ó de uno á tres; pero con nuestros amigos preferimos la proporcion inversa, y al fin del convite olvidamos estas reglas austeras. Solon nos prohibió el vino puro. Acaso de todas sus leyes es está la que mejor se observa, gracias á la perfidia de nuestros tratantes, que debilitan este precioso licor. Por lo que á mí hace, le hago venir en derechura; y podeis estar seguros de que no dejará de violarse la ley de Solon en todo este convite.

Concluidas estas palabras, hizo Dinias traer muchas botellas de un vino que conservaba diez años habia, el cual hizo lugar á otro mas añejo. Entonces bebimos casi sin cesar. Despues de haber brindado Democares varias veces y de varios modos, tomó una lira; y mientras la templaba, nos habló del uso que habia habido siempre de interpolar el canto con los placeres de la mesa. En otro tiempo, nos decia, todos los convidados cantaban juntos y al unisono; pero

mas adelante se estableció que cada uno cantase á su vez, teniendo en la mano un ramo de mirto ó de laurel. La alegría era menos estrepitosa ciertamente, pero menos viva. Todavía se la estrechó mas, cuando se asoció la lira á la voz: muchos convidados se vieron entonces obligados á callar. Temístocles mereció una reprension en otro tiempo, por no haber cuidado de esta habilidad: en nuestros dias ha sido elogiado Epaminondas, por haberla cultivado. Pero desde que se ha dado mucho mérito á semejantes diversiones, se han hecho un estudio: el arte se perfecciona á expensas del placer, y no hace uno mas que sonreirse cuando se hace bien.

Los cantares de la mesa no contenian al principio mas que expresiones de reconocimiento, ó lecciones de sabiduría. Celebrábamos en ellos, y celebramos todavía, los dioses, los heroes, y los ciudadanos útiles á la patria. A tan graves materias se juntaba despues el elogio del vino; y la poesía, encargada de trazarle con los colores mas vivos, pintó al mismo tiempo aquella confusion de ideas, aquellos movimientos tumultuosos, que se experimentan con los amigos á la vista del licor que chispea en las copas. De aquí tantas canciones báquicas, sembradas de máximas, ya sobre la felicidad y la virtud, ya sobre el amor y la amistad. En efecto, el alma se complace en volver á estos dos sentimientos,

cuando no puede contener le alegría que la domina.

En este género de poesía se han ejercitado muchos autores, y algunos han sobresalido en ella: Alceo y Anacreonte la han hecho célebre.

Este género no pide esfuerzo, porque es enemigo de toda ostentacion. Se puede usar para alabar á los dioses y á los heroes la magnificencia de las expresiones y de las ideas; mas solamente toca al delirio y á las gracias el pintar los sentimientos y el placer.

Abandonémonos á la alegría que inspira este dichoso momento, añadió Democares; cantemos juntos á la vez, y tomemos en nuestras manos ramos de mirto ó laurel.

Al punto ejecutamos sus órdenes; y despues de muchas canciones, acomodadas á las circunstancias, entonó todo el coro el himno de Harmodio y de Aristogiton *. Democares nos acompañaba por intervalos; pero penetrado repentinamente de un nuevo entusiasmo, exclamó: mi lira rebelde se niega á tan graves y serios asuntos, y reserva sus dulces sonidos al cantor del amor y del vino. Ved cual tiemblan sus cuerdas sonantes de Anacreonte á la dulce memoria, y al trazar de su musa la historia mas armónicos sones nos dan. ¡Oh amigos! corra el vino á borbotones;

* Se cantaba á menudo en los convites.

unid vuestras voces á las mias, y prestaos á la variedad de las modulaciones.

Bebamos, cantemos á Baco: Baco se recrea con nuestras danzas y nuestros cantos; él ahoga la envidia, el odio y los pesares; él es el origen de las gracias seductoras, y de los amores encantadores. Amemos, bebamos, cantemos á Baco.

Lo venidero no existe, lo presente pasará, el único instante de vida es aquel de que se goza. Amemos, bebamos, cantemos á Baco.

Sabios en nuestras locuras, ricos en nuestros placeres, hollemos esta vil tierra y sus vanas grandezas; y en la dulce embriaguez, que momentos tan encantadores proporcionan á nuestras almas, bebamos, cantemos á Baco.

A este tiempo oimos un gran ruido á la puerta, y vimos entrar á Calicles, á Nicostrato y otros jóvenes, que nos traian danzarinas y tocadores de flauta, con quienes habian comido. Al punto muchos de los convidados se levantaron de la mesa, y se pusieron á bailar; porque gustan los Atenienses tan apasionadamente de este ejercicio, que miran como una impolítica no entregarse á él cuando lo pide la ocasion. Al mismo tiempo se trajeron algunos manjares propios para excitar el apetito; tales como cercopes * y cigarras, rábanos hechos trozos, y adobados con

* Es un animalillo semejante á la cigarra.

vinagre y mostaza, garbanzos tostados, aceitunas sacadas del adobo.

Este nuevo servicio acompañado de una nueva provision de vino, y de copas mayores que las primeras, anunciaba excesos felizmente cortados por un espectáculo inesperado. A la llegada de Calicles salió Teótimo de la sala, y volvió acompañado de varios jugadores de manos y farsantes, que en la plaza pública divierten al populacho con sus prestigios.

A poco levantaron la mesa. Hicimos libaciones en honor del Buen Genio y de Júpiter-salvador; y despues de habernos lavado las manos con agua, en que habian echado ciertos olores, empezaron los farsantes sus habilidades. Uno ponia debajo de los cubiletes cierto número de conchas ó bolitas, y sin descubrir su juego, las hacia aparecer ó desaparecer á su arbitrio. Otro escribia ó leia dando rápidas vueltas al rededor. Ví uno que vomitaba llamas por la boca; otros que andaban cabeza abajo, apoyados en las manos, y figurando con los pies los gestos de los danzadores. Se presentó una muger que tenia en la mano doce aros de bronce, en cuya circunferencia rodaban muchos anillitos del mismo metal; y danzaba, echando al aire y recibiendo sucesivamente los doce aros. Otra se arrojaba en medio de muchas espadas desnudas. Estos juegos, de los cuales algunos me interesa-

ban sin agradarme, se hacian casi todos al son de la flauta. Era preciso, para salir bien en ellos, juntar el donaire á lo ajustado del movimiento.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

CAP. I. Salida de Escitia. El Quersoneso Táurico. El Ponto Euxino. Estado de la Grecia desde la conquista de Atenas en 404 antes de Jesucristo, hasta el momento del viage. El Bósforo de Tracia. Llegada á Bizancio.

CAP. II. Descripcion de Bizancio. Colonias griegas. El estrecho del Helesponto. Viage desde Bizancio á Lesbos. 3

CAP. III. Descripcion de Lesbos. Pítaco, Arion, Terpandro, Alceo, Safo. 46
CAP. IV. Partida de Mitilene. Descripcion de la Eubea. Calcis. Llegada á Tebas. 63
CAP. V. Mansion en Tebas. Epaminondas. Filipo de Macedonia. 74
CAP. VI. Salida de Tebas. Llegada á Atenas. Habitantes de la Atica. 86
CAP. VII. Asistencia á la academia. 100
CAP. VIII. Liceo. Gimnasios. Isócrates. Palestras. Funerales de los Atenienses. 119
CAP. IX. Viage á Corinto. Xenofonte. Timoleon. 141
CAP. X. Levas, revista, ejercicio de las tropas entre los Atenienses. 149
CAP. XI. Asistencia al teatro. 173
CAP. XII. Descripcion de Atenas. 180
CAP. XIII. Batalla de Mantinea. Muerte de Epaminondas. 222
CAP. XIV. Del gobierno actual de Atenas. 230
CAP. XV. De los magistrados de Atenas. 258
CAP. XVI. De los tribunales de justicia de Atenas. 263
CAP. XVII. Del areopago. 270
CAP. XVIII. De las acusaciones y formas judi-

ciales de los Atenienses. 278
CAP. XIX. De los delitos y penas. 286
CAP. XX. Costumbres y vida civil de los Atenienses. 292
CAP. XXI. De la religion, de los ministros sagrados, y de los principales delitos contra la religion. 313
CAP. XXII. Viage á la Fócide. Juegos píticos. El templo y oráculo de Delfos. 342
CAP. XXIII. Sucesos memorables de la Grecia, desde el año 364 hasta el de 357 antes de Jesucristo. Muerte de Agesilao, rey de Lacedemonia. Subida de Filipo al trono de Macedonia. Guerra de los aliados. 383
CAP. XXIV. De las fiestas de los Atenienses. Las Panateneas. Las Dionisiacas. 392
CAP. XXV. De las casas y de las comidas de los Atenienses. 405

FIN DEL INDICE.

IMPRENTA Y FUNDERIA DE EVERAT,
CALLE DEL CADARSO, 16.

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
REFERENCE DEPARTMENT

This book is under no circumstances to be taken from the Building

MAR 31 1916

APR 11 1917

Form 410